WARHAMMER 40,000

LA MANO DEL TRAIDOR



SANDY MITCHELL

Las nuevas aventuras del inspector Ciaphas Cain, el personaje más divertido de Warhammer 40.000.

Un nuevo episodio de las aventuras del comisario Ciaphas Cain, un hombre que, a pesar de sus esfuerzos por esquivar el peligro y vivir con sencillez, se ve empujado sin remedio a la fama y a la fortuna. Porque, lo quiera o no, el comisario Cain está condenado a ser un héroe



Sandy Mitchell

La mano del traidor

Warhammer 40000. Ciaphas Cain 03

ePub r1.0
epublector 16.09.14

Título original: *The Traitor’s Hand*
Sandy Mitchell, 2005
Traducción: Emma Fondevila y Olaya Muñiz Fondevilla

Editor digital: epublector
ePub base r1.1





Para Mary, por Grunts, y por el lema de la página 141



Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y el dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.

Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas dotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente. Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos.

A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Este es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo.

Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra.

No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.



Nota editorial:

He tenido noticia, con gran sorpresa e inmensa satisfacción personal de que los dos primeros volúmenes del material del archivo Cain que he preparado para ponerlos en circulación entre aquéllos de mis colegas inquisidores interesados en estudiarlos a conciencia han tenido una difusión muy amplia, aunque justo es reconocer que muchos de ellos, al parecer, los han considerado un entretenimiento ligero y no materia de seria reflexión, como era mi pretensión original, al resultarme difícil creer que un comisario imperial pudiera andar tan falto de los ideales que supuestamente debía encarnar. Teniendo en cuenta su reputación pública, comprendo perfectamente esta incredulidad, pero gracias a la relación personal que mantenemos, puedo asegurar a mis lectores que realmente se parecía mucho a la persona que él describe en estas memorias. No obstante, señalaría que, tal vez porque él mismo es consciente de sus carencias, tiene una tendencia a juzgarse con una dureza que tal vez no merezca realmente.

Hasta el momento he concentrado mis esfuerzos en algunos de los encuentros de Cain con enemigos alienígenas del Imperio, aunque en el curso de su prolongada carrera también cruzó armas con todo tipo de monstruosos engendros de la disformidad, desbaratando los oscuros designios de los Poderes Ruinosos y de sus mortales secuaces en numerosas ocasiones. Me pareció, pues, adecuado, especialmente teniendo en cuenta el interés en los volúmenes previos de otros inquisidores del ordos, además de mí, seleccionar uno de esos incidentes para hacerlo objeto de una difusión más amplia.

Me fue de gran ayuda en esta decisión el hecho de que se sigue cronológicamente de los dos extractos anteriores, aunque la tendencia de Cain a registrar sus memorias de manera poco sistemática, a medida que se le van ocurriendo las distintas anécdotas, hace que el material original se presente como una especie de digresión extensa. Esto fue lo que sucedió en la narración del famoso incidente durante la 13.ª Cruzada Negra y cuando tuvo que abandonar su retiro para defender todo un mundo con apenas algo más de un puñado de sus cadetes de la Schola Progenium. Esto tendrá que esperar a otro volumen por supuesto. Mientras tanto, creo haber entresacado con éxito el material pertinente a la campaña de Adumbria, presentándolo aquí como un relato independiente y razonablemente coherente.

Al igual que los extractos anteriores, estos acontecimientos tuvieron lugar mientras Cain prestó servicio con el 597.º valhallano y abarcan los primeros encuentros del incipiente regimiento con las fuerzas del Caos. Un punto de especial interés es la

descripción que hace Cain de la reacción de los soldados rasos ante el Gran Enemigo y la forma que tomaron sus maquinaciones, que espero sirvan de llamada de atención a aquéllos de mis lectores susceptibles de caer en las redes del radicalismo.

Puesto que, como de costumbre, Cain es desesperantemente vago sobre la mayor parte de las cosas que no lo afectan personalmente, he mantenido la costumbre de insertar extractos de otras fuentes donde son necesarios para presentar un registro más cabal de los acontecimientos que tuvieron lugar en Adumbria y en el sistema que lo rodeaba. Por desgracia, igual que en la ocasión anterior, algunos de dichos extractos son las divagaciones verborrágicas de Jenit Sulla, por lo cual no puedo por menos que disculparme por adelantado. De haber tenido otra alternativa a mi alcance, pueden estar seguros de que la habría usado.

Tal como hice en los volúmenes anteriores, he dividido en capítulos la tan desestructurada narrativa de Cain con el fin de facilitar su lectura, y tampoco en esta ocasión he resistido la tentación de prologarlos con una selección de la colección de citas que él llevaba para la instrucción y diversión de sus estudiantes de la schola. Al margen de esto, he limitado mis interpolaciones a ocasionales notas al pie, dejando que Cain contara la historia en su propio e inimitable estilo.

AMBERLEY VAIL,
Ordo Xenos



UNO

> Cuanto más nos sonreía y nos llamaba amigos, tanto más sujetábamos nuestros bolsillos.
>
> **ARGUN SLYTER**
> ***La estratagema de Wastrel* acto 4, escena 1**

Ya he tenido cuota más que suficiente de sorpresas desagradables a lo largo del siglo aproximado que llevo combatiendo a los enemigos del Emperador, cuando no había posibilidad de salir corriendo o de esconderse de ellos, pero la repentina aparición de Thomas Beije en los corredores de la *Benevolencia del Emperador* es algo que todavía no puedo recordar sin un estremecimiento. Y no porque la situación pusiera en peligro mi vida de una manera particular, lo cual ya de por sí era bastante raro teniendo en cuenta el tipo de sorpresas que generalmente recibía, sino porque la imbecilidad supina que el personaje desplegó a continuación me provoca una curiosa sensación de enfado. El hecho fue que casi acabó poniendo un mundo imperial en manos de los Poderes Ruinosos, envuelto en papel celofán y con un bonito lazo rosa y, lo que es peor, podría haber desembocado en mi ignominiosa ejecución de no haber tomado las cosas el cariz que tomaron. A todo esto se suma la oleada de recuerdos indeseables que su presencia me evocó en ese momento. Nunca me había caído simpático, desde la época en que ambos éramos comisarios cadetes en la Schola Progenium, y supongo que me habría seguido cayendo así aunque no le hubiera dedicado un solo pensamiento después de que fuimos considerados aptos para imponer nuestra presencia a un regimiento cualquiera y para ser enviados a cualquier punto de la galaxia. (Aunque tengo la fundada sospecha de que, en mi caso, entregarme la banda escarlata y mostrarme educadamente dónde estaba la puerta les pareció la forma más fácil de evitar que todos mis tutores renunciaran en masa.)[1]

—Ciaphas. —Acompañó el saludo con una inclinación de cabeza, como si siempre nos hubiéramos llevado bien, y con una sonrisa tan sincera como la de un eclesiarca distribuyendo galletas enfrente de los transmisores de imagen con su propia

cara mofletuda manchada de chocolate—. Me enteré de que estabas a bordo.

Eso no me sorprendió. A esas alturas de mi carrera, mi reputación me precedía adondequiera que fuese, allanando el terreno de una manera que a menudo me hacía la vida mucho más fácil y, como para compensar, arrastrándome a veces a situaciones tan peligrosas que sólo de pensarlo se me hacía un nudo en el estómago. Lo más seguro era que para entonces, a tres días de Kastafore[2], todos los tripulantes de la nave estuvieran enterados de que Cain, el Héroe del Imperio, estaba a bordo y o bien aparentaran que no se dejaban impresionar por ese tipo de cosas o bien trataran de encontrar la manera de rozarse conmigo para favorecer sus propias carreras a la sombra de mi éxito personal. Bueno, pensé, buena suerte a todos lo bastante ilusos para intentar lo segundo.

—Beije —respondí con un gesto que era apenas un amago de saludo, fastidiado porque hubiera usado mi nombre de pila. Jamás habíamos sido amigos en la schola, y el hecho de que ahora se creyera eso me sacaba de mis casillas. Bien pensado, no recuerdo que él tuviera algún amigo, sólo un pequeño grupo de amigotes tan beatos y engreídos como él, siempre cantando las loas del Emperador o corriendo a los superintendentes para chivarse de las infracciones insignificantes de otros estudiantes. La única ocasión en que alguien se alegraba de verlo era en la pista de scrumball, donde lo aporreaban con entusiasmo a la menor oportunidad, tuviera o no la pelota—. No tenía la menor idea de que formaras parte de esta pequeña excursión.

La sonrisa se le ladeó un poco al tomar nota de la pequeña pulla, pero era lo bastante listo para darse cuenta de que montar un lío por ello en público no era una buena idea. Los corredores se iban llenando de altos oficiales de la Guardia, entre los cuales destacaban las casacas negras y las bandas escarlata de un puñado de comisarios como yo, que se dirigían hacia uno de los salones de esparcimiento donde se suponía que el general supremo iba a celebrar una sesión informativa dentro de unos minutos. No en persona, por supuesto, ya que viajaba con cierto estilo en la nave insignia de la flotilla, pero los tecnosacerdotes habían improvisado un sistema para que se transmitiese la imagen a todas las naves de la fuerza expedicionaria de modo simultáneo antes de hacer la transición a la disformidad.

—Yo no me atrevería a calificar de excursión el enfrentamiento con los enemigos de la humanidad —dijo con gesto envarado—. Es nuestro sagrado deber preservar los benditos dominios del Emperador de la menor mácula de los impuros.

—Claro que sí —respondí, sintiéndome tan incapaz como casi treinta años antes de resistirme a la tentación de meterme con aquel pequeño meapilas—, pero estoy seguro de que a él no le molestaría que nos divirtiéramos un poco mientras lo hacemos. —De más está decir que los horrores de todo tipo que pudieran estar aguardándonos no tenían absolutamente nada que ver con mi idea de lo que es divertido, pero ése era el tipo de cosas que se suponía decían los héroes, y le cayó bien

a la multitud que nos rodeaba y que trataba de aparentar que no estaba escuchando nuestra conversación.

—Lamento interrumpir su tertulia, comisario —la coronel Kasteen carraspeó y echó una mirada al cronógrafo con estudiada displicencia—, pero creo que sería poco cortés hacer esperar al general.

—Gracias, coronel —contesté, agradecido por su intervención y haciéndoselo notar con una mirada que ninguno de los presentes a excepción del mayor Broklaw, su segundo, habría sabido interpretar. Nuestros años de servicio juntos[3] nos habían permitido entablar una relación tan próxima a la amistad como lo permitían nuestros respectivos puestos y que contribuía en no pequeña medida a la buena marcha del regimiento.

—¿Es ésta tu coronel? —preguntó Beije con mal disimulada incredulidad. Kasteen apretó la boca en un intento de contener su respuesta instintiva que, por mi larga experiencia, sabía que sería corta, concisa y anatómicamente improbable.

Satisfecho de poder retribuir el favor que acababa de hacerme, asentí.

—Ciertamente lo es —dije—, y sumamente buena. —Después rompí a reír y le di a Beije unas palmaditas en la espalda que, según mis recuerdos de los días en la schola, era algo que siempre había detestado—. No creo que hayas olvidado cómo se leen las insignias de grado.

—No había reparado en ellas —farfulló, poniéndose cada vez más rojo. Bueno, tal vez fuera cierto. Kasteen tenía una figura espectacular aunque bastante musculosa, y tal vez no se había molestado en alzar tanto la vista—. Tú me las tapabas.

—Es probable —dije, sin resistirme a prolongar un poco más su incomodidad procediendo a hacer las presentaciones—. Coronel, permítame presentarle al comisario Tomas Beije, antiguo compañero de clase. —Kasteen lo saludó con una inclinación de cabeza informal que Beije imitó con celo un poco excesivo, tratando de compensar su omisión de las buenas maneras—. Beije, ésta es la coronel Regina Kasteen, comandante del 597.º valhallano. Y el mayor Ruput Broklaw, su segundo al mando.

—Comisario. —Broklaw le alargó una mano que Beije estrechó tras un momento de vacilación, haciendo una mueca de dolor cuando el mayor le apretó la suya. Había intentado lo mismo conmigo cuando nos conocimos, y yo había dado las gracias por los dedos auménticos de mi mano derecha—. Cualquier amigo del comisario Cain es siempre bienvenido entre nosotros.

—Gracias. —Beije recuperó su mano, aunque no era muy probable que hubiera captado que el tono de Broklaw en realidad lo dejaba fuera de aquella invitación general. Comprometido por las convenciones sociales, señaló con un gesto vago a los dos hombres que tenía a su lado—. El coronel Asmar, del 229.º tallarniano y el mayor Sipio, su segundo.

Eché otra mirada a Kasteen y a Broklaw, divertido por el contraste que se advertía entre los dos grupos. Mientras que los de Tallarn eran bajos y de tez oscura y vestían las guerreras holgadas de su mundo desértico, los valhallanos eran de lo más diversos. Kasteen llevaba la cabellera pelirroja en una cola de caballo y tenía unos ojos azules tan claros como los cielos que cubren los campos helados de su mundo natal, mientras que los ojos gris pizarra de Broklaw eran fiel reflejo del pelo oscuro como la noche que enmarcaba su cara. Teniendo en cuenta lo que ellos consideraban el calor asfixiante de las áreas fuera de las que teníamos asignadas y que, como de costumbre, mantenían refrigeradas a temperaturas que cortaban el aliento, iban vestidos con sencillos trajes de faena y sólo llevaban en el cuello las insignias propias de su rango. Para ser justos, pues, supongo que se podía disculpar a Beije por no haberse dado cuenta en un primer momento de quiénes eran, aunque eso no iba a impedir que su embarazosa situación me divirtiera.

—Encantado —les dije a los dos oficiales—. Tienen ustedes una formidable reputación como guerreros. Estoy ansioso por oír hablar de las gloriosas victorias de los tallarnianos.

—Nos imponemos por la gracia del Emperador —dijo Asmar con voz sorprendentemente meliflua. Beije asintió con énfasis un poco exagerado.

—Sí, sin duda. Después de todo, la fe es el arma más poderosa de nuestro arsenal.

—Puede que así sea —respondí—, pero yo sigo llevando una pistola láser como apoyo. —No era la observación más ingeniosa de la galaxia, lo reconozco, pero esperaba al menos una sonrisa. En lugar de eso me sorprendió ver que la expresión de los de Tallarn se endureciera.

—Es usted muy dueño, por supuesto. —Asmar hizo una reverencia formal y se volvió para marcharse, seguido de su número dos. Beije vaciló un momento, como si dudase si debía marcharse con ellos, pero no pudo resistirse a dejar caer una última palabra.

—Me temo que no todos aprecian como yo tu sentido del humor —dijo—. Nuestros amigos de Tallarn se toman su fe muy en serio.

—Tanto mejor para ellos —respondí, empezando a entender por qué todavía nadie le había pegado un tiro accidentalmente. Por suerte o por el buen juicio de alguien lo habían asignado a un regimiento de aduladores del Emperador tan faltos como él de sentido del humor. Claro que en aquel momento yo no sabía de la misa la media. En lugar de conductores de Chimera, ellos tenían capellanes, todos de la clase que hace que por comparación los redencionistas parezcan equilibrados[4]. Supongo que de haber sospechado cuáles iban a ser las consecuencias de mi impulso de irritar a Beije y ofender involuntariamente a sus amigos en el proceso me habría mordido la lengua, pero en ese momento permanecía en una beatífica ignorancia y me dirigí a la reunión informativa bastante pagado de mí mismo.

Debido a la demora en el corredor, Kasteen, Broklaw y yo llegamos de los últimos, pero una vez más mi reputación actuó en nuestro favor, y no sé cómo pero nos habían reservado tres asientos a pesar de que no había suficientes para todos. Al pasar observé que Beije y sus tallarnianos estaban entre los apretujados al fondo, de pie e incómodos, y nos miraron con resentimiento mientras avanzábamos hasta la primera fila del auditorio.

En total, éramos cinco los regimientos a bordo de la *Benevolencia del Emperador*, una nave de transporte de tropas antediluviana de tipo Galáctico que, al parecer, sólo se mantenía en funcionamiento gracias a la constante actividad de los tecnosacerdotes y visioingenieros, y el personal al mando de todos ellos eran un buen número; la mayoría de ellos habían enviado a todos sus oficiales para ahorrarse el esfuerzo de repetir el ejercicio más adelante, y pude ver a todos los comandantes de nuestra propia compañía y a sus subordinados inmediatos dispersos entre la multitud antes de tomar asiento.

Aparte de nosotros y de los de Tallarn, la nave transportaba un regimiento blindado de valhallanos cuyos Leman Russ había visto encantado en la bodega contigua a la nuestra (y que, a su vez, parecían igualmente satisfechos de haberse encontrado viajando con otra unidad de su mundo de origen) y un par de regimientos recién reclutados en Kastafore. Los oficiales de allí eran fáciles de distinguir, por lo nuevos que estaban sus uniformes y por la expresión de interés con que miraban todo lo que les llamaba la atención (sobre todo las mujeres del 597.º).

Los mecanos[5] habían estado atareados, de eso no cabía duda. Había cables tendidos por toda la estancia, atendidos por acólitos de túnicas blancas que entonaban los rituales adecuados de activación, y terminaban en lo que reconocí como una pantalla hololítica de tamaño y complejidad notables. En ese momento estaba proyectando una imagen rotatoria del águila imperial, que relumbraba y chisporroteaba como suelen hacerlo todos esos dispositivos, acompañada de una música alegre y de sorprendente vacuidad.

—¿Alguien se acordó de traer las nueces de caba? —pregunté, ya que aquello me recordaba a un holoteatro. Eso desató las risitas aduladoras de unos cuantos oficiales que había por allí. Al cabo de un momento, el murmullo de la conversación fue decayendo junto con el brillo de las luces, el tecnosacerdote de mayor jerarquía activó ceremoniosamente su atril de control y el rostro familiar del general supremo Zyvan reemplazó al águila, cerniéndose sobre nosotros como un globo desenfocado. Tras un momento de acaloradas discusiones de los tecnosacerdotes, alguien arrancó un par de cables de sus enchufes y la música cesó de repente, permitiéndonos oír su voz.

—Gracias a todos por vuestra amable atención —dijo el globo con una voz crepitante por la estática. Hacía algún tiempo desde que había hablado con el general supremo en persona, ya que nuestros caminos se habían cruzado unas cuantas veces

desde nuestro primer encuentro en Gravalax unos seis años antes, y la mayor parte de las ocasiones habían sido, como poco, comprometidas, ya que se produjeron en mitad o bien de una zona de guerra o bien de una crisis diplomática. De todos modos, siempre nos habíamos llevado tolerablemente bien y yo respetaba su preocupación por el bienestar de los hombres bajo su mando, lo cual, por cuanto yo formaba parte de ellos, consideraba como un activo indudable en un líder militar—. Sin duda os habréis estado preguntando por qué os hemos movilizado de forma tan precipitada inmediatamente después del éxito de nuestra campaña contra los orkos en Kastafore. —Unos cuantos de los oficiales de ese mundo respondieron con una ovación que se fue deshaciendo en un embarazoso silencio.

—Ahí viene —le murmuré a Kasteen, que asintió con gesto adusto.

Lo habitual hubiera sido permanecer en el mundo recién purificado al menos unos meses, ayudando a reconstruir los restos en los cuales los pielesverdes habían dejado su marca, asegurándonos de que la FDP hubiera recuperado su fuerza y disfrutando, por lo general, de un pequeño descanso antes de pasar a la guerra siguiente. En lugar de eso nos habían metido a todo correr en la *Benevolencia del Emperador* casi en el momento mismo de nuestra llegada al área de alojamiento, donde ya nos estaban esperando las primeras lanzaderas para volver a ponernos en órbita tal como habíamos llegado. Uno de los nuevos regimientos kastaforeanos nos había precedido. Por fortuna eran demasiado inexpertos como para arrebatarnos los alojamientos más cómodos y las cantinas más accesibles, y los veteranos del 597.º los desplazaron sin dificultad, con lo cual nuestros soldados estaban todo lo contentos que se puede estar en una situación como ésa. No es que fuera mucho, ya que una movilización tan rápida significaba necesariamente que habían surgido problemas inesperados en un sistema más o menos cercano y que nos mandaban a que nos ocupáramos de ellos. Eso quería decir que íbamos en caliente, con escasa idea de lo que nos esperaba, y con el paso cambiado. No es un escenario en el que cualquier guerrero se muera por estar.

Me di cuenta de que tampoco a Zyvan lo hacía muy feliz la situación, claro que el hecho de conocerlo personalmente me daba cierta ventaja en eso. No obstante, lo disimulaba bien, y su aire habitual de absoluta competencia casi no sufría merma por las distorsiones del hololito. Seguro que casi todos los que estaban a mi alrededor se lo creían.

—Recibimos hace diez días un mensaje astropático de una patrulla naval que perseguía a una flotilla de invasores del Caos en la zona más extrema del subsector. —Respondiendo a mis expectativas, la cara de Zyvan desapareció para ser reemplazada por un mapa del grupo de estrellas locales. Kastafore estaba abajo, a la izquierda, casi en el extremo de la pantalla, y un pequeño grupo de iconos de contacto se superponía marcando las posiciones de nuestra flota.

Respiré hondo. Si había leído las runas correctamente, éramos la única nave de transporte de tropas que avanzaba, acompañada por un puñado de naves de guerra. Los demás todavía estaban en órbita cruzando los pulgares, sintiéndose sin duda muy aliviados al ver que por una u otra razón no estaban preparados para marchar. Eso significaba que nosotros éramos la punta de lanza, que íbamos directos hacia lo que pudiera aguardarnos, lo cual significaba a su vez que teníamos todas las probabilidades de soportar el mayor número de bajas. Se me hizo un nudo en el estómago al pensarlo.

Sin embargo, no tuve mucho tiempo para estudiar las implicaciones, ya que la pantalla se sacudió de repente, desplazándose un par de parsecs a la derecha y lanzando ignominiosamente a Kastafore al vacío fuera del campo de proyección. Un par de tecnosacerdotes empezaron a discutir acaloradamente en voz baja y uno de ellos desapareció debajo del atril moviendo con nerviosismo sus mecadendritos.

—Han sido identificados provisionalmente como un grupo que se da el nombre de Devastadores —continuó la voz de Zyvan, en su feliz inconsciencia de que el campo estelar del hololito estaba dando botes como una animadora en la media parte. La imagen se estabilizó cuando una lluvia de chispas saltó del atril de control y el tecnosacerdote volvió a emerger, levemente chamuscado. Tras un bamboleo final, salió disparado hacia un grupo de iconos de contacto que llevaba las runas de las fuerzas del Caos.

Se me erizaron los pelos de la nuca al verlo. El Emperador sabe que he pasado por muchas cosas a lo largo de los años, pero pensar en el Gran Enemigo me sigue perturbando más que nada. Tal vez sea porque he visto mucho de lo que puede hacer, pero pienso que es el hecho de que sea tan imprevisible lo que lo hace tan preocupante. La mayor parte de los enemigos son racionales, al menos dentro de lo suyo: los tiránidos quieren absorberle a uno el material genético; los orkos quieren matarte poniéndolo todo perdido y robarte lo que llevas encima; los necrones sólo quieren matar a todo ser vivo de la galaxia[6]. Pero el Caos es por su propia naturaleza azaroso, y aunque puedas llegar a averiguar detrás de qué anda, la mitad de las veces sólo el Emperador sabe primero por qué lo quieren.

—Han estado atacando sistemas aislados y convoyes mercantes esporádicamente en los últimos años —prosiguió Zyvan, mientras una línea roja iba marcando la trayectoria de sus depredaciones—. Una táctica típica del Caos, sobre todo atacar y huir, infligiendo el mayor número posible de bajas y retirándose a continuación, antes de que llegue la flota y les dé algo que hacer.

—Suena como un culto Khornate —les susurré a Kasteen y a Broklaw, que parecían un poco intrigados, antes de recordar que hasta el momento no se habían topado con secuaces de los Poderes Ruinosos y que tal vez yo fuera el único de los presentes con cierta idea de las divisiones dentro de las filas del Gran Enemigo. Eso

me tranquilizó un poco. Según mi experiencia, era el tipo de renegados más fácil de combatir, ya que casi no tenían más aspiración que entrar en combate lo antes posible y matar a todos los que pudieran antes de que los mataran a ellos. Eso los hacía especialmente susceptibles a las emboscadas y a los ataques por los flancos, lo cual actuaría a nuestro favor, en especial si podíamos llevar a los kastaforeanos delante como señuelo.

—La Armada por fin los alcanzó en las lindes del sistema Salomine e infligió graves pérdidas a su flota —continuó Zyvan. Eso no me sorprendía, ya que había reconocido el icono azul de un mundo colonial tau, donde seguramente los Devastadores habían encontrado una resistencia mucho más tenaz de lo que pensaban. Eso le habría dado tiempo a la flota para darles caza y lanzarse a la matanza de los herejes en aras del bien mayor. A los tau les habría encantado eso, estoy seguro, hasta que cayeron en la cuenta de que ahora tenían una flota imperial agazapada a la puerta y que los herejes ya habían debilitado sus defensas—. Varias naves consiguieron huir refugiándose en la disformidad, pero todavía está por determinarse su número y el tipo al que pertenecían.

—Lo cual nos afecta exactamente… —murmuró Broklaw, con el típico desdén que tiene el soldado de infantería por todo lo que pueda estar haciendo la Armada. Guardia hasta la médula, lo único que le interesaba de las naves estelares era la rapidez y la comodidad con que eran capaces de trasladar al regimiento al siguiente planeta al que se suponía que debíamos marchar por todas las sombras del infierno para mantener la paz y la estabilidad de la galaxia.

Como respondiendo a su pregunta, Zyvan reapareció, señalando un punto insignificante que a mí me pareció muy similar a cualquier otro sistema.

—Nuestros navegadores consideran altamente probable que acaben aquí, en el sistema Adumbria, sobre todo si sus motores de disformidad han sufrido daños. Al parecer, las corrientes de la disformidad son muy fuertes y turbulentas en torno a Adumbria Prime, y es muy probable que los arrastren hacia allí. —Se encogió de hombros—. A menos que estén poniendo rumbo a ese lugar voluntariamente, lo cual el navegador de la flota considera muy posible, teniendo en cuenta la dirección que llevaban. Qué puede interesarles de un lugar perdido como ése es algo que nadie sabe. Tal vez sea solamente el objetivo más conveniente de la lista después del anterior. —Su voz se hizo más dura, y eso, por mi experiencia, significaba que había tomado una decisión sobre algo, y nada que no fuera una orden directa del propio Emperador (o tal vez una palabra musitada por la Inquisición) podría disuadirlo de llevarla adelante—. En cualquier caso, cuando lleguen se van a llevar una sorpresa. Si las corrientes de disformidad siguen siendo favorables, llegaremos antes que ellos. Si somos realmente afortunados, el resto de la fuerza de ataque tendrá tiempo de alcanzarnos allí.

No me importa reconocerlo, la última frase hizo que me recorriera un escalofrío

por la espalda. Lo que había querido decir era que, de no mediar un milagro, estaríamos librados a nuestra suerte, enfrentados a cualquier cosa, incluso a una flota de invasión a gran escala, con apenas cinco regimientos y un puñado de naves.

—¿Y si no? —preguntó Kasteen en voz baja. Era evidente que había llegado a la misma conclusión que yo.

—Entonces las cosas se van a poner muy interesantes —dije, consiguiendo mantener la voz firme gracias a un supremo esfuerzo de voluntad. Las circunstancias demostrarían que me había quedado absolutamente corto, aunque ni siquiera en mis hipótesis más pesimistas hubiera pensado que nos encontraríamos metidos en un complot tan diabólico como para amenazar a la mismísima trama del mismísimo Imperio.



Nota editorial:

Aunque Cain hace suficientes referencias a las peculiares condiciones imperantes en Adumbria para permitir que un lector astuto las deduzca, jamás se toma la molestia de enunciarlas explícitamente. Esa es la razón por la que he añadido el siguiente extracto que, espero, lo dejará todo claro y contribuirá a explicar lo que sigue.

De Lugares interesantes y gente tediosa: Libro de viaje de un trotamundos,
de JERVAL SEKARA, 145 M39.

Adumbria es un lugar muy peculiar, incluso entre un conglomerado de mundos tan vasto como nuestro amado Imperio, por cuanto está rotacionalmente unido a su sol. Esto en sí mismo no es tan insólito, por supuesto; lo interesante es que, a diferencia de la mayor parte de ejemplares de planetas de este tipo, Adumbria está comprendido dentro de la biosfera primaria de la estrella en torno a la cual describe su órbita. El resultado neto de esto es que un lado, un desierto asolado por las ventiscas y el hielo, está condenado a una noche perpetua, mientras que su otra y brillante mitad es castigada por el calor implacable del sol de una manera constante.

No es de extrañar que la gran mayoría de su población viva en el llamado Cinturón de Sombra, una franja estrecha que va de un polo al otro, donde hay temperaturas tolerables. En dicha franja podrán encontrar ustedes ciudades capaces de rivalizar con las de los mundos más civilizados, con bares, restaurantes y locales de entretenimiento que abarcan toda la gama, desde los decididamente opulentos hasta los que pueden figurar entre los recomendados por la Sociedad para la Asistencia de Viajeros.

Apartados del centro de las poblaciones se encuentran los escasos complejos agrícolas que puede mantener el planeta y dos mares interiores, alimentados por las extensiones nevadas de la cara oscura y rodeados de agradables balnearios. Por supuesto, los precios van subiendo cuanto más cerca están del lado soleado, ya que la temperatura del agua sube en consecuencia, al igual que el nivel de luminosidad reinante. Los veraneantes avisados suelen buscar la llamada «franja crepuscular», donde el sol está tan próximo al horizonte como para que el cielo esté permanentemente enrojecido, proporcionando un espectáculo siempre cambiante de belleza natural abrumadora…

[Omitimos aquí varios párrafos de superfluos folletos de viajes.]

Los lados de sol y oscuridad absolutos de Adumbria tienen poco que ofrecer al trotamundos refinado, ya que prácticamente no tienen otra cosa que temperaturas extremas que ponen en serio peligro la vida. A pesar de todo, unos cuantos individuos esforzados (o tal vez descabellados) consiguen llevar adelante su vida allí, cazando la fauna que se ha adaptado a esos extremos y extrayendo minerales de la roca o realizando las tareas que ocupan el tiempo de las clases artesanas.



DOS

Una cosa hay que reconocerles a los enemigos, nos hacen la vida más interesante.

GILBRAN QUAIL
Compilación de ensayos

Al principio, a pesar de la aprensión que no me abandonaba mientras la *Benevolencia del Emperador* se iba internando en la disformidad, daba la impresión de que, después de todo, las cosas iban a salir como las habíamos planeado. Hicimos la transición de vuelta al universo material sin incidentes y encontramos el sistema Adumbria totalmente libre de herejes merodeadores. Las únicas naves que nos salieron al encuentro fueron una sorprendida patrulla de vigilancia y la nave mercante a la que iban persiguiendo, que apenas tuvo tiempo para ofrecernos una variedad de productos para el ocio de dudosa procedencia antes de que la tripulación de la patrullera la abordara y le confiscara toda la carga.

En suma, cuando hubimos recorrido toda la órbita de Adumbria, casi me había dejado llevar por esa sensación de falsa seguridad que, por lo general, mi natural paranoia mantiene a raya.

—Un lugar interesante —dijo Kasteen, uniéndose a mí en la ventanilla de observación de babor de la bodega de recreo. Asentí, perdido todavía en la contemplación del planeta que se veía allá abajo. Ya había visto una buena cantidad de mundos en mis años de vagabundeo por la galaxia y habría de ver muchísimos más antes de conseguir llegar a un retiro honroso, pero no muchos de ellos están tan firmes en mi memoria como Adumbria. No es que fuera hermoso, ni de lejos, pero se rodeaba de una especie de grandeza desafiante, como una viuda venida a menos que se niega a reconocer el paso de los años.

Para entonces nuestra nave de transporte se había unido al grupo de naves mercantes que, naturalmente, se reunían en el punto donde el ecuador cruzaba el cinturón de sombra, manteniéndose a apenas algunos kilómetros por encima de la

capital planetaria[7], que llevaba el poco inspirado nombre de Skitterfall[8]. Comprobé sorprendido que la vista se apartaba naturalmente del resplandor de la cara brillante, que yo había supuesto que sería el foco de atención, para quedar prendida de los atractivos inesperadamente sutiles de la cara oscura. Lejos de estar envueltos en una negrura impenetrable, como yo había pensado, brillaban con la tonalidad levemente azul de la luz de las estrellas que reflejaban, rebotando en las planicies de hielo y nieve que cubrían todo el hemisferio. Cuanto más miraba, más conciencia tomaba de un millar de sombras sutiles y punteados en aquel resplandor aparentemente uniforme resultante de la luz que rebotaba de forma irregular en las montañas, cañones, y qué sé yo que otras irregularidades geográficas.

—No va a estar mal bajar ahí —apuntó Kasteen, siguiendo la dirección de mi mirada. Por supuesto, eso era opinable; siempre me ha disgustado el frío intenso en el que mis colegas valhallanos se sienten a sus anchas, y pensaba en las temperaturas heladoras que nos esperaban a nuestra llegada con menos entusiasmo que a la flota del Caos que se aproximaba. Pero para ser justos, jamás he oído a ningún valhallano quejarse del calor excesivo que encontraban casi en cualquier lugar al que iban, y yo no estaba dispuesto a perjudicar mi reputación, y mucho menos mi liderazgo, pareciendo menos estoico que ellos.

—Estoy seguro de que los soldados estarían de acuerdo —respondí, en cambio. Habíamos pasado ya algunos inviernos en planetas templados en los últimos años, pero no había visitado un mundo helado desde nuestra breve y abruptamente truncada estancia en Simia Orichalcae. El lado oscuro de Adumbria no era lo mismo, pero sería lo bastante frío como para que, al menos ellos, se sintieran en casa.

Una débil vibración sacudió las planchas de la cubierta debajo de nuestros pies, demasiado familiar incluso para llamarnos la atención, y observamos mientras uno de los transbordadores se dirigía al planeta que esperaba allá abajo. Sus motores lanzaron un breve fogonazo al corregir el rumbo, y luego desapareció entre las incontables lanzaderas que entraban y salían del puerto estelar que teníamos debajo. Los puntos de luz más vivos que se veían a lo lejos debían de ser las naves más grandes a las que servían, mercantes en su mayor parte, ya que Zyvan había dejado que el grueso de nuestras naves de guerra formara una línea en el sistema exterior. Aparte de la *Benevolencia del Emperador*, la única nave de nuestra flotilla de relevo que había recorrido todo el camino hasta Adumbria era la *Indestructible II*, un crucero de batalla de clase Armagedón que el general supremo había elegido como transporte para sí mismo y para su estado mayor[9]. Nada más llegar a la cubierta de observación me había entretenido tratando de identificarlo, pero a esta distancia el esfuerzo era inútil y abandoné rápidamente el juego prefiriendo dedicarme a estudiar el mundo que habíamos venido a defender.

—Da la impresión de que nuestros amigos de Tallarn están tan ansiosos como

nosotros de descender —comentó Kasteen, observando cómo desaparecía la lanzadera. Su tono era estudiadamente neutral, pero las implicaciones eran claras: se alegraba de verles la espalda, y yo también.

En el mes aproximado que llevábamos transitando la disformidad, el regimiento había recurrido a todas las formas tradicionales de pasar el tiempo, incluida la de retar a los demás a diversas competiciones deportivas. El 425.º blindado se había dedicado a las relaciones sociales con todo el entusiasmo que es dado esperar de un regimiento que descubre que ha tenido la suerte no sólo de compartir la nave con otra unidad de su planeta, sino también de que ésta tenga un gran número de mujeres, mientras que los kastaforeanos habían hecho lo que habían podido para mantener el tipo contra un regimiento de veteranos endurecidos en el combate, y, visto lo visto, habían salido bastante bien parados. Los de Tallarn, por otra parte, se habían mantenido distantes, ya que su idea de pasárselo bien aparentemente consistía en mantener innumerables reuniones dedicadas a la oración e inefablemente aburridas.

A pesar de todo, las relaciones no habían llegado a ser realmente gélidas hasta que se negaron a tomar parte en la competición de combate sin armas entre regimientos porque el 597.º había incluido a una de nuestras mujeres en el equipo. Esto, nos hizo saber secamente el coronel Asmar, era «impresentable». A nadie sorprendió, excepto a Asmar y probablemente a Beije, que el campeón de su regimiento fuese rápida e informalmente retado a un combate espontáneo la vez siguiente que se le ocurrió pisar la cubierta de recreo. Debo informar con cierto grado de satisfacción que no tardó en ser derrotado por la cabo Magot, una joven despreocupada y rayante en la sociopatía que apenas le llegaba al mentón. (Lo cual no tenía gran importancia, ya que le bastó una décima de segundo tenerlo al nivel de su rodilla).

Por supuesto, esto sacó a Beije de sus casillas y entró en tromba en mi oficina exigiendo saber qué iba a hacer yo al respecto.

—Nada. Absolutamente nada —le dije con mi sonrisa más encantadora mientras le ofrecía el asiento más incómodo—. Ya me he ocupado del tema. —Me volví hacia Jurgen, mi maloliente e indispensable ayudante—. Jurgen, ¿sería tan amable de traerle al comisario Beije un té? Parece un poco agitado.

—Por favor, no se moleste por mí. —Beije palideció al llegarle de lleno los efluvios de Jurgen, mientras yo lo dejaba para que se cociera en su propio jugo en la antesala el tiempo que consideré necesario antes de que desistiera y se marchara. Creo que su apetito se vio algo afectado por la experiencia.

—No es ninguna molestia —le aseguré—. Yo suelo tomar un pequeño refrigerio a esta hora. Dos tazones, Jurgen, por favor.

—Comisario. —Jurgen me hizo un torpe saludo, como siempre, y se escabulló consiguiendo, no se sabe cómo, que pareciese que el uniforme jamás tocaba realmente su cuerpo, cosa que, dado el consabido descuido de su higiene personal y sus

perpetuos accesos de psoriaris, habría sido comprensible. Beije lo observó mientras se iba con una expresión de absoluta incredulidad.

—En nombre del Emperador (y maldita si no hizo el signo del aquila al pronunciar el Nombre Sagrado), ¿por qué permites un descuido tan palpable de las normas? ¡Ese hombre debería ser azotado!

—Jurgen es un caso muy especial —dije, pero sin la menor intención de revelar en qué consistía ese carácter especial, ya que Amberley nos había dejado muy claro a los dos la necesidad de no atraer sobre él la necesidad de otro inquisidor que no fuera ella.

Beije me miró con escepticismo, pero la etiqueta del comisariado exigía que se me confiasen todas las cuestiones relativas al regimiento cuya moral debía salvaguardar, de modo que no tenía más remedio que aceptarlo. No dudaba de que pudiera suponer alguna razón oculta e inconfesable y que pudiese caer en la tentación de andar por ahí con sus habladurías, de modo que le dejé ver un atisbo de la verdad.

—A pesar de su aspecto, es un ayudante de extraordinaria habilidad y eficiencia, y su lealtad para con el Emperador es tan inquebrantable como la de cualquier otro hombre que yo haya conocido. —Lo más importante era que confiaba en él plenamente para cubrirme las espaldas y que su actitud vigilante me había salvado la vida en más ocasiones de las que podía enumerar sin hacer un esfuerzo—. Creo que eso importa más que el hecho de que su uniforme no esté demasiado limpio.

Está bien, reconozco que decir de Jurgen que no era demasiado limpio era como decir que Abaddon el Saqueador se levanta un poco malhumorado, pero sabía que adoptar una actitud despreocupada era la mejor forma de molestar a Beije. Conocía bien a ese hombre (bueno, todo lo que puede esperarse dado el número de veces que le había dejado sorpresas en su litera de la schola) y reconocí el gesto tirante de sus labios con bien disimulada satisfacción.

—Eso te toca a ti decidirlo, por supuesto —respondió, como si tratara de no hacer caso de un mal olor. Eso fue exactamente lo que tuvo que hacer un momento después, cuando volvió Jurgen con una bandeja que contenía dos tazas de té y una tetera humeante.

Esperé mientras lo servía, disfrutando al ver los reparos de Beije al coger el cuenco que mi ayudante le ofrecía, y después cogí el mío.

—Gracias, Jurgen. Eso es todo por ahora.

—Muy bien, comisario. —Señaló la placa de datos que había traído con el té y la dejó sobre mi escritorio—. Cuando tenga un momento, aquí tiene un mensaje del general supremo.

Beije estuvo a punto de atragantarse con el té cuando Jurgen y su aroma salieron de la habitación.

Asentí comprensivo.

—Lo siento, debería haberte advertido de que el tanna tiene un sabor un poco peculiar.

—¿Ni siquiera vas a mirarlo? —preguntó.

Eché un vistazo a la pantalla.

—No es urgente —lo tranquilicé.

Beije me miró con gesto de desaprobación.

—Todo lo que comunica el general supremo es urgente.

Me encogí de hombros y giré la pantalla para que pudiera verla.

—Sólo quiere saber si voy a estar libre para picar algo y jugar al regicida cuando hayamos aterrizado —dije—. No creo que figure en su lista de prioridades.

Las expresiones que se fueron sucediendo en la cara de Beije no tenían precio: sorpresa, incredulidad, envidia absoluta y, por fin, un gesto estudiado de neutralidad y compostura.

—No sabía que mantuvierais una relación personal.

Volví a encogerme de hombros con toda la displicencia que pude reunir.

—Nos hemos topado el uno con el otro unas cuantas veces; y parece que congeniamos. Para ser sincero, creo que simplemente aprovecha la oportunidad de tratar con alguien que no pertenece a la cadena de mando. No creo que fuera muy propio que se relacionara con oficiales de la Guardia, después de todo.

—Supongo que no —farfulló Beije. En realidad, sospecho que realmente era ésa la razón principal por la que Zyvan se tomó interés en mi carrera y se toma la molestia de invitarme a cenar de vez en cuando[10]. Bebió con cuidado otro sorbo de tanna y me miró a través del vapor—. Debo decir que me sorprendes, Ciaphas.

—¿Y eso? —pregunté, privándolo de la satisfacción de mostrarme irritado por el hecho de que usara mi nombre de pila y saboreando el amargo posgusto de mi propia infusión.

—Esperaba que hubieras cambiado más. —Su cara mofletuda adoptó una expresión intrigada que le dio el aspecto de un niño con cólicos—. Todos esos honores, las gloriosas hazañas que has realizado en nombre del Emperador… —La verdad, las había llevado a cabo para salvar el pellejo, pero por supuesto nadie tenía por qué saberlo, y mucho menos Beije—. He oído hablar mucho de todo ello, claro, pero nunca entendí muy bien cómo un gandul como tú podía haber conseguido ni la mitad de eso.

—El Emperador nos protege —dije con cara muy seria.

Beije asintió piadosamente.

—Por supuesto que sí. Pero tú pareces especialmente favorecido. —Su ceño se frunció aún más, como si estuviera a punto de llevarse a la boca un jarro de leche con miel[11]—. Ya sé que no somos quiénes para poner en duda la divina providencia, pero no entiendo…

—¿Por qué yo? —acabé la frase por él y Beije asintió.

—No lo diría exactamente así, pero… bueno, sí. —Extendió las manos, salpicándose la manga con tanna—. Has sido objeto de tanta gracia divina, la mano del Emperador se extendió hacia ti tantas veces y, sin embargo, conservas la misma actitud despreocupada. Para ser sincero, habría esperado más piedad.

De modo que de eso se trataba. Se sentía moralmente ultrajado por el hecho de que su antiguo enemigo de la schola hubiera alcanzado tanto éxito y gloria mientras él estaba atascado en un puesto sin futuro, con un puñado de aduladores del Emperador tan faltos como él de sentido del humor. En otras palabras: verde de envidia. Me encogí de hombros.

—Parece ser que al Emperador no le importa, y no veo por qué habría de importarle. —Di otro sorbo a mi té y le brindé mi sonrisa más abierta y amistosa. Abrió y cerró la boca varias veces—. ¿Alguna otra cosa?

—Sí. —Sacó una placa de datos para que le echara un vistazo—. Copias de los procedimientos disciplinarios contra el soldado Hunvik. —El nombre no me dijo nada hasta que leí los cargos en el encabezamiento de la hoja y me di cuenta de que éste debía de ser el hombre con el que se había topado Magot.

—¿Ataque a un oficial superior? —pregunté con escaso interés.

Beije hizo un gesto de desdén.

—El… la soldado de tu regimiento era cabo.

Pensé que resultaba divertido que no pudiera decir «mujer». En cierto modo, aquello debía de dolerle más que el simple hecho de que el campeón de su regimiento hubiera sido derrotado. Asentí.

—Todavía lo es. —Sus ojos se entrecerraron mientras yo seguía revisando la pantalla—. Veo que, sin embargo, no has aplicado la pena de muerte por ese cargo.

—Había circunstancias atenuantes —replicó Beije con un tono algo defensivo.

—Cierto. Conociendo a Magot, estoy seguro de que fue ella la que dio el primer golpe. —Y probablemente los dos siguientes también. Mari Magot era una mujer para la cual la palabra «ensañamiento» carecía por completo de significado—. Confío en que los médicos hayan hecho algo para aliviarlo.

—Todo lo que pueden —asintió Beije con gesto tenso.

—Bien. No se puede castigar a un hombre por pendenciero si no puede ponerse de pie, ¿verdad? Deséale una pronta recuperación de nuestra parte. —Pasé el archivo a mi escritorio, como si fuera a molestarme en leerlo, y añadí otro a la placa de Beije antes de devolvérsela.

Le echó una mirada y apretó los dientes.

—¿Ésa es tu manera de ocuparte de ello? ¿Una reprimenda y readmisión en el servicio?

Asentí.

—Magot es la nueva SJP[12] de su escuadrón. Están empezando a acostumbrarse a ella. Si los reorganizáramos ahora, cuando estamos entrando en una zona de guerra, minaríamos su eficiencia en un grado inaceptable.

—Ya veo. —Su mirada se hizo más dura—. Es otro caso especial.

—Lo es —acepté. Tampoco esta vez tenía intención de contarle lo especial que era, ya que la línea oficial sobre el fiasco de Simia Orichalcae era que había sido una victoria gloriosa aunque un tanto pírrica sobre los asquerosos pielesverdes, y Amberley había dejado bien claro que la ira de la Inquisición caería sobre cualquiera que pronunciase una sola palabra sobre lo que habíamos encontrado allí. Y yo conocía a Amberley lo suficiente para saber que nunca amenazaba en vano. No obstante, subsistía el hecho de que Magot, que entonces era soldado raso, había atravesado conmigo una tumba de necrones y había salido al menos tan equilibrada como cuando entró (fuera cual fuese su grado de equilibrio). La Guardia necesitaba soldados de ese calibre, y si yo tenía que flexibilizar unas cuantas normas para conseguir que se siguieran interponiendo entre mi persona y cualquier cosa que la disformidad estuviera a punto de vomitarnos encima, era capaz de hacer *origami* con el reglamento sin pensármelo dos veces.

—Entonces no hay más que hablar. —Beije se metió otra vez la placa de datos en el bolsillo de su capote, deduciendo sin duda una relación por lo demás inadecuada entre una soldado y el comisario que probablemente era un motivo más para estar celoso de mí. (Craso error, por supuesto. Por un lado, yo nunca he sido tan imbécil; por otro, las preferencias de Magot iban en una dirección totalmente diferente, y lo más importante de todo: en mi vida sólo hay lugar para una mujer letalmente peligrosa[13]).

—Eso creo —dije, borrándolo por completo de mi mente. Si me hubiera dado cuenta en ese momento de la animosidad que despertaba en él y, por consiguiente, en todos los de Tallarn, habría sido mucho más diplomático, de eso pueden estar seguros. Sin embargo, no fue así, y las consecuencias de aquella conversación todavía coleaban unas semanas después, de ahí que todo lo que sentí al ver partir la lanzadera fue una sensación de alivio pensando que había conseguido librarme de Beije para el resto del viaje y que era poco probable que volviera a ponerle los ojos encima.

No obstante, como ya he dicho en más de una ocasión, el Emperador tiene un extraño sentido del humor.

La primera etapa de nuestro desembarco pasó tan suavemente como un trago de amasec de cincuenta años de añejamiento. Fuimos el segundo regimiento transportado a tierra, y las naves de desembarco empezaron a cargar soldados y equipo en cuanto los de Tallarn hubieron dejado libres sus cubiertas. Al cabo de unos momentos, el hangar empezó a llenarse del tranquilizador olor a promethium cuando nuestros camiones y Chimera empezaron a subir por las rampas de carga y el espacio

se llenó del eco profano de los NCO metiendo sus pelotones en los compartimentos de pasajeros. Seguro de que, como de costumbre, Jurgen había empaquetado nuestras pertenencias con su eficiencia inigualable, me dediqué a disfrutar cómodamente del espectáculo.

Y vaya espectáculo. Hay pocas cosas tan impresionantes como la vista de un regimiento de la Guardia bien entrenado en movimiento: casi mil personas atareadas en apilar cosas, trasladarlas, perderlas, volverlas a encontrar y, por lo general, tropezando las unas con las otras de una manera que misteriosamente permite que las cosas se hagan con una eficiencia casi sobrehumana. Desde donde me había apostado, en una galería que daba a la planta principal del hangar, podía ver a los vehículos y soldados de un lado para otro sobre una vasta planicie de acero que tenía casi un kilómetro de profundidad y donde las naves de desembarco esperaban pacientemente en línea hasta perderse en la distancia y quedar reducidas al tamaño de juguetes[14].

—He puesto nuestras cosas en la primera lanzadera, comisario. —La voz de Jurgen, precedida por su aroma inconfundible, interrumpió mis pensamientos.

—Gracias, Jurgen —asentí con aire ausente—. ¿Están listos para partir?

—Cuanto usted lo esté, señor.

—Entonces podemos ponernos a ello —dije, tratando de calmar el leve revoloteo de aprensión que sentía en el estómago. Aquí, en las tripas de una nave estelar, era posible creer en una ilusión de seguridad, y en cuanto tocáramos tierra, estaríamos juntando los pulgares esperando que empezara la guerra (o eso pensaba yo en ese momento). Pero habían derribado a demasiadas naves debajo de mis pies como para no pensar en lo vulnerables que serían una vez que llegara la flota de guerra de los herejes, y sabía que mis oportunidades mejorarían considerablemente cuando posara las plantas en el planeta de allá abajo. Activé mi intercomunicador.

—Coronel, estoy embarcando ahora mismo.

—Que el Emperador lo acompañe, comisario. —Kasteen me sonó distraída, como era inevitable que estuviese, tratando de solucionar una docena de crisis de menor importancia a la vez—. Nos vemos abajo.

—Estaremos esperando —le aseguré.

Ella o Broklaw estarían en la última lanzadera, comprobando que la partida fuera sobre ruedas, mientras que el otro tomaría la primera que pudiera una vez que empezara a aflojar la presión. (El protocolo prohibía que el coronel y su número dos volasen en la misma nave de desembarco, no fuera que algo saliera mal, en cuyo caso al enemigo le bastaría un disparo afortunado para decapitar a todo el regimiento). Lo habitual era que yo fuera en la primera lanzadera, en parte porque era propio de mi reputación liderar desde el frente, pero sobre todo porque eso me daba la posibilidad de conseguir el mejor alojamiento fuéramos a donde fuésemos.

—Comisario —saludó la teniente Sulla, la más impaciente e irritante de todos los

comandantes de sección, cuando Jurgen y yo subimos rápidamente la rampa. Le devolví el saludo informalmente mientras me abría camino entre dos filas de Chimera que habían sido debidamente aparcados y asegurados. Al pasar observé que habían sido colocados mirando hacia la salida, listos para un rápido despliegue, e hice un gesto de aprobación. Al menos, esta mujer era eficiente.

—Es una agradable sorpresa.

—También para mí —dije con toda la diplomacia de que era capaz—. Pensé que la quinta compañía iría en punta esta vez. —Las cuatro compañías de infantería solían turnarse para desembarcar primero, oficialmente para que ninguna de ellas pudiera vanagloriarse de ser la primera en entrar en combate todas las veces, y desde un punto de vista más pragmático, para que ninguna de ellas tuviera un promedio de bajas mayor que las demás. Eso perjudicaría la moral y reduciría la eficiencia general de la desafortunada compañía, ya que tendría que absorber un número mayor de reclutas sin experiencia[15]. Por lo general, nuestra tercera compañía, la de soporte logístico, esperaba a que la zona de aterrizaje estuviera debidamente asegurada.

Sulla se encogió de hombros.

—Tuvieron algún problema con su tren de aterrizaje. Los tecnosacerdotes siguen examinándolo. —Estiré el cuello para ver más allá de los vehículos y tuve un atisbo de figuras vestidas de blanco que iban y venían por la puerta abierta de la bodega de carga—. Tardarán un montón de tiempo en descargarlo todo, de modo que ahí se quedan hasta que esté arreglado.

—Y ésta era la siguiente lanzadera lista para partir —terminé.

Sulla asintió entusiasmada.

—Hemos tenido suerte ¿verdad?

—Claro que sí —dije, atravesando el mamparo y entrando en el compartimento de pasajeros.

Contrariamente a lo que puedan estar pensando, lo primero que sorprende a uno al entrar en una nave de desembarco totalmente cargada es el olor. El hecho de haber tenido a Jurgen cerca durante tanto tiempo me había dado un grado inusual de tolerancia a esas cosas, pero permítanme que les diga que doscientos cincuenta soldados embutidos en un espacio cerrado pueden crear una atmósfera muy viciada. Especialmente si se trata de valhallanos en lo que para la mayoría sería un entorno más o menos cálido, y para colmo, nerviosos. Mientras avanzaba por el pasillo entre la fila de asientos y mallas, tenía que contenerme para no fruncir el gesto.

Lo segundo que llama la atención es el ruido, un murmullo de conversación en el que resulta casi imposible distinguir algo, pero que alcanza volumen suficiente para ahogar cualquier cosa que le digan a uno a menos que pueda ver los labios del que está tratando de comunicarse. De todos modos, procuré mirar a los ojos a unos cuantos soldados al azar mientras avanzaba y pronunciar a mi paso unas cuantas

lindezas sobre el honor y el deber, y el mero hecho de que pareciera que me estaba molestando en hacerlo empezó a difundir pequeñas ondas de calma y de tranquilidad por la lanzadera, como cuando se lanza una piedrecita en un estanque. Dondequiera que mirara podía ver a hombres y mujeres sosteniendo sus petates, revisando sus rifles láser y buscando en sus manuales una fuente de inspiración o de diversión. Unas cuantas almas esforzadas estaban repantigadas en sus asientos, tratando de dormir un poco o haciendo como que dormían, lo cual supongo que es una manera de mantener a raya las preocupaciones[16].

Conseguí deshacerme de Sulla cuando pasamos delante de su sección y se dejó caer en su asiento. Yo me acomodé en el mío, en el frente del compartimento de pasajeros, cerca de la puerta de la cabina. No esperaba tener que ir allí, pero después de nuestra accidentada llegada a Simia Orichalcae había tomado la costumbre de sentarme lo más cerca posible de la cabina de mando para poder intervenir personalmente si el piloto se ponía nervioso.

—Comisario. —El capitán Detoi, comandante de la compañía, me saludó formalmente y siguió departiendo trivialidades administrativas con su subalterno. Le devolví el saludo y me ajusté la red antichoque. Un momento más tarde, una débil vibración recorrió el casco y la estructura de mi asiento y lancé a Jurgen una sonrisa tranquilizadora.

—Allá vamos —dije. El asintió. Tenía los nudillos blancos. Había muy pocas cosas en la galaxia capaces de perturbarlo, pero viajar en lanzadera o en aparatos atmosféricos era, sin duda, una de ellas. Me resultaba algo irónico que un hombre que había hecho frente a necrones y demonios sin pestañear se pudiera alterar tanto por algo tan mundano, pero supongo que todos tenemos nuestros puntos débiles. El de Jurgen era una tendencia al mareo por movimiento, que se manifestaba cada vez que entrábamos en la atmósfera. Por suerte solía desayunar muy ligero antes de un desembarco, ya que al parecer pensaba que vomitar delante del resto de los soldados era un desmedro de la dignidad que se espera del ayudante de un comisario.

El habitual vacío en la boca del estómago me comunicó que por fin nos habíamos despegado del transporte de tropas y que un momento más tarde se encenderían los motores principales, lo que sentiría como un codazo en la región lumbar.

Puesto que no tenía nada mejor que hacer, pensé que no estaría mal descansar un rato. Casi no había hecho más que cerrar los ojos cuando sentí una sacudida que pensé que era el movimiento habitual que se produce cuando una lanzadera entra en la atmósfera.

—Comisario. —Detoi me estaba sacudiendo por el brazo—. Lamento molestarlo, pero creo que debería oír esto.

—¿Oír qué? —Empezaba a sentir un cosquilleo en las palmas de las manos, lo que suele sucederme cuando las cosas se ponen muy feas. A modo de respuesta, dio unos

golpecitos en el intercomunicador que llevaba inserto en el oído.

—Abra el canal D —me sugirió. Enarqué una ceja. Ese era el canal asignado a la frecuencia de mando de los tallarnianos y normalmente nosotros no tendríamos por qué tenerlos controlados.

»Quería saber cómo había ido su despliegue para asegurarme de que no estorbarían nuestro desembarco. —Detoi no parecía avergonzado en lo más mínimo. Era evidente que se había formado una opinión tan baja de los combatientes del desierto como todos los demás. Al menos su destacamento estaría al otro lado del planeta en cuando nos desplegasen, y eso ya era algo.

—¿Y? —pregunté mientras sintonizaba mi unidad.

Detoi se apartó un mechón de pelo rubio y lacio de los ojos.

—La mayoría ha abandonado ya el puerto estelar, pero parece ser que los rezagados se han metido en una especie de embrollo. —A esas alturas yo ya podía oír lo que ocurría y no pude por menos que coincidir con su evaluación del caso. Daba la impresión de que el comando de Asmar y unos cuantos más estaban enzarzados en un intercambio de disparos. Lo que no sabíamos era con quién.

—Será mejor que nos preparemos para un desembarco caliente —dije, y Detoi asintió. Mientras él empezaba a dar órdenes sintonicé mi intercomunicador con la frecuencia del control del puerto estelar que parecía atascada por gritos de pánico.

—¿Puede repetirlo? —El tono de nuestro piloto era de incredulidad, lo cual nunca era bueno en un veterano de la Armada que llevaba el Emperador sabe cuántos desembarcos de combate en su carrera.

—Repito, aborte el aterrizaje —respondió una voz vacilante por el estrés—. Siga volando en círculo hasta que averigüemos a qué nos enfrentamos.

—Y una mierda. —Sentí un profundo alivio ante la clara respuesta de nuestro piloto. Si seguíamos esa orden, sería como si nos colgáramos una pancarta que dijera «derríbennos ahora». Nuestra mejor oportunidad era aterrizar cuanto antes donde pudiéramos desplegar las tropas y encontrar algo sobre lo que pudieran disparar.

—Si no acatan la orden, habrá cargos contra ustedes. —La voz parecía a punto de quebrarse. Era indudable que el que hablaba estaba teniendo un día fatal. Pues bien, yo se lo iba a empeorar todavía más. Irrumpí en el canal, haciendo uso de mi prioridad como comisario.

—Al habla el comisario Cain del 597.º —dije—. Nuestro piloto está actuando con el pleno respaldo del comisariado. Vamos a aterrizar, y cualquier otro intento de impedirnos entrar en combate con los enemigos del Emperador será considerado alta traición. ¿Ha quedado claro?

—Totalmente —dijo el piloto con satisfacción. Al parecer, el controlador del tráfico aéreo se quedó sin palabras, ya que las transmisiones desde la torre se interrumpieron—. Será mejor que se sujeten bien. Vamos a tener un aterrizaje duro y

rápido.

—Enterados —asentí, asegurándome de que mi arnés antichoque estuviera totalmente ajustado y metiéndome en la red general para advertir a todos los demás que hicieran lo mismo. Jurgen parecía todavía menos contento que de costumbre, de modo que me ocupé de comprobar también el suyo al tiempo que la nave de desembarco daba una sacudida e iniciaba un vertiginoso descenso hacia el planeta—. ¿Alguna idea sobre la naturaleza del problema?

—El comando tallarniano y uno de sus pelotones están atrapados ahí abajo —dijo Detoi, sacando una placa de datos en la cual aparecía un plano del puerto estelar—. Al parecer han caído en una emboscada mientras abandonaban la zona de carga.

Estudié el plano. Sin duda era un buen lugar para una emboscada. Los tallarnianos estaban cogidos entre la pared perimetral y un complejo de almacenes, lo cual los obligaría a dividirse y a entrar en una serie de zonas sin restricciones para el uso de armas de fuego si trataban de abrirse camino. Señalé la línea de la pared.

—¿Y por qué no abren un boquete aquí y salen a través de las plataformas de aterrizaje? —pregunté.

Detoi se encogió de hombros.

—Tiene treinta metros de alto y diez de espesor. Se supone que debe poder contener la explosión de una lanzadera que se estrella. No tienen nada que pueda hacerle siquiera una melladura.

—Fantástico —gruñí. Eso quería decir que si nosotros aterrizábamos en una plataforma, no podíamos acudir en su ayuda sin quedar también bloqueados por la misma compuerta donde les habían tendido la emboscada. Iríamos a caer directamente en la misma trampa. Sin embargo, mi despótico rechazo de la orden del haragán del puerto estelar nos había condenado. A estas alturas, la voz de que el célebre comisario Cain se dirigía a rescatar a los soldados encerrados ya debería estar circulando por media ciudad, de modo que dejar a Asmar y a sus hombres a merced de sus enemigos era impensable. Al menos si queríamos permanecer en la lista de invitados del general supremo, y vernos privados para siempre de la cocina de su chef sería un gran golpe, de modo que tenía que pensar en algo, y rápido. Eché un vistazo al terreno circundante.

—¿Qué es esto?

—Es un monasterio —respondió Detoi, intrigado. Consultó algunos datos—. La Orden de la Luz Imperial. —Una leve sonrisa se dibujó en su cara—. Bastante irónico, teniendo en cuenta las condiciones del lugar.

—Sin duda —asentí—. ¿Qué hay alrededor?

Detoi se encogió de hombros.

—Huertos, según el plano de la ciudad que aparece en la pantalla de información. ¿No lo ha leído?

No lo había hecho. Tenía cosas mejores en qué ocupar mi tiempo a bordo de la *Benevolencia del Emperador* (generalmente cosas que tenían que ver con un mazo de cartas y con el dinero de otros).

—En otras palabras: terreno abierto. —Bueno, relativamente abierto. Le transmití las coordenadas a nuestro piloto que las recibió con mal disimulado entusiasmo—. Creo que acabamos de dar con nuestra zona de aterrizaje.

—Por mí, vale —asintió Detoi, y volvió a cambiar la frecuencia por la del canal de nuestro comando general—. Atención todos, vamos a tocar tierra en dos segundos. Va a estar animado, de modo que hay que estar preparados. —Una actividad frenética se extendió por los compartimentos de pasajeros. Los soldados empezaron a ponerse los cascos y a cargar baterías nuevas en sus rifles láser. Pensando en las temperaturas con que nos encontraríamos al aterrizar, se habían dejado puestos los capotes y llevaban sombreros de piel en sus mochilas, pero observé con alivio que la mayoría llevaban por la fuerza de la costumbre, sus armaduras ligeras. Bien, eso demostraba que mantenían las constantes a pesar de preverse un despliegue rutinario. Pensé que fuera lo que fuese lo que nos estuviera esperando en este planeta, iba a llevarse una buena sorpresa.

Y bien mirado, los monjes también. Nuestro transbordador dio un par de sacudidas que hicieron que Jurgen tragara convulsivamente, y luego sentí la presión repentina de los impulsores de aterrizaje en la base de la columna. Los nudillos de mi ayudante se pusieron todavía más blancos, aunque tratándose de Jurgen tal vez habría sido más exacto decir que se habían vuelto de un gris más pálido. Entonces todo el casco se sacudió, un par de estruendos ensordecedores y un chirrido metálico se extendieron por todo el compartimento de pasajeros hasta que por fin nos quedamos quietos.

Un estruendo de metal y una ráfaga de aire frío, aire limpio, nos indicaron que se habían bajado las rampas de abordaje, y con un rugido como el de una gran ola rompiendo sobre una playa, la segunda unidad corrió al encuentro del enemigo.



TRES

El fuego entrante tiene derecho de paso.

Antigua máxima de los artilleros

Mi primera impresión al dejar la lanzadera fue de confusión, aunque debo reconocer que los soldados adoptaron la formación con la misma fluidez que si estuvieran en unas maniobras. Los pelotones se desplegaron, buscando problemas, sin hacer caso de un bandada de chillones anacoretas de rojas túnicas que revoloteaban por allí como si el cielo se les viniera encima (aunque, para ser franco, supongo que desde su perspectiva eso era exactamente lo que había sucedido). Sólo quedaba esperar que todos hubieran tenido la presencia de ánimo de salir corriendo en cuanto la lanzadera apareció sobre sus cabezas en vez de quedarse allí, parados, esperando a ser aplastados como aquella cosa pulposa sobre la que acababa de poner la bota[17].

—Tercer pelotón en formación y listo para entrar en combate —ordenó Sulla mientras un rugir de motores anunciaba la aparición de media docena de Chimera que salieron dando tumbos por la rampa de la compuerta trasera causando terribles estragos en los cultivos sobre los que acabábamos de aterrizar. Pude ver asomar su cabeza y sus hombros de la torreta del vehículo de mando, fácilmente identificable entre los demás por el conjunto de antenas que llevaba encima. Saludó vivamente en cuanto nos vio a Detoi y a mí. Yo alcé la mano a mi vez, aunque más para detener cualquier acción precipitada por su parte que para mostrarme sociable, mientras volvía a examinar la placa de datos del capitán.

—Al parecer, los hostiles están concentrados aquí y aquí —dijo él, haciendo aparecer unos iconos para indicar sus posiciones. Asentí. Los tallarnianos seguían encerrados, pero no dejaban de hacer intentos de salir, y los mensajes que recibíamos en su frecuencia eran un buen indicio de dónde el enemigo, fuera éste quien fuese, había montado sus posiciones de ataque—. Han pedido refuerzos, pero el grueso de sus fuerzas salió por la puerta principal, de modo que…

—Todavía están, por lo menos, a veinte minutos de distancia —acabé la frase.

Detoi asintió.

Podían ganar unos buenos cinco minutos cortando por el centro del puerto estelar, pero se darían de bruces contra la maldita compuerta y se quedarían allí mirando. Estudié el trazado de las calles y, por el débil gruñido de satisfacción que emitió, me di cuenta de que Detoi había llegado a la misma conclusión que yo.

—Los cogeremos aquí y aquí —dije, indicando las dos calles principales que los herejes habían convertido en galerías de tiro. Podíamos apostar a que tenderían su trampa tratando de aniquilar a cualquier tallarniano que tratase de abrirse camino, y que no estaban en absoluto preparados para un contraataque en la otra dirección.

El capitán asintió.

—También tendremos que asegurar el flanco —señaló. Coincidí con él pues ya había advertido el peligro. Si se daban cuenta de que nuestras fuerzas se aproximaban por detrás, podían tratar de salir por la izquierda, internándose en la ciudad, para no verse cogidos entre nosotros y los tallarnianos. Tenían el otro camino totalmente bloqueado por la pared del puerto estelar, que en este caso nos favorecía.

—Envíe a Sulla —sugerí—. Su gente está preparada. —La fuerza del flanco tardaría un par de minutos más en llegar a su objetivo, de modo que lo lógico era enviar el pelotón que ya estaba en formación y listo para entrar en combate. Esperaba que eso ayudara a mantenerla en una vía lateral, donde su tendencia a las heroicidades inconscientes implicaría menor riesgo de que alguien resultara muerto.

—Por mí, vale. —Detoi asintió escuetamente y transmitió los datos desde su pizarra—. Tercer pelotón, asegure el flanco. Primero y quinto, a los bulevares principales. Segundo, las calles laterales por escuadrones, acaben con cualquiera que intente esquivar nuestro embate principal. Cuarto, a asegurar el perímetro. No dejen que salga nadie que no sea de los nuestros hasta que cese el ruido. Detengan a cualquiera que parezca un civil para interrogarlo. Disparen contra cualquiera que lleve un arma. ¿Alguna pregunta?

Era bueno, forzoso era reconocerlo. Los comandantes de los pelotones respondieron, aunque con una leve nota de decepción apenas evidente en la voz de Sulla, y Detoi se volvió hacia mí.

—¿Y usted, comisario?

—Yo tomaré el flanco —dije tras haber considerado atentamente mis opciones y elevando la voz para hacerme oír por encima de los ronquidos de los motores de los Chimera del tercer pelotón, que salía campo traviesa de los huertos del monasterio. No había el menor vestigio de una puerta, pero tampoco quedaba mucho del muro, ya que el pequeño terremoto causado por un par de kilotones de la nave de desembarco al caer al suelo había dado buena cuenta de él. No obstante, daba la impresión de que la mayor parte del santuario estaba intacta, lo cual me satisfizo, ya que cuando uno se mete con el clero suele tener que aguantar más sermones de los

que yo estoy dispuesto a aceptar. Las orugas del vehículo de mando de Sulla mordieron los escombros y los lanzaron hacia todos lados.

Después desapareció, seguida de su quinteto de transportes del escuadrón que avanzaba tras ella dando tumbos.

Detoi no parecía muy convencido.

—¿Está seguro de que eso es prudente? —preguntó.

—Claro que sí —lo tranquilicé—. Sulla es una buena oficial, aunque con inclinaciones un tanto impetuosas. —Detoi asintió, consciente de esa tendencia—. No digo que no sea capaz de hacer algo precipitado, pero es vital que mantenga la posición en caso de que el enemigo ataque. Mi presencia en las inmediaciones puede tener un efecto moderador. —Además, iba a ser mucho más seguro de lo que parecía ver las cosas desde el flanco si nuestra evaluación del estado de preparación del enemigo era erróneo. ¿Cargar directamente por una estrecha vía de fuego? No si podía evitarlo.

—Tendrá que darse prisa si no quiere quedarse atrás —apuntó Detoi, evidentemente de acuerdo conmigo.

—Eso no va a ser un problema —repliqué mientras daba un golpecito a mi intercomunicador—. Jurgen, nos vamos.

El eco del rugido de un potente motor llegó desde el interior de la bodega de carga y un Salamander salió disparado rampa abajo, esquivando a los Chimera como un depredador entre un rebaño. Jurgen frenó en seco a mi lado, salpicando barro y restos de vegetación a diestro y siniestro y haciendo que los monjes más cercanos corrieran de nuevo a buscar refugio justo en el momento en que habían reunido el valor necesario para acercarse a nosotros y preguntar qué demonios estaba ocurriendo. No se quedó en eso, sino que hizo trizas bajo sus orugas lo que quedaba de un pequeño invernadero.

—Aquí estoy, comisario —anunció, con su flema habitual. Una ligera mueca podría haber sido el esbozo de una sonrisa que traslucía su alivio por encontrarse otra vez en tierra firme.

—Bien —dije, trepando al compartimento trasero y comprobando que estaba allí el bólter montado sobre su soporte que normalmente trato de que me coloquen en todos los vehículos que me asignan. Puede que no parezca gran cosa, pero la potencia extra de fuego que me aporta me ha salvado el cuello en más de una ocasión, y aunque sólo sea eso, me da la impresión de estar haciendo algo positivo mientras evito los problemas tan rápido como puedo—. Vamos a unirnos al tercer pelotón.

—Los alcanzaremos —prometió Jurgen, poniendo en marcha el potente motor y lanzando al pequeño vehículo de exploración a todo gas con toda la viveza de una ardilla. Habituado a su estilo peculiar y entusiasta de conducción por años de experiencia, me mantuve firme, adoptando una pose heroica ante el bólter para

ejemplo de los soldados que todavía estaban por montar en sus vehículos.

—No lo dudo —admití, agarrándome un poco más fuerte al soporte del arma mientras atravesábamos a trompicones la franja de escombros de lo que antes había sido un muro y llegamos a la calle, ya más transitable.

Sólo entonces tuve tiempo para hacerme cargo de lo que nos rodeaba y echar mi primera mirada a la capital de Adumbria.

Mi primera impresión fue sombría, lo cual no tiene nada de sorprendente teniendo en cuenta el permanente crepúsculo reinante en el lugar. Los edificios daban la impresión de cernirse sobre nuestras cabezas, con sombras profundas entre unos y otros acentuadas por el cálido resplandor de la luz que brotaba de algunas ventanas. Hasta que me habitué a las condiciones imperantes no fui capaz de apreciar lo elegantes y bien proporcionados que eran, lo que los hacía comparables a los de cualquier otra ciudad imperial, ni de darme cuenta de que era la penumbra permanente la que producía esa ilusión.

Las calles me parecieron sorprendentemente vacías hasta que consulté el cronógrafo y me di cuenta de que, a pesar de la media luz que lo bañaba todo, estábamos en plena noche de acuerdo con las costumbres locales[18]. Al menos eso ya era una ventaja, pues habría pocos civiles que pudieran ser sorprendidos en el fuego cruzado. Bien mirado, cualquiera que no hubiera huido de la zona después de haber oído el fragor de la batalla en la distancia probablemente participara en la insurrección, de modo que no tendríamos que preocuparnos demasiado por las víctimas colaterales. Sentí que eso me levantaba el ánimo; cualquier servidor inocente del Emperador muerto por error es una pérdida para todo el Imperio, y lo que es peor hace que se acumule un montón de papeleo sobre mi escritorio.

—Ahí están. —Jurgen aceleró, dejando atrás a un pretor local de aspecto sorprendido que circulaba en una moto y que, encomiable pero estúpidamente a mi entender, parecía ansioso por identificar la fuente de semejante perturbación. Lo saludé informalmente con la mano al adelantarlo. No cabe duda de que la vista de un vehículo blindado de aspecto desmañado que lo adelantaba, y más aún, con un comisario imperial a bordo, debió de haber sido un choque. No es que el Salamander de exploración fuera en absoluto mi vehículo favorito, pero su potente motor le permitía alcanzar una velocidad muy respetable, lo cual, unido a la formidable habilidad de Jurgen para la conducción, podía sacarme de apuros casi con la misma rapidez con que mi reputación podía meterme en ellos en los momentos menos oportunos.

Por fortuna, al parecer no había mucho tráfico de otro tipo y la mayoría circulaba en sentido opuesto a velocidades que, a no dudar, habrían atraído la atención de nuestro amigo el pretor en cualquier otra circunstancia, pero quedarían cercados por el cuarto pelotón antes de que pudieran llegar muy lejos, de modo que no les dediqué

más que un pensamiento. En cualquier caso, dudaba de que pudieran ser algo más que lo que aparentaban, trabajadores locales y vehículos de transporte del último turno que habían observado lo que sucedía y trataban de alejarse lo más rápido posible. Un par de vehículos civiles habían sido expulsados de la carretera, y las abolladuras que presentaban en la carrocería así como las expresiones de enfado de sus conductores eran mudo testimonio de la determinación implacable de Sulla de acortar distancias con el enemigo, lo cual me hizo pensar que había tomado la decisión acertada al ocuparme personalmente de mantenerle las riendas cortas.

Jurgen se colocó a la cola del convoy, reduciendo la marcha para adaptarse a la de los Chimera, y un momento después el pretor pasó a toda marcha a nuestro lado con la sirena aullando. Durante un momento angustioso pensé que se iba a cruzar delante del vehículo de mando de Sulla tratando de cortarle el paso, lo cual acabaría con él convertido en una desagradable mancha sobre la calzada, pero vi con alivio que seguía adelante, ateniéndose sin duda a las órdenes que había recibido de informar sobre todo lo que sucedía.

—Comisario. —La voz de Sulla sonó en mi intercomunicador sorprendida y complacida. Desde esta distancia no pude distinguir su expresión facial cuando se volvió en la torreta para mirarme, con su rubia coleta flotando al viento como un estandarte de guerra, pero pude imaginarme perfectamente su sonrisa llena de dientes —. Supongo que, estando usted por aquí, vamos a ver algo de acción después de todo.

—Eso está por verse —le respondí secamente—, pero si los herejes se abren paso, sólo les quedará un lugar a donde ir. Nuestra máxima prioridad es asegurarnos de que no se escapen.

—Puede contar con nosotros —me aseguró, dando a su voz ese tono engreído que había aprendido a temer. Suspiré ostensiblemente. Estaba claro que iba a tener que vigilarla de cerca.

Al acercarnos a la zona de despliegue que nos habían asignado, los vehículos de transporte de tropas empezaron a apartarse, uno tras otro, dirigiéndose hacia calles laterales y atravesando explanadas para ocupar sus puestos, hasta que nuestro convoy quedó reducido a tres: el de Sulla, el nuestro, y un pelotón de soldados.

—Hemos llegado —dije por fin, y Jurgen imprimió un giro al pequeño Salamander sobre sus orugas que lo llevó a detenerse de lado bloqueando eficazmente toda la carretera y apuntando con el cañón automático más o menos en la dirección en que supuestamente estaba el enemigo. El vehículo de Sulla se detuvo de una manera mucho más reposada, a unas docenas de metros por delante de nosotros, y empezó a dar marcha atrás con el motor casi en punto muerto. El transporte de tropas se puso de lado y ocupó el lugar central, bloqueando la carretera en el sentido opuesto y haciendo rotar el arma montada en su torreta para ocuparse del tráfico que pudiera llegar (que afortunadamente no existía en ese momento). Enseguida, el

conductor de Sulla cubrió limpiamente el hueco que quedaba, impidiendo así el paso por completo.

—Por aquí no va a pasar nadie —dijo Sulla con cierta satisfacción.

—Lo iban a tener muy difícil —coincidí, echando un vistazo a la posición que ocupábamos. Estábamos en un tramo elevado de autopista, y el terreno de más abajo era un baldío accidentado lleno de cascotes y basura. Se veían varias hogueras que revelaban la presencia de una tribu de Carroñeros[19] o algún equivalente local, pero al margen de eso, no había más señales de vida.

—Primer pelotón listo para marchar. —Una nueva voz irrumpió en la red táctica, la voz familiar del teniente Voss, tan feliz como si estuviera pidiendo una ronda de cervezas en un bar de cualquier parte. Un momento después le hizo eco el informe bastante más contenido del teniente Faril, comandante del quinto pelotón, quien confirmó que sus soldados también estaban listos.

—Bien, adelante. —Detoi sonó tan vivaz como de costumbre—. Que el Emperador nos proteja. —Esperé con gran tensión, reorientando el bólter en el que seguía apoyado hacia donde esperábamos que apareciera el enemigo.

—Será mejor desembarcar a las tropas —le sugerí a Sulla, y a pesar de la distancia pude ver la leve expresión de perplejidad en su rostro.

—¿No sería mejor que permanecieran a bordo de los Chimera? —preguntó—. Por si tenemos que desplazarnos a dar apoyo a los demás. —De eso se trataba, precisamente. Si marchaban a pie, ella no podría ordenar una carga impetuosa en un arranque momentáneo, pero hice como si estuviera considerando sus palabras.

—Es cierto —dije—, pero sólo tardaríamos unos segundos en volver a embarcar, y si el enemigo realmente trata de superarnos, quiero que todos estén listos.

—Tiene razón, por supuesto —asintió, consiguiendo casi disimular su decepción, y los soldados empezaron a desplegarse, ocupando posiciones detrás de los vehículos y de cualquier otra cosa capaz de ofrecerles cobertura. Me cuidé especialmente de hacer una señal a Lustig, el sargento que los encabezaba y de cuya profesionalidad tenía sobradas pruebas como para confiar en él absolutamente.

—Sargento.

—Comisario. —Me devolvió la señal y siguió con lo suyo, comprobando la disposición de sus subordinados con la callada eficiencia que tan tranquilizadora me resultaba.

—Sargento. —La cabo Penlan asintió y empezó a dispersar a su equipo de tiradores. Había sido promovida recientemente, al mismo tiempo que lo había sido Magot, y se desempeñaba muy bien como ASL a pesar de su propensión a los accidentes que le había valido su sobrenombre. La verdad, teniendo en cuenta cómo son los soldados, la moral en su equipo era inusualmente alta. Al parecer, sus subordinados estaban convencidos de que ella atraería sobre sí toda la mala suerte

dejándolos a ellos intactos.

Sin nada más que hacer, nos dedicamos a esperar mientras en la distancia se intensificaba el traqueteo de las armas de fuego y mi nerviosismo iba en aumento. El tráfico de señales en mi intercomunicador me decía que las cosas iban bien al parecer, ya que los pelotones primero y quinto habían tomado a los traidores totalmente por sorpresa y a los tallarnianos les había insuflado nuevos ánimos nuestra intervención. Por un momento pensé que las cosas habían salido tal como yo esperaba y que serían aniquilados sin que fuera necesaria para nada mi participación, pero no había contado con los veleidosos giros de la suerte.

—Contacto, moviéndose rápido —comunicó Penlan, y yo giré el bólter unos grados para apuntar directamente al punto que se desplazaba velozmente en la distancia.

Sulla alzó un amplivisor, miró a través de él un momento y negó con la cabeza al dejarlo.

—No es más que el pretor.

—Y tiene compañía —añadí yo al divisar una línea de vehículos que avanzaban igualmente rápido un poco más atrás.

Sulla volvió a usar el amplivisor y se puso tensa.

—Hostiles, acercándose rápidamente. Preparados para entablar combate.

Qué bonito. Lo que había pasado era evidente: el pretor había metido las narices en la línea de fuego, lo habían visto y habían despachado una unidad del enemigo para evitar que pudiera informar. Y ahora venían directos hacia mí.

—Traten de no dispararle al pretor —advertí. Si tenía información útil, a lo mejor la compartía con nosotros.

Para entonces se había acercado lo suficiente como para verlo con claridad, y ya podíamos enfocar también a sus perseguidores. Eran algo así como una docena, un conjunto variopinto de transportes civiles y pequeños vehículos de carga en su mayor parte, y empecé a tranquilizarme, convencido de nuestra capacidad para hacerles frente. No sólo teníamos una amplia superioridad numérica sino que, además, nuestra potencia de fuego era abrumadoramente superior.

—Fuego a discreción —ordené, y yo mismo abrí fuego con el bólter sobre la línea de vehículos que perseguía al pretor. Los otros me imitaron con entusiasmo, y una andanada de disparos de bólter describió arcos en la semioscuridad, relumbrando a lo largo de su trayectoria. Un segundo más tarde, el ronco rugido del cañón automático se sumó a nosotros cuando Jurgen subió junto a mí para dispararlo.

Los resultados fueron altamente satisfactorios. Los vehículos de primera línea del veloz convoy rompieron filas y se dispersaron, lanzando uno de ellos una columna de humo. Por supuesto que todavía estaban al límite de nuestro alcance, de modo que tuvimos suerte de darle a algo, pero se trataba de vehículos civiles y no de los

objetivos blindados a los que por lo general disparábamos, de modo que hasta un leve rasguño debía bastar para dejarlos fuera de combate.

—Eso les dará algo en qué pensar —dijo Sulla con cierta satisfacción mientras el pretor se detenía a nuestro lado, blanco como el papel. Me incliné hacia él y me presenté.

—Soy el comisario Cain, adjunto al 597.º valhallano —dije, tratando de dar una impresión de lo más amistosa—. Si tiene alguna información sobre lo que está sucediendo, me gustaría oírla.

—Kolbe, división de tráfico. —El pretor se recompuso con visible esfuerzo—. Hay importantes disturbios junto al puerto estelar. Creo que es una especie de lucha de bandas. Nuestros escuadrones antidisturbios están respondiendo, pero…

—Es peor que eso —le dije—. Insurgentes herejes han atacado a una unidad de la Guardia, pero todo está bajo control.

Al menos eso esperaba. Daba la impresión de que había mucha más actividad en el otro extremo del puente de la que yo había previsto, y con un estremecimiento de aprensión me di cuenta de que cada uno de los vehículos civiles que habían estado persiguiendo a Kolbe llevaba varios pasajeros. No era fácil estar seguro a esta distancia, y especialmente en la penumbra, pero parecían vestidos para una especie de carnaval. Revisé al alza mi estimación inicial triplicándola por lo menos. Empezaron a contraatacar con fuego esporádico y con una puntería desastrosa en su mayor parte, pero un disparo láser impactó contra el blindaje de protección de nuestro compartimento para la tripulación. Me agaché por reflejo, arrastrando a Kolbe a una protección más sólida.

—Jurgen, si es tan amable…

El cañón automático volvió a rugir, acompañado de los proyectiles pesados de los dos Chimera. Esto hizo que los herejes se lo pensaran y corrieran en busca de cobertura con satisfactoria velocidad. Satisfactoria pero preocupante. Este no era el comportamiento previsible de confederados de los Devastadores que, si mi cálculo sobre sus patrones de conducta no fallaba, habrían cargado sin pensárselo, siendo aniquilados por nuestro fuego masivo.

—Ya son nuestros —dijo Detoi de repente. Su voz sonó alta y clara en mi intercomunicador—. Sorpresa absoluta en ambas calles. Los tallarnianos están barriendo a los supervivientes.

—Bien. —Al menos ya era algo, aunque era consciente de la ironía: de haber ido con el grueso del ataque, a estas horas ya estaría a salvo. Claro que no era momento para lamentaciones, ya que los herejes parecían estar recuperando en parte su valor y empezó a granear otra vez el fuego sobre nuestro blindaje. Jurgen respondió con entusiasmo un segundo o dos antes de que yo pudiera contestar—. Estamos encontrando una ligera resistencia aquí, en el flanco.

—No hay problema, comisario —intervino Sulla—. Voy a hacer que los escuadrones primero y quinto los rodeen. —Fue un alivio oír aquello. Si conseguíamos mantener a nuestros atacantes a raya un poco más, los tendríamos totalmente rodeados.

En ese preciso momento Kolbe se dio la vuelta con un cráter sangrante en el pecho, y al volverme vi a una figura estrafalaria que amenazaba el compartimento abierto de la tripulación del Salamander con una pistola láser. Era un hombre joven. El corte de su ropa dejaba pocas dudas al respecto. Estaba cubierto de prendas de seda de un rosa vivo que no le iba nada bien a su tez. Lo acompañaban una mujer joven armada de forma similar, con el pelo teñido de verde y cuya ropa parecía consistir en poco más que unas correas de cuero (y sumamente escasas, además), y un tipo mayor armado con una ametralladora que iba vestido con un traje de color carmesí y cuya gomina hacía pensar en una guerra química. En la oscuridad, detrás de ellos, había otras tres figuras tenebrosas que salían de debajo del puente.

—¡Nos han flanqueado! —grité, girando el bólter, pero a esas alturas ya estaban demasiado cerca y no pude bajar el cañón lo suficiente. Me tiré a un lado en el momento en que el trío abría fuego, pero por suerte no tenían la menor idea de cómo manejar un arma y sus disparos salían desviados. Caí contra el asfalto de la calzada e instintivamente me puse de pie con una voltereta mientras sacaba mi fiel espada sierra. Podría pensarse que no era una buena elección para enfrentarse a armas de fuego, pero me pareció lo mejor en esas circunstancias. Desde tan cerca tenía pocas posibilidades de hacer puntería al vuelo con mi pistola láser, y cuanto más cerrara la distancia, menos ocasiones les daría a mis adversarios para hacerlo.

Por pura chiripa estaba lo bastante cerca para levantar la hoja mientras pulsaba el activador al tiempo que me ponía de pie y me llevé al pasar la pierna de la chica, cercenándosela a la altura del muslo. Cayó al suelo, lanzando un chorro de sangre arterial mientras reía tontamente. No tenía tiempo para preocuparme de eso. Al fin y al cabo la gente hace unas cosas muy extrañas en circunstancias extremas, y yo ya me había fijado otro objetivo: el chico de rosa estaba apuntando a Jurgen con su pistola. Mi asistente ya había descartado el cañón automático y sacaba su pistola láser de reglamento para disparar desde la cadera. No iba a llegar a tiempo, de modo que le di el segundo extra que necesitaba cortando la mano de su atacante a la altura de la muñeca. Este dejó caer el arma al suelo.

—¡Oh, sí! —El hombre estaba evidentemente desquiciado. En su cara apareció una espasmódica expresión de éxtasis—. ¡Otra vez! —exclamó antes de que su cabeza explotara cuando Jurgen le disparó certeramente.

—¡No! ¡Me toca a mí! —gritó el del pelo verde, resbalando en el charco de su propia sangre mientras se arrastraba hacia mí. Levantó su pistola láser, pero antes de que pudiera disparar, la bomba de gomina se interpuso con el stubber alzado.

—¡La vejez tiene prioridad ante la belleza, mi amor!

—Maldita sea. ¡Estáis todos locos de remate! —Le di un puntapié en el estómago que lo hizo caer desmadejado encima de la chica y saqué mi pistola láser con la otra mano. Una andanada de fuego rápido dio cuenta de los dos y luego me volví, esperando encontrarme con el fragor de la batalla, pero de repente todo se había calmado. Aproximadamente una veintena de cuerpos vestidos de la forma más estrafalaria yacía sobre la calzada, la mayor parte presentaba los legendarios cráteres cauterizados de disparos láser. Los disparos esporádicos desde el otro extremo del puente y el rugido familiar de los motores de la Chimera bastaron para confirmarme que los pelotones primero y tercero habían llegado y se habían puesto con entusiasmo a la tarea de barrer al resto de nuestros atacantes.

—¿Cómo está Kolbe? —pregunté después de asegurarme de que ninguno de los nuestros había muerto.

La sanitaria del escuadrón alzó la vista hacia mí con expresión impaciente y siguió atendiéndolo.

—Vivirá. Su armadura se llevó la peor parte.

—Bien. Vamos a necesitar la información que pueda proporcionarnos. —Pasé revista a los cadáveres esparcidos a nuestro alrededor—. No creo que queden muchos de estos descerebrados a quienes interrogar. —Como para poner de relieve mis palabras, los disparos en el otro extremo del puente cesaron de repente. Sulla me saludó con los pulgares hacia arriba.

—Todo despejado —informó—. No hay bajas.

—Bien. —Empezaba a relajarme otra vez cuando reparé en que la calzada retumbaba bajo mis pies. Levanté la vista y por la autopista vi otra docena de Chimera que se aproximaba a gran velocidad—. ¿Y ahora qué?

El vehículo que abría la marcha disminuyó la velocidad al acercarse y una figura conocida apareció en la escotilla, indicándonos imperativamente que nos apartáramos.

—Despejen la carretera —gritó Beije—. Están atacando a nuestro coronel.

—Ya nos hemos ocupado —le dije, saliendo de la sombra del Salamander para que pudiera verme con claridad y así poder saborear la expresión de sorpresa absoluta que se extendió por su rostro—. Comprueba tu canal de mando. —Escuchó un momento su intercomunicador con los dientes apretados. Sonreí—. No es necesario que nos des las gracias —añadí.



Nota editorial:

Dado el desinterés proverbial de Cain por los entresijos de la situación política imperante en Adumbriay o, a decir verdad, por todo lo que no le atañe personalmente, pensé que lo siguiente podría resultar útil para poner en contexto todo lo que viene a continuación.

A diferencia de la mayor parte de las historias populares de este tipo, es bastante precisa, ya que el autor ha tenido acceso a todos los registros oficiales que se consideraban necesarios para el consumo público como parte de la conmemoración, en el ámbito del mencionado planeta, del vigésimo aniversario de estos acontecimientos, y se tomó el tiempo y el trabajo de entrevistar a todos los participantes todavía vivos que pudo.

De *Sablist*[20] *en Skitterfall: una breve historia de la incursión del Caos,*
de DAGBLAT TINCROWSER, 957.M41

La muerte del gobernador Tarkus en 245.936.M41 no podría haberse producido en peor momento, ya que expiró poco más de un año antes de que el Gran Enemigo nos atacara. A decir verdad, muchos cronistas han dado a entender que esto fue demasiado fortuito como para atribuirlo a una simple coincidencia, y se han empleado mucho tiempo y tinta en infructuosas especulaciones sobre si realmente había en marcha una conspiración para asesinarlo, sobre quiénes fueron los participantes y por qué no se ha descubierto prueba alguna para culpar a nadie en las dos décadas transcurridas desde los acontecimientos. Precisamente esto último fue considerado por los más tenaces teóricos de la conspiración como una especie de prueba en sí misma de sus especulaciones más disparatadas, ya que parecen creer que la total ausencia de algo concreto que confirme sus sospechas sólo prueba lo eficaz que fue el encubrimiento posterior[21].

Por lo tanto, limitándonos a lo incontestable, deberíamos señalar simplemente que el gobernador Tarkus murió de lo que en aquel momento se consideraban causas naturales, o sea la forma de vida de un hombre de su edad que tenía una esposa y dos amantes conocidas, a todas las cuales les llevaba más de un siglo, y que todo lo hacía con la mayor discreción.

En la mayoría de los casos de este tipo, la sucesión de su heredero habría sido una mera formalidad. Por desgracia, Tarkus murió sin dejar descendencia, lo que dio

lugar a una discreta pero feroz rebatiña entre las casas nobles de Adumbria, situación exacerbada por el hecho de que, gracias a casi dos siglos de entusiasta fornicación por parte del susodicho gobernador, todas podían presentar candidatos con cierta posibilidad de tener con él algún lazo de sangre.

Para evitar que los asuntos cotidianos del mundo sufrieran un colapso total, se llegó por fin a una especie de solución de compromiso: el miembro de mayor rango del Administratum de Adumbria fue nombrado regente planetario, con amplios poderes ejecutivos, pendiente de la resolución del cúmulo de pretendientes y contrapretendientes al trono vacante. Puesto que el Administratum realizaba la mayor parte del verdadero trabajo, esto dejó la situación casi tal como estaba, excepto que se suponía que el regente decía presentar para su aprobación todas las cuestiones políticas ante un comité ad hoc formado por todos los aspirantes rivales antes de tomar una decisión final. Teniendo en cuenta que eran pocos los que se avenían a ponerse de acuerdo en nada y que sentían una profunda antipatía los unos por los otros, no es difícil imaginar que conseguir algún avance significativo se hizo prácticamente imposible.

Y en este lodazal de inercia llegó la noticia de que una flota del Caos estaba a punto de atacar el planeta, a lo que siguió poco después la llegada de cinco regimientos de la Guardia Imperial y una escuadra de naves de guerra.

No creo que sea una exageración afirmar que se desató el pánico.



CUATRO

Jamás será decepcionado quien no espere gratitud.

Eyor Dedonki
Memorias de un pesimista, 479.M41

—No cabe la menor duda —dijo el general supremo Zyvan, haciendo una pausa efectista que aprovechó para recorrer con la mirada toda la cámara del consejo—. La amenaza contra vuestro mundo es aún mayor de lo que temíamos.

Los grandes y nobles de Adumbria allí reunidos, o, para ser más precisos, los ricos y poderosos, lo cual, según mi experiencia, no es en la mayoría de los casos exactamente lo mismo, aunque debería serlo en una galaxia justa y equitativa, reaccionaron tal y como yo esperaba. Algunos tenían el aspecto de haber sufrido una grave indigestión, otros se pusieron pálidos y la mayoría se limitó a mirarlo con la misma expresión de incomprensión bovina que tan a menudo había visto en gente tan habituada a la imbecilidad que simplemente carecía de la capacidad intelectual que se requiere para asimilar las malas noticias aunque se comuniquen en el lenguaje más simple. Eran unos doce, todos de la aristocracia local por lo que pude ver, aunque se me escapaba cuáles eran los méritos que los hacían dignos de estar allí, como no fuera, tal vez, la falta de mentón[22].

La única excepción era el hombre que presidía la reunión y al que habían presentado como el regente planetario. Yo no lo conocía de nada, pero por lo que había oído era el gobernador en funciones de este mundo dejado de la mano del Emperador, de modo que no perdí ocasión de sonreírle afablemente cada vez que se cruzaban nuestras miradas. El me devolvía la sonrisa con una inclinación de cabeza, de donde colegí que o bien era mucho menos envarado que la colección de bastardos aristócratas que nos rodeaba, o estaba al tanto de mi reputación. Extrañamente, iba vestido como un burócrata de alta jerarquía, aunque al menos eso era garantía de que tenía cierta idea de cómo funcionaban realmente las cosas, de modo que decidí no perderlo de vista. Por lo que oí, su hombre era Vinzand, y la asignación del cargo le

había llegado como una desagradable sorpresa, lo cual encontré tranquilizador, ya que, según mi experiencia, el último al que debe entregarse el poder real es aquel que realmente lo desea.

—Por supuesto, se está refiriendo al ataque de que fueron objeto sus soldados —asintió, alisándose el pelo blanco, que todavía formaba un marco abundante a su cara, y recogiendo las mangas de su ropón carmesí, que era dos tallas más grande de lo que necesitaba. No sé por qué incongruencia me recordó a Jurgen y reprimí una sonrisa que hubiera parecido totalmente inadecuada en las presentes circunstancias—. Espero que los heridos se estén recuperando satisfactoriamente.

—Muy bien, gracias —dijo el coronel Asmar haciendo un gesto despectivo hacia mí. No tenía la menor idea de por qué tenía que mostrarse tan despectivo cuando le habíamos salvado el trasero, como no fuera porque le resultaba embarazoso sentirse en deuda con otro regimiento, aunque era algo totalmente imbécil. De haberse dado las circunstancias al revés, nosotros habríamos agradecido la ayuda, y si él prefería acabar como señuelo para un traidor, peor para él. Por supuesto, era algo más profundo, pero en ese momento yo no tenía datos para saber qué era lo que lo estaba reconcomiendo.

—La oportuna intervención del comisario Cain sin duda cambió las tornas —declaró Zyvan para mi satisfacción, y Kasteen me dedicó una sonrisa. Estábamos sentados junto con los demás coroneles de los regimientos y sus comisarios en una mesa larga que abarcaba todo un lado de la cámara del consejo, dejando que Zyvan y su estado mayor ocuparan el lugar de honor sobre una pequeña plataforma enfrente de los delegados, sentados todos tras sus atriles de datos como un puñado de estudiantes de la schola un poco excedidos de edad y de vestimenta. Los demás valhallanos estaban a continuación de nosotros, por supuesto, a nuestra derecha, y los dos regimientos kastaforeanos con Asmar y Beije en el otro extremo, lo más lejos posible de Kasteen y de mí. En realidad, esto me parecía estupendo.

Vinzand estaba sentado casi enfrente de nosotros, en un lugar desde el cual podía observar al general supremo y a sus propios parásitos aristócratas con igual atención, rodeado por los haraganes de bajo rango del Administratum, que parecían muy atareados en tomar notas abundantes de todo lo que se decía y hacía. Entre los allí reunidos sólo había otra persona que destacaba sobre los demás. Era un tipo delgado con atuendo militar, un sencillo uniforme gris cuyo único adorno eran las insignias de su rango y que no podía distinguir por estar demasiado lejos. Todo lo observaba con sus ojos pálidos de un tono similar al de su uniforme.

—Ha habido protestas de la Orden de la Luz Imperial —dijo Vinzand en tono medido—, sobre daños a la estructura de su propiedad y la pérdida de gran número de reventones.

Después de haber degustado aquello casi en todas las comidas desde nuestra

llegada, tenía la sensación de que no era una gran pérdida, pero traté de aparentar que me importaba.

—Le ruego les haga llegar mis disculpas más enérgicas —me excusé—, pero dadas las circunstancias creí que no había otra posibilidad.

—¿Qué no había otra posibilidad? —saltó Beije rojo de indignación—. ¡Has profanado un santuario! En nombre del Emperador, ¿en qué estabas pensando?

—Estaba pensando que tu coronel y sus hombres estaban a punto de ser masacrados por los herejes —repliqué—. ¿Cómo podía un sirviente leal de su divina majestad quedarse al margen y permitir que aquello sucediera?

—Hubiéramos preferido perecer antes que ser salvados a costa de una blasfemia —declaró Asmar con tono admonitorio.

Tuve que sofocar un estallido de incrédula ira.

—Lo tendremos en cuenta la próxima vez —dije con tanta blandura como pude, y tuve la callada satisfacción de ver cómo se endurecía su expresión al tiempo que Zyvan contenía una sonrisa.

—Nuestros zapadores ya están allí reparando los daños —intervino Kasteen, nada dispuesta a perder una oportunidad más de dar a Asmar otro codazo en las costillas —. ¿Tal vez podrían hacer que algunos de los suyos colaboraran?

—Tenemos poco tiempo para fortificaciones —dijo Asmar— que no sean la ciudadela de nuestra fe en el Emperador. No perdemos el tiempo con barreras puramente físicas.

—Me parece bien. —Kasteen se encogió de hombros—. Nos ocuparemos de que los sacerdotes consagren unos cuantos ladrillos en su nombre, si lo desean. —Mostraba una cara tan impávida que por un momento no supe muy bien si estaba bromeando, y después de mirarla con desconfianza uno o dos segundos, Asmar asintió.

—Eso sería aceptable.

—Bien —concedió Zyvan—. Si nos permiten volver a lo que nos interesa, da la impresión de que podríamos enfrentarnos a una guerra en dos frentes. Mientras la flota atacante se acerca, podemos prever más ataques de sus confederados para poner obstáculos a nuestra capacidad de respuesta.

—¿Hasta qué punto son una amenaza esos insurgentes? —preguntó Vinzand.

A modo de respuesta, Zyvan hizo un gesto en mi dirección.

—Probablemente el comisario Cain sea el más indicado para responder a eso. De los hombres bajo mi mando es el que ha combatido con mayor número de agentes de los Poderes Ruinosos cuerpo a cuerpo.

Me puse de pie con un lacónico encogimiento de hombros.

—He tenido ayuda —dije, haciendo gala de mi reputación de modesto heroísmo y disfrutando de la oleada de diversión que se extendió por la estancia—. Por lo general,

de un ejército. Sin embargo, supongo que es cierto que me he topado más veces que la mayoría con los herejes y sus maquinaciones. —Salí de detrás de la mesa para que los aristócratas de corto entendimiento pudieran verme bien. La mayor parte de ellos parecían apabullados por la perspectiva de que un héroe del Imperio les diera una charla informativa.

—Entonces, estoy seguro de que sus observaciones resultarán de lo más esclarecedoras —comentó Vinzand en un tono de voz que hizo innecesario añadir «deje pues de jugar a las adivinanzas y adelante con ello». Yo empezaba a sospechar que el de regente era algo más que un título de fantasía.

—Por supuesto —accedí—. Los cultos del Caos son insidiosos y pueden surgir prácticamente en cualquier parte, alimentándose de los especímenes más bajos y degenerados de la humanidad. Sin embargo, su mayor amenaza es que al expandirse abarcan a un número cada vez mayor de acólitos que al principio tal vez no tengan conciencia de qué es eso a lo que se están uniendo. Tal vez piensen que es una banda callejera, un movimiento político o un club social con una determinada desviación sexual. Sólo cuando se va extendiendo la corrupción por obra y gracia del poder que lo patrocina empiezan a darse cuenta de las dimensiones de aquello de lo que forman parte, y para entonces las mentiras y los engaños son demasiado fuertes. El daño ya lo han sufrido y ni siquiera les interesa.

—Entonces, ¿cómo sabemos cuál es la diferencia? —preguntó el hombre de gris de la esquina—. No podemos investigar a todas las organizaciones sociales y criminales de la ciudad.

—Ha dado usted en el clavo, señor —dije. Aunque todavía no tenía pistas sobre quién era, daba la impresión de ser alguien con autoridad, y había tenido el buen juicio de no hablar hasta que no tuvo una pregunta específica que plantear. Dadas las circunstancias, pensé que era mejor ser cortés—. Pero créame, el problema no se limitará a la ciudad. Es probable que a estas alturas los cultos estén establecidos en todos los centros de población importantes. Si muestran la mano abiertamente es porque piensan que son lo bastante fuertes como para no temer a las represalias.

—O el pánico se ha apoderado de ellos —interrumpió Beije— al entender que la ira de los sirvientes del Emperador está a punto de caer sobre ellos…

—Eso debería hacer que se metieran bajo tierra —señalé moderadamente. Me miró con furia y cerró la boca.

El hombre de gris asintió.

—Hasta ahí parece evidente. —Se volvió hacia Vinzand, pasando por alto ostensiblemente a la ralea de aristócratas—. Tendré que consultar con el Arbites[23] para ver si han observado algo fuera de lo común.

—Por supuesto, general —asintió Vinzand, y yo agradecí en lo más íntimo el impulso que me había llevado a ser cortés: éste debía de ser el comandante de la FDP

local. Seguramente serían tan indisciplinados como la mayoría de los de su clase, pero al menos su líder daba la impresión de que sabía lo que hacía[24]. Vinzand se volvió hacia Zyvan—. Me permito sugerir que el general Kolbe sirva de enlace con su gente. Su mayor experiencia en estas cosas podría resultar útil.

—Por supuesto. —El general supremo se volvió hacia mí—. Tal vez el comisario Cain podría disponerlo todo puesto que él y el general ya tienen un conocido común.

Verán, tal vez usted piensen que soy bastante espeso, pero hasta ese momento no había sonado la campana y no se me había hecho patente la importancia del nombre del general.

—¿Cómo se encuentra su hijo? —pregunté, esperando haber acertado. Resultó que había dado en el clavo, lo que vino a corroborar mi fama de estar encima de los pequeños detalles.

Kolbe padre asintió.

—Se recupera bien, gracias.

—Me alegra oírlo —dije—. Dio muestras de un valor ejemplar en circunstancias sumamente difíciles.

El general Kolbe se hinchó un poco de orgullo paterno. Habría de enterarme más tarde de que la decisión de su hijo menor de ingresar en el cuerpo de pretores y no en la carrera militar había dado lugar a ciertas desavenencias, y que el incidente del puente había sentado las bases para una reconciliación que ambos hubieran sido demasiado tozudos para intentar en otras circunstancias, de modo que al menos algo bueno había resultado de ello. (Aparte de una pila de herejes muertos, por supuesto, cosa que siempre le alegra a uno el día). Con el rabillo del ojo pude ver que Beije apretaba los dientes al ver que yo hacía amistad con otro alto cargo, lo cual contribuyó a aumentar el disfrute del momento.

—Eso está hecho, entonces —dijo Zyvan—. Reuniremos un comité de inteligencia conjunto para condensar la información que tenemos. El regente será informado de todo lo que podamos determinar en el momento adecuado.

—Eso es de todo punto inaceptable —intervino una nueva voz cuando uno de los petimetres de cuidada indumentaria se inclinó sobre su atril. Para ser sincero, hasta ese momento yo casi me había olvidado de que estaban allí. Fue como si una de las sillas hubiera incurrido en la temeridad de interrumpir.

Zyvan lo miró frunciendo el ceño, como un eminente autor trágico que escrutase entre las luces para tratar de identificar a un espectador borracho.

—¿Y quién viene a ser usted?

—Adrien de Floures van Habieter Ventrious, de la Casa Ventrious, heredero legítimo del… —Un repentino clamor de indignación de todos los demás parásitos vino a ahogar el resto de su frase y se mantuvo hasta que Vinzand decididamente llamó al orden a los presentes.

—Uno de los miembros del Consejo de Pretendientes —corrigió, y Ventrious asintió con gesto adusto, aceptando la puntualización.

—Así es, por el momento —admitió—, y por lo tanto tengo derecho a ser informado de todo lo que afecta a nuestro mundo. Especialmente en las difíciles circunstancias actuales. ¿Cómo si no podremos llegar a un consenso rápido y efectivo sobre lo que hay que hacer?

—Una cuestión de procedimiento si se me permite. —Un joven pálido y descolorido vestido con calzas color turquesa y una camisa ribeteada de piel se puso de pie, con el acné rojo como la grana por la vergüenza. Cruzó una mirada con Zyvan y le hizo una torpe reverencia—. Humbert de Truille, de la Casa de Truille. Hum, ya sé que no he asistido a muchas reuniones y eso, pero, hum, bueno, ¿no se supone que existen comités de crisis y todo eso? Para que el regente pueda actuar sin tener que convocar al consejo en caso de, bueno, de emergencia, quiero decir.

—Lo hay —confirmó Vinzand—. ¿Y usted quiere llegar a…?

Humbert se ruborizó aún más.

—Bueno, a mí me parece que, vaya, ésta es una especie de emergencia. ¿No debería usted convocarlos o algo así? De esa manera las cosas no quedarían atascadas como de costumbre.

—¡Totalmente inadmisible! —sonó atronadora la respuesta de Ventrious acompañada de un golpe al atril mientras varios de los demás zánganos asentían con gesto de aprobación—. Eso pondría totalmente en cuestión la razón de ser del consejo. ¿Cómo voy…? —Se corrigió rápidamente—. ¿Cómo va a gobernar con eficacia el que llegue a ser designado tras ser dejado de lado durante la mayor crisis a la que se ha enfrentado nuestro mundo?

—Con mucha mayor eficacia que después de ser masacrado por los herejes —apuntó Zyvan, cuya voz resonó aún más por el hecho de no gritar—. Debería aceptarse la sugerencia del chico.

—De ninguna manera —intervino otro petimetre sin dos dedos de frente—. La Casa Kinkardi no lo apoyará.

—De todos modos, la propuesta se ha hecho —insistió Vinzand sin inmutarse—. Todos los que estén a favor sírvanse indicarlo de la manera habitual. —La elegante ralea se lanzó sobre las runas de sus atriles y un antiguo hololito relució en el podio proyectando en el aire tres grandes puntos y una multitud de otros de color rojo. Zyvan asintió con parsimonia mientras estudiaba los resultados.

—Antes de emitir sus votos finales, les ruego tengan en cuenta que la alternativa es la imposición de la ley marcial. No se equivoquen. No deseo tomar una medida tan drástica, pero lo haré si la otra alternativa es dejar a nuestras fuerzas en un punto muerto por falta de un liderazgo claro. —Su voz tenía otra vez ese tono de «malditos sean los proyectiles de plasma» que hizo que varios de los consejeros se encogieran

visiblemente en sus asientos. Poco a poco, los puntos rojos empezaron a transformarse en verdes, aunque todavía había algunos que seguían relumbrando desafiantes. Una mirada a Ventrious me confirmó sin la menor duda que uno de ellos era suyo.

—La moción queda aprobada —dijo Vinzand, optando por la táctica de no festejar el resultado—. Por consiguiente, se transfiere la autoridad ejecutiva suprema al regente mientras dure la situación de emergencia.

—Bien. —Zyvan se permitió una gélida sonrisa—. Entonces, si son tan amables de abandonar la cámara podremos ponernos a trabajar. —Un aullido de indignación surgió del sector de la aristocracia allí reunida al darse cuenta de que habían votado su propia exclusión.

—¡Caballeros, por favor! —Vinzand trató en vano de restablecer el orden—. Esto es impresentable. ¿Quiere tener la bondad de retirar ese comentario el delegado de la Casa Tremaki?

—Permítame. —Zyvan señaló con un gesto a nuestra mesa—. Comisarios, ¿serían tan amables de escoltar a los consejeros hasta el vestíbulo? Parece que necesitan que les dé el aire.

—Encantados —respondí, y tres figuras con guerrera negra se pusieron de pie para respaldarme. Pude observar que Beije lo hacía con mucha mayor lentitud e iba a remolque del resto de nosotros mientras arreábamos a los aristos fuera de la sala y cerrábamos la puerta tras ellos, atenuando así abruptamente el ruido.

—Bien. —Zyvan se relajó por primera vez desde nuestra llegada y se recostó en su sillón con evidente satisfacción—. Ahora, salgamos a cazar herejes.



CINCO

> ¡Cuando golpea la mano del traidor, lo hace con la fuerza de una legión!
>
> **Señor de la guerra,**
> **HORUS (atribuido)**

Para gran deleite mío, las obligaciones extra que Zyvan tan informalmente me había puesto en las manos me retuvieron en Skitterfall durante casi dos semanas, disfrutando de las benignas temperaturas del lugar mientras Kasteen y Broklaw partían con el regimiento hacia el área que nos habían asignado en medio de las tierras heladas del lado oscuro. Tal como yo había previsto, la tropa había afrontado con espíritu festivo la perspectiva de volver a temperaturas bajo cero, y ese entusiasmo se manifestaba en una sucesión de infracciones menores que me tenían ocupado aplicando las normas y tranquilizando a una sucesión de propietarios de bares, pretores y ciudadanos locales atribulados cuyos hijos e hijas al parecer encontraban algo irresistible en todo lo que viniera envuelto en un uniforme de la Guardia. Por fortuna, como siempre, el insustituible Jurgen actuaba como un colchón entre mi persona y los aspectos más pesados de mi trabajo, e informaba a la mayor parte de mis visitantes que el comisario no estaba disponible y que se ocuparía de lo que los inquietaba, fuera de la naturaleza que fuese, en cuanto le resultara posible.

El lado positivo de esto era que, llevado por el interés de aparecer al mismo tiempo interesado y puntilloso, tuve ocasión de visitar una gran selección de bares y salas de juego con la excusa de investigar las denuncias mientras mi asistente se ocupaba del papeleo. Así pude descubrir con gran rapidez algunos lugares estupendos donde pasar mi tiempo de ocio.

Fue una suerte que al finalizar la primera semana las tropas ya hubieran sido desplegadas, lo que me dejó libre para concentrarme en las cuestiones más importantes, como filtrar los informes del comité conjunto de inteligencia y aprovechar al máximo el resultado de mis excursiones de reconocimiento. Era de

todo punto impensable que un regimiento pudiera ocuparse de todo un hemisferio sin ayuda, de modo que se los mantenía en reserva en un complejo minero cercano al ecuador desde donde las naves de desembarco de la *Benevolencia del Emperador* podían, al menos en teoría, trasladarlos a cualquier punto donde existiera la posibilidad de que los atacantes tocaran tierra antes de que llegaran los invasores. Por supuesto, siempre y cuando los tallarnianos y los kastaforeanos no lo solicitasen antes. Eso constituía un auténtico dolor de cabeza para Zyvan, que seguía instando al resto de nuestra fuerza de ataque para que actuásemos conjuntamente y reuniéndonos lo más rápido posible mediante una serie de mensajes astropáticos tajantes. Cinco regimientos para defender a todo un planeta estaba empezando a parecer una broma pesada que iba perdiendo gracia a medida que nos acercábamos al punto álgido.

Como es natural, los tallarnianos estaban encargados del hemisferio tórrido, y debo admitir que eso me producía gran alegría. No me había encontrado con Beije ni con Asmar desde la reunión informativa en la cámara del consejo, pero el saber que estaban en el otro extremo del planeta era un gran alivio. Al menos era poco probable que aquellos abstemios de los arenales frecuentaran los mismos bares y burdeles que nuestros muchachos, tan poco probable como que cualquier soldado del 597.º malgastara su tiempo de descanso yendo a la iglesia. Esto hizo que los enfrentamientos que yo había estado temiendo nunca se produjeran. (Al menos no con los tallarnianos. De más está decir que tuve que intercambiar ficheros de datos con mis colegas del 425.º blindado y de los dos regimientos kastaforeanos con una regularidad pasmosa. O lo habría hecho de no haber estado allí Jurgen para sacarme de encima ese trabajo, citando la apremiante necesidad de reunir informes de inteligencia del general supremo para cubrir mi ausencia).

El desaliento había cundido en el 425.º al verse replegados en Skitterfall durante el futuro previsible en lugar de unirse a los nuestros en los glaciares, ya que Zyvan quería que los tanques defendiesen la capital cuando llegara el invasor. Su lógica era irrebatible, a mi entender, ya que en ese momento me parecía el objetivo más probable para los invasores. También los kastaforeanos estaban desplegados en la zona de sombra, y acudían en apoyo de la FDP donde ésta daba la impresión de máxima debilidad (que, según mi aprensivo modo de ver, era prácticamente en todas partes).

A pesar de todo, tal como resultaron las cosas, la situación fue de lo más conveniente. Fuera cual fuese el estado de disposición en que se encontraban sus hombres, el general Kolbe al menos parecía bastante competente. Es cierto que nunca había estado en un combate real, salvo contadas ocasiones cuando la FDP había sido movilizada por el Arbites para sofocar el tipo de revueltas civiles que surgen esporádicamente en cualquier lugar del Imperio, pero era lo bastante metódico, incisivo y brillante para escuchar mis consejos. Fue él quien sugirió que repasáramos

los archivos a la luz de los acontecimientos para ver si había alguna vinculación posible entre algunos de esos incidentes previos y la incipiente actividad del culto.

—Al menos si podemos encontrar una conexión nos dará una idea del tiempo que llevan activos en Adumbria —señaló.

Zyvan asintió con aire pensativo. Nosotros tres, Vinzand y Hekwyn, el jefe del Arbites en el planeta, estábamos reunidos en una sala de conferencias fuertemente protegida del lujoso hotel que Zyvan había elegido como su cuartel general. Como mínimo, el lugar era sumamente cómodo, tal como correspondía a su categoría, y yo no perdí tiempo en agenciarme una habitación allí. Después de todo, se suponía que debía actuar de enlace con su estado mayor, por lo que era de una lógica intachable estar lo más cerca posible ahora que mi regimiento estaba a medio hemisferio de distancia.

—Hasta cierto punto —concedió—. Aunque sería más seguro suponer que llevan infiltrados aquí por lo menos desde hace una generación. Tal vez varias. —Para los tres adumbrianos aquello fue un verdadero golpe, y todavía más cuando yo me manifesté de acuerdo.

—No estaría de más comprobar los registros del puerto estelar de dos siglos a esta parte. Es posible que el culto local haya sido fundado por un puñado de herejes llegados de otro mundo.

Hekwyn, un hombre corpulento con la cabeza rapada y la tez pálida de la mayor parte de los adumbrianos, se puso aún más blanco.

—Eso nos daría millones de nombres —dijo.

Vinzand asintió.

—Tal vez mil millones —reconoció secamente, con la indiferencia hacia las grandes cifras propia de los funcionarios del Administratum. Tomó una nota en su agenda—. Haré que mi personal lo examine, pero francamente, no soy muy optimista.

—Tampoco yo —admití—. Pero ahora mismo tenemos una escasez crítica de datos fiables. Hasta un hilo nos ayudaría.

—Haré que mi gente lo siga desde el final —se ofreció Hekwyn—. Llevamos un control estricto de las zonas de carga para evitar el contrabando. Es posible que hayamos detectado a uno o dos herejes junto con los contrabandistas.

—Excelente —dijo Zyvan—. ¿Alguna pista de sus fuentes callejeras?

Hekwyn se encogió de hombros.

—Vagas en el mejor de los casos. Ha habido unos cuantos incidentes, enfrentamientos entre bandas, por ejemplo, pero si hay un plan detrás de todos ellos, no es fácil de identificar.

—Le echaré un vistazo —dije. Mis años de paranoia me han dado una capacidad para advertir a veces conexiones que a otro con un instinto de supervivencia menos afinado se le podrían pasar por alto. Me volví hacia Kolbe—: ¿Algún incidente fuera

de lo común en relación con la FDP?

—Si se refiere a que hayamos sido infiltrados, hasta el momento no hay nada que lo haga pensar —dijo con serenidad—, pero dado el tiempo que pueden llevar activos estos herejes, debemos suponer que los cultistas puedan haber penetrado en la estructura de mando. —El respeto que sentía por este hombre se acrecentó. Según mi experiencia personal, la mayor parte de los comandantes de la FDP se habría indignado ante la sugerencia y habría negado con vehemencia la posibilidad de permitir una investigación en toda regla.

—Lo que yo quería decir es si alguna de sus unidades ha sido atacada —precisé. Desde el ataque a los tallarnianos de hacía cuatro días estábamos preparados para más incidentes similares, pero esa ocasión no acababa de presentarse. Claro que desde entonces habíamos extremado la seguridad y a los herejes ya no les resultaría tan fácil encontrar un objetivo, por más que yo en cierto modo pensaba que era poco probable que eso los disuadiera. Estando los regimientos de la Guardia en estado de alerta y ofreciendo la FDP un montón de objetivos fáciles distribuidos por toda la zona de sombra, era de pura lógica que fueran los siguientes en la línea de fuego. Es cierto que la razón y la lógica no son exactamente requisitos para ingresar en un culto del Caos, de modo que especular sobre lo que van a hacer nunca resulta fácil, a menos que uno esté tan chalado como ellos.

Kolbe negó con la cabeza.

—Desde que usted planteó la cuestión —intervino Zyvan con calma—, ¿qué precauciones están tomando para evitar la infiltración?

—Estamos comprobando los antecedentes en todas las oficinas, empezando en el máximo nivel y bajando hasta el último puesto en la cadena de mando. —Esbozó una sonrisa gélida—. Me complace informarles de que hasta el momento da la impresión de que yo no estoy comprometido.

—¿Y quién investiga a los investigadores? —pregunté, empezando a sentir un hormigueo en las palmas de las manos mientras una espiral sin fondo de desconfianza y sospechas empezaba a abrirse bajo mis pies.

—Buena pregunta —reconoció Kolbe—. Hasta el momento se han investigado entre sí, verificando dos equipos de forma independiente la lealtad de un tercero. Por supuesto, esto no es infalible, pero en cierto modo es una forma de evitar que los colegas cultistas se encubran entre sí. Eso si hay alguno, por supuesto.

—Por supuesto, y mientras tanto nos mantienen ocupados en investigarnos los unos a los otros, detrayendo quién sabe cuántos recursos del Emperador y cuánto tiempo de nuestros hombres… —Me lancé a hablar, súbitamente convencido de que ése había sido el motivo principal de que los cultistas se pusieran en evidencia atacando en primer lugar a los tallarnianos. Pero si su agenda era ésa, teníamos que movernos al mismo ritmo; era imposible tomar otro rumbo. Expresé mis sospechas y

Zyvan asintió.

—Yo había llegado a la misma conclusión. —Se encogió de hombros—. Claro que así es el Caos. Una agenda oculta incluso en la acción aparentemente más irracional. —Suspiró irritado—. ¿Por qué es que nunca aparece un inquisidor cuando más se necesita[25]?

Me quedé callado ante aquel comentario, pues había descubierto más sobre la Inquisición y sus métodos de lo que habría querido desde que me había convertido en juguete ocasional de Amberley, pero reflexioné que el hecho de que uno no los vea no significa necesariamente que no estén ahí. Una idea que no me tranquilizó demasiado, ya que no hizo más que acentuar la sensación de paranoia que ya se había apoderado de mí.

—Simplemente tendremos que hacer lo que podamos con lo que tenemos —dije, tan poco seguro como de costumbre sobre cuánto sabría Zyvan sobre mis actividades tangenciales como agente involuntario de la Inquisición. Sin duda, debía de estar enterado de la relación personal que mantenía con Amberley, y era lo bastante astuto como para sospechar que iba más allá de lo meramente social, pero jamás había preguntado y no iba a ser yo quien lo pusiera al tanto voluntariamente[26].

—Sin duda. —Zyvan se puso de pie y se estiró, caminando alrededor de la mesa de conferencias hasta la otra pequeña que había a un lado de la estancia con una jarra de recafeinado, algo de infusión de tanna para mí (que a nadie más se le ocurría tocar, pero como él sabía de mi afición por ese té tenía la consideración de tenerlo disponible) y una selección de tentempiés. Era algo que solía hacer con frecuencia, especialmente si la conferencia se prolongaba durante más de una hora, pero esta vez iba a salvarle la vida.

—¿Puedo servirle algo a alguien ya que estoy de pie?

Antes de que yo pudiera pedir una taza de tanna, ya que lo que quedaba en el fondo de mi taza se había quedado desagradablemente tibio, la ventana estalló bajo la acción de un proyectil bólter que hizo trizas el sillón que el general supremo acababa de abandonar. Me tiré al suelo buscando refugio, sin hacer caso de la granizada de cristales que caían por toda la habitación, sabiendo que los proyectiles explosivos destrozarían cualquiera de las piezas de mobiliario que pudiera usar como cobertura. La única opción era la propia pared, junto a la ventana destrozada, de modo que me pegué a ella, sacando mi fiel pistola láser mientras lo hacía.

No tuve que esperar mucho para identificar un objetivo. Un aullido creciente fuera del edificio terminó abruptamente con un impacto que me dejó los oídos silbando, y el morro de un transporte vehículo aéreo se abrió camino por la abertura de la ventana introduciéndose como una cuña. Observé con aire ausente que se trataba de un modelo descapotable cuyo interior estaba lujosamente cubierto de pieles y cuero de gran calidad. El metal de la carrocería también estaba profusamente

adornado con decoraciones de oro, irreconocibles por el impacto con la pared del hotel. El conductor salió volando por encima del volante de bronce del regulador de gravedad cuando mi disparo lo alcanzó en la cabeza, dejando perdido su elaborado peinado, y el pasajero que ocupaba el asiento del acompañante saltó por encima de la chatarra resultante como un poseso armado con un bólter.

Busqué a mis compañeros, pero sólo Zyvan y Kolbe habían reaccionado; ambos habían sacado sus bólter y trataban de hacer blanco. Vinzand estaba agachado en un rincón con la cara convertida en una máscara totalmente blanca, y Hekwyn estaba en el suelo, sangrando profusamente del muñón en que se había convertido su brazo izquierdo.

—¡Ayúdelo! —grité, y el paralizado regente avanzó para tratar de detener la hemorragia antes de que el arbitrator muriera desangrado. No tuve tiempo para prestarles más atención, ya que el chico del bólter alzó la embarazosa arma con tanta suavidad como si llevara el blindaje de un astartes. Disparé. El bólter láser abrió un cráter sangrante en su torso desnudo e hizo desaparecer un tatuaje que me había hecho daño a la vista. Había supuesto que caería, pero vi, lleno de sorpresa y horror, que seguía avanzando con una risita desquiciada.

—¡Maldita sea! —Me tiré al suelo y me aparté de una voltereta cuando me apuntó con el bólter. Milagrosamente logré mantenerme por delante de los proyectiles explosivos que iban trazando una línea en la pared. El fuego cesó de repente cuando sonaron los disparos de dos pistolas bólter casi al mismo tiempo; el hombre del bólter pareció explotar, sembrando restos sanguinolentos por toda la habitación y dejando el lujoso papel pintado hecho una pena—. Gracias —dije para que me oyeran los dos generales, y saqué mi espada sierra para responder a la carga de los dos pasajeros del asiento trasero, que habían empleado el segundo aproximado que tardamos en despachar a su camarada en saltar por encima del cadáver del conductor. Un espacio tan cerrado no es lugar para armas de fuego en semejante tumulto, ya que las posibilidades de darle a un amigo en lugar de a un enemigo son demasiado grandes.

Esto no arredró a los herejes, por supuesto, que parecían totalmente locos por empezar la matanza o mucho me equivocaba. Las venas hinchadas de sus caras arrebatadas lo decían todo. De un salto esquivé a una mujer que lo único que llevaba puesto era una máscara, guantes y botas hasta el muslo. Le di una patada en la corva y la hice caer al suelo justo cuando apuntaba a Zyvan con el stubber que tenía en las manos. A continuación no pude volver a ocuparme de ella, ya que un tipo corpulento como un Catachan vestido de seda rosada me lanzó a la cabeza una maza. La esquivé, lo bloqueé con la espada sierra y le cercené la mano a la altura de la muñeca. Por fortuna o por la gracia del Emperador, la maza siguió su trayectoria reduciendo a pulpa la cabeza de la chica del stubber justo cuando se ponía de pie, después giré sobre mis talones para golpear al tercero en el diafragma. Este era un joven flexible de

sexo indeterminado que lucía un traje vaporoso de color púrpura y un maquillaje excesivo.

Él o ella se partió en dos y empezó a reír desaforadamente mientras trataba de levantarse sobre unas manos pringosas de sangre para recuperar la pistola láser que se le había caído al suelo. De una patada lancé el torso hendido hacia atrás, resbalando en el charco de sangre, pero ni siquiera con la ayuda de drogas de combate puede durar demasiado el cuerpo humano en ese estado: el hermafrodita puso los ojos en blanco y después de algunas convulsiones dejó de moverse.

Eso dejaba sólo a uno, el musculitos de rosa. Capté un atisbo de movimiento con el rabillo del ojo y me agaché, eché el codo hacia atrás y di en un diafragma duro como el cemento. Entonces revertí la orientación de mi zumbante arma para cortar hacia atrás por debajo de la axila. Hizo con él un buen trabajo, abriendo en canal su caja torácica; retiré la hoja y me volvía describiendo un arco con el arma para cortarle la cabeza. Para ser sincero, fue un gesto un poco exagerado, aunque tal vez necesario, después de todo. Ya había visto antes la carnicería que podían hacer, y no era descartable que el tipo hubiera continuado luchando hasta que no le quedara ni una gota de sangre a pesar de sus heridas.

—¡Comisario! —me llamó Zyvan desde el otro extremo, junto a la puerta. Cuando alcé la vista vi a los otros cuatro a punto de abandonar la sala. Poco a poco fui dándome cuenta de que en total el combate no había durado más de un minuto—. ¿Está usted bien?

—Bien —respondí con toda la displicencia de que fui capaz mientras enfundaba mis armas—. ¿Cómo está Hekwyn? —No es que me importara demasiado, pero no perjudicaría mi reputación parecer más preocupado por los demás ahora que estaba otra vez a salvo.

—Vinzand detuvo la hemorragia. —Zyvan me miraba de una manera extraña, y por un momento me pregunté qué habría hecho—. Lo recomendaré para una distinción por esto.

—Por supuesto —se unió a él Kolbe mientras yo trataba de ocultar mi sorpresa. Todo lo que había hecho, como siempre, era tratar de salvar mi propio pellejo—. Ya veo que su fama de altruista es totalmente merecida. Luchar contra todos ellos usted solo para que pudiéramos atender a Hekwyn…

Ah, con qué era eso. Mi impulso de buscar refugio junto a la pared me había colocado entre los herejes y los otros, y ellos habían pensado que lo había hecho a propósito. Me encogí de hombros con toda la modestia posible.

—El Imperio necesita a sus generales —dije—. Y siempre se puede conseguir otro comisario.

—No uno como usted, Ciaphas —replicó Zyvan, usando por primera vez mi nombre de pila. Eso era más cierto de lo que él imaginaba, por supuesto, de modo que

me limité a aparentar azoramiento y volví a preguntar por Hekwyn. Estaba de color grisáceo, incluso para un adumbriano, y me quedé un poco más tranquilo cuando vi a un sanitario entre la guardia personal de Zyvan, que estaba tomando posiciones a lo largo del corredor rifles infernales en mano.

—Podéis descansar —les dije—. El general supremo está a salvo. —No tenía sentido perder la ocasión de subrayar levemente mi supuesto heroísmo mientras tenía ocasión de hacerlo.

El comandante de la Guardia parecía un poco cohibido ya que había tardado casi dos minutos en responder al ruido de los primeros disparos. Claro que el hotel era enorme y Zyvan había insistido en que nuestra conferencia se celebrara en un lugar apartado, de modo que supongo que realmente no era culpa suya. Sea como fuere, había compensado su leve retraso al poner a Hekwyn bajo atención médica con encomiable prontitud y al insistir en que Vinzand también fuera atendido: el regente presentaba signos de conmoción, de lo cual no podía culparlo, ya que era un civil y no estaba habituado a este tipo de cosas.

—¿Cómo burlaron nuestro cordón de seguridad? —preguntó Zyvan.

El comandante de la Guardia mantuvo una breve pero intensa conversación con alguien que se encontraba al otro extremo de su intercomunicador.

—Utilizaban los códigos de seguridad adecuados —confirmó después de un momento. Kolbe y Zyvan se miraron.

—Supongo que eso responde la pregunta sobre si la FDP estaba comprometida de alguna manera —intervine.

El comandante de la Guardia frunció el entrecejo.

—Lo siento, señor, tal vez no he sido demasiado claro. Los códigos identificaron el vehículo como perteneciente a un miembro del consejo de aspirantes.

—Averigüen a quién y arréstenlo —ordenó Zyvan. El comandante saludó y partió corriendo. El general supremo se volvió hacia Kolbe y hacia mí—. Esto se pone cada vez mejor.

—Sin embargo, no tiene sentido —apunté. Volvía a sentir el cosquilleo en las palmas de las manos. Había algo que se nos escapaba, estaba seguro—. Si tuvieran a alguien en lugar tan destacado, sería descabellado ponerlo al descubierto llevando a cabo un ataque tan arriesgado. Tenían que saber que sus posibilidades de éxito eran mínimas. —Y eso por decir poco. Con civiles sin entrenamiento, por fanáticos que fueran, no tenían ninguna posibilidad de prevalecer sobre una habitación llena de soldados. Es cierto que la muerte de Zyvan habría descabezado nuestra estructura de mando, pero aun así…

—¡Que desalojen el edificio! —grité cuando caí en la cuenta. Esto era una maniobra de distracción, tenía que serlo. El ataque principal tenía que ser en otro lugar o de otra clase, y la paranoia instintiva que acechaba en el fondo de mi cráneo

me decía que era lo más probable. A pesar de la clarísima ruptura del protocolo empujé a los dos generales—. ¡Vamos, corran!

—Evacúen el edificio —fue la escueta orden de Zyvan por su intercomunicador mientras se lanzaba corredor abajo.

Después de un momento en que me miró absolutamente atónito, Kolbe lo siguió. Aquél podría haber sido un momento de satisfacción para mí, pues forman un grupo muy selecto los hombres vivos que puedan vanagloriarse de haber dado órdenes a un general supremo, y mucho menos de haber sido obedecidos, pero supongo que él se sentía un poco más inclinado a hacerme caso por mi categoría de comisario[27].

Mientras los veía alejarse, todas las fibras de mi ser me urgían a seguirlos, o incluso a ir por delante de ellos si conseguía adelantarlos en el estrecho corredor atestado de costosos objetos inservibles reposando sobre delicadas mesillas, pero me obligué a permanecer donde estaba. Si me había equivocado sobre la percepción de la amenaza y en realidad de lo que se trataba era de obligarnos a salir a un espacio abierto, correría directo a una trampa, y no me atrevía a hacerlo. A pesar del riesgo, tenía que asegurarme. Volví atrás, a la sala de conferencias.

Tal como recordaba, la estancia estaba hecha un desastre. La chatarra en que se había convertido el vehículo aéreo fue lo primero que me salió al paso. Después de trepar por los restos astillados de la gran mesa y de resbalar en alguna víscera por allí tirada, me metí en el ruinoso vehículo. El conductor muerto se me puso en el camino, de modo que lo cogí por el cuello y lo lancé al exterior, donde cayó desde el piso treinta, aproximadamente, hasta la calle. Reparé tarde en que la totalidad del estado mayor de Zyvan debía de andar rondando ese lugar, y confié en que no hubiera caído encima de ninguno de sus miembros, y menos aún del general supremo. Esa habría sido la peor de las ironías. (Resulta que cayó sobre una marquesina sin hacer daño a nadie, o sea que salió redondo).

No tenía sentido tratar de abrir alguna de las escotillas de mantenimiento, ya que el metal estaba tan retorcido que hacía inútil cualquier intento, de modo que puse al máximo el selector de mi espada sierra y corté la delgada chapa haciendo saltar chispas con profusión y produciendo un sonido chirriante que me dio auténtica grima. Sin hacer el menor caso de lo irregular del corte y del consiguiente riesgo para mis dedos (los de verdad) abrí los improvisados alerones, descargando toda la presión posible en los auménticos.

Miré el interior del compartimento del motor y sentí que se removían las tripas. No me había equivocado.

—Las baterías han sido manipuladas para explotar —informé por el intercomunicador—. ¡Pónganme con un tecnosacerdote… ahora! —No tenía margen para salir corriendo, de eso estaba seguro; jamás conseguiría salir a tiempo del edificio. Incluso era discutible que hubiera podido huir junto con los demás, que

seguramente a esas alturas no habrían llegado más allá de la escalera de incendios.

—Al habla el cogitador Ikmenedies —dijo una voz en mi oído con las cadencias planas, sin modulaciones, de una unidad de voz implantada—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Tengo ante mí un temporizador —le dije— conectado a lo que parece el depósito de promethium de un lanzallamas. Ambos están conectados a las baterías del vehículo aéreo que se estrelló contra el edificio. Al temporizador le queda un recorrido de menos de un minuto. —Con un súbito estremecimiento de horror observé que el cable que lo conectaba a las baterías se había soltado con el impacto. De no haber sido por eso era probable que hubiera detonado casi en el momento en que los herejes impactaron contra el edificio. Ahora el temporizador avanzaba a trompicones, descontando unos cuantos segundos y parándose a continuación antes de reanudar su marcha inexorable hacia el cero—. Necesito que me dé instrucciones para desactivarlo. —Por un instante me pregunté si el fallo me daría tiempo suficiente para salir corriendo, pero la lógica se impuso sobre el impulso de huir, con el convencimiento de que con eso sólo conseguiría que mi cadáver hecho pedazos quedara sepultado bajo el edificio cuando éste se derrumbara.

—Los misterios del Dios Máquina no pueden revelarse así como así a los no consagrados —sonó la voz de Ikmenedies.

Rechiné los dientes.

—A menos que quiera explicárselo a él en persona en menos de un minuto, eso es precisamente lo que tendrá que hacer —lo amenacé—. Porque si no puedo desactivar la maldita bomba voy a emplear los últimos segundos de mi vida en organizar un pelotón de fusilamiento.

—¿Cuál es la fuente de alimentación de las baterías? —preguntó Ikmenedies con su tono monótono habitual, pero con una prisa casi indecente.

—Hay un cable que va a las baterías. Ya está suelto. —Extendí la mano hacia él—. Puedo desenchufarlo fácilmente.

—¡No lo haga! —No sé cómo, pero el tecnosacerdote consiguió transmitirme una sensación de pánico con su voz mecánica—. El aumento de potencia dispararía el detonador. ¿Hay algún cable que lo conecte con el depósito de promethium?

—Sí, dos —dije, tratando de calmar mi desbocado corazón y dando gracias al Emperador por tener todavía dos dedos que no temblaban como reacción a mi error casi fatal.

—Entonces debería ser simple —decidió Ikmenedies—. Todo lo que tiene que hacer es cortar el rojo.

—Los dos lo son —repliqué después de examinarlos un momento.

Oí que maldecía entre dientes, y luego se produjo una pausa.

—Tendrá que dejarse llevar por su buen juicio.

—¡De qué buen juicio me habla! —dije casi a gritos—. Soy un comisario, no un mecano. Se supone que éste es su negociado.

—Rezaré para que el Omnissiah guíe su mano —declaró Ikmenedies, lo cual fue una gran ayuda. Eché una mirada al temporizador y vi que sólo me quedaban unos segundos. Bien, tenía el cincuenta por ciento de posibilidades de sobrevivir, mucho más de lo que había tenido en algunas de las circunstancias a las que me había enfrentado a lo largo de los años, de modo que escogí un cable al azar, lo envolví con mis dedos auménticos, respiré hondo y cerré los ojos. Por un momento, el miedo me paralizó el brazo hasta que el reflejo de supervivencia entró en juego y me recordó que si no actuaba pronto, moriría sin remedio. Tiré del cable espasmódicamente con un quejido de aprensión. Se soltó con una facilidad pasmosa.

—¿Comisario? Está ahí, comisario.

Tardé un instante en tomar conciencia de la voz que sonaba en mi oído y solté todo el aire que tenía en los pulmones con indecible alivio.

—Cuando vea al Omnissiah puede darle las gracias —dije, dejándome caer en la mullida tapicería.

—¿Ciaphas? —La voz de Zyvan sonó con una mezcla de preocupación y curiosidad—. ¿Dónde está? Creíamos que venía detrás de nosotros.

—Sigo en la sala de conferencias —le expliqué, notando por primera vez que la mesa de refrigerios había conseguido sobrevivir al desastre. Salí del vehículo aéreo y avancé hacia ella tambaleándome y sorteando los restos más grandes de los herejes. La tetera todavía estaba caliente, de modo que me serví una jarra a rebosar—. Después de tanto jaleo creo que me apetece un poco de té.



Nota editorial:

Mientras Cain se mantenía ocupado en Skitterfall el resto de su regimiento se desplegaba sin tropiezos en Glacier Peaky una ciudad minera situada convenientemente cerca del centro geográfico de la cara oscura, o «lado frío» en la sucinta terminología de los adumbrianos, y sus inmediaciones. Puesto que todo esto había ido todo lo bien que era dado esperar, los detalles son algo que no nos interesa en este caso: lo importante es que habían visto acción antes de lo previsible, un encuentro que, mirado retrospectivamente, resultó un punto de inflexión importante para la campaña en su conjunto.

Como era de esperar, Cain no tiene casi nada que decir sobre esto, dando muestras de su consabida indiferencia por todo aquello que no lo afecta personalmente, de modo que consideré que era mi deber insertar una crónica del incidente desde la perspectiva de un testigo ocular. Por desgracia, proviene del segundo volumen de las memorias de Jenit Sulla que, como sin duda comprenderán después de haber leído una o dos frases, no es más legible que el primero. Como de costumbre, me siento obligada a disculparme por incluirlo, aunque siempre queda el consuelo de su brevedad.

De *Como un fénix sobre el ala: las primeras campañas y gloriosas victorias del 597.º valhallano*
por la general Jenit Sulla (retirada), 101.M42

Aquellos de mis lectores que no han tenido la fortuna de haber nacido en un mundo helado como nosotros, difícilmente podrán imaginar cómo nos levantó la moral encontrarnos una vez más pisando el permafrost que, con cada paso, nos hacía vibrar con el recuerdo visceral de nuestro suelo patrio. Por supuesto, no es que nos dejáramos dominar por la pasión, nada de eso. Como siempre, ése era nuestro deber para con el Emperador, que todos nosotros, hombres y mujeres, considerábamos tan caro, hasta el punto de estar dispuestos a derramar nuestra preciosa sangre en su glorioso nombre.

No llevábamos mucho tiempo aún en Glacier Peak, un lugar pintoresco sorpresivamente poco estragado por las barrenas y las torres de viviendas levantadas por los mineros, que trabajaban muy duro para ganarse precariamente la vida[28] excavando las vetas de merconio[29] muy por debajo de nuestros pies, cuando la ocasión que todos ansiábamos de cumplir con nuestro deber se presentó por fin.

Fui llamada al puesto de mando establecido por la coronel Kasteen a primera hora de la mañana (aunque en la noche permanente en que vivíamos en ese momento esas distinciones casi no tenían sentido) para serme confiada una misión de la mayor importancia. Nuestra red perimetral de sensores se veía perturbada constantemente por las irrupciones de los mineros cuando se ponían a trabajar, y, como me informó con gravedad, ningún oficial joven parecía más adecuado que yo para la tarea de garantizar nuestra seguridad protegiéndonos de las infiltraciones de los herejes. No es una exageración decir que sentí el corazón henchirse dentro de mí al oír semejante voto de confianza de mi oficial superior, de modo que acepté la misión con gran disposición.

Como no se le escapará a nadie, esto requería de mí la organización de patrullas periódicas para comprobar el correcto funcionamiento de los sensores, para lo cual los tecnosacerdotes asignados a nuestro regimiento como ingenieros nos proveyeron sabiamente de los rituales adecuados. A pesar de mi natural temor, pues pensaba que esas cosas era más conveniente dejarlas en manos de los debidamente ordenados, se negaron a acompañarnos en nuestras excursiones, asegurándome que las plegarias y las descargas de datos resultarían igualmente eficaces si las realizaba el militar de más rango presente en cada ocasión, y así resultó. A fin de estar todavía más segura de nuestro éxito en esta vital tarea, empecé a acompañar yo misma a cada una de las patrullas en el convencimiento de que, como miembro de más alto rango de la unidad, me granjearía el favor del Dios Máquina.

Y fue así que me encontré presente junto con las mujeres y hombres del cuarto pelotón en lo que en ese momento consideré una simple escaramuza. Sólo la visión retrospectiva y el genio táctico del comisario Cain revelarían más tarde lo importante que había sido aquel incidente menor.

La primera señal de conflicto llegó cuando nuestro Chimera se detuvo a aproximadamente medio kilómetro del emplazamiento del sensor que nos habían enviado a bendecir, y permaneció allí, con el motor en punto muerto, durante algún tiempo. Al final, la sargento Grifen, soldado experimentada que se había ganado el respeto del comisario (lo cual no era tarea fácil, como podíamos atestiguar los que lo habíamos hecho ya) se me acercó, alzando la voz lo suficiente para que pudiera oírla a pesar del ruido del motor.

—Creo que debería echar una mirada a esto, L. T.[30] —dijo. Sabiendo que no se dejaba amilanar sin una buena razón, la seguí, disfrutando de la brisa helada que azotaba mi capote al descender por la rampa de acceso.

No tuve dificultad para ver qué era lo que había despertado su curiosidad. Unos cuantos metros por delante, bloqueando nuestro camino, había una doble línea de rodadas, dejadas sin duda por algún tipo de vehículo. Recomendé a nuestro conductor que se mantuviera vigilante, porque encontrarlos no sería tarea fácil con la

oscuridad que nos rodeaba constantemente. Me agaché para examinar las rodadas.

—Se encaminan al asentamiento —concluyó Grifen, y no pude por menos que coincidir con ella; el viento constante erosionaba las huellas incluso ante nuestros ojos, y a nuestra izquierda ya estaban totalmente borradas. Era evidente que el tiempo era vital: si queríamos seguirlos, y debíamos seguirlos aunque sólo fuera para asegurarnos de la inocencia de esos misteriosos viajeros, teníamos que ponernos en marcha rápidamente antes de que su rastro se perdiera ante nosotros como el humo en un vendaval.

Una rápida llamada al puesto de mando nos confirmó que ninguna otra unidad andaba por ahí fuera y que no se había advertido tránsito de civiles a través de nuestro perímetro. Fue así que al comenzar nuestra persecución recomendé a nuestras mujeres y hombres que estuvieran preparados para enfrentarse a los enemigos del Emperador. Como es lógico, se mostraron entusiasmados ante la perspectiva y se pusieron de inmediato a comprobar sus rifles láser y demás equipo mientras nuestros fieles Chimera cerraban la distancia rápidamente.

—Se ve una luz por delante —informó nuestro conductor un instante antes de que las dudas que pudiéramos tener sobre las intenciones del vehículo al que seguíamos fueran aclaradas por una ronda de stubber contra el blindaje de nuestro casco. Nuestro artillero hizo girar la torreta y lanzó una descarga de disparos de bólter a modo de respuesta.

Incapaz de resistir la tentación de ver con mis propios ojos lo que estaba pasando, subí a la escotilla superior y asomé la cabeza, protegiéndome los ojos de las ráfagas de nieve con la rapidez de los reflejos entrenados desde la infancia. Un tractor de oruga de los que usan los mineros estaba averiado enfrente de nosotros, con grandes grietas abiertas en la delgada carrocería carente de blindaje, y su tripulación estaba agrupada fuera dispuesta a atacarnos con todo tipo de armas ligeras. Sin duda no habrían sido adversarios para mis duros guerreros, pero todavía no había abierto la boca para dar la orden de desembarcar y atacarlos cuando el tractor explotó transformándose en una vivaz bola de fuego color naranja que lo dejó reducido a una ruina humeante en un instante, inmolando en el proceso a los herejes que habían osado oponerse a la voluntad del Emperador.



SEIS

La paranoia es un estado mental muy reconfortante. Si piensas que van a por ti, es que consideras que le importas a alguien.

GILBRAN QUAIL
Colección de Ensayos

—Para empezar —dije—, la cuestión es qué estaban haciendo ahí fuera.

Kasteen asintió y me alargó una humeante taza de tanna que acepté agradecido.

—Pensamos que transportaban armas. Hice que Federer examinara lo que quedó del tractor y dice que encontró trazas de fycelina entre la chatarra. —No me costó trabajo creerlo. El capitán Federer, el oficial al mando de nuestros zapadores, mostraba un entusiasmo por todo lo que explota que rayaba a veces en la locura, y si había trazas que encontrar, él era el hombre indicado para hacerlo—. Dice que da la impresión de que los proyectiles del bólter penetraron en el compartimento de carga e incineraron todo lo que pudiera haber dentro.

—¿Sería mucho pedir que aunque fuera por una vez Sulla hubiera dejado algún superviviente a quien interrogar? —pregunté, dando sorbos al oloroso brebaje y saboreando la sensación de calor que me producía al beberlo. Acababa de llegar a Glacier Peak, nuestra área de asentamiento principal, y lo encontré aún menos acogedor de lo que esperaba. El lado frío no sólo hacía honor a su nombre, cosa para la que ya me había preparado, sino que, además, la noche perpetua empezaba a hacer mella en mí, y eso que sólo llevaba allí una hora.

Bueno, al menos desde el punto de vista técnico habíamos salido de la zona de sombra unas seis horas antes, y la penumbra penetrante a la que me había acostumbrado en Skitterfall se había ido haciendo más profunda durante las dos anteriores, de modo que me entró el sueño viendo pasar el monótono paisaje nevado por la ventanilla. Me enteré con mal disimulado desencanto de que no había transportes aéreos disponibles y me tendría que conformar con un compartimento en

uno de los trenes que llevaban a los mineros y sus provisiones de vuelta al puesto de avanzada, sin duda a rebosar de nuestra propia gente[31].

A pesar de que los tres coches añadidos a la cola de los vagones de carga estaban atestados y varios pasajeros se habían visto obligados a sentarse en los pasillos sobre sus maletas, Jurgen y yo teníamos un compartimento entero para nosotros. Al principio pensé que se debía al respeto que imponían nuestros uniformes de la Guardia, pero tras observar cómo se apartaban todos cada vez que mi asistente dejaba su asiento para usar las instalaciones sanitarias llegué forzosamente a la conclusión de que esto tenía mucho más que ver con su característico olor que con mi carisma personal. A pesar de lo acostumbrado que estaba y de la satisfacción de tener espacio extra para estirar las piernas, tras ocho horas con él en un espacio cerrado estaba empezando a creer que algo de razón tenían.

Como resultado de todo esto, cuando llegué a nuestro destino me encontraba cansado e irritable, y mi estado de ánimo no era el más adecuado para que me informaran de que Sulla se había cargado un tractor lleno de herejes sin molestarse en averiguar primero qué disformidad estaba haciendo allí.

—Todos volaron por los aires junto con el vehículo —me dijo Kasteen, encogiéndose de hombros—. Supongo que el lado positivo es que hay un cargamento menos de armas del que puedan echar mano los herejes.

—Suponiendo que no tengan muchas más en el lugar de donde sacaron ésas —repuse.

Otra vez el hormigueo en las palmas de las manos, aunque en esta ocasión no sabía si atribuirlo a la aprensión o a que estaba recuperando la circulación. En el exterior, el frío se le metía a uno en los huesos, tal como había previsto, y por más que en el puesto de mando de Kasteen hacía frío, hasta el punto de ver cómo se condensaba nuestro aliento cuando hablábamos, comparativamente parecía casi tropical. Ella y Broklaw tenían las camisas remangadas hasta el codo, y los operadores de comunicaciones y demás especialistas que entraban y salían también llevaban ropa ligera.

Sin embargo, como observé con satisfacción, llevaban puesta su armadura ligera, ya que todavía estaban vigentes las estrictas instrucciones del general supremo sobre el mantenimiento del estado de alerta. (Yo todavía vestía la armadura de placas que me habían dado en Gravalax oculta debajo de mi capote, como solía hacer cuando existía la posibilidad de que las cosas se volviesen incómodas sin previo aviso; a estas alturas ya estaba un poco desvencijada, pero por lo que a mí respecta, eso no hacía más que poner de relieve lo prudente que había sido al olvidarme de devolverla al almacén).

—Cierto —asintió Broklaw con expresión pensativa mientras activaba con el pie el hololito portátil con la seguridad de un tecnosacerdote. Emitió un zumbido y cobró

vida, proyectando una recreación topográfica de la campiña circundante (uso la palabra en sentido amplio, aunque sin duda los valhallanos podían apreciar sutilezas que a mí se me escapaban)—. Pienso que podemos suponer sin miedo a equivocarnos que sea lo que sea lo que tenían planeado, nosotros éramos el objetivo.

—Casi seguro —coincidí. El tractor se dirigía a Glacier Peak, eso al menos era indudable, y nosotros éramos la única presencia militar significativa allí, de modo que no hacía falta un inquisidor para unir los puntos.

Me dediqué a mirar la imagen mientras algo me rondaba por la cabeza. El anillo de iconos rojos que rodeaba la ciudad debía de ser nuestros aparatos sensores, por supuesto, y la delgada línea que avanzaba sinuosa por los valles era el ferrocarril que nos conectaba con las delicias civilizadas de la zona de sombra. No había carreteras, ya que las nevadas constantes las hubieran hecho permanentemente intransitables, de modo que la cinta de acero era la única forma de entrar o salir, salvo algún aparato volador ocasional. Si necesitábamos ir a algún otro sitio, como un asentamiento exterior o un campamento minero, la única forma de hacerlo era por medio de un tractor de oruga[32].

—La escaramuza se produjo aquí. —La aclaración de Broklaw era importante y añadió un icono de contacto más o menos donde yo lo esperaba. El curso que pretendían seguir los herejes estaba bien claro, bajando por un valle hacia las lindes de Glacier Peak, donde se habrían mezclado simplemente con el tráfico de las calles y habrían desaparecido.

—Debían de tener contactos en algún lugar de la ciudad —apuntó Kasteen.

Asentí moviendo la cabeza lentamente.

—Eso parece probable. Aunque tuvieran pensado dar el golpe personalmente, iban a necesitar un lugar donde esconderse mientras lo preparaban. Eso significa aliados.

—Tenemos conexión con los pretores locales —dijo Broklaw, anticipándose a la siguiente e inevitable pregunta—, pero hasta el momento no tienen gran cosa con la que trabajar. Ni siquiera el informe de una persona desaparecida.

—Entonces es casi seguro que son de fuera —coincidí—. La pregunta es: ¿de dónde venían? —No había demasiados puntos de avanzada de la civilización en el lado frío, y los otros estaban muy lejos de aquí; lo bastante lejos como para que un desplazamiento en tractor representara un riesgo descabellado. Claro que estábamos hablando de herejes, pero aun así tenía la impresión de que estábamos omitiendo algo. Traté de seguir el rastro del tractor hasta donde Sulla se había topado con él, y me asaltó la sensación de que algo no tenía sentido en la topografía. El valle era ancho y largo, pero rodeado de montañas y sin rastro de un paso por el que se pudiera acceder a él. Expresé en voz alta mi preocupación—. No me parece que haya salida.

—Tiene razón —confirmó Kasteen, bajando la cabeza para examinar la

proyección a nivel de los ojos. Miró a Broklaw en busca de confirmación y vio en su casi imperceptible gesto afirmativo que él había llegado a la misma conclusión—. Tiene que haber un escondite con armas ahí fuera, en algún lugar.

—Parece probable —asentí, incapaz de encontrar otra explicación—. Nuestros herejes debían de estar haciendo el reparto. —La idea no era tranquilizadora. Para que el tractor explotara como lo había hecho debía de llevar una buena provisión, lo cual nos llevaba a pensar en la posibilidad de que hubiera mucho más por ahí. Es evidente que nadie se molestaría en llevar la carga de un solo tractor para enterrarla y volver a llevársela al cabo de poco. Al menos a nadie en su sano juicio. Una vez más me recordé que estábamos tratando con los secuaces del Caos en el planeta, y que no podíamos dar nada por sentado.

—En primer lugar —preguntó Broklaw—: ¿de dónde venían?

Me encogí de hombros.

—Del puerto estelar. Hekwyn dijo que tenían problemas de contrabando. Las armas deben de venir camufladas entre la carga para que las distribuyan después los cultistas. Es probable que hayan llegado a Glacier Peak como suministros de minería.

—No es tan difícil si se piensa un poco —reconoció Kasteen, sirviéndose una taza de tanna—. Prácticamente en todos los trenes llegan cargas legales de explosivos.

—Al menos tenemos un lugar por donde empezar —dije, sintiendo una débil esperanza de que al fin pudiéramos dar un salto adelante. Me volví hacia Broklaw—. Necesitamos una lista de todos los de las minas que tienen acceso a los cargamentos de explosivos. Y también de los que tienen ocasión de manipularlos a lo largo del camino.

Asintió.

—Recurriré al Administratum —dijo—. Ellos deberían tener todos los registros que necesitamos. Y también muchos más, si los conocía bien.

—Mientras tú haces eso, yo me pondré en contacto con el Arbites en Skitterfall —anuncié. Estaba empezando a tomar forma dentro de mí la optimista convicción de que la clave de todo estaba en la capital planetaria. Con un poco de suerte podría encontrar una excusa para ponerme en marcha hacia allí en el próximo tren—. Deben de tener una idea de cómo introducen esta mercancía por el puerto estelar.

—Es una teoría impecable, comisario. —La cabeza de Hekwyn flotaba en el hololito asintiendo satisfactoriamente, como reacio a rebatir mi deducción con algo tan brutal como los hechos. Tenía mucho mejor aspecto que la última vez que lo había visto, a pesar de la leve inestabilidad que el equipo daba a su presencia virtual. Su imagen se superponía un poco con la de Zyvan, ya que yo estaba convencido de la necesidad de mantener informado al general supremo de las últimas alternativas, y los dos parecían un extraño engendro de dos cabezas de la disformidad. Empujé el proyector con el pie tal como le había visto hacer a Broklaw, y vi con leve estupor que

las imágenes de los proyectores se separaban, al menos durante un tiempo, apartándose y juntándose a intervalos regulares—. Pero simplemente no es posible que pasen grandes cantidades de armas a través del puerto estelar.

—Usted mismo me dijo que tienen un problema de contrabando —repliqué, reacio a abandonar una cadena de razonamiento tan perfecta sin pelear. El arbitrator asintió y se rascó la barbilla con el brazo auméntico sin calcular demasiado bien la distancia; recordé haber tenido problemas similares con mis dedos nuevos en la de batalla de los Recobradores[33] en el sistema Interitus hace ya años.

—Y así es. Con un puerto de esas proporciones es casi inevitable. Pero puede creerme, las armas y los explosivos se detectarían casi con seguridad. En las cantidades de las que usted habla, se encontrarían seguro.

—He sabido de psíquicos que realizaban algunos actos de desaparición muy ingeniosos —aventuré, cogiéndome a un clavo ardiente—. Y lo que estamos buscando son adoradores del Caos. Si tienen consigo uno o dos brujos, podrían pasar junto a sus inspectores con una Baneblade y nadie se daría cuenta.

—Salvo nuestros propios psíquicos reconocidos —señaló Zyvan sin mucha convicción—. Tengo un par de ellos apostados en el puerto estelar desde que llegamos. Nadie ha utilizado brujería, puede estar seguro.

Genial. Vi la mejor pista que había podido construir hacerse trizas ante mis ojos, junto con mi billete de vuelta a cualquier sitio donde no se me congelara la sangre. Di un gran suspiro.

—Ah, bueno —farfullé—. Lamento haberle hecho perder el tiempo.

—Ni mucho menos —me aseguró Zyvan, sospecho que más por cortesía que por convicción—. Fue una deducción muy bien traída —sonrió—, aunque me temo que ni siquiera usted puede tener razón siempre.

—Pero estamos de nuevo en el punto de partida —afirmé, combatiendo el impulso de pellizcarme el puente de la nariz. Ahora que había desaparecido la sensación imperativa de comunicar mi razonamiento al alto mando, el cansancio del viaje estaba empezando a hacerse sentir.

Hekwyn se rascó otra vez el mentón, esta vez con algo más de precisión.

—No exactamente —repuso, y Zyvan asintió—. Sabemos que su regimiento parece representar una amenaza especial para ellos. —Sentí que un estremecimiento de aprensión me bajaba por la espalda, como si conociera ya las palabras que el general supremo diría a continuación—. Precisamente de todos los objetivos del planeta a los que podrían haber atacado parecen estar dispuestos a tomarse todo tipo de molestias para preparar un ataque contra usted. ¿Tiene idea de cuál podría ser la razón?

—En absoluto —afirmé, esperando no haber respondido con excesiva precipitación. Lo único que hacía que el 597.º fuese diferente entre un millón de

regimientos de la Guardia era la presencia en él de Jurgen, cuyo don peculiar de anular hechicerías psíquicas o derivadas de la disformidad habían salvado mi vida (y probablemente mi alma) en numerosas ocasiones. Si el culto de los herejes tenía conocimiento de que había un vacío en algún lugar de Adumbria, y contaba con psíquicos entre los suyos, no repararía en medios para eliminar la poderosa amenaza, y lo más probable era que yo me encontrase justo a su lado cuando dieran el golpe. Después de todo, no podía empezar a evitar a mi propio asistente (por tentadora que fuese la idea cuando la temperatura se volvía moderadamente cálida). Además, su extraña capacidad era un secreto que sólo conocíamos nosotros dos, Amberley y, supuestamente, algunos miembros de su comitiva[34], y tenía toda la seguridad del mundo de que nadie de esa lista tan selecta tenía por costumbre hablar con herejes.

—Tal vez haya algo en la ciudad que tiene importancia para ellos —sugerí, en parte para desviar la conversación del área sensible y en parte para tratar de acallar mis propios temores—. Nuestra presencia aquí es meramente accidental.

—Es posible —Zyvan no parecía nada convencido—, pero no lo vamos a saber hasta que usted tenga alguna evidencia sólida. —No me pasó desapercibido su uso del «usted» con aire intensamente premonitorio, pero asentí con toda la prudencia de que fui capaz.

—Estamos siguiendo todas las pistas que podemos —dije—. Si hay una célula de herejes en algún lugar de Glacier Peaks, pueden estar seguros de que la encontraremos.

—No lo he dudado ni un instante —asintió el general supremo—, pero también es posible que la respuesta esté en otra parte.

—Puedo estar de regreso en Skitterfall mañana —empecé a decir, pero se me atragantaron las sílabas cuando una proyección topográfica familiar se superpuso a los dos hombres que tenía ante mí. Quiso la suerte que la maldita máquina mantuviese sus imágenes separadas en ese momento, ya que la interferencia combinada probablemente habría hecho de todo un amontonamiento incomprensible.

Zyvan señaló el valle junto a la cadena montañosa del que sobresalían su cabeza y su torso como una especie de extraña verruga geológica.

—Y dice usted que este valle no tiene salida.

Seguro de lo que vendría a continuación, asentí mecánicamente mientras mi mente trataba por todos los medios de encontrar una excusa sin conseguirlo. Eso es lo que sucede cuando uno recurre a gente de jerarquía e influencia sin haber dormido debidamente o tomado una buena cantidad de recafeinado, cosa que desaconsejo vivamente.

—Eso parece ser —reconocí.

—Entonces, según su propia lógica, debe de haber rastros de las armas de los

herejes escondidas ahí fuera —prosiguió Zyvan animadamente mientras Hekwyn asentía mostrando su acuerdo—. Posiblemente se puedan rastrear más armas hasta su fuente. —Se encogió de hombros—. Quién sabe, tal vez incluso algo concreto que podamos usar para identificar a los cabecillas.

—Podemos proporcionarle un equipo de forenses —ofreció Hekwyn—. Le sorprendería saber cuántos rastros deja la gente detrás de sí, incluso cuando creen haber cubierto completamente sus huellas.

—Gracias —respondió Zyvan como si le acabaran de ofrecer un bollo de canela—. Eso sería de gran ayuda. Y también podríamos hacer venir a nuestros *médiums*[35] para que le echaran un vistazo al lugar.

—Suponiendo que consiguiéramos encontrarlos alguna vez —apunté, volviendo a mirar la gran extensión de paisaje nevado representada por el valle hololítico.

Zyvan volvió la cabeza para mirar de frente el transmisor de imagen.

—Usted es un tipo lleno de recursos, Ciaphas. Estoy seguro de que no va a defraudarnos.

Bueno, ¿qué más podía yo decir después de eso? ¿Maldita sea, están ustedes locos de remate? Por tentador que fuera —y tengan presente que, técnicamente, como miembro del comisariado, podría haberlo hecho— no era una opción. Mi fraudulenta reputación sólo me dejaba una respuesta posible, y fue la que di, asintiendo gravemente al hacerlo.

—Me pondré a ello de inmediato —dije.

Para ser sincero, a lo que me puse en cuanto terminé mi nada satisfactoria conversación con el general supremo, fue a dormir, y me dediqué a ello varias horas para recuperarme de los rigores del viaje de ese día. Supongo que técnicamente debería haber dicho el viaje del día anterior, pero la oscuridad permanente del exterior me dificultaba la tarea de llevar la cuenta, además, en realidad, no importaba demasiado.

Como viejo chico de colmena, me había criado en la creencia de que los niveles de luz (o de falta de ella) eran bastante constantes en cualquier lugar, y todo ese asunto del día y de la noche me había resultado una especie de maravilla la primera vez que me encontré en la superficie de un planeta de por ahí; eso por no mencionar lo profundamente desconcertante que me resultó hasta que me acostumbré. Así pues, en general, supongo que las curiosas condiciones de Adumbria me resultaron menos estresantes que a la mayor parte de mis compañeros en lo tocante a acostumbrarse (con la probable excepción de Jurgen, que las aceptaba con la misma flema que todo lo demás).

El resultado de todo esto fue que cuando me desperté, sintiéndome mucho mejor con el entorno y con el olor característico de mi asistente penetrando en la habitación combinado con el aroma más incitante de la infusión de tanna recién hecha, el

problema cuya resolución se me había encomendado la noche anterior me parecía mucho menos inabordable. (Me gusta pensar que esto demuestra lo juicioso de mi curso de actuación. Si hubiera salido corriendo para tratar de organizar las cosas con la mente todavía abotargada por el cansancio, no hubiera llegado muy lejos, o al menos nos habríamos encontrado en el mismo sitio con mucho más estrés e irritación para todos los interesados).

—Buenos días, señor. —La voz de Jurgen se unió a su olor, y abrí los ojos a tiempo para ver cómo colocaba la bandeja con el servicio de té junto a la estrecha cama. La habitación que me había encontrado era bastante cómoda, tal como yo confiaba que fuera conociendo su talento casi sobrenatural para escarbar en todas partes, pero estaba a años luz del nivel de lujo al que me había acostumbrado en el entorno del cuartel general de Zyvan. (Por otra parte, representaba una mejora considerable respecto al alojamiento que había ocupado a lo largo de los años. Pueden creerme, cuando uno ha pasado por la bodega de un barco esclavista eldar, hasta las condiciones más espartanas parecen perfectamente tolerables).

—Buenos días —respondí, aunque, como siempre, al otro lado de la ventana la oscuridad era absoluta, sólo atenuada por el débil resplandor de las luces arco voltaicas del recinto de abajo. Los tranquilizadores sonidos familiares de los motores Chimera y las órdenes dadas a gritos penetraban a pesar del grosor del termocris, que al menos mantenía la temperatura a un nivel razonable—. ¿Alguna novedad sobre la caza de herejes?

Jurgen negó con la cabeza con gesto pesaroso mientras me servía el té.

—No hay progresos de que informar, señor. El mayor Broklaw fue muy tajante al respecto cuando se lo pregunté en su nombre. —Le creí sin ninguna duda. Broklaw era un hombre que jamás se cuidó de disimular sus frustraciones.

—Bueno, veamos si puedo levantarle el ánimo —dije mientras saboreaba el primer trago de tanna—. El general supremo ha sugerido un enfoque bastante interesante.

—No digo que no pueda hacerse. —Broklaw se quedó mirando la imagen hololítica del valle como si quisiera estrangularla. Al parecer, Jurgen no había exagerado un ápice su mal humor, claro que, conociendo su propensión a la literalidad, casi no me lo esperaba—. Sólo digo que va a llevar mucho tiempo. Buscar en una superficie de esas proporciones podría llevar semanas, aunque pusiéramos a toda una unidad a trabajar en ello, cosa que no podemos hacer —añadió rápidamente por si a mí se me ocurría que era razonable llevarlo a cabo.

Su alivio fue evidente cuando asentí.

—Estoy de acuerdo —dije—. Aunque estuviéramos tan desesperados como para intentarlo, corremos el peligro de que la flota enemiga llegue aquí mucho antes de que podamos encontrar algo.

—¿Qué propone entonces? —preguntó Kasteen sin andarse con rodeos. Probablemente ella no había dormido más que su oficial ejecutivo, pero se las arreglaba para proyectar una imagen de tranquila autoridad.

A modo de respuesta señalé la pequeña línea de puntos rojos casi superpuestos que señalaban el lugar donde Sulla había puesto fin al viaje de los renegados con énfasis tan letal.

Sulla se dirigía a bendecir esas células sensoras, ¿verdad?

Kasteen y Broklaw asintieron sin ver la conexión.

—Es cierto, han estado funcionando defectuosamente desde el día que llegamos. —La coronel me miró con curiosidad, preguntándose, sin duda, si no necesitaría todavía algunas horas más de sueño para aclararme las ideas—. ¿Y qué hay de las cargas mineras que se producen a cada rato, y de las periódicas vibraciones del ferrocarril? Lo que me sorprende es que todavía podamos conseguir datos útiles de ellos.

—Eso es —asentí, y los dos oficiales se miraron el uno al otro, preguntándose a las claras cuál sería el procedimiento para notificar al comisariado que finalmente había perdido la chaveta y que necesitaban alguien cuerdo para reemplazarme—. Y ambas cosas son acontecimientos conocidos. Las minas llevan un registro de cuándo se activan sus cargas, y los trenes tienen un horario. Bueno, más o menos.

Poco a poco se fue haciendo patente que empezaban a entender lo que se me había ocurrido en el curioso estado entre el sueño y la vigilia total, cuando la mente establece conexiones que en otras circunstancias se perderían.

—O sea, que si filtramos las interferencias separándolas de los datos que hemos registrado, podríamos recoger alguna señal de actividad que apuntase en la dirección correcta —sugirió Broklaw. Se lo veía mucho más feliz que a mi llegada.

—Es una posibilidad —dije, asintiendo.

Por supuesto, era mucho más fácil decirlo que hacerlo, y a nuestros engineseers les llevó casi todo el día realizar los rituales apropiados. Mucho antes de que hubieran terminado, el zumbido de sus cánticos y las nubes asfixiantes de incienso en torno a sus atriles de datos nos habían hecho salir del centro de mando a todos salvo a los más esforzados. De todos modos, al llegar la noche pude informar a Zyvan de que habían identificado provisionalmente una docena de lugares donde era posible, y sólo posible, que las lecturas anómalas hubiesen indicado actividad humana donde se suponía que no debía haberla.

—¿Y a qué se debe que su gente haya pasado esto por alto anteriormente? —me preguntó, no sin razón.

Sofoqué un estornudo. Todavía me ardían los ojos por el humo acre, pero traté de mantener la compostura.

—No tenían razón alguna para buscarla. Los datos quedaban encubiertos por

otras lecturas y sólo buscaban anomalías en el perímetro o cerca de él. Hasta que la teniente Sulla tropezó con el tractor, nadie sospechaba siquiera que pudiera haber herejes acechando en medio del desierto helado.

—Vale —concedió el general supremo. Luego sonrió—. Esperaré con impaciencia el resultado de su búsqueda. Estoy seguro de que está usted impaciente por salir ahí fuera y ponerse a ello.

Al oír aquellas palabras, la sangre se me heló como si ya estuviera expuesto a los mordaces vientos que seguramente soplarían por los pasos de montaña, y tuve que reprimir un escalofrío. Si me las había arreglado para mantener un atisbo de esperanza de poder quedarme a salvo y caliente en el centro de mando mientras le endilgaba el trabajo sucio a algún candidato que se lo mereciera (y tenía pensado al candidato perfecto, pueden estar seguros), la amabilidad de Zyvan lo torpedeó tan eficazmente como una nave de guerra manda a pique a un destructor. Si ahora no demostraba que estaba dirigiendo la operación desde el frente, perdería su confianza, lo cual significaba nada de bañarme en el lujo la próxima vez que consiguiera introducirme en su cuartel general, y basta de agradables veladas sociales disfrutando del genio de su chef personal. De modo que asentí con sobriedad, como el viejo y estoico caballo de guerra por el que me tenía, y traté de no toser.

—Tan ansioso como de costumbre —le dije, y era absolutamente sincero.



SIETE

> No hay nada más peligroso en el campo de batalla que un oficial bisoño provisto de una brújula y un mapa.
>
> **General Sulla**

Teniendo en cuenta el interés personal del general supremo por nuestra pequeña operación de reconocimiento y el número de lugares potenciales que comprobar, me resultó más fácil de lo que había esperado persuadir a Kasteen y a Broklaw de que asignaran una sección completa para llevarlo a cabo, y eso acompañado de toda una escuadra de Sentinel. Después de todo, ahora teníamos una misión definida que realizar. Ya no daba la impresión de que perdíamos el tiempo un día tras otro, yendo de aquí para allá en busca de nada en particular.

Después de algunas consideraciones (o al menos de simular que las hacía) elegí a la sección de Sulla para la misión. Después de todo había sido ella la que nos había metido en este fregado, y quien ensucia, limpia. Claro que ella no lo percibió así, y no hacía más que parlotear sobre lo ansiosa que estaba de hacer picadillo a los herejes. Realmente llegué a tener ganas de estrangularla. Convencido de que no era prudente dejarme llevar por el impulso, decidí arriesgarme a asomar la cabeza fuera del Chimera. Hacía un frío horrible, pero en aquel momento pensé que era decididamente preferible una pulmonía a seguir oyendo su conversación.

Fue mi primer contacto visual auténtico con el lado frío, y a pesar de la sensación de que me cortaban la cara con cuchillas de afeitar en cuanto mi cabeza superó el borde de la escotilla superior, lo encontré extrañamente cautivador. Hasta ese momento todo lo había visto desde el interior de ventanas bien iluminadas que la apabullante negrura convertía en espejos, o desde los recintos de Glacier Peak. Allí, por supuesto, las calles estaban siempre bordeadas de iluminadores complementados por la luz que salía de todos los edificios, y eso no hacía más que intensificar la oscuridad circundante, hasta dar la impresión de que la ciudad toda estaba envuelta en un terciopelo sofocante.

Allí fuera, en cambio, lo único que se interponía eran los faros de nuestros vehículos, y me encontré contemplando un cielo nocturno sembrado de tal profusión de estrellas como jamás había visto desde la superficie de un mundo civilizado. Además, también relucían con un brillo frío, duro, que rebotaba en la nieve que nos rodeaba, comunicando a nuestros alrededores un leve resplandor azulado[36]. Tan uniforme era esta iluminación que no proyectaba sombras salvo en las grietas más profundas, que rezumaban una siniestra fascinación; después de todo, desde su interior podía acechar cualquier cosa. Al pensar en esto vi un destello de luz estelar reflejándose en la carrocería metálica de uno de los Sentinel que marchaba a nuestro paso e iluminaba con sus faros todas las grietas por las que pasábamos, y saber que era poco probable que resultáramos emboscados por merodeadores ocultos, me tranquilizó en la medida en que era posible en esas circunstancias. Y aunque lo fuéramos, supongo que no habríamos tenido mucho de qué preocuparnos; la potencia de fuego de los tres Walker y de los Chimera del segundo escuadrón, a unos veinte metros por detrás de nosotros, al menos serían más que suficientes para nivelar la cosa.

Tras ciertas consideraciones, Kasteen había decidido dividir en tres nuestras fuerzas de reconocimiento para minimizar el tiempo necesario para pasar revista a todos los lugares que habíamos identificado. A mí me había parecido bastante bien: dos escuadrones completos y sus Chimera, con una brigada de Sentinel como apoyo, debían ser más que suficiente para ocuparse del puñado de herejes con los que supuestamente podíamos toparnos ahí fuera.

Y si nos equivocábamos, sin duda bastarían para retirarnos sin problemas y mantener a los traidores entretenidos el tiempo necesario hasta que llegaran refuerzos.

A pesar de las desventajas obvias, había decidido incorporarme al pelotón de mando de Sulla mientras durara la misión. Tenía un motivo: sus integrantes sólo eran cinco, lo que significaba que a pesar de todo el equipo extra de comunicación y de sensores que llenaba el compartimento de pasajeros, todavía había más lugar para Jurgen y para mí del que habría si nos acompañara una docena de soldados; y otro más: pensaba que sería posible reunir información útil si estaba presente para reprimir su impulso encomiable, por supuesto, de cargarse a todo lo que se le ponía por delante y no llevara el uniforme imperial. Supongo que podríamos habernos unido a la marcha con el Salamander, lo que me habría gustado más, pero nos habría dejado expuestos a la congelación. Una mirada al vehículo descapotable me bastó para convencerme de que la compañía de Sulla era el menor de los males.

—Gallo uno a mamá gallina —irrumpió una voz en mi intercomunicador. Un instante me bastó para reconocer al sargento Karta, cuya reciente promoción a líder del primer pelotón había allanado el camino para la promoción problemática (y tal

vez temporal, conociendo su hoja de servicio) de Magot—. El objetivo dos es una pifia. Vamos a por el tercero.

—Recibido, gallo uno. —Sulla parecía vagamente ofendida, como si en cierto modo los herejes estuvieran engañándonos por no salir a jugar de acuerdo con nuestro plan. Sin embargo, eso no me sorprendió; aquí fuera las condiciones eran infernales, el paisaje inestable, y el primer lugar de nuestra lista resultó ser ni más ni menos que un bloque de hielo de proporciones realmente épicas. Nuestro tercer grupo, los pelotones cuatro y cinco, no habían tenido más suerte que los demás, y era obvio que a la joven teniente le costaba tascar el freno. (Una analogía que se me ocurrió espontáneamente, dado que su cara estrecha tenía un parecido indiscutible con la de un caballo irritable en el mejor de los casos). Tengo que decir, no obstante, que de haberme dado cuenta de lo pronto que se vería satisfecha su ansia de acción, me lo habría pensado muy bien antes de hacer la siguiente observación.

—Que no decaiga la atención —dije, no porque pudiera aportar algo útil, sino, más que nada, para recordarles a todos que estaba allí—. Cada lugar que eliminamos nos acerca más a nuestro objetivo. —Mientras hablaba entrecerré los ojos para protegerme de la ventisca, seguro de que había entrevisto un destello de luz amarilla, ahí fuera, donde no tenía por qué haberla. Por supuesto, podía no ser nada, pero nadie llega a su segundo siglo ni a un honorable retiro pasando por alto el menor presentimiento de peligro.

Cambié de frecuencia y pasé a la red táctica local, poniéndome así en contacto con Sulla, el sargento Lustig y los demás Chimera, así como con los tres pilotos de Sentinel.

—Fuera luces —ordené.

—¿Comisario? —La voz de Sulla reflejaba curiosidad, pero se apagaron de inmediato los faros de nuestro propio vehículo, lo mismo que los del transporte del segundo pelotón y los del único Sentinel que podía ver. Escudriñé aquella blancura oscurecida y al principio no vi nada. Casi me había convencido de que eran imaginaciones mías cuando volví a ver el resplandor.

—Hay algo ahí fuera —dije, ocultándome tras el blindaje y recuperando el bendito calor del compartimento de pasajeros. (Es cierto que la temperatura la habían seleccionado los valhallanos, de modo que era bastante fresca según estándares objetivos, pero después de un momento en el exterior parecía positivamente caliente) —. Más o menos a las dos en punto, moviéndose lentamente.

—Lo tengo —confirmó tras un momento el operador del auspex—. Grande, metálico. Dirigiéndose a la ciudad. A unos cuarenta klom por hora[37].

—Capitán, ¿quiere hacer los honores? —sugerí por el intercomunicador.

—Será un placer. —El capitán Shambas, comandante de nuestro cuerpo de Sentinel, ordenó a su pelotón que atacara con el entusiasmo que me había

acostumbrado a esperar de él—. Ya lo habéis oído. El último en cargarse a un hereje paga las cervezas. Y tratad de dejar con vida a un par de ellos para que el comisario pueda interrogarlos.

—Sí, señor —respondieron los que estaban a su lado, y observé tensamente la pantalla del auspex mientras los tres puntos de los veloces Sentinel se distanciaban de nosotros para interceptar el contacto.

—¿Té, señor? —Jurgen surgió a mi lado, sirviendo una taza de tanna humeante del termo que había sacado de uno de esos bolsillos de los que habitualmente estaba repleto su uniforme. Cogí la taza y, agradecido, di unos sorbos al líquido reconfortante.

—Gracias, Jurgen —dije. El operador del auspex se apartó de él con una mueca, tapándome momentáneamente la pantalla, de modo que más que ver oí el comienzo del combate.

—Es un tractor —informó Shambas. La noticia no me sorprendió—. Parece un transporte de escoria. Jek, a las orugas. —El crepitar característico del aire al ionizarse me hizo saber que había disparado sus propios multiláseres un instante antes que el cañón láser de su subordinado.

—Allá voy —respondió Jek. Un momento después añadió pavoneándose—: Orugas destrozadas.

—Están abriendo las escotillas —informó una voz femenina antes de que se oyera un ruido no identificable. La voz volvió un instante después—: Lo siento, comisario. Tenían un lanzacohetes.

—Era inevitable, Paola —dije, contento de que la momentánea vacilación antes de recordar su nombre hubiera sido tan corta. Claro que sólo había nueve pilotos de Sentinel en todo el regimiento y, como era natural, sus nombres solían aparecer sobre mi escritorio más a menudo que los del resto de los soldados[38].

El tercer Sentinel del escuadrón llevaba un pesado lanzallamas, de modo que no tenía sentido preguntar si había habido supervivientes; la llamarada de promethium ardiente habría llenado la cabina, incinerando a todos los que iban dentro.

—Mejor ellos que uno de los nuestros.

—Eso es exactamente lo que yo pienso —dijo Shambas mientras los puntos brillantes de los Sentinel se movían por la pantalla del auspex para reunirse otra vez con nosotros. Un momento después, la señal estacionaria desapareció y un golpe sordo se propagó por el casco y llegó a nuestros oídos.

—Ups —dijo Paola, con el tono llano de alguien que dice algo sin pensar.

Me encogí de hombros.

—Bueno, creo que eso responde a la pregunta sobre si tenían más armas en el escondite —dije.

—Y sobre dónde está. —Sulla había estado atareada en la mesa de mapas que

teníamos detrás y me hizo mirar a la imagen hololítica desplegada allí.

Se me cayó el alma a los pies. Nuestra posición estaba en una línea que conectaba casi directamente Glacier Peak y el siguiente objetivo de nuestra lista. No cabía la menor duda de que nos dirigíamos en derechura al puesto de avanzada de los herejes.

—Creo que tiene razón —dije, haciendo todo lo posible por parecer despreocupado. Reduje la escala del holomapa hasta el punto en el cual aparecían los otros dos grupos, a demasiada distancia como para tener alguna esperanza de que se nos unieran antes de llegar al objetivo. Sulla observaba con aire curioso.

—¿Quiere que llame a los demás para que se unan a nosotros? —preguntó. Asentí como si hubiera estado pensando en ello, cosa que no había hecho, por supuesto. Sabíamos con seguridad que había herejes en la dirección en que nos movíamos, de modo que esperar una hora aproximadamente para atacarlos con toda una sección en lugar de hacerlo con dos pelotones, uno de ellos a media potencia[39], era lo único sensato tal como yo lo entendía. Un poco embarazoso si el puesto de avanzada resultaba estar desierto, por supuesto, pero pensé que eso era algo a lo que podría sobreponerme.

—Eso podría ser prudente —asentí, como si el hecho de que ella lo planteara hubiera contribuido a decidirme—. Normalmente optaría por seguir adelante y ver lo que hay allí, tal como habíamos planeado, pero ahora que sabemos que hay una especie de baluarte de los herejes ahí delante, me gustaría asegurarme de tenerlos totalmente rodeados antes de irrumpir. No tiene sentido dejar que alguno de ellos se nos escabulla si podemos evitarlo.

—Por supuesto —dijo Sulla, desplazándose hacia la unidad de voz como si acabara de insistir en que terminara sus tareas antes de salir. No obstante, dio las órdenes con tanta contundencia y eficacia como cualquier oficial, y sentí un gran alivio al ver que ambos iconos respondían cambiando el rumbo para reunirse con nosotros. El grupo tres (las secciones cuarta y quinta junto con el escuadrón tres de Sentinel) era el más próximo y además tenía la ventaja de un terreno más despejado. Si había suerte, podían estar con nosotros en aproximadamente media hora. El grupo uno tenía que atravesar un terreno escarpado, con lo cual podía llegar a llevarle el doble.

Sin embargo, mientras escuchaba el breve intercambio de mensajes me asaltó otra idea. ¿Seguro que no habrían tenido tiempo para hacer salir otro tractor cargado y tenerlo a mitad de camino de la ciudad en poco más de un día? Era probable que el cargamento que habíamos interceptado fuera a reemplazar el que Sulla había destruido, lo que significaba que los herejes del puesto de avanzada se habían enterado de algún modo de que no había conseguido llegar a destino y habían despachado otro para reemplazarlo. Y eso significaba…

—Repase todas las frecuencias —le ordené al operador de voz, volviéndome hacia

él de forma tan abrupta que se sobresaltó visiblemente. Se apresuró a cumplir la orden mientras Sulla me observaba con curiosidad.

Después de un momento, el hombre empezó a asentir con la cabeza.

—Estoy captando cierto tráfico —dijo—. Es difícil fijarlo, pero es local. Están tratando de contactar con un tal Andros.

—Los herejes —dije— deben de estar tratando de localizar el tractor. —Eso significaba que no habían recibido una llamada de advertencia antes de que Paola los convirtiera en una brasa, pero como estaban demasiado ocupados en estar muertos como para contestar, sus amigos no tardarían mucho tiempo en darse cuenta de que algo había ido rematadamente mal. Sulla me miró con cara de ansiosa expectación y yo asentí lentamente—. Se nos ha agotado el tiempo.

—En marcha —ordenó, y el Chimera se sacudió violentamente cuando el conductor apretó el acelerador a tope. Me sujeté a la mesa de mapas y amplié otra vez la escala hasta el punto en que nosotros, los demás Chimera y el trío de Sentinel aparecían como runas separadas. Sulla empezó a subir a la cúpula, pero vaciló—. Comisario, ¿querría usted…?

—Las damas primero —dije—. Además, en modo alguno quisiera inhibir su capacidad de mando. —Por no mencionar eso de asomar la cabeza fuera de una sólida estructura blindada cuando íbamos a enfrentarnos a quién sabe cuántos herejes fuertemente armados.

—Gracias. —Me lanzó una sonrisa y subió a la torreta mientras yo me dedicaba a examinar otra vez la pantalla táctica. La infantería se diseminaba otra vez, dividiéndose para rodear por los flancos la posición de los herejes y transmitir todos los datos que pudiera a nuestro transporte de mando. Empezaron a formarse unas imágenes granulosas en tres pantallas visuales por encima de nuestras cabezas. La nieve y la estática se confabulaban para que fueran casi incomprensibles.

—Detecto algunas fuentes de calor —informó Shambas después de un momento —. Podrían ser humanos. —«O algo parecido», me sorprendí pensando. No de todos los seguidores del Caos se podía decir eso, si lo habían sido alguna vez—. Pero no hay la menor señal de ocupación.

—Supongo que es eso. —El transmisor de imagen de Jek cambió de enfoque y apareció un gran ventisquero, demasiado regular para tratarse de una formación natural.

Una valhallana que estaba a mi lado soltó una risita y preparó su rifle láser.

—Empieza la fiesta de camuflaje —dijo. Entendí perfectamente que le resultara divertido. Si hasta a mí me había parecido sospechoso, para los nativos de un mundo helado hubiera dado lo mismo que los herejes lo hubieran pintado de color naranja y le hubieran colocado un cartel de neón que dijera: «¡Eh, que estamos aquí!».

—Seguro que alguien va a practicar el tiro al blanco —le aseguré, a lo que me

respondió con una ancha sonrisa.

—Podría ser —respondió Shambas a su subordinada—. Paola, ¿has encontrado algo?

—Han estado muy atareados. —Estaba en el otro flanco, con Jek entre ella y el capitán, lo cual explicaba por qué había sido él el primero en ver el montículo—. No me pregunten por qué, pero aquí hay un espacio despejado del tamaño de una pista para lanzaderas. —Su transmisor de imagen me mostró que no exageraba en lo más mínimo.

Alguien se había tomado mucho trabajo en despejar una gran superficie de rocas y en nivelarla. Por supuesto, ya había una capa de nieve que llegaba a la rodilla, lo cual, en un centinela sería más o menos hasta el pecho, pero a pesar de eso estaba claro que había sido preparada con todo cuidado. No obstante, para determinar por qué lo habían hecho habría que esperar hasta que hubiéramos tomado el lugar.

Atacamos contando con el factor sorpresa mientras los dos Sentinel armados con láser disparaban sobre la cúpula desde los flancos y ambos Chimera abrían fuego con sus bólters pesados. A medida que la capa de nieve se iba derritiendo, convirtiéndose inmediatamente en vapor donde impactaba el láser, pude ver el contorno inconfundible de un habitáculo prefabricado idéntico al Emperador sabe cuántos otros diseminados por todo el espacio civilizado[40]. Empezaban a abrirse grietas en la superficie de hormigón producidas por los impactos de bólter que iban surtiendo efecto.

—He encontrado la entrada principal —transmitió Paola. La imagen de su transmisor de imagen era la de un enjambre de figuras apiñadas que salían como hormigas de un hormiguero al que acaban de dar una patada. Una brillante llamarada anaranjada de promethium salía de algún punto por debajo de la imagen y hacía que se dispersasen rápidamente. En mi fuero interno esperaba que no hubiera nada demasiado inflamable fuera del campo visual, como otro depósito de munición. Sólo nos faltaba eso, otra pila humeante e inservible en lugar de respuestas.

—Seguro que no es la única —advertí. Había visto un número suficiente de estructuras como ésta como para que su disposición me resultase familiar. Debía de haber cuatro en total, situadas de forma equidistante alrededor de la circunferencia: el acceso a la zona de carga opuesto a la puerta principal del personal que Paola acababa de bloquear y dos accesos auxiliares entre ambos. Según mi experiencia, todos estarían fuertemente defendidos; una suposición que quedó confirmada un momento después cuando nuestro Chimera hizo un alto mientras en la chapa blindada de sus laterales rebotaban proyectiles de poco calibre. El bólter que llevábamos montado en la torreta giró para devolver el favor, y el eco del rugido sordo y familiar se dejó oír en el interior del transporte.

—Tenemos que entrar —transmitió Sulla—. Segunda compañía, desembarquen y

prepárense para tomar por asalto la entrada lateral. —Tenía razón. Por desgracia, el éxito de nuestra misión dependía de entrar en el edificio y recuperar toda la información que pudiéramos, pero el precio iba a ser alto. Los soldados de Lustig iban a tener muchas bajas antes de traspasar las defensas de la puerta. Y lo peor de todo, iba a tener que ir con ellos o corría el riesgo de perder la buena opinión que tenía de mí el general supremo. Durante un momento me debatí entre la conveniencia de sumarme a ellos ahora mismo y tener la esperanza de mantenerme un poco rezagado hasta que pasara lo peor o tratar de hacer algo dentro del Chimera de mando hasta que hubieran despejado el camino y arriesgarme a que los herejes pudiera reagruparse mientras yo chapoteaba en medio de la nieve cuando hubiera cesado el ruido.

En ese momento, mi nariz recogió el olor familiar de Jurgen que se acercaba para recoger el termo de tanna, y se me ocurrió una tercera posibilidad. Mi asistente llevaba un melta, como tenía por costumbre cada vez que había perspectivas de entrar en combate (que en estos días parecía ser casi siempre).

Me metí en el circuito de mando.

—Un momento —dije—. He tenido una idea. —Reuní todo el coraje que pude y salí exponiéndome a aquel frío gélido, haciendo una pausa apenas el tiempo suficiente para ajustarme las gafas (ya que me había encontrado sin ellas una vez en Simia Orichalcae y no estaba dispuesto a volver a cometer el mismo error).

La impresión me dejó sin aire y sentí la parte descubierta de mi cara como si acabaran de golpearme con un látigo neural, pero seguí adelante aplicando toda mi fuerza de voluntad, avanzando por la nieve que me llegaba hasta las rodillas como si mi vida dependiera de ello (lo cual era cierto). Jurgen venía detrás de mí, con tanta seguridad como sólo podría hacerlo un habitante de los hielos en estas condiciones, y su presencia me resultó tan tranquilizadora como de costumbre. Miré en derredor y vi el enorme volumen del segundo Chimera de la compañía a apenas unos metros, aunque me parecieron kilómetros que atravesar, y avancé torpemente hacia él. Tan empeñado estaba en llegar a mi objetivo que casi había olvidado la presencia de los defensores herejes, hasta que un poco de nieve se convirtió en vapor a unos centímetros por delante de mi pie.

Me di la vuelta sacando la pistola láser y buscando un objetivo, agradeciendo por una vez que mi uniforme fuera negro y pasara tan desapercibido en aquella oscuridad absoluta. Percibí un atisbo de movimiento cuando un hereje tapado de la cabeza a los pies alzaba un rifle láser y le disparé directo al pecho. El hereje, fuera varón o hembra, cayó de espaldas, herido o muerto, ni lo sabía ni me importaba, y un momento más tarde me encontré al abrigo del Chimera, protegido de aquel viento insoportable.

—Estamos listos, cuando usted quiera, comisario —informó Lustig, cuya voz llegaba atenuada por el silbido permanente de la ventisca y el ruido de las armas cortas, por el que me di cuenta de que los Sentinel estaban armando un buen alboroto

para mantener entretenidos a los defensores. Había hecho que se distribuyeran en círculo en torno a la bóveda, moviéndose con rapidez para no ser un blanco fácil y disparando al mismo tiempo. Lo más probable era que no acertasen mucho (excepto Paola, tal vez), pero no se trataba de eso, sino de obligar a los herejes a mantener la cabeza baja, bien metidos en su búnker, seguros de que podrían mantenernos fuera indefinidamente, cosa que tal vez pudieran hacer en la mayor parte de las circunstancias. Desgraciadamente para ellos, no necesitábamos una puerta para entrar.

—Cuando esté listo, Jurgen —dije después de que un breve paseo (al menos para los valhallanos, ya que mi avance era un poco más lento y mucho menos elegante) nos pusiera al nivel de la pared levemente curva.

—Comisario. —Apuntó con el melta y disparó mientras los demás retrocedíamos y nos protegíamos la vista del destello de activación de la mejor manera posible. El hormigón se transformó en vapor dejando un agujero que se iba enfriando rápidamente y habilitaba el espacio suficiente para que un soldado entrara por él.

—Pyk, Friza. —Lustig indicó a un par de soldados que entraran y éstos ocuparon posiciones dentro, cubriendo el corredor en ambas direcciones. No les dispararon, de modo que yo fui el siguiente en entrar en el edificio, agradecido por el repentino calor a pesar de los dolorosos calambres que me asaltaban al volver la circulación a mis extremidades agarrotadas. Empecé a examinar el entorno.

No estaba seguro de lo que esperaba encontrar dentro, pero sí de que no era esto. El suelo estaba cubierto de mullidas alfombras que se estaban poniendo perdidas con la nieve que entraba por la brecha, y en las paredes había murales en los que estaban representados actos de depravación sexual que me dejaron con la boca abierta. La mayoría de los soldados parecían hipnotizados por lo que veían, con la sola excepción de Jurgen, que, dada su predilección por las placas de pornografía, mostraba un sorprendente control de sí mismo.

—No creo que eso sea posible —comentó Penlan con una nota de envidia.

—No lo es —le aseguré—. Y aunque lo fuera, iría contra las reglas. —Un perfume intenso, empalagoso, se respiraba en el aire y se pegaba a mis sentidos como un levísimo chal de gasa, y una sensación persistente de familiaridad trataba de emerger desde el fondo de mi mente. Cuando mi asistente alzó el melta y ocupó su lugar habitual a mi lado, se me empezó a despejar la cabeza, aunque no estoy seguro de si fue porque aquel olor narcótico quedaba enmascarado por su aroma más terrenal o debido a que sus dotes bloqueaban algún miasma insidioso producto de la disformidad. Fuera como fuese, ahora la prioridad era hacer que la compañía se moviese, y Jurgen era la clave.

—No se separen —ordené, haciendo que todos se organizaran alrededor de nosotros, de modo que cualquiera que fuese el efecto de Jurgen nos afectara a todos.

Además, eso hacía que tuviera a cada lado un equipo de tiradores para no ser yo el primero en la línea de fuego, ya fuese que los herejes dispararan desde el frente o por detrás. Después de eso conseguí que se movieran lo bastante rápido, aunque sin dejar de echar algunas miradas furtivas a las pinturas mientras avanzábamos, y vi con alivio que empezaban a centrarse otra vez en la misión—. Y atentos. Podríamos encontrarnos con manipulaciones de la disformidad en un lugar como éste, de modo que hay que estar preparados para cualquier cosa. —Tal como esperaba, la perspectiva de toparse con hechicerías hizo que extremaran la atención, y no creo que ni siquiera el hecho de que los murales cobraran vida habría merecido más respuesta que el lanzamiento de una granada de fragmentación.

—Esto me recuerda a algo —comentó Jurgen mientras avanzábamos extremando las precauciones por un corredor bordeado de ondulantes y coloridas colgaduras—. Hay un olor extraño en el aire que creo reconocer. —Como siempre, no fue capaz de reconocer la ironía de sus palabras—. Sin embargo, no consigo situarlo.

—Slawkenberg —dije, tomando conciencia de repente. La esencia que flotaba en el aire era como el perfume que Emeli, la hechicera de Slaanesh, llevaba la noche que trató de alimentar con mi alma a la monstruosidad a la que rendía culto. Un escalofrío de terror me atenazó el corazón. Incluso después de más de una década (o, para ser sincero, cuando ya ha transcurrido más de un siglo), cuando despierto de mis duermevelas, todavía rondan en mi cabeza imágenes de una siniestra seductora que trata de llevarme hacia la perdición, como si los tentáculos del Caos siguieran tendiéndose hacia mí con el fin de atraerme. Sin embargo, llevaba meses sin tener ese sueño, y se propagó por mi mente un destello irracional de resentimiento ante la perspectiva de que se volvieran a repetir las pesadillas.

—Despejado. —Penlan volvió hacia el corredor tras investigar una habitación llena de cojines y almohadones que no tenían una función que yo pudiera identificar[41], y nos hizo señas de que siguiéramos adelante.

Yo había avanzado directamente hacia el centro de la bóveda, llevado por la idea de que hubiera lo que hubiese aquí, estaría bien protegido, y la falta de resistencia encontrada hasta el momento me tenía nervioso. Por supuesto, podía ser sólo la prueba de que nuestra distracción estaba funcionando mejor de lo que yo esperaba, pero según mi experiencia, los planes de batalla no solían mantenerse una vez establecido contacto con el enemigo.

—Eso es. Nada. —Penlan nos hizo señas de entrar en una zona de almacenamiento vacía. Lo único que había era un solo iluminador con un móvil de cristal emplomado debajo que cambiaba con las corrientes de aire proyectando ondas de luces con los colores del arco iris por toda la estancia. No obstante, era obvio que había sido usado recientemente porque no había ni rastro de polvo.

—Maldición. —Me quedé rondando la puerta, un poco fastidiado al darme cuenta

de que mi deducción carecía de meollo, y molesto por una sensación incierta de que había algo raro en la forma de la habitación.

Probablemente fue este momento de indecisión lo que desencadenó lo que vino a continuación, ya que estaba en el camino de Penlan cuando ella dio un paso atrás mientras mantenía el espacio cubierto como era propio de su buen hacer como soldado. Perdido en mis pensamientos y tratando de decidir hacia dónde ir a continuación, no salí con rapidez suficiente del medio y tropecé con su codo. Su dedo apretó por reflejo el gatillo de su rifle láser lanzando una ráfaga de disparos de un lado a otro de la estancia y obligando a los demás a tirarse al suelo para cubrirse en la medida de lo posible.

—Lo siento. —Se puso roja como la grana, lo que hizo que la antigua cicatriz que le había quedado de la herida de Gravalax se notase aún más, mientras sus subordinados se ponían de pie, sonriendo al ver que hacía honor a su apodo.

—No hay por qué —dije, advirtiendo la necesidad de restablecer su autoridad sin tardanza—. Fue totalmente culpa mía.

Desde un punto del corredor llegó el sonido de pasos rápidos de alguien que venía a ver qué era aquel ruido. Estupendo. Se había acabado lo de andar con sigilo y apoderarnos de lo que habíamos venido a buscar sin que nadie se diera cuenta.

—¡Todos a cubierto!

Lo dije justo a tiempo, ya que los disparos de láser y las ráfagas de stubber empezaron a hacer mella en el hormigón alrededor de la puerta y los soldados se desplegaron para hacer frente a la nueva amenaza. Un grupo de cultistas, extravagantemente vestidos unos, medio desnudos otros, empezó a salir de los corredores laterales, poniéndose los unos delante de los otros de una manera muy conveniente y ofreciéndonos un entorno con abundancia de objetivos del que mis compañeros se aprovecharon de inmediato.

—Superponed las líneas de fuego. Haced que no puedan levantar la cabeza y así podremos aguantar aquí indefinidamente —dijo Lustig.

—Es un consuelo —le respondí—, pero no creo que tengamos que hacerlo.

A juzgar por las voces en mi intercomunicador, los pelotones cuarto y quinto, junto con su escolta de Sentinel, habían llegado por fin para incorporarse a la partida ahí fuera. Con los cultistas apartados de las puertas para enfrentarse a la amenaza inesperada de dentro, Grifen y sus soldados ya estaban barriendo la esporádica resistencia que quedaba en la principal bodega de carga y entrando en la cúpula.

Le hice una señal a Jurgen.

—Si no le importa despejar el corredor.

—Encantado, comisario. —Mi asistente me sonrió mientras apuntaba con el melta—. Me temo que he vuelto a olvidarme de las mazorcas, pero las tostadas de hereje no estarán mal, de todos modos. —Apretó el disparador y una ráfaga de

energía térmica arrasó el estrecho pasillo, vaporizando todo lo que encontró en su camino de una manera muy satisfactoria. Los escasos herejes supervivientes chillaban y corrían, y un momento después un crepitar de rifles láser me hizo saber que se habían topado con el cuarto pelotón.

—Traten de coger a un par de ellos vivos —volví a recordarles a todos, y al cabo de un instante recibí un tranquilizador mensaje de Magot en tono jovial.

—No se preocupe, señor. Tengo aquí a una enterita. Pierde un poco, pero sobrevivirá.

—Bien —asentí, sintiendo que finalmente las cosas iban saliendo como queríamos. Lustig y sus tropas ya estaban siguiendo la vía abierta por Jurgen por el humeante corredor, sin tener en cuenta el daño que algún que otro charco grasiento de residuo de herejes podía hacerles a sus botas, ansiosos de caer sobre los defensores de la puerta principal por la espalda. Yo me contenté con dejarlos que se ocuparan de ello. No tenía el menor interés en ponerme en el camino de ninguna bala perdida a estas alturas del fuego si podía evitarlo.

Ya me estaba dando la vuelta para seguir adelante con un poco más de tranquilidad cuando noté algo extraño en la pared donde habían impactado los disparos de Penlan. La habían atravesado totalmente, mientras que los láseres con que los herejes nos habían disparado habían sido detenidos totalmente por la pared exterior de la estancia. De repente, la inquietante sensación de que había algo raro en la forma del espacio cobró sentido; había un tabique falso destinado a ocultar algo.

Desechando mi primer impulso de dejar que Jurgen resolviera el problema con su melta, no fuese que enviara cualquier prueba crucial directamente al Emperador con pared y todo, empecé a buscar algún tipo de panel o de palanca, sintiéndome un poco como el absurdo héroe de un melodrama con casa encantada y todo. Sin embargo, no pude encontrar nada, y por fin le hice señas a mi asistente de que se adelantara, confiando en que el arma no hiciera demasiado daño a lo que pudiera haber detrás del tabique.

—Espere. —Lo detuve justo cuando se disponía a disparar el melta. Por alguna razón, tal vez por la forma en que se proyectaba la sombra por la pared, acababa de descubrir un panel[42]. Lo examiné más de cerca, preguntándome cómo era posible que me hubiera pasado desapercibido algo tan obvio, y al cabo de un momento ya había descubierto cómo abrirlo.

—¡Emperador de la Tierra! —Los dos retrocedimos, tratando de contener las arcadas ante la pestilencia que salía de aquel espacio estrecho, y después de un momento dedicado a recuperar el aliento, nos inclinamos con cuidado para mirar al interior. Jurgen sacó un iluminador de algún lugar y fue alumbrando la habitación descubierta.

Lo primero que vimos fueron los cadáveres, no sé cuántos, con la carne y los

huesos seccionados y deformados por brujerías que no quería ni imaginar. Lo más desconcertante de todo era que lo que quedaba de las caras tenía una expresión desquiciada de éxtasis. Jurgen, tan imperturbable como siempre, recorrió con el iluminador las paredes, revelando sigilos arcanos que me herían la vista obligándome a mirar a otro lado, como un ave acuática que resbala en un estanque congelado.

—El decorado no es gran cosa —dijo con encomiable moderación.

Asentí tragando saliva.

—Aquí han tenido lugar brujerías espantosas —dije—. La cuestión es saber qué y por qué.

—Me temo que no lo sé —replicó mi asistente, como siempre, tomándolo todo al pie de la letra.

—Ni yo, gracias al Emperador —le aseguré. Esto era algo para los domesticados psíquicos de Zyvan, y no para hombres decentes. Ni para mí. Me aparté con una sensación de profundo alivio—. Cerrémoslo y dejémoslo para los expertos.

—Será un placer, señor —dijo Jurgen, saliendo lo más pronto que pudo de la sala de los horrores y ayudándome a recolocar el panel de acceso en su lugar casi con una prisa indecente. Recordando lo difícil que me había resultado encontrarlo la primera vez, me quité el fajín escarlata que identificaba mi rango y lo introduje en la rendija antes de cerrar, de modo que quedó colgando de la pared como una airosa bandera.

—Ahí está —exclamé—. ¡Con eso bastará! —Me sorprendí al comprobar que aquella sencilla maniobra me había dejado temblando, como si estuviera exhausto[43]. Sin embargo, no tuve mucho tiempo para meditar sobre todo esto porque Sulla me gritaba por el intercomunicador.

—¡Comisario! Están abandonando la cúpula.

—Repita eso —pregunté, sin dar crédito a lo que estaba oyendo. No había otro lugar ahí fuera donde pudieran refugiarse los herejes supervivientes, y por locos que estuvieran, que sin duda lo estaban, preferir morir congelados antes que rendirse o morir combatiendo no parecía tener el menor sentido. Entonces me asaltó la idea de una bomba suicida y corrí como un poseso a la salida más próxima—. ¡Todo el mundo fuera! —grité—. ¡Es probable que hayan preparado el lugar para que explote!

De hecho no era así, pero el miedo puso alas a mis pies, de modo que llegué afuera a tiempo para quedarme tan sorprendido como todos los demás.

—¡Contacto aéreo! ¡Se acerca rápidamente! —comunicó el operador del auspex con voz tensa. Entrecerré los ojos para protegerme de la ventisca, ajustándome las gafas y limpiándolas con dedos temblorosos. Un pequeño grupo de herejes avanzaba dificultosamente por la nieve hacia el área despejada, intercambiando un fuego esporádico con el quinto pelotón y tratando de mantener a raya a los Sentinel que se les echaban encima con lo que me parecieron un par de lanzamisiles krak. Las cosas no les iban demasiado bien, pero se las ingeniaban para mantenerse fuera del alcance

de los efectivos lanzallamas y de los multilásers, y entendía por qué Shambas no había ordenado a sus pilotos cerrar la distancia que los separaba de ellos. A estas alturas, los traidores estaban visiblemente acabados, y era muy probable que estuviesen esperando a que se quedaran sin cohetes para acercarse.

En el cielo, encima de nuestras cabezas, se oyó el estruendo de unos potentes motores y una forma enorme, oscura, nos tapó las estrellas al pasar.

—Es una lanzadera de carga —fue la inútil observación de Jurgen—. ¿De dónde habrán sacado una de ésas? —Era una buena pregunta, pero por el momento totalmente retórica.

—Apunten a los motores —ordenó Sulla, adelantándose a mí por un instante, pero en el mejor de los casos sería un gesto inútil. Hasta las lanzaderas civiles son de construcción robusta, y un par de cañones láser y un puñado de bólters pesados no iban a conseguir mucho más que rayarle la pintura.

—Maldita sea —exclamó Shambas—. Jek, Karis, a por la plataforma de vuelo. —Los dos Sentinel en cuestión retrocedieron para conseguir la máxima elevación y lanzaron su muerte luminiscente contra la lanzadera que se acercaba. Era una jugada desesperada, pero por un momento pensé que lo conseguirían, aunque el cristal blindado que protege la cabina es de tal dureza que absorbe las tensiones de reentrada; ni siquiera un par de disparos de cañones láser serían suficientes para atravesarla. No obstante, uno dio en el blanco, dejando una evidente huella térmica en la superficie transparente, y los dos pilotos del Sentinel empezaron una amigable discusión sobre cuál de ellos había sido el autor.

Fuera quien fuese, bastó para hacerle perder los nervios al piloto, y el ruido de los motores se intensificó cuando los impulsores se encendieron, llevándoselo de vuelta al lugar de donde habían salido. Un murmullo de decepción surgió del pequeño grupo de herejes al ver que su esperado salvador desaparecía tan rápido como había llegado, y como es tan propio de los seguidores del Caos empezaron a discutir encarnizadamente los unos con los otros. Algunos arrojaron las armas y empezaron a caminar con desgana hacia la cúpula, con las manos en alto, mientras los demás disparaban a los soldados que los rodeaban incluso con más desesperación que antes. Además, como era inevitable, algunos también disparaban contra aquéllos de sus seguidores que trataban de rendirse.

Me quedé observando unos instantes hasta que todo acabó como era inevitable. Volví hacia el Chimera de mando más preocupado de lo que habría creído posible antes de partir a cumplir esta misión. Es cierto, habíamos encontrado lo que buscábamos, pero en vez de darnos respuestas, no había hecho sino plantearnos todavía más preguntas.



Nota editorial:

Como es costumbre en sus memorias, la tendencia de Cain a pasar por alto los detalles que considera faltos de interés amenaza con dejar la historia sin el tan necesario contexto. Eso me llevó a insertar en este punto algo de material adicional que espero resulte esclarecedor.

De *Sablist en Skitterfall: una breve historia de la incursión del Caos,*
de DAGBLAT TINCROWSER, 957.M41

A pesar de los comprensibles temores que se apoderaron de gran parte del mundo en las semanas que siguieron a los audaces e inesperados ataques sobre la recién llegada fuerza expedicionaria, los traidores optaron por no hacerse ver durante un tiempo. Una mirada retrospectiva nos permite ver de forma muy clara que esto se debió a que consideraban cumplidos sus objetivos de corto alcance; las fuerzas de seguridad se vieron obligadas a derrochar incalculables horas/hombre y preciosos recursos preparándose para una campaña de guerra de guerrillas que no se materializó en ningún momento, lo cual poco a poco iba convenciendo firmemente a la autoridad de que esto se debía a que los cultos que iban encontrando eran de escasa entidad y mal organizados.

Esta impresión quedó abruptamente desmentida por el descubrimiento personal de una plataforma de lanzaderas oculta, astutamente escondida en el lado frío, a una distancia apabullantemente corta de Glacier Peak. Esto puso de relieve al instante que la conspiración era mucho más poderosa y organizada de lo que se sospechaba, y de que todo lo que habían hecho antes sólo tenía un objetivo: distraer la atención de esas amenazas tan insidiosas. ¿Quién sabe cuántos de sus aliados habrían conseguido infiltrarse en Adumbria sin llamar la atención y qué especie de malignidad habían traído consigo? La verdad, no sería exagerado afirmar que muchos de los integrantes del Consejo de Pretendientes estaban convencidos de que la vanguardia de la flota enemiga ya estaba entre nosotros, esperando el momento para dar el golpe.

Por supuesto que ese pronóstico era innecesariamente alarmista, pero no había muchos en Adumbria, y aún menos entre las fuerzas imperiales comprometidas en su defensa, dispuestos a descartar totalmente la posibilidad.

Para: la oficina del general supremo, por la gracia de su Divinísima

Majestad, protector de esa parte de los Santos Dominios conocida como el golfo de Damocles y sectores adyacentes a Spinward.

De: el comisario Tomas Beije, encargado por la oficina del Comisariado del mantenimiento del verdadero espíritu de lucha entre sus más leales y fervientes guerreros del 229.º tallarniano.

Mi general supremo:
con fecha de hoy, 273 937 M41, he recibido su reciente comunicado sobre los descubrimientos hechos por mi colega Ciaphas Cain y esa chusma de regimiento suyo, y lo he estudiado con interés. Puede estar usted seguro de que en mi opinión y la del coronel Asmar, no hay absolutamente ninguna probabilidad de que un asentamiento rebelde similar se haya establecido en el llamado «lado caliente» de Adumbria bajo las mismísimas narices de los guerreros más leales y fervientes de Su Divina Majestad.
De todos modos, como usted señala de forma tan categórica, nunca está de más tomar precauciones adicionales, y en consecuencia he dado mi aprobación a la propuesta del coronel Asmar de ampliar el alcance de nuestras patrullas perimetrales en cinco kilómetros y he instado a los sacerdotes de nuestra compañía a impartir bendiciones adicionales invocando al Emperador para que guíe sus pasos. En el caso improbable de que esos desviados heréticos contaminen esa parte del reino del Divino Emperador, confiado a nuestro cuidado, nuestros soldados sin duda serían conducidos directamente hasta ellos por la Gracia del Emperador, como resultado de esta intercesión.
Confío en que esto resulte suficiente para garantizar el éxito de nuestra sagrada tarea.

TOMAS BEIJE,
comisario del regimiento.

Pensamiento del día: *No hay escudo más poderoso que la fe.*



OCHO

Esperar lo mejor, pero prepararse para lo peor.

Manual táctico de la Guardia Imperial

Formábamos un grupo pequeño y lúgubre los que nos reunimos en una sala de conferencias del cuartel general de Zyvan, casi idéntico a aquél en el que nos encontrábamos en nuestra reunión anterior, cuando fuimos tan desconsideradamente interrumpidos. Por fortuna, el hotel que había ocupado tenía varias salas, de modo que la demolición parcial de aquélla por el intento frustrado de los herejes de asesinar al general supremo había sido, en el peor de los casos, un inconveniente menor. Tal como sucedía en la mayoría de los hoteles de gran lujo de toda la galaxia, era casi imposible encontrar alguna diferencia entre las dos habitaciones. Hasta la pequeña mesa auxiliar de refrescos estaba en el mismo lugar que yo recordaba.

Sin embargo, había algunos detalles importantes que habían cambiado, siendo el más notable que ahora estábamos en la planta baja y había toda una batería de Hydra aparcados fuera con órdenes de disparar contra cualquier cosa que atravesara los perímetros, aun cuando sus acreditaciones pareciesen totalmente auténticas. La visión de los cañones antiaéreos me recordó el incidente anterior y pregunté cómo avanzaban las investigaciones.

—Lentamente —admitió Zyvan, sirviéndose un bollo de canela de la mesita de la esquina. Hambriento después del viaje de vuelta de Glacier Peak, que había hecho con satisfactoria velocidad a bordo de un transporte aéreo enviado a recogerme por el propio general supremo, no perdí tiempo y seguí su ejemplo—. Arrestamos al propietario del vehículo, por supuesto, pero sostiene que le fue robado sin su conocimiento.

—Era lógico que dijera eso —respondí—. ¿Es alguien a quien conocemos?

—Ventrious —dijo Zyvan, lo que me dejó totalmente sorprendido. El aristócrata me había parecido un idiota presuntuoso, por supuesto, y demasiado ávido de poder, pero eso era común a toda su ralea, según mi experiencia, y por más que lo intentara

no podía imaginarme a aquel bufón de cara colorada al que le había dado un berrinche en la cámara del consejo como un cultista de Slaanesh. Para empezar, habría quedado absolutamente ridículo vestido de rosa.

—¿Y le resulta creíble su historia? —pregunté.

Zyvan asintió.

—Nuestros interrogadores fueron muy minuciosos. De haber sabido algo nos lo habría dicho. —No tenía la menor duda, y así se lo hice saber. Zyvan respondió con una sonrisa desolada—. En circunstancias normales, yo habría estado de acuerdo con usted, pero nos enfrentamos a la posibilidad de manipulaciones de la disformidad, no lo olvide. Tenía que asegurarme de que sus recuerdos fueran reales.

—Ya veo —dije, estremeciéndome a mi pesar. Saludé con una cordial inclinación de cabeza al joven descolorido con un uniforme de fajina perfectamente planchado y despojado de insignias al que Zyvan no se había molestado en presentar. Hekwyn, Vinzand y Kolbe estaban sentados tan lejos como podían de él, y debo decir que no los culpaba. Ya había conocido a otros psíquicos, y pocas veces había acabado bien. Por fortuna había enviado a Jurgen a preparar mi alojamiento en cuanto llegamos, de modo que no había la menor posibilidad de que se revelara abruptamente su secreto de forma accidental; tomé nota mentalmente de mantenerlo lo más lejos posible del estado mayor del general; nunca se sabe cuántos lectores de mentes pueden andar merodeando por ahí.

—Su mente estaba intacta —continuó el joven psíquico—, al menos al empezar. —Debió de leer en mi cara algo de lo que estaba pensando, porque en la sonrisa que me dirigió no había ni rastro de humor—. Fui tan cuidadoso cómo fue posible. Se recuperará, más o menos.

—Sieur Malden es uno de los psíquicos reconocidos más capaces de mi estado mayor —afirmó Zyvan.

Volví a asentir.

—Estoy seguro —asentí. Como ya he dicho, he conocido a varios, aunque no exactamente en sociedad en la mayoría de los casos, y Malden (observé el uso del tratamiento honorífico civil como indica el protocolo[44]) era evidentemente una de las espadas más afiladas del armero. Rakel, la telépata domesticada de Amberley, por ejemplo, estaba tan chiflada como un jokaero, y la mayoría de las veces tenía tanto sentido común como la mayoría de la gente[45].

Ustedes tal vez piensen que alguien con tanto que ocultar como yo habría sentido terror ante la perspectiva de compartir una mesa de conferencias con un telépata, pero una cosa he aprendido de ellos a lo largo de los años: jamás escuchan tus secretos más profundos y más tenebrosos. Al menos no sin hacer un gran esfuerzo.

Rakel me dijo una vez en uno de sus momentos más lúcidos que captar pensamientos sueltos de la gente de su entorno era como tratar de identificar una voz

en medio de una atestada sala de baile, e incluso entonces lo único que podía detectar eran los pensamientos superficiales. Profundizar más requiere un esfuerzo y una concentración enormes, casi tan peligrosos para el psíquico como para la persona cuya mente intenta leer, y para alguien tan acostumbrado como yo al arte del disimulo, no había nada que detectar en la superficie.

—He estado en la instalación que usted descubrió —me dijo Malden con voz curiosamente monótona, al menos tanto como su aspecto. La única palabra que podría adecuársele era «indescriptible». Debo de haber estado en la misma habitación con él docenas de veces a lo largo de los años, pero sigo sin poder recordar su estatura y su constitución, así como el color de sus ojos y de su cabello—. La experiencia me resultó… interesante.

Sentí en el aire una especie de carga eléctrica, como antes de una tormenta, y el hololito cobró vida sin que nadie tocara los controles. Vinzand y Kolbe se encogieron, sin duda musitando entre dientes plegarias al Emperador, y no se me escapó la leve sonrisa, genuina esta vez, que Malden casi logró enmascarar. El único que no tuvo ninguna reacción fue Hekwyn, acostumbrado sin duda a sorpresas desagradables como resultado de sus funciones con los arbites.

—Esa no es exactamente la palabra que yo habría escogido —repliqué con displicencia, decidido a no darle la satisfacción de parecer desconcertado en lo más mínimo.

—¿De veras? —La mirada del joven psíquico se volvió hacia mí—. ¿Y qué palabra habría usado?

—Aterrador —admití—. Me recordó… —Eché una mirada al trío que ocupaba el extremo de la mesa y Zyvan asintió.

—En las presentes circunstancias, puede considerar que todos los aquí reunidos están autorizados a recibir cualquier información que desee proporcionar —dijo—. Incluso la que se refiera a la naturaleza del Caos. —Asentí sobriamente, consciente de la expresión en la cara de los tres hombres; una peculiar mezcla de curiosidad y aprensión. Todos eran conscientes de que iban a oír cosas a las que pocos ciudadanos del Imperio habían tenido acceso, y no estaban seguros de querer enterarse.

—Hace años —empecé—, me topé con un aquelarre de cultistas de Slaanesh que se proponían crear un huésped demoníaco. —Kolbe estuvo a punto de atragantarse con su recafeinado y Vinzand se puso pálido, incluso más pálido de lo que suelen ser los adumbrianos. Hekwyn enarcó una ceja un milímetro o dos y empezó a mostrar un atisbo de interés—. Pues en esa cúpula habitacional había algo que me recordó aquella ocasión.

—¿Qué pasó con el huésped demoníaco? —preguntó Hekwyn.

Me encogí de hombros.

—Supongo que fue destruido. Ordené un ataque de artillería y arrasaron el lugar.

—A punto estuvieron de matarme a mí en el proceso, podría haber añadido.

Malden hizo un pronunciado gesto afirmativo.

—Eso podría funcionar —dijo con una displicencia que sólo sirvió para acentuar mi malestar.

—Perdón —intervino Vinzand, tosiendo y con tono vacilante—. ¿Cuándo se refiere a crear un huésped demoníaco, quiere decir…? —Hizo un gesto vago con la mano—. Lo siento, pero esto es bastante nuevo para mí.

—Estaban invocando un demonio de la disformidad y encerrándolo como huésped en un cuerpo —expliqué, tratando de no recordar que el cuerpo en cuestión era el de uno de los soldados de la Guardia que me acompañaban. Todavía parecía atónito, de modo que tras echar una mirada de soslayo a Zyvan para obtener una señal casi imperceptible de aprobación, amplié un poco la explicación—: Los demonios son criaturas de la disformidad y a ella deben su poder, pero peligrosos como son, no pueden existir en el universo material durante mucho tiempo sin ser atraídos de regreso al lugar del que provienen. —Lo cual era una gran cosa si nos ateníamos a los que yo me había encontrado antes—. Atraparlos en un cuerpo mortal les permite quedarse, aunque con sus poderes disminuidos, y por lo general suelen estar bajo el control de quien los haya invocado.

—Hasta cierto punto —reconoció Malden, y yo me confié con alivio a sus mayores conocimientos—. Cualquier control sobre él es leve en el mejor de los casos. Hay que estar loco para intentarlo —se encogió de hombros—, pero el comisario tiene razón en lo fundamental. Un demonio sólo tiene otra forma de interactuar con el materium durante un período prolongado: encontrar un mundo o una región del espacio donde haya intersección de dos reinos. Por fortuna, esos lugares escasean.

—El Ojo del Terror —dije, haciendo la señal del aquila al mismo tiempo.

Malden volvió a asentir.

—La gran mayoría está allí —afirmó—, y las escasas excepciones están prohibidas por la Inquisición[46].

—Que está mucho más preparada que nosotros para ocuparse de esas cosas — intervino Zyvan, volviendo al asunto que nos había reunido. Yo, que conocía un poco más que él sobre la Inquisición y sus métodos, tenía mis dudas al respecto, pero si lo decía en voz alta, podía resultar perjudicial para mi salud, de modo que no dije nada y esperé a que Malden volviera al hololito. Sólo una vez se mantuvo estable la imagen y el cristal quedó despejado, y entonces me encontré ante una perfecta réplica en miniatura de la espantosa cámara que había descubierto detrás de la pared.

—¿Qué son esos símbolos? —preguntó Kolbe, tratando de no fijar demasiado la vista en ellos. No pude culparlo, pues era lo mismo que estaba haciendo yo, aunque sus representaciones hololíticas eran mucho menos desconcertantes que los símbolos reales.

—Algunos de ellos son custodias —explicó Malden—. Si quiere que le dé mi opinión, yo diría que hubo algo confinado allí. Algo tocado por la disformidad. —Esta vez observé que no era la mía la única mano que se movía por reflejo para invocar la protección del Emperador.

—¿Y los demás? —pregunté.

Por primera vez el joven psíquico pareció inseguro.

—Jamás había visto nada como eso —admitió a regañadientes—. Me inclino por que sean una forma de canalizar la energía de la disformidad, tal vez para invocar algo. —Acompañó sus palabras con un encogimiento de hombros—. Las corrientes de disformidad en torno a este lugar son bastante extrañas en el mejor de los casos. Para ser sincero, más les valdría preguntar a un navegador o a un astrópata. Esto pertenece más a su departamento que al mío.

—A lo mejor estaban tratando de afectar al flujo de las corrientes —sugirió Kolbe —. Para que pudiera llegar antes su flota de invasión o para retrasar a nuestros refuerzos.

—Eso no es descabellado —reconoció Zyvan. Por su forma de asentir lentamente con la cabeza entendía que no le gustaba nada esa idea—. Hablaré de ello con el máximo representante de la Navis Nobilitae. —De más está decir que el navegador de su nave insignia no iba a rebajarse a hablar directamente con tipos como nosotros, y debo reconocer que me alegraba mucho de ello. Por decir poco, eran unos pequeños bastardos horripilantes y más esnobs que un gobernador planetario con un árbol genealógico que se remonte a antes de Horus. Y para colmo de males, te pueden matar de una mirada, literalmente.

—¿Y los cuerpos? —preguntó Vinzand, haciendo un esfuerzo evidente para mirarlos.

—¿Comida? —sugerí—. ¿Para quien estaba encerrado allí, fuera quien fuese?

Malden me dedicó una sonrisa que tenía cierto grado de calidez.

—Tal vez —admitió—. O algo para pasar el tiempo, pero me inclino más por un sacrificio. Los herejes son muy amigos de los sacrificios, especialmente a la hora de invocar cosas.

—Puede que uno de los prisioneros que tomamos nos lo pueda decir —sugerí.

Habíamos conseguido reunir media docena de especímenes relativamente intactos, lo cual no estaba nada mal, y los expertos del Arbites que Hekwyn había aportado estaban recorriendo toda la cúpula en busca del Emperador sabe qué, de modo que por fin parecía que estábamos a punto de llegar a algo.

—Tal vez —aceptó Zyvan.

—Pensé que sus interrogadores les habrían sacado ya todo lo que sabían —dije, enarcando una ceja.

—Se mostraban extraordinariamente reacios. A algunos de ellos incluso parecía

que los divertía todo esto.

—Mientras tanto —intervino Hekwyn, con un notorio suspiro de alivio cuando se apagó el hololito—, por lo menos hemos podido empezar a rodear a la red de contrabandistas desde el extremo de Glaciar Peak. —Me dedicó una sonrisa y una inclinación de cabeza—. A pesar de mi escepticismo, parece ser que la evaluación que hizo el comisario Cain de la situación no estaba muy equivocada. Él supuso que las armas llegaban a la ciudad desde Skitterfall, y era al revés.

—Celebro oír que su confianza en la seguridad del puerto estelar estaba justificada —respondí amablemente.

—Hasta cierto punto. —El arbitrator frunció el entrecejo—. La lanzadera que ustedes ahuyentaron había venido de algún lugar. Yo supongo que de una de las naves de carga que se mantienen en órbita.

—Ya estamos peinando los registros de control de tráfico —intervino Vinzand—, pero con miles de vuelos lanzadera al día no va a resultar fácil dar con ella. Y mucho menos identificar sus aterrizajes anteriores.

—Siempre y cuando sea uno de ésos —opinó Kolbe con gesto sombrío—. Puede ser que viniera de uno de los invasores y que esté al acecho en el sistema exterior.

—No. —Zyvan negó con la cabeza con decisión—. De haber una nave del Caos por aquí, ya la habríamos detectado al abandonar la disformidad. Además, nuestras patrullas habrían interceptado cualquier cosa que apareciese en el espacio real una vez llegados aquí y que no estuviese en una de las rutas de navegación. —Recordé el bailoteo de miríadas de luces que había visto desde la ventanilla de observación de la *Benevolencia del Emperador* y no le envidié el trabajo a quienquiera que tuviera que identificar a nuestro contrabandista entre ellas.

—¿Tenemos alguna idea sobre cuándo debemos esperar a los invasores? —pregunté.

El general supremo volvió a negar con la cabeza.

—Entre tres y doce días es la estimación más aproximada que me pueden dar los navegadores. Suponiendo que el general Kolbe no tenga razón sobre eso de que sus aliados del lado frío hayan encontrado una forma de acelerar las corrientes de disformidad, por supuesto.

—Entonces, será mejor que supongamos que llegarán en cualquier momento —sugirió Kolbe. La perspectiva parecía hacerlo sorprendentemente feliz, aunque llegué a la conclusión de que toda esta conversación sobre demonios y manipulaciones de la disformidad lo habían aterrorizado hasta tal punto que se aferraba a la oportunidad de devolver la conversación a temas que entendía, y eso le producía una alegría manifiesta—. Voy a poner a todas nuestras unidades de la FDP en alerta total en cuanto vuelva a mi cuartel general.

—Una sabia precaución —admitió Zyvan, activando el hololito a la manera

tradicional, es decir pulsando las runas en el atril y dándole un golpe con el puño hasta que cobró vida.

Esta vez la imagen era tan confusa como de costumbre, lo cual me resultó vagamente tranquilizador, ya que la claridad casi sobrenatural de las imágenes que nos había mostrado Malden me habían devuelto a la sensación inquietante que había sentido en la cúpula habitacional.

Apareció una imagen tridimensional del planeta con cientos de puntos verdes que indicaban la presencia de las fuerzas de la FDP dispuestas para su defensa. La mayor parte estaba en el cinturón de sombra, por supuesto, sobre todo en torno a los principales centros de población y lugares de importancia estratégica, aunque unos cuantos estaban distribuidos por el lado caliente y el lado frío, donde pequeñas ciudades e instalaciones de otro tipo constituían puntos convenientes para disponer una guarnición en aquellos parajes inhóspitos.

Después de estudiar un momento el lado frío pude ubicar Glacier Peak y la tranquilizadora runa color ámbar que marcaba la presencia de mi propio regimiento, aunque el puñado de iconos similares que señalaban al resto de las fuerzas expedicionarias se perdía totalmente en medio de la profusión de puntos de las FDP. Los tanques valhallanos eran fáciles de detectar, por supuesto, ya que estaban distribuidos en Skitterfall, y los tallarnianos destacaban de forma razonablemente clara en la escasez de guarniciones del lado caliente, pero tuve que buscar bastante hasta encontrar alguno de los regimientos kastaforeanos. Aquello me dio qué pensar.

—¿Cuánto falta para que lleguen los refuerzos? —pregunté.

—Entre cinco y dieciocho días a juzgar por el último mensaje que recibí. —Zyvan vaciló un momento antes de continuar—. Y eso fue hace tres días.

—¿Tres días? —preguntó Vinzand. Por suerte, el trémolo de aprensión de su voz atrajo la atención de todos y me ahorró la molestia de tener que controlar la mía. Sentía en las palmas de las manos ese cosquilleo que nunca augura nada bueno—. Yo pensaba que usted recibía actualizaciones sobre su despliegue cada veinticuatro horas.

—Y así suele ser —admitió Zyvan, con la expresión de un hombre que mastica una raíz amarga—, pero nuestros astrópatas no han sido capaces de establecer contacto con el resto de la flota.

—Según dicen hay algún tipo de perturbación en la disformidad —intervino Malden para ayudarlo, pero eso no contribuyó en absoluto a calmar mis temores, pueden estar seguros. Era evidente que los cultistas habían conseguido lo que pretendían hacer en Glacier Peak, fuera lo que fuese además de acumular una cantidad que sólo el Emperador sabía de armas y municiones letales, lo cual ya era bastante malo. No tenía la menor idea de lo que era, pero conocía lo suficiente del Gran Enemigo para saber que no podía ser nada bueno, y esperaba no ser yo el que lo descubriera por las malas. (Una esperanza que iba a verse frustrada tal como salieron

las cosas).

—De modo que estamos librados a nuestra suerte hasta nueva orden —fue la conclusión a la que llegó Zyvan.

Kolbe se cuadró.

—Mis hombres no lo van a decepcionar, general supremo. Puede que no tengan la experiencia de la Guardia, pero lucharán por sus hogares, y eso representa mucho.

—No lo pongo en duda —admitió Zyvan, aunque probablemente yo era el único que lo conocía lo suficiente como para saber que no estaba del todo convencido.

—Lo que me preocupa es ver lo dispersos que estamos —dije sin pensar, dándome cuenta después de lo que había dicho y siguiendo adelante con tanta fluidez como si no hubiera tenido intención de hacer una pausa—. Si queremos respaldar con eficacia a las tropas del general Kolbe, tendremos que desplegarnos en cuanto sepamos en qué lugar es mayor la presión que soportan. Para cuando las naves de desembarco estén aquí, apenas habrán llegado a tiempo para participar en el desfile de la victoria. —O, lo más probable, para enterrar los cadáveres, pero decir eso no habría sido diplomático. Además, no era necesario, Zyvan estaba perfectamente al tanto de lo que había querido decir.

—He estado pensando en eso —replicó. La imagen del planeta en el hololito se minimizó para dar paso a un par de iconos en órbita por encima de la capital. Su nave insignia era la *Benevolencia del Emperador*, supuse. Resultó que estaba en lo cierto, ya que el siguiente paso fue señalar el transporte de tropas—. Mantener las naves de desembarco en reserva como tenía pensado no nos va a servir de nada, tal como acaba de indicar el comisario. Estarán allí en órbita, sin hacer nada, como un ave acuática, cuando llegue la flota enemiga.

—¿Y cuál es la otra alternativa? —preguntó Vinzand, que tal vez acababa de darse cuenta de que todas esas naves espaciales civiles que teníamos sobre nuestras cabezas permitirían a los invasores hacer, de paso, prácticas de tiro.

Zyvan suspiró.

—Cinco naves de desembarco, cinco regimientos. Voy a asignar una a cada uno de ellos. Al menos así una compañía estará lista para desplegarse en un momento. Con un poco de suerte, podrá transportar refuerzos de la Guardia donde sean necesarios y volver al área de estacionamiento en busca de otra carga. —Me miró y, creyendo leer en mi cara mi reacción, se encogió de hombros—. Lo sé, Ciaphas. Es una opción complicada, pero es lo mejor que podemos hacer.

—Supongo que sí —asentí, tratando de parecer serio. Eso dejaría a la compañía afortunada ahí fuera, en una especie de limbo, por supuesto, pero una formación de esas proporciones debería estar en condiciones de cuidar de sí misma hasta que llegaran la segunda o la tercera. Y lo más importante, todo lo que yo tenía que hacer era buscar una excusa para mantenerme cerca de la nave de desembarco y así poder

largarme del planeta si las cosas se ponían feas, lo cual parecía muy probable en ese momento. En general, parecía que las cosas empezaban a asumir un aire más halagüeño por lo que a mí concernía.

Por supuesto, debería habérmelo pensado mejor.



NUEVE

Su lealtad no podía comprarse a ningún precio; pero podía alquilarse por muy poco dinero.

Inquisidor Allendyne,
tras la ejecución del comerciante sin escrúpulos Parnis Vermode por traficar con artefactos xenos prohibidos

Jurgen, tan eficiente como de costumbre, se las había arreglado para que mis efectos personales fueran trasladados cuidadosamente a la suite que había ocupado con ocasión de mi estancia anterior en el cuartel general de Zyvan, de modo que cuando terminó la conferencia no perdí tiempo y me dirigí allí a darme un baño caliente y disfrutar de una buena comida y un descanso reparador en una cama grande y blanda, por ese orden. Casi lo único que eché de menos fue una compañía femenina, que hubiera sido el digno colofón, y a punto ya de conciliar el sueño me encontré preguntándome qué estaría haciendo Amberley en ese momento[47]. Eso tendría que haber desembocado en sueños muy placenteros, pero parece ser que la visión del maldito hololito que había encontrado en la cúpula habitacional de los herejes había removido recuerdos más profundos y menos agradables y mi sueño distó mucho de ser reparador.

Tal como dije antes, todavía tenía pesadillas ocasionales sobre mi anterior encuentro con un nido de cultistas de Slaanesh. Por lo general eran cosas vagas, informes, en las que sentía que se deslizaba mi sentido de mí mismo bajo el asalto psíquico de la hechicera Emeli que, por lo general, aparecía como un fantasma insustancial, arrastrándome hacia la perdición hasta que me despertaba temblando, enredado en las sábanas empapadas de sudor. Esta vez, en cambio, los sueños fueron lúcidos y vividos y permanecieron conmigo al despertarme, de modo que aún hoy puedo recordarlos de forma bastante detallada.

Comenzaba en sus habitaciones, adonde me había atraído con sus malas artes,

estando mi mente obnubilada por el aire de sensual lujuria que había desarmado a mis compañeros[48]. Como suele suceder en los sueños, la habitación estaba tal como la recordaba, pequeños detalles en los que casi no había reparado se destacaban ahora de forma vivida, pero con la perspectiva curiosamente distorsionada, de modo que parecía que no tenía fronteras físicas. Emeli estaba reclinada en una cama, tapada a medias con la túnica de seda verde que tan bien combinaba con sus ojos, sonriéndome con aire seductor, atrayéndome hacia sí como la otra vez. Sin embargo, a diferencia de la realidad, el feo agujero abierto por la pistola láser era muy claro, atravesaba su torso, donde yo había roto el hechizo al que me había sometido con el método más desesperado y directo que encontré.

—Estás muerta —le dije, consciente, como sucede a veces, de que estaba soñando, pero en cierto modo incapaz de rechazar la experiencia como totalmente irreal.

Su sonrisa se hizo más ancha.

—Estoy volviendo —respondió, como si fuera lo más natural de la galaxia, y una vez más me sentí atraído hacia ella, con una mezcla tan confusa de deseo y repulsión que a duras penas podía distinguir ambos sentimientos—. Ahora voy a probar tu alma tal como había prometido.

—No lo creo —dije, echando mano de mi pistola láser, como había hecho en la vida real, pero me encontré con que la funda había desaparecido junto con mi ropa. Emeli se rió, y su gorjeo encantador y familiar me envolvió mientras ella abría los brazos para acogerme en ellos. Traté de apartarme, presa del pánico, y su cara empezó a cambiar, transformándose en algo que no me atrevía a mirar pero de lo que tampoco podía apartar la vista, más hermoso y aterrador de lo que la mente puede percibir.

—¿Está usted bien, señor?

Me desperté de repente, con el corazón martilleando en mi pecho, y encontré a Jurgen de pie junto al interruptor de la luz con el rifle láser en las manos.

—Estaba gritando algo.

—Sólo era un sueño —dije, dirigiéndome tambaleante hasta la botella de amasec y tomando un buen trago, con más rapidez de la que merecía un licor tan bueno. Me serví un segundo vaso y lo bebí con un poco más de calma—. Sobre aquella bruja de Slawkenberg.

—Ah. —Mi asistente asintió una vez. Sin duda mis palabras habían despertado sus propios recuerdos del incidente—. Mal asunto aquél. —Y habría sido mucho peor de no haber sido por su peculiar talento del que, por entonces, ambos no teníamos la menor idea, por suerte. Se encogió de hombros—. De todos modos, los sueños no hacen daño a nadie, ¿verdad, señor?

—Por supuesto que no.

Sin embargo, ya no tenía ganas de seguir durmiendo, de modo que empecé a

vestirme.

—¿Cree que podría encontrarme algo de recafeinado?

—Enseguida, señor. —Se colgó el rifle láser al hombro y se volvió para salir de la habitación, sofocando apenas un bostezo, y por primera vez me di cuenta de que debía de haberlo despertado; se había agenciado un sofá en la antesala de la suite que yo usaba como oficina y que estaba al otro lado del baño. Menuda pesadilla si me oyó desde allí, pensé.

—Mejor que se traiga otro para usted —añadí—. Da la impresión de necesitarlo.

—Muy bien, señor —asintió una vez con la cabeza—. ¿Va a querer el desayuno?

Para ser sincero, no estaba seguro. Todavía me duraba el regusto de la pesadilla y del amasec, que me estaba empezando a parecer que no había sido una buena idea, pero asentí.

—Algo ligero —dije, confiado en que él conocía bien mis gustos y en que podía confiar más en su buen juicio que en el mío por el momento—, y también cualquier cosa que le apetezca. —Cuando salió, llevándose consigo su característico olor, me sorprendí buscando una razón para pedirle que volviera.

«Esto es ridículo —me dije con firmeza—. Soy un comisario imperial y no un chiquillo asustado». Me até un poco más fuerte el fajín, me enderecé la gorra y traté de no sentirme demasiado aliviado cuando me puse el cinto con el arma alrededor de la cintura.

De todos modos, mientras atravesaba la sala de estar, sorteando con fastidio el montón de platos medio vacíos que rodeaban el sofá de Jurgen, no podía sacarme de la cabeza la duda de si aquello habría sido sólo un sueño. ¿Sería posible que algún residuo psíquico del ritual de los cultistas se hubiera colado dentro de mi cabeza en la cámara que había descubierto?

La idea me resultó tan desconcertante que me sorprendí a punto de comunicarme con Malden en ese mismo momento para preguntarle si era posible. Después se impuso la razón. Una cosa era cierta, Jurgen había estado conmigo todo el tiempo, y yo sabía con certeza que nada por el estilo podía haber sucedido en su presencia, además, plantear esa posibilidad era la manera más segura que se me ocurría de hacer que el joven psíquico empezara a rebuscar en mi cabeza antes de poder decir «Que el Emperador me proteja». Y esa idea, pueden creerme, bastó para sacarme del estupor en que me había dejado tamaña experiencia. Además de mis propios secretos inconfesables, en los que no quería que nadie hurgara, había demasiada información sensible sobre los recursos y contactos de la Inquisición como para garantizar diez penas de muerte[49] si alguien más se enteraba.

Al fin me di cuenta de que bastaba con poner un par de malos sueños en perspectiva, y cuando Jurgen volvió empujando una mesita rodante cargada de comestibles (se había tomado al pie de la letra mi sugerencia de que cogiera todo lo

que le gustara, como hacía con casi todo lo demás), yo ya estaba sentado ante mi escritorio revisando el papeleo rutinario. Podría parecer extraño, dados los acontecimientos de vital importancia que me encontraba discutiendo apenas unas horas antes, pero seguía acumulándose a pesar de todo. Al fin y al cabo, los soldados son soldados, y si el enemigo no los apremia lo suficiente para mantenerlos entretenidos, seguro que encontrarán sus propias diversiones.

Ahora que había llegado el desayuno, sorprendentemente tenía hambre, y le di un buen saque a la pila de tortitas con mermelada que Jurgen había elegido para mí con todo esmero. Mirarlo mientras comía no era una actividad para alguien no muy animado, de modo que volví a mi mesa, donde podía abstraerme de todo menos de los efectos sonoros. Fue así que estaba en disposición de responder personalmente al aparato de comunicación en cuanto sonó la primera llamada.

—Cain —respondí secamente, tratando de no reparar en el sonido ahogado con el que Jurgen trataba de enmascarar su indignación por la falta de respeto del protocolo. Para él era un derecho otorgado por el Emperador filtrar mis mensajes entrantes, desviando la inmensa mayoría con paciencia y obstinación en apariencia inagotables, por lo cual yo normalmente sentía un inmenso agradecimiento. Esta mañana, sin embargo, necesitaba todas las distracciones del mundo, ya que los ecos de la pesadilla todavía me tenían nervioso, y supuse que por una vez no estaría mal que pudiera terminarse el desayuno en paz.

—Comisario —dijo Hekwyn con tono sorprendido—. Pensé que todavía estaría durmiendo.

—Lo mismo podría decir de usted —respondí mientras me preguntaba por qué me llamaría a esta hora de la mañana. Nada bueno, sospechaba.

—El Imperium nunca duerme[50] —citó con un tono divertido—. Y ha surgido algo que pensé que podría interesarle. —De haberme dado cuenta en ese momento de lo que iba a traer aparejado ese inocuo comentario, lo hubiera cortado con la primera excusa que se me hubiese ocurrido y habría salido pitando hacia la seguridad relativa de Glacier Peak sin importarme un bledo el frío. Pero pensé que cualquier distracción contribuiría a levantarme el ánimo y me acomodé en la silla para escuchar.

—Parece interesante —dije—. ¿En qué ha andado metido?

—En un poco de trabajo detectivesco a la antigua —respondió Hekwyn—. O al menos observando cómo lo hacían los pretores locales. Han dado con un mediador de la operación de contrabando que usted descubrió.

—Estoy impresionado. —Y por una vez fui sincero.

La voz de Hekwyn reflejó una tranquila satisfacción.

—No fue tan difícil. Como usted sugirió, echamos una mirada a las personas con acceso a las vagonetas que entran y salen de Glacier Peak. Y maldito si no encontramos a un despachante de carga que gastaba el triple de los que ganaba

anualmente en obscura y mujeres de vida ligera.

—¿Y tiene un nombre ese paradigma de virtudes? —pregunté.

—Kimeon Slablard. Por el momento lo tenemos en una celda de retención, pensando en todas las cosas terribles que pueden sucederle a los ciudadanos que no cooperan con las autoridades con espíritu propiamente cívico. —Eso tenía sentido. Si no era más que un instrumento en manos de otro, seguramente lo cantaría todo a la primera oportunidad, y hacerlo sudar no haría más que ayudar. Si, en cambio, era parte del culto, tardaría tanto tiempo en derrumbarse como los que ya teníamos en custodia, y demorar una hora o dos el comienzo no supondría ninguna diferencia perceptible—. Pensé que tal vez le gustaría asistir. Cuando se dé cuenta de que está pringado también con la Guardia, se quebrará como una astilla.

—Vale la pena intentarlo —dije. Me arriesgué a echar una mirada a Jurgen y decidí que podía dejar que terminara su comida. Al fin y al cabo Slablard no se iba a marchar a ningún sitio—. Estaremos con usted dentro de una hora.

En realidad nos llevó un poco más de tiempo, ya que las calles estaban atascadas con los ciudadanos de Skitterfall que iban a trabajar como si se tratase de un día perfectamente normal y todo su mundo no estuviera a punto de ser arrasado por una flota de invasores del Caos. Claro que supongo que eso forma parte de lo que hace que el Imperio sea lo que es: el indomable espíritu de sus ciudadanos, incluso de los más humildes. O su increíble imbecilidad, que la mitad de las veces viene a ser más o menos lo mismo[51].

Fuera como fuese, las calles estaba llenas de coches de superficie que avanzaban tan lentamente que cualquier peatón andando a buen paso podía adelantarlos, y ni siquiera la notable habilidad de Jurgen al volante servía para colar el Salamander entre los vehículos civiles, más pequeños y ligeros. Empezaba a pensar ya que más nos habría valido pedir un transporte aéreo, a pesar de lo reacio que era mi asistente a volar, cuando éste aceleró de repente subiendo un tramo de escalones de piedra que había entre dos edificios enormes.

—Un atajo —dijo, sin hacer el menor caso de la pandilla de haraganes del Administratum que salían corriendo delante de nosotros lanzando un interesante surtido de exclamaciones profanas. Atravesó una ancha plaza atestada de estatuas de nobles burócratas adumbrianos. Después de unos cuantos virajes vertiginosos y de un descenso tan precipitado como el ascenso, por otra escalera que aparentemente atravesaba un distrito comercial y una terminal de tranvías, se detuvo a la puerta del edificio del Arbites en un espacio reservado para vehículos oficiales.

Un par de oficiales nos miraron con desconfianza, pero la vista de mi uniforme y de las armas pesadas que llevábamos en nuestro pequeño pero sólido vehículo aparentemente los disuadieron de poner en duda nuestro derecho a estar allí.

—Gracias, Jurgen —dije, saltando fuera, agradecido por el amasec que había

bebido antes—. Fue una hábil demostración.

—No podía dejar que faltara usted a su cita, señor —respondió alegremente.

No tenía sentido seguir hablando, de modo que dejé que él se ocupara de los pretores que al parecer habían reunido el coraje necesario para acercarse, y entré en el edificio.

—Comisario. —Por un momento no reconocí al joven pretor que estaba dentro del fresco atrio de mármol al otro lado de las puertas de madera. Era evidente que me estaba esperando, y entonces tuve una sensación de familiaridad. El joven Kolbe. Sin el casco el parecido con su padre era notable, a pesar de que él era más alto y delgado —. Me alegro de volver a verlo.

—Para mí también es un placer —afirmé.

Kolbe inclinó la cabeza como lo hacía su padre

—Su sanitario hizo un trabajo excelente. Se supone que debo ocuparme de tareas sencillas, pero dadas las circunstancias… —Su gesto abarcó el ir y venir que había todo en derredor. Pretores uniformados corrían en todas direcciones, muchos de ellos conduciendo a prisioneros que o bien maldecían a voz en cuello o bien afirmaban que eran inocentes, según su temperamento, e incluso vi al pasar a un par de miembros del mismísimo Arbites enfundados en sus negros uniformes ajustados.

—Las cosas parecen un poco agitadas —comenté mientras él me escoltaba por el imponente espacio hacia el grupo de ascensores situados bajo un mural enorme y de mal gusto del Emperador azotando a los díscolos.

—Hemos estado peinando los bajos fondos de Skitterfall para detectar cualquier conexión con los herejes —me informó satisfecho—. Y además reina la inquietud habitual en cualquier emergencia civil. Nos hicimos a un lado para dejar pasar a un redencionista y a su congregación que seguían propagando a voz en cuello el apocalipsis que estaba a punto de caer sobre los indignos en general y a las unidades antidisturbios que habían acudido a evitar que hicieran una incursión en el distrito del vicio en particular, a pesar de la frecuencia y el entusiasmo con que sus escoltas aplicaban sus porras eléctricas. De modo que el arbitrator Hekwyn pensó que podría ser buena idea enviarme a recibirlo.

—Y tenía razón —asentí cuando llegábamos ya al santuario de los ascensores y al abrigo relativo de las grandes águilas de piedra que los flanqueaban. El joven Kolbe pulsó un par de runas en uno de ellos y las puertas se abrieron de golpe, formando la filigrana de bronce un dibujo de águilas entrelazadas que eran reflejo de sus grandes primas de piedra.

—Subsuelo diecisiete —dijo Kolbe, alzando la vista y blandiendo la porra cuando los redencionistas se enzarzaron ruidosa y violentamente con un grupo de chicas de vida alegre que iban a una celda próxima—. Si me disculpa…

—Por supuesto —le respondí, agradeciendo que aquí, al menos, hubiera un jaleo

de cuya solución no tenía que ocuparme y observando cómo se abría camino hacia la trifulca con vivas muestras de regocijo. Las puertas se cerraron cuando pulsé el icono que él había indicado, e inicié mi descenso hacia el nivel más bajo del edificio.

Tras unos treinta segundos de tedio, intensificado por una grabación llena de parásitos de *Muerte a los descarriados*, interpretada al parecer por ratlings sin oído provistos de flautas disonantes, las puertas se abrieron dando paso a una fea antesala con una alfombra desgastada y una arbitrator con armadura integral detrás de un escritorio que me apuntaba con un rifle antidisturbios.

—Comisario Cain —me identifiqué con el tono más despreocupado que pude mientras miraba el cañón de un rifle en el que podría haber metido el pulgar sin problema—. Me esperan.

—Comisario. —Dejó su engorrosa arma e hizo algo en un teclado que tenía sobre la mesa. Debía de tener un intercomunicador dentro de su casco porque asintió al oír algo y me indicó un asiento en un rincón—. El arbitrator senioris estará con usted en breve. —Ya había oído aquello antes, y estaba empezando a pensar que habría hecho bien en traerme algo para leer, pero apenas había tenido tiempo de sentarme cuando una pesada puerta de acero que había detrás de ella se abrió y apareció Hekwyn.

—Me alegro de que consiguiera llegar. —Me saludó alargándome una placa de datos con su nueva mano auméntica.

Daba la impresión de que estaba empezando a acostumbrarse a ella, calculando las distancias tan bien como con la original. Cogí la placa y repasé la ficha de Slablard lo más rápido que pude. Se parecía tanto a los informes con los que yo estaba íntimamente familiarizado que la tarea me llevó poco tiempo. Cuando llegué al final, habíamos recorrido la mitad de un corredor sin rasgos destacables, de hormigón sin pintar en el cual había puertas metálicas carentes de cualquier cartel identificador a intervalos regulares, todas ellas idénticas salvo por los números grabados encima. Olía a cerrado, a sudor concentrado, a fluidos orgánicos y al inconfundible olor del miedo que nadie que haya estado alguna vez en una bodega de esclavos de los eldar puede olvidar jamás.

—Aquí es.

La puerta no se diferenciaba en nada de las demás, pero Hekwyn parecía bastante seguro e introdujo un código de seis dígitos en el teclado demasiado rápido para que yo pudiera seguirlo. La puerta se abrió dejando salir un olor a flatulencia, y yo, educadamente, le indiqué al arbitrator que entrara delante.

Estaba bastante seguro de que nuestro contrabandista no tendría el genio ni la determinación necesarios para estar esperando emboscado, con la esperanza de superar a quienquiera que fuese el siguiente en entrar por esa puerta y salir corriendo, pero no tenía sentido correr ningún riesgo[52]. Después se demostró que, de todos modos, no disponía mucha ocasión para ello, ya que el prisionero estaba bien sujeto a

una silla en el medio de la celda y no tenía para nada el aspecto de alguien capaz de arrancarse su propio brazo a dentelladas para poder escapar. (Supongo que esto además lo descartaba como materia del culto del Caos).

No estoy muy seguro del aspecto que yo presumía que tendría, pero sabía que esperaba algo un poco más impresionante. Era un hombre menudo, con ojos acuosos que rehuían el contacto con su interlocutor y un pelo castaño y ralo; la imagen resultante se parecía mucho a la de un roedor sobresaltado.

—Quiero ver a un representante legal —nos espetó en cuanto aparecimos—. No pueden mantenerme aquí indefinidamente.

—En la vida no siempre conseguimos lo que queremos —le replicó Hekwyn con tono pesaroso.

Slablard se removió.

—Quiero hablar con alguien que tenga autoridad.

—Ése soy yo —afirmó Hekwyn, dando un paso adelante en la habitación. Los ojos de Slablard se agrandaron al ver su uniforme y a punto estuvieron de salirse de sus órbitas cuando recayeron sobre mí—. Soy el máximo responsable de las operaciones del Arbites en Adumbria. —Hizo una pausa momentánea para que sus palabras surtieran efecto y luego me señaló a mí—. Este es el comisario Cain, del que posiblemente también haya oído hablar. Lo he invitado a asistir a nuestra conversación como gesto de cortesía, ya que los actos de traición también entran dentro de la jurisdicción militar en situaciones de emergencia.

—¿Traición? —La voz de Slablard subió una octava y debajo de sus brazos se empezaron a extender unas manchas de sudor que fueron empapando la tosca tela de la camisa azul, como si alguien hubiera abierto un grifo—. Yo no he hecho más que mover unas cuantas cajas.

—Que contenían armas que a continuación se utilizaron para atacar a la Guardia de Su Majestad —remaché con mi tono más severo—. *Eso*, en mi libro, es traición. —Slablard nos miraba con desesperación, primero a uno y después al otro, hasta que finalmente fijó la vista sobre Hekwyn, que le pareció el menos intimidante de los dos.

—No lo sabía —afirmó con voz quejumbrosa—. ¿Cómo iba a saberlo?

—Tal vez si hubiera preguntado… —sugirió Hekwyn en tono menor.

El hombrecillo se sobresaltó visiblemente.

—Usted no conoce a esa gente. Son peligrosos. Lo mejor es no tener trato con ellos, no sé si me entiende.

—Esa gente son herejes —dije—. Adoradores de los Poderes Ruinosos, enviados aquí como avanzadilla de la flota de invasión para minar nuestras defensas contra ellos. —Me incliné hacia delante, fijando en él esa imponente mirada de comisario que había hecho palidecer a más de un general—. ¿Tiene idea del daño que ha hecho?

—¡Me dijeron que sólo era contrabando de mineral! —Slablard estaba al borde de

las lágrimas—. Tienen que creerme. Jamás habría tenido tratos con ellos de haber sabido que eran herejes.

—No es a mí a quien tiene que convencer —le dije—, sino al propio Emperador. Será mejor que rece para que su alma no haya sido corrompida por su asociación con los agentes de la oscuridad, de lo contrario estará condenado por toda la eternidad. —Pura palabrería, por supuesto, pero lo dije tan fervientemente como lo habría hecho el propio Beije, y quedé muy satisfecho de mi capacidad interpretativa.

—No nos corresponde a nosotros juzgarlo —me recordó Hekwyn, como si realmente le importara. Empezaba yo a sospechar que tras tantos años de barajar datos en las altas esferas empezaba a disfrutar de la ocasión de intervenir en algún arbitraje—. Una vez neutralizada la amenaza del Caos, será la Inquisición la que determinará quién está o no contaminado por los Poderes Oscuros.

Eso funcionó, como yo había supuesto. A la sola mención de la Inquisición, Slablard tuvo un ataque de histeria que amenazaba con durar tanto que llegué a sacrificar parte del contenido de mi petaca para darle ocasión de calmarse y poder hablar. Era un desperdicio impresionante de buen amasec aunque su paladar hubiera sido capaz de reconocer la diferencia (cosa que dudaba), pero tenía mucho más en mi suite, y no tenía la menor duda de que Jurgen podría encontrar otra botella en cuanto ésa se hubiera terminado.

Esquivé con cuidado el charco de orina que se iba extendiendo por el suelo de cemento, entendiendo por fin la finalidad del sumidero que había en una esquina, y volví a adoptar mi pose displicente pero peligrosa apoyándome contra la puerta.

—Esa gente —dije por fin—. ¿Quiénes son y dónde podemos encontrarlos?



DIEZ

La competencia en el campo de batalla es un mito. La facción que queda por delante de la última es la que gana. Es tan sencillo como eso.

General supremo Zyvan

Al final, el único problema real que tuvimos con Slablard fue hacerlo callar. Trasladé la lista de nombres, fechas y lugares que nos había revelado al hololito de la sala de conferencias con el aire de un mago en una fiesta infantil cuando se saca un huevo de la oreja.

—Si cabe, tenemos demasiado por dónde empezar —afirmé. Zyvan y Kolbe padre asintieron, haciéndose cargo cuando empecé a desplegarlo todo en la pantalla. Observé que Vinzand estaba ausente, tal vez porque ésta era una cuestión operativa de la que no tenía por qué ocuparse. Bien, eso me gustaba. Cuanto menos debate hubiera antes de que empezáramos a actuar, tanto mejor para mí.

—Mi gente debería poder apresar a cualquiera de estos individuos cuando se cuelen por la red —dijo Hekwyn—. Pero dadas las circunstancias, estamos demasiado dispersos para montar redadas simultáneas en media docena de lugares diferentes.

—Creo que tiene razón —respondió Zyvan, evidentemente bien informado de antemano de la situación en la ciudad[53]. Se volvió hacia Kolbe—: Tal vez la FDP nos haría el favor de proporcionarnos las fuerzas necesarias.

Estoy seguro de que habría preferido usar hombres de la Guardia, pero estábamos tan dispersos que habrían pasado horas antes de volver a traer soldados suficientes a la ciudad, y si en el ínterin los herejes reparaban en que Slablard había desaparecido, se habrían esfumado para cuando tuviéramos listo el despliegue. Los tanques valhallanos ya estaban emplazados, por supuesto, pero no podía imaginarme sin sonreír a un batallón de Leman Russ avanzando con sigilo por las atestadas calles; habría sido lo mismo que ir con un altavoz advirtiendo a los cultistas que allá íbamos.

—Por supuesto —asintió Kolbe, todo calma y eficiencia, evidentemente seguro de

la capacidad de sus soldados para ocuparse de lo que pudieran encontrar. Esperaba que no se equivocara—. Puedo poner un par de compañías a su disposición en cuestión de minutos.

—Estoy seguro de que con eso bastará —dijo Zyvan con expresión seria. Eso nos permitiría dedicar prácticamente dos pelotones completos a cada objetivo, lo cual era una receta perfecta para sembrar la confusión tal como pude imaginarlo. Semejante número de soldados no haría más que tropezar en lugar de luchar con el enemigo—. Pero tal vez deberíamos asignar el personal a las operaciones en cuanto hayamos determinado las condiciones sobre el terreno.

Eso llevó algún tiempo, como pueden imaginar, pero por fin planificamos el despliegue óptimo de tropas para cada objetivo y Kolbe dio las órdenes. Me estiré, miré mi cronógrafo y me di cuenta sorprendido de que todavía faltaban unos instantes para el mediodía.

El general supremo asintió.

—Supongo que estará usted ansioso por volver con su regimiento —dijo.

Pensé en el frío que calaba hasta los huesos de Glacier Peak y en el tedio interminable del viaje en tren antes de llegar y asentí con tanto entusiasmo como pude.

—Mi sitio está con ellos —reconocí, incapaz de encontrar una razón creíble para retrasar mi partida. Me consoló pensar que al menos podría quedarme por allí el tiempo suficiente para ingerir un almuerzo decente antes de partir.

Zyvan sonrió, seguro de que podía leer mis verdaderos pensamientos.

—Pero preferiría quedarse aquí y ver cómo resultan las redadas, ¿no? Después de todo, de no ser por usted ni siquiera tendríamos estas pistas.

—Estoy seguro de que la gente del arbitrator Hekwyn los hubiera encontrado igual de rápido —dije, tratando de no parecer demasiado ansioso. Si quería decir lo que yo pensaba que quería decir, daba la impresión de que podía quedarme al menos otro día más aquí, al calorcito, disfrutando de las comodidades que ofrecía el lugar; tal vez más si hacía como que estaba evaluando la información que reuniéramos.

—Seguro que sí —asintió Zyvan, dando la impresión de estar tan convencido como yo—. Si no le importa demorar un poco su partida, se me ocurre que las cosas podrían ir un poco más sobre ruedas esta tarde si tenemos a un representante del Comisariado en la operación. —Miró de lado a Kolbe—. No tiene nada que ver con su gente, por supuesto. Eso sólo nos ahorraría la necesidad de presentar después un informe oficial.

—Por supuesto —admitió Kolbe, sin duda más feliz ante la perspectiva de que fuera yo quien examinara la actuación de sus soldados y no cualquier burócrata de menor jerarquía con la ventaja de la visión retrospectiva.

—Sería un honor para mí servir a sus órdenes —le dije—, aunque no sea por

mucho tiempo.

De haber sabido en qué estaba a punto de meterme, por supuesto que muy otra habría sido mi respuesta, y prácticamente habría salido corriendo hacia el maldito tren, pero en ese momento todo lo que veía era la perspectiva de otro par de días de buenos alimentos y cama confortable.

Fue así que, aproximadamente una hora más tarde, me encontré avanzando por un bulevar de la ciudad en la parte trasera del Salamander, con media docena de Chimera detrás y mi intercomunicador lleno de comentarios nerviosos de los soldados de la FDP, todos excitados ante la perspectiva de entrar en acción por primera vez.

—Disciplina en las comunicaciones —les recordé, tratando de no ser demasiado duro, y el tráfico irrelevante cesó con satisfactoria velocidad—. Estamos pasando el límite exterior.

Después de pensar un poco, me había unido al grupo que se dirigía a una casa de los suburbios, propiedad de una de las personas a las que había implicado Slablard, una mujer llamada Kyria Sejwek, de la que Hekwyn decía que tenía vínculos con algunas figuras del crimen organizado, y que probablemente regentaba un local de chicas de alterne. También tenía un muy buen abogado y conexiones con varios miembros del Consejo de Pretendientes, lo cual significaba que hasta el momento el Arbites había sido incapaz de acumular pruebas suficientes para un arresto.

Encargarse de un puñado de guardaespaldas y de una casa llena de mujeres parecía mucho más seguro que ir contra el almacén adonde habían ido a parar las armas, que sin duda estaría muy vigilado y para colmo lleno de explosivos, aunque no había compartido estas razones para seleccionar este objetivo particular con los generales, por supuesto.

—Éste es el objetivo obvio —había dicho yo, señalando el almacén en el holomapa y dando toda la impresión de estar ansioso por entrar yo solo a saco en el lugar. Unos cuantos iconos más relucieron indicando los objetivos secundarios, y señalé la casa Sejwek con el gesto intrigado más adecuado para el caso—. Sin embargo, hay algo raro en este lugar.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Kolbe amablemente.

Me limité a encogerme de hombros.

—No es algo que pueda señalar con el dedo, pero los antecedentes de esta mujer, su alta posición, su conexión con el vicio, tal vez esté yendo muy lejos, pero…

—Podría ser el centro de un culto de Slaanesh en la ciudad —dijo Zyvan, mordiendo el anzuelo.

Mantuve mi expresión dubitativa.

—Es posible, sin duda, pero el almacén sigue siendo nuestra pista más segura.

—De todos modos —dijo el general supremo (la idea que yo había sembrado

había enraizado en su mente)—, es una posibilidad que no podemos darnos el lujo de pasar por alto. Tal vez haría bien en acompañar usted a ese pelotón.

—Podría ser lo más prudente —coincidió Kolbe—. Si llegara a haber evidencia de brujería en ese lugar, a los hombres les resultaría muy tranquilizadora su presencia.

—Bueno —dije, mostrándome todo lo reacio que pude—. Si ustedes están convencidos de que es necesario.

Por supuesto, cuando terminé de protestar ellos estaban prácticamente insistiendo en que yo encabezase lo que a no dudar no tenía más de siniestro que cualquier burdel de categoría, cosa que yo acepté tratando de disimular lo agradecido que estaba.

—Debe de ser ahí —dijo Jurgen, señalando una alta pared de ladrillo que se levantaba a lo largo de la calzada. Seguramente lo sería, ya que las otras casas eran estructuras laberínticas en cuyas ventanas brillaba una luz cálida y apartadas de la carretera entre praderas y follaje destinados a poner de relieve la dimensión y el lujo de los edificios que contenían. Sólo ésta estaba protegida por lo que parecía un muro de fortificación, y a mí empezaron a cosquillearme las palmas de las manos ante la sospecha de que tal vez esto no fuese a ser el paseo que había supuesto. Además, dado lo que sabíamos del personaje y sus probables actividades, Sejwek seguramente tenía mucho que ocultar en cualquier caso.

—Lo es —confirmé tras una mirada subrepticia a la placa de mapas para asegurarme. Activé el intercomunicador—. Es aquí —transmití por la red táctica del pelotón para que pudieran oírme todos[54]—. No necesito recordarles lo importante que es esto para Adumbria y para el Imperio. No hace falta que les diga, además, que el general Kolbe y yo tenemos plena confianza en todos ustedes y sabemos que no nos van a defraudar ni a nosotros ni al Emperador. ¡Hacia la victoria! —Era una de las arengas que llevaba repitiendo de memoria desde que dejé la schola, pero los soldados de la FDP jamás lo habían oído antes y cumplió su función. Además, mucho mejor de lo que yo había esperado tal como salieron las cosas.

—Ya han oído al comisario. —Ese fue el comandante de la sección, un joven excitable llamado Nallion que parecía como si acabara de empezar a afeitarse y que llevaba la gorra de oficial ladeada de una manera muy libertina según su opinión—. ¡Desplegados a sus posiciones!

Después de un coro de respuestas de los distintos jefes de escuadrón, los Chimera se dividieron: el vehículo de mando de Nallion y el primer pelotón se detuvieron enfrente de las puertas principales (unas persianas de hierro forjado de muy mal gusto con un atisbo de lirios desmayados y demasiado dorado) mientras los demás se abrían a izquierda y derecha, abriendo surcos en el césped y aplastando los arbustos de los indudablemente furiosos vecinos. Jurgen y yo nos manteníamos en línea con el flanco izquierdo, que colocó a un Chimera junto a la pared lateral antes de irrumpir a

través de una cerca colindante para unirse a otro transporte de tropas que se había aproximado por el otro lado.

—Escuadrones tercero y quinto en posición —transmití, más para recordarles a todos que seguía allí que porque fuera necesario. Un jardinero ratling nos miraba y miraba también los profundos surcos abiertos en lo que evidentemente había sido un césped perfecto, con una expresión de sorpresa y estupefacción aún más pronunciada de lo que era habitual entre los de su especie. En cuando puso los ojos en Jurgen se sobresaltó visiblemente y salió corriendo.

—¡Señor Spavin! —gritaba—. ¡Señor Spavin! ¡Finalmente ha llegado el fin del mundo! —Por supuesto, había en sus palabras más de verdad de lo que él pensaba, pero no había tiempo ahora para preocuparse ni de él ni de su patrón. Escuché un coro de informes de posición en mi intercomunicador provenientes de los jefes de los demás escuadrones, y Nallion dio la orden de atacar.

—¡Avance de todas las unidades! —gritó con una voz que apenas temblaba por la tensión, acompañada del rugir de motores de los Chimera al ponerse en marcha mientras sus bólters pesados abrían fuego y producían grandes agujeros reduciendo a escombros gran parte del muro. El Salamander se sacudió bajo mis pies cuando nos lanzamos a atravesarlo, pero mantuve el equilibrio instintivamente, después de casi dos décadas de tener a Jurgen como conductor, y me acomodé tras la reconfortante masa del bólter. Las ráfagas de polvo y el traqueteo de las armas pesadas era toda la confirmación que necesitaba de que los otros tres elementos de nuestro asalto estaban en movimiento, aunque hay que decir en su favor que los comandantes de los escuadrones mantenían las cabezas despejadas y transmitían un flujo constante de partes con tanta contundencia como podrían hacerlo los hombres de la Guardia.

—Desembarco del segundo escuadrón —notificó su sargento, seguido casi de inmediato por mensajes similares de sus homólogos en el primero y el cuarto—. Débil resistencia.

Ahora llegaba un crepitar de armas cortas desde donde estaba la casa, al responder los ocupantes al ataque inesperado. Con aire ausente detecté el sonido de disparos de stubber entre los otros más crepitantes de los rifles láser que llevaban los soldados de la FDP, lo cual confirmaba que, cuando menos, los ocupantes tenían acceso a armamento ilegal. Los proyectiles empezaron a repiquetear contra el blindaje del Salamander y, sin pensarlo, respondí al fuego, barriendo la fachada de la casa mientras Jurgen seguía avanzando hacia ella por una extensión de césped no menos inmaculada que la que habían destrozado al lado.

Sin previa advertencia, uno de los Chimera que iba delante se detuvo de golpe mientras el resplandor rojo de la detonación de explosivos se destacaba vívidamente en el permanente crepúsculo y los soldados, presas del pánico, empezaban a abandonar el blindado a todo correr. Un par de ellos cayeron, alcanzados por la

ráfaga de fuego del stubber.

—¡Tercer escuadrón! ¡Manténganse a cubierto, maldita sea! —fue lo único que tuve tiempo de gritar antes de que Jurgen diera un feroz viraje hacia la izquierda. Algo cayó a no más de un metro de nosotros, dejando un rastro humeante, y detonó a nuestra espalda contra lo que quedaba de la pared de jardín.

—¡Tienen lanzamisiles! —transmití, tratando de responder con una ráfaga de bólter y pensando que a esa hora podría estar viajando en un fantástico tren incómodo en lugar de haberme metido otra vez en un peligro mortal—. Abandonen los vehículos y sigan a pie.

—Recibido —replicó Nallion—. A todos los pelotones: avanzar alternando fuego y movimiento[55]. —Era indudable que sabía lo que hacía, había que reconocerlo.

—¡Jurgen! —grité—. ¿Ha visto de dónde salió ese cohete?

—Aproximadamente a la una en punto, comisario —respondió con la misma parsimonia que si le hubiera pedido otra taza de tanna. Apunté el arma montada sobre el trípode hacia esa dirección y se me revolvió el estómago. Había por lo menos dos lanzamisiles apuntándonos desde un par de ventanas altas acristaladas, y lo que parecía un stubber pesado sobre un trípode. Vagamente sorprendido, comprobé que la mayoría eran manejadas con destreza considerable por mujeres jóvenes cuya exigua vestimenta hablaba a las claras de cuál era su ocupación durante el día[56]. En cualquier momento correríamos la misma suerte que el Chimera que venía detrás y que ahora ardía animadamente.

—¡A cubierto, rápido! —grité, apretando el gatillo con la esperanza de desviar sus disparos el tiempo suficiente para que Jurgen nos sacara de la línea de fuego. Cuál no sería mi sorpresa al ver que aceleraba todavía más en dirección a la casa.

—Muy bien, señor. —Disparé el bólter pesado montado en el casco y reduje a un par de amazonas a manchas repugnantes, y antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba haciendo había entrado a rebato en el patio, espachurrando algunos arbustos ornamentales a su paso y lanzando nuestro vehículo a través del delgado tabique de madera y cristal tras el cual se habían refugiado nuestras atacantes. Una de las supervivientes desapareció bajo las orugas con un chillido que se cortó abruptamente, y el Salamander fue a pararse contra la pared del fondo de una opulenta sala de estar reduciendo a escombros una chimenea de mármol en su avance.

—¡Quinto pelotón! ¡Sigan al comisario! —El bramido del sargento del pelotón, Varant, si no me falla la memoria, llegó por el intercomunicador, y antes de que pudiera darme cuenta, una decena de soldados habían aprovechado la brecha abierta en nuestra precipitada entrada acabando con el resto de las defensoras, ahorrándonos así la molestia. Los supervivientes del tercer pelotón se les incorporaron un momento después, y todos se volvieron a mirarme, expectantes.

—Muy bien —dije, enderezándome la gorra y saltando fuera del Salamander con el aire más despreocupado de que fui capaz—. Vamos a rematar esto.

—Sí, señor —dijo Varant con una expresión de admiración en la cara mientras empezaba a organizar a los hombres.

Miré a mi asistente.

—Jurgen… —empecé, pero luego decidí que no tenía sentido reconvenirlo. Al fin y al cabo había seguido mis órdenes, y las cosas habían salido tan bien como de costumbre—. Eso fue… —Por una vez me faltaron las palabras.

—¿Ingenioso? —sugirió, volviéndose a buscar en el compartimento del conductor el melta que, fiel a su costumbre, había traído consigo.

—Eso es quedarse corto —mascullé, sacando mi pistola láser.

—Segundo pelotón adelante. —La voz del sargento al mando sonó en mi intercomunicador con su calma habitual—. Sin resistencia por el momento.

—Recibido —respondió Nallion—. Primer pelotón, informe. —Hubo una pausa interrumpida sólo por el silbido de la corriente estática—. Primer pelotón, responda. —Otra vez me hormigueaban las palmas de las manos, una especie de premonición que casi sentía como un aleteo en el estómago. La voz del teniente cobró cierta aspereza—. Primer pelotón, ¿dónde se encuentran?

—Cuarto pelotón —intervino otra voz con una clara nota de pánico reprimido—. Hemos encontrado cuerpos. Podrían ser ellos.

—¿Cómo que podrían ser? —inquirió Nallion con tono cortante.

—Es difícil decirlo, señor. No queda mucho… —la voz se le quebró.

Esto no podía permitirse. Era evidente que habíamos topado con algo muy peligroso, y si cundía el pánico ahora, se propagaría como una chispa en un depósito de promethium. Eso reduciría de forma inaceptable mis ocasiones de salir de aquí de una pieza.

—Aquí el comisario Cain —intervine—. Estén alerta. Máxima concentración. Fuego sobre cualquier cosa que se mueva y que no sea uno de nosotros. ¿Entendido?

—Sí, señor. —Al menos parecía haber surtido efecto, ya que la voz del hombre temblaba un poco menos—. Pasando a la marca siguiente.

—Bien —le dije, con la esperanza de levantar la moral decaída del pelotón—. Recuerden, el Emperador nos protege.

No tuve ocasión de soltar más tópicos, ya que el canal de voz quedó de repente inundado de ruidos que, formando un eco fantasmagórico y solapado, llegaron a nuestros oídos una fracción de segundo más tarde. Gritos, el traqueteo de rifles láser en automático y un sonido que me puso los pelos de punta. Un momento después, los ruidos de aquel, combate, evidentemente unilateral, acabaron abruptamente.

—Cuarto pelotón, informe —bramó Nallion. No hubo respuesta, y si realmente él esperaba que la hubiera, es que era el mayor optimista del sistema.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó Varant. Tardé un momento en darme cuenta de que se dirigía a mí haciendo caso omiso de la voz del teniente.

Hice una rápida evaluación de la situación. Replegarse, siempre una buena opción según mi libro, era imposible. Además de minar mi reputación, nos expondría a el Emperador sabe qué cantidad de fuego de la casa mientras atravesábamos la pradera abierta, y yo no estaba dispuesto a convertirme en un blanco fácil para que practicaran tiro unos civiles. Me encogí de hombros, tratando de dar una imagen despreocupada, y al hablar me di cuenta de que tenía la boca tan seca como el lado caliente del planeta.

—Completar la misión —dije simplemente—. Hay algo sucio en este lugar y tenemos que eliminarlo.

Parecía ya una penosa evidencia que mi excusa, tan minuciosamente urdida para estar aquí, al final no era más que la verdad, lo cual supongo que demuestra, cuando menos, que el Emperador tiene un sentido de la ironía muy acusado, y yo había visto suficiente brujería a lo largo de los años como para saber que hacerle frente directamente es la única posibilidad de sobrevivir. No es que haya muchas oportunidades, pueden estar seguros, pero tratar de huir no hace más que acrecentar su poder y permitirle volver al ataque según sus condiciones y no las propias.

—Espero que ésa no sea una crítica al personal de limpieza —intervino una voz meliflua—. Hacen todo lo que pueden, ya saben, pero es un lugar tan viejo y ruinoso que resulta difícil mantenerlo al día.

La mujer que había hablado tenía una sonrisa fácil cuando entró en la estancia, como si encontrar a una veintena[57] de hombres armados de pie junto a los cadáveres de sus secuaces fuera la cosa más natural del mundo. Empecé a apuntarla con mi pistola láser de forma instintiva, con el dedo presionando el gatillo, pero me quedé paralizado y con el corazón desbocado. ¡Había estado a un pelo de matar a Amberley! Por un momento quedé tan sorprendido que literalmente no podía moverme, algo que hasta ese momento siempre había supuesto que era un cliché figurativo a tono con la ficción popular menos exigente.

Su sonrisa se acentuó al mirarnos a mí y al grupo de soldados, cuyas pistolas láser colgaban inertes en sus manos.

—Ya sé que debe de haberte sorprendido verme aquí —dijo ronroneando, con unas palabras que sonaban increíblemente dulces y seductoras. Algo trataba de aflorar a la superficie de mi mente, pero la visión de la mujer, tan encantadora como la última vez que nos habíamos visto, todavía con la flor de hegantha que yo había cortado impulsivamente de un arbusto de la terraza detrás de la oreja, inundó mis sentidos.

—¿Margritta? —dijo uno de los soldados, como si no diera crédito a lo que veía, y el pensamiento que pugnaba por abrirse paso se hizo más claro. Había algo que,

decididamente, no era normal…

—Sí, mi amor. —Amberley tendió una mano y lo acarició suavemente en la mejilla. Esto me provocó una oleada de ardientes celos. Sin embargo, antes de que pudiera reaccionar, el soldado gritó, su cuerpo se retorció y pareció desecarse como una ciruela pasa antes de caer al suelo.

—¿Comisario? —Jurgen me tiró de la manga con una expresión de incredulidad en la cara—. ¿Va a permitir que se salga con la suya?

—Es una inquisidora —empecé a decir—. Puede hacer lo que quiera. —Pero cuando volví a mirar, Amberley había desaparecido. (Bueno, no había desaparecido, por supuesto, porque, para empezar, nunca había estado allí, pero ya saben lo que quiero decir).

En su lugar, de pie junto al cadáver desmoronado del soldado caído, había una mujer regordeta, de mediana edad, vestida con un traje rosa poco tentador que le habría quedado bien a alguien diez años más joven y con otros tantos kilos menos. Me miró de frente, con una expresión de sorpresa e ira que empezaba a extenderse por sus facciones vagamente porcinas.

—Madame Sejwek —dije, saboreando el atisbo de incertidumbre que asomaba a sus ojos, a punto de fallarme la puntería por una oleada de ira tan poderosa que me hizo temblar la mano. Por fortuna, mis dedos auménticos fueron inmunes a tan poderosa reacción emocional, y mantuve el cañón de mi pistola láser apuntándola firmemente a la frente—. Hacerse pasar por una inquisidora es un delito capital.

Apenas tuvo tiempo de parecer todavía más sorprendida antes de que pulsara el gatillo y su cerebro contaminado por la disformidad saliera disparado por la parte trasera de su cabeza manchando una colgadura de la pared que evidentemente había sido elegida más por su temática que por sus cualidades estéticas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Varant, con expresión algo atónita. El resto de los soldados estaba saliendo todavía de su estupor, musitando en voz baja, haciendo el signo del aquila con expresión bobalicona.

—Era una bruja —le dije, presentando las cosas lo más simplemente que pude—. Hizo algo con nuestras mentes. Nos hizo ver… —Hice una pausa con lo que en aquel momento supuse que era el salto deductivo obvio, pero que Malden confirmó más tarde que era un poder conocido de los psíquicos de Slaanesh—. A alguien que nos importa[58].

—Ya veo. —Asintió con la cabeza, confundido—. Por suerte a usted no lo engañó.

—Los comisarios estamos entrenados para detectar este tipo de cosas. —Mentí sin empacho para no atraer hacia Jurgen más atención de la necesaria. A decir verdad, me preocupaba bastante que Sejwek hubiera conseguido meterse en mi cabeza a pesar de que él estaba tan cerca. (Descubriría después, con gran alivio, que él había ido al Salamander a buscar su rifle láser mientras yo estaba entretenido escuchando por el

intercomunicador, con lo cual había quedado fuera del alcance de su aura protectora. Un poco tarde se le había ocurrido que su amado melta tal vez fuera contraproducente en un edificio potencialmente inflamable; como de costumbre, su pragmatismo era intachable, aunque su sentido de la oportunidad dejara bastante que desear).

—Bueno, supongo que al menos sabemos lo que les sucedió a los pelotones primero y cuarto —dijo el sargento, mirando primero el cuerpo de la bruja y después lo que había quedado de su antiguo subordinado.

—Es posible —respondí. No me salían las cuentas. El cuarto pelotón había muerto rápidamente en combate, no fruto de un espejismo que los habría eliminado uno por uno—. Sólo hay una manera de averiguarlo.

Y averiguar, lo averiguamos. Los restos de nuestros camaradas, y quedaban muy pocos, estaban esparcidos por un vestíbulo de la planta baja al pie de una enorme escalera de madera cuyos pasamanos estaban tallados representando parejas en el acto de fornicar en una sorprendente variedad de posturas anatómicamente inverosímiles. En las paredes, decoradas con el tipo de murales libertinos que ya había visto en la cúpula oculta del lado frío, había marcas de sangre y de hollín, y una sensación inquietante de familiaridad pugnaba por abrirse paso entre mis pensamientos.

—El resto de la casa está despejada —informó Nallion, que se había puesto de un extraño color gris al ver la carnicería pero estaba decidido a no vomitar frente al comisario—. No hay señales de nadie más en los locales.

—¿Paredes falsas, cámaras ocultas? —pregunté. Todavía tenía fresco el recuerdo de la cúpula, aquel extraño aroma que flotaba en el aire todavía detectable a pesar del olor predominante de la carnicería.

Nallion negó con la cabeza.

—Ni señal que haga pensar en ello —concluyó—. Podemos hacer que vengan algunos tecnosacerdotes con equipo especializado.

—No se preocupe —le dije, con evidente alivio por su parte—. La Guardia se ocupará de eso. Usted y sus hombres ya han hecho bastante, y lo han hecho bien.

—Gracias, señor. —No se hizo de rogar y salió pitando, con un saludo como para cumplir y un aire de mal disimulado alivio.

—Jurgen —dije, señalando la escalera. Era ampulosa y aparentemente sólida, y podríamos haber aparcado el Salamander en el espacio que delimitaba—. ¿No le importaría?

—Por supuesto que no, señor —me aseguró, y un momento después, el rugido familiar del melta y un destello deslumbrante que atravesó la barrera de mis párpados estrechamente cerrados me comunicó que había accedido a mi ruego. A pesar de sus temores de incendio accidental (que me confió más tarde, un poco demasiado tarde como para haber sido de ayuda en caso de ser fundados, pero con Jurgen las órdenes

eran lo primero) la madera circundante no se prendió fuego. Un agujero enorme y humeante se abrió entre los escalones, muy parecido a la entrada de una cueva. Tomé prestado un iluminador de uno de los bolsillos de su equipo omnipresente y eché una mirada cautelosa al interior.

—¡Emperador de la Tierra! —dije, retrocediendo casi asfixiado por el olor. Debo decir que era peor que el de la cámara que habíamos encontrado en la cúpula, aunque los detalles eran deprimentemente familiares. La pila de cuerpos retorcidos, las sonrisas heladas que hablaban de un rapto infernal, los sigilos destructores de la razón que había en las paredes… Fui retrocediendo hasta llegar al otro extremo del vestíbulo y me puse directamente en contacto con el general supremo.

—Parece ser que teníamos razón sobre este lugar —le dije—. Estaba dedicado a usos impíos. —Vacilé—. Y si no me equivoco —añadí, y el nudo que tenía en el estómago me confirmaba que no—, hemos llegado demasiado tarde. Lo que estuvieran haciendo, ya lo han hecho.



Nota editorial:

Dado el curso de los acontecimientos que siguieron, la comunicación que se transcribe a continuación puede resultar algo reveladora.

Para: la oficina del Comisariado, Departamento Munitorum, Coronus Prime.
De: Tomas Beije, comisario del Regimiento 229.º tallarniano.
Fecha: 285.937.M41
Senda astropática: bloqueada en este momento. Entrega diferida.

Caballeros y estimados colegas:

Es con profundo pesar que considero mi deber poner en tela de juicio la competencia de un colega comisario, sobre todo porque el oficial en cuestión fue mi compañero de clase en la schola progenium y, como todos sabemos, eso establece poderosos lazos. Sin embargo, faltaría a mi deber si no pusiera esta cuestión en su conocimiento, y para ello debo dejar de lado mis sentimientos por el bien de la Guardia, del Imperio y del propio Emperador. Es evidente que nuestro deber para con él está por encima de todo lo demás, y después de muchas plegarias y ayunos no veo otra alternativa.
El individuo en cuestión no es otro que Ciaphas Cain, el comisario del regimiento 597.º valhallano. Soy consciente de que tiene una reputación desmesurada que puede inducir a algunos de ustedes a pasar por alto mis preocupaciones, pero de todos modos no tengo más alternativa que expresar mis inquietudes. De hecho, puede que sea precisamente esta reputación la que ha desembocado en su actual y triste declive como comisario efectivo: qué verdad hay en esa afirmación de que la gloria que cosechamos nos enceguece primero con su brillo[59].
He observado de primera mano que la disciplina y el orden debido son prácticamente inexistentes en el regimiento puesto a cargo del comisario Cain, dado que su propio asistente no alcanza los niveles requeridos de un miembro de las benditas legiones de Su Divina Majestad, mientras que serias infracciones y violaciones de la disciplina son tratadas como

cuestiones menores apenas dignas de su atención. Desde su llegada a Adumbria ha descuidado totalmente sus deberes, pasando más tiempo en la capital planetaria que con su regimiento, llegando incluso al extremo de unirse a una compañía de la FDP local en lugar de volver con su unidad de la Guardia, lo que debería haber sido su principal preocupación.

Podría sostenerse que su descubrimiento de no sólo uno, sino dos nidos ocultos de brujos herejes justifica sus acciones, pero considérese que en ninguna de esas ocasiones llegó a tiempo para impedir su malvado objetivo, fuera cual fuese, y su interferencia en una operación de la FDP en la cual no tenía ningún interés oficial muy bien podría haber desembocado en una demora suficiente para haber contribuido a semejante fracaso al menos en una ocasión. No saco conclusiones de esto, por supuesto, sino que meramente sugiero que la coincidencia fue fortuita para nuestros enemigos.

Que la divina luz de Su Gloriosa Majestad ilumine sus deliberaciones.

Su humilde servidor,

TOMAS BEIJE

Pensamiento del día: *La mano del traidor está más cerca de lo que se piensa.*



ONCE

No me importa lo malditamente reconocidos que sean, un psíquico es un psíquico, y cualquier cosa relacionada con la disformidad son más los problemas que trae que lo que vale.

General Karis

* * *

La sola visión de esta sala de conferencias estaba empezando a ponerme realmente malo. Daba la impresión de que cada vez que entraba mi vida se volvía más complicada. Hasta la perspectiva de una buena cena y una cama confortable, que había sido suficiente para mantenerme en Skitterfall esa mañana, empezaban a ser para mí magro consuelo al ir perdiéndose ambas en un futuro indefinido. Además, el maldito lugar estaba cada vez más atestado. Aparte de Zyvan y de mí mismo, y de un par de sus asistentes cuyos nombres no se me habrían quedado si alguien se hubiera molestado en presentármelos, Kolbe, Hekwyn y Vinzand estaban presentes, y todos habían decidido señalar lo urgente de la situación trayendo consigo a uno o dos lacayos. Malden también estaba allí, con el otro extremo de la mesa casi exclusivamente para él, como de costumbre, charlando con una mujer cuyos ojos hundidos habrían bastado para identificarla como astrópata aunque no llevara los ropajes distintivos de su cargo. El malestar que sentía la mayor parte de ellos a la vista de dos espías reunidos en la misma habitación era palpable, aunque de haberlo sabido, el sentimiento se hubiera agravado mucho más.

—¿Está usted bien, Ciaphas? —preguntó Zyvan, y yo asentí, tratando de sacarme de la cabeza la imagen de la cámara que habíamos encontrado. No era fácil, lo puedo asegurar, y eso me resultaba un poco extraño teniendo en cuenta el elevado número de horrores a los que me había enfrentado hasta entonces en mi carrera. Volvía a mí

una y otra vez, superponiéndose al recuerdo de la cámara similar que habíamos encontrado en la cúpula y a aquella condenada risa que había oído mientras morían los soldados de la FDP. Aquello tenía un obsesionante aire de familiaridad, aunque no podía determinar exactamente cómo ni por qué.

—Estoy bien —respondí, cogiendo una taza de tanna de la mesa de refrigerio. Como de costumbre, yo fui el único que lo bebió. Paseé la mirada por la sala de conferencias que empezaba a llenarse (excepto en el extremo donde estaban los espías), y traté de cambiar de tema antes de que empezara a hacerme más preguntas —. Si ya están todos, supongo que deberíamos empezar.

—Casi todos —replicó Zyvan, sirviéndose un sándwich de grox ahumado. Antes de que tuviera ocasión de preguntar a qué se refería, se produjo una especie de revuelo al otro lado de la puerta. Se alzaron voces y me encontré llevando la mano instintivamente a mi espada sierra, pero el talante relajado del general supremo me contuvo. (No sin que él me echara una mirada divertida al observar mi reacción).

—¿Tengo el aspecto de tener que mostrarles mis credenciales a todos sus subordinados? —la pregunta iba dirigida a Zyvan, como si no hubiera nadie más en la sala, y para el caso habría dado lo mismo. Una mujer joven que, a pesar de ser increíblemente menuda, se las arreglaba para llenar todo el hueco de la puerta con la fuerza de su personalidad, pasó haciendo retemblar la madera tallada mientras las caras color ceniza de un par de los guardaespaldas personales del general supremo se asomaron apenas desde el corredor. Zyvan les hizo señas de que se retiraran, y se apresuraron a cerrar la puerta tras ella con asombrosa prontitud.

—Por supuesto que no —se excusó Zyvan con una reverencia formal—. Nos honra usted a todos con su presencia.

—Claro que sí —asintió ella con tono cortante e irritado—, y no esperen que esto se repita a menudo. —Tenía el pelo oscuro y lustroso, del color del espacio abierto, hasta los hombros, que su vestido de corte simple dejaba descubiertos. El vestido parecía tejido con fibras de oro puro y reflejaba la luz de una manera que me deslumbró, adhiriéndose a su figura de agradables curvas de tal modo que dejaba muy poco librado a la imaginación, y destacando a la perfección la piel de su escote, tan blanca que parecía sobrenatural.

Sin embargo, lo que atrajo mi mirada y la de todos los presentes en la sala fue el pañuelo que rodeaba su frente. Estaba tejido del mismo material que el vestido, pero exactamente en el centro tenía la imagen de un ojo que había sido bordado con hilos tan oscuros como sus cabellos. Sin pensarlo, hice el signo del aquila, y pueden creerlo si digo que no fui el único.

—Permítanme presentarles a lady Gianella Dimarco, navegatriz de la *Indestructible* —dijo Zyvan, dirigiéndose a la sala en general, como si existiera la menor posibilidad de que alguno de los presentes no se hubiera dado cuenta de quién

era (bueno, tal vez el astrópata, supongo).

Dimarco suspiró.

—Vamos allá si les parece. —Se dejó caer en un asiento libre en el extremo de la mesa que ocupaban los psíquicos, sintiendo sin duda que tenía algo más en común con Malden y con la mujer ciega que con el resto de nosotros[60]. Todos los demás se deslizaron torpemente en sus sillas, lo más lejos posible de los psíquicos.

—Por supuesto. —Zyvan inclinó la cabeza con cortesía—. Estoy seguro de que tomos apreciamos que dedique su tiempo a reunirse con nosotros en persona.

Bueno, tal vez él. A mí me habría bastado con un informe escrito y habría prescindido gustoso de ese aire de superioridad, suponiendo que tuviera algo útil que proporcionarnos. (Y lo tenía, por supuesto. Y de haber pensado yo en ese momento con un poco más de claridad me habría dado cuenta de que ella debería haber estado aterrada ante la idea de someterse a la compañía de unos insignificantes y desaliñados proletarios como nosotros).

—No me cabe la menor duda —dijo Dimarco, irritada. Paseó sus ojos oscuros por la sala, y a pesar de saber racionalmente que no podía hacerme ningún daño y que era el otro, oculto por el pañuelo, el que podía matar instantáneamente, me estremecí y rehuí su mirada—, pero no les va a gustar lo que tengo que decir.

Eso habría sido verdad si el tema de la conversación hubiera sido la música o el tiempo, teniendo en cuenta lo que había visto de su personalidad (que, para ser justos, casi podía decirse que era amigable tratándose de un navegador), pero aun así sentí el familiar cosquilleo premonitorio en las palmas de las manos.

—A pesar de todo —insistió Zyvan, inclinando la cabeza.

Dimarco suspiró.

—Lo diré de la forma más sencilla posible, de modo que hasta un puñado de zotes[61] pueda captarlo. —Se inclinó hacia delante, con los codos sobre la brillante mesa de madera, y apoyó la barbilla sobre los dedos cruzados, dejando al descubierto un escote impresionante al hacerlo—. Las corrientes de disformidad en torno a Adumbria son fuertes, pero predecibles. Por lo general.

—¿Por lo general? —preguntó Vinzand con una nota evidente de alarma en la voz.

Dimarco lo miró con la expresión de un eclesiarca que acaba de oír a uno de la congregación tirarse un cuesco en medio de la bendición (algo a lo que uno llega a acostumbrarse si asiste a los servicios acompañado de Jurgen[62]).

—Ya vamos a eso —le respondió secamente—. Yo no le digo a usted cómo debe contar los clips sujeta papeles. —Tras un momento de embarazoso silencio, continuó —: Por lo general forman un torbellino complejo pero estable, con centro en el propio planeta. Esto, en parte, explica la posición del sistema como importante puerto comercial.

Los adumbrianos presentes asintieron con claro aire de suficiencia. Dimarco se encogió de hombros, lo cual produjo efectos interesantes en su vestido y en lo que pude ver de su contenido.

—No sabría explicarles, sin embargo, por qué es así. —Echó una mirada casi imperceptible a los demás psíquicos.

—Creo que tiene algo que ver con la dinámica orbital —fue la seca acotación de Malden—. El hecho de que el mundo esté rotacionalmente fijo tiene una resonancia en la disformidad que inclina las corrientes.

—Ésa es una especie de sobresimplificación —intervino la astrópata con voz sorprendentemente joven—, pero a menos que podamos sentirla de forma directa, es probable que sea lo más aproximado que se pueda conseguir.

—Un minuto —interrumpió Kolbe—. ¿Quiere decir que estas corrientes están cambiando?

Dimarco lanzó un ostensible suspiro.

—¿Qué acabamos de decir? ¡Por supuesto que son malditamente cambiantes! —Cuando su voz subió de tono, empecé a darme cuenta de que no era que tuviera un supuesto dolor en el trasero, estaba realmente preocupada; tal vez más de lo que había estado en mucho tiempo (y teniendo en cuenta que había estado sirviendo en una nave de guerra, que sin duda habría sido atacada unas cuantas veces, eso ya era decir algo)—. Tres veces desde que estamos aquí. Cambios importantes, repentinos, que, por si no habían reparado en ello, es algo que decididamente no tendría que estar pasando.

—¿Tres veces? —pregunté sin poder contenerme, y los ojos negro noche de la mujer volvieron a fijarse en mí, lanzando desprecio como el cañón de un rifle infernal. Antes de que pudiera decir algo trillado y obvio, como preguntar si estaba sordo, asentí con aire caviloso y seguí hablando, abortando cualquier comentario sarcástico que pudiera estar a punto de hacer—. ¿Puede darnos un momento preciso? —Debo decir que el efecto fue bastante satisfactorio: un destello de perplejidad brilló en sus facciones y se tragó las palabras que había estado a punto de lanzarme con un sonido ahogado.

—No, no con precisión. —Se volvió hacia la astrópata—. ¿Facilitadora Agnetha?

La mujer ciega asintió.

—Desde el primero hemos estado incomunicados con el resto de la flota[63], puedo decirlo al segundo. Los otros tendría que comprobarlos si quieren una precisión de más de una o dos horas.

—Eso bastaría —dije con el presentimiento cada vez más acuciante de que acababa de dar un salto intuitivo sobre el que no me interesaba tener razón. Por desgracia había acertado: el cambio más reciente en las corrientes de la disformidad se había producido más temprano ese mismo día, poco antes de nuestra accidentada

incursión a la casa Sejwek. (Por supuesto, los demás ataques se habían producido sin el menor contratiempo, incluso el del almacén que yo había puesto tanto cuidado en evitar: los herejes ya habían trasladado las armas y el lugar estaba desierto cuando llegó la FDP. El único consuelo era que al menos había sobrevivido al jaleo en que me había metido, y además había acrecentado mi fama de sagacidad y coraje).

—Entonces —intervino Zyvan, más inquieto de lo que lo había visto jamás—, los herejes están haciendo algo para afectar a las corrientes de disformidad. El gran interrogante es por qué.

—Con todo respeto, señor —dijo Malden—, la gran pregunta es qué. Si realmente son los causantes de esto, nos enfrentamos a un nivel de poder mucho mayor que el que pueda tener cualquier psíquico mortal.

La creciente sensación de aprensión hizo que se me revolvieran las tripas. Eso tenía una respuesta obvia, y no quería ser yo quien la enunciara. Sin embargo, nadie más parecía dispuesto a poner voz a la idea, a pesar de que los rostros cenicientos que me rodeaban presumiblemente habían llegado a la misma conclusión.

—Cuando examinaron la habitación que encontramos en la cúpula —dije por fin —, dijeron que algunos de los sigilos que allí había podían formar parte de un ritual de invocación. ¿Encontraron otros similares en la casa Sejwek?

—Así es —asintió Malden—. Casi idénticos. —Se permitió esbozar una sonrisa—. Es difícil decir si eran exactamente los mismos, ya que su método de entrada eliminó unos cuantos, junto con la pared en la que habían sido pintados, por supuesto.

—En su opinión —intervino Zyvan, evidentemente reacio a oír la respuesta—, ¿podrían haber despertado a algún tipo de entidad de la disformidad con poder suficiente para afectar a las corrientes?

—Es posible —admitió el joven psíquico—. Hay demonios lo bastante fuertes como para hacerlo. —Un respingo audible de horror recorrió la sala cuando empleó la palabra que todos habíamos puesto tanto cuidado en evitar. Dimarco pareció a punto de descomponerse, y pude oír a Hekwyn musitar entre dientes uno de los catecismos—. Sin embargo, dudo que se pueda mantener el contacto con uno tan poderoso, al menos durante mucho tiempo.

—A lo mejor no tuvieron necesidad —sugirió Agnetha—, si estaba cooperando con ellos voluntariamente… —No terminó la frase, dejándonos a todos pendientes del poco reconfortante pensamiento. ¿Qué se podía ofrecer para tentar a un demonio a trabajar con cultistas humanos, y qué objetivo blasfemo podrían tener en común?

—¿Significa eso que la cosa todavía anda suelta por alguna parte? —preguntó Hekwyn con un esfuerzo evidente para mantener la compostura.

—No pueden permanecer en el mundo material durante mucho tiempo —le recordé—. Ahora ya estará de vuelta en la disformidad, que es donde debe estar. —Me volví hacia Kolbe—. Probablemente gracias al heroico sacrificio de sus soldados —

añadí—. Por lo que tengo entendido, tuvieron un comportamiento ejemplar.

En realidad, daba la impresión de que eran presas del pánico y se enfrentaban a una muerte horrible, que era lo previsible en esas circunstancias, pero si era verdad que nos enfrentábamos a una amenaza tan terrible, cuanto más levantara la moral, tanto mejor.

—Hasta la próxima vez que lo invoquen —recalcó Dimarco sin ambages. Había desaparecido toda su arrogancia tras haber caído en la cuenta de aquello a lo que nos estábamos enfrentando. (Pero no por mucho tiempo, por supuesto. Al fin y al cabo era una navegatriz).

—Suponiendo que lo hagan —opinó Zyvan.

—Por supuesto que lo harán —volvió a intervenir Dimarco, seguramente reconfortada por poder contradecir a alguien—. Si realmente hubieran tenido éxito en lo que estaban tratando de hacer, no estaríamos sentados aquí hablando de ello, ¿no le parece? —Lo que decía me parecía razonable.

—¿Alguno de ustedes tiene alguna idea de qué podría tratarse? —pregunté, tratando de proyectar un aire de calma tal como me habían enseñado en la schola.

La verdad, yo no me sentía ni calmo ni tranquilo, pueden estar seguros, pero la rutina familiar de mantener la moral me ayudaba al menos a dar esa impresión.

Agnetha entrecerró sus ojos sin vida con aire pensativo.

—Evidentemente, interrumpir nuestras comunicaciones —afirmó—, pero eso lo consiguieron la primera vez.

—Dejarnos físicamente aislados del resto de la flota —apuntó Dimarco, a la que obviamente le costaba mantener el tono tranquilo—. Cuando examino las corrientes directamente es como si se estuvieran generando en una tormenta de disformidad localizada, centrada sobre el planeta. Ya se están volviendo demasiado turbulentas para navegar con facilidad.

—Pero eso no tiene sentido —objetó Kolbe—. También nos están aislando de su propia flota invasora.

—Puede que de eso se trate —sugerí—. Darles acceso y luego cerrar la puerta antes de que lleguen nuestros refuerzos.

Malden no parecía demasiado convencido.

—Eso requeriría una sincronización muy precisa —señaló—, y la disformidad no ayuda en absoluto.

—Bueno, puede que sepan algo que nosotros no sabemos —le espetó Dimarco, que parecía ir recuperando su talante habitual a medida que pasaba el tiempo.

—Sin duda así es —observó Zyvan—, pero nosotros sabemos cosas que ellos desconocen. —Se volvió hacia Hekwyn y Kolbe—. Necesitamos seguir el rastro de todas las pistas que surjan de los lugares que han asaltado ustedes. El resto del culto debe de haberse metido bajo tierra en algún lugar.

—Ya estamos siguiendo las pistas —le aseguró Hekwyn. Intercambió una mirada con Kolbe—. Los encontraremos, no se preocupe.

—Estoy seguro de ello —asintió Zyvan—, pero se nos está agotando el tiempo. Si realmente están tratando de desatar una tormenta de disformidad para dejarnos encerrados en ella, nos encontrarán como un ave acuática esperando la invasión de su flota.

Tal vez no fuera lo más oportuno que podría haber dicho, teniendo en cuenta las circunstancias. Vinzand y sus asesores civiles empezaron a cuchichear, y Dimarco dejó escapar un graznido estrangulado.

—Bueno, asegurémonos de que eso no suceda —dije. Que el Emperador me ayudara; estaban empezando a agotárseme los lugares comunes tranquilizadores, y daba la impresión de que la reunión iba a durar horas todavía. Aunque en realidad estaba a punto de acabar abruptamente.

—Con su permiso, señor. —Uno de los asistentes de Zyvan se acercó. Llevaba un intercomunicador en el oído y una placa de datos en la mano—. Creo que debería ver esto.

—Gracias. —Zyvan la cogió y estudió la pantalla con expresión inescrutable. Otra vez sentí el cosquilleo en las palmas de las manos. Fuera cual fuese la noticia, tenía que ser mala. Un momento después me pasó la placa.

—¿De qué se trata? —le pregunté, pero las palabras se me atragantaron cuando empecé a leer y me faltó la respiración como si me hubiera metido bajo una ducha valhallana.

—Señoras y señores —dijo con tono grave el general supremo—. Me acaban de informar de que nuestra flotilla de naves está combatiendo con el enemigo en el sistema exterior. A partir de este momento Adumbria está bajo la ley marcial. Toda la Guardia y las unidades de la FDP deberán entrar en alerta de invasión total.

Maldición, pensé. Después de todo lo que había pasado ese día, ni siquiera iba a tener ocasión de disfrutar de la tan ansiada cena.



Nota editorial:

Como de costumbre, Cain muestra muy poco interés por todo lo que no lo afecta directamente, de modo que su narración da un salto abrupto en este punto. En consecuencia, consideré que era mejor insertar algo de material de otras fuentes para presentar un panorama más equilibrado de la situación en su conjunto.

De *Sablist en Skitterfall: una breve historia de la incursión del Caos,*
de DAGBLAT TINCROWSER, 957.M41

Si la primera sangre de la campaña de tierra había corrido por cuenta del 597.º valhallano, el crédito de la primera victoria del conflicto en el espacio debe adjudicarse a las tripulaciones de las naves piquete que patrullaban los confines exteriores de las rutas de navegación. Para apreciar plenamente su valor y el del comandante de la escuadra, Horatio Bugler, debemos tener presente que los invasores los superaban en número ampliamente y lo sabían; su trabajo consistía simplemente en informar de todo lo que pudieran sobre el tamaño y la disposición de la flota enemiga, y escapar siempre que estuviera en su mano para salvar la vida. Que hicieran tanto más es una prueba palpable del espíritu combativo de la Armada Imperial y de las sobresalientes cualidades tácticas y de liderazgo del capitán Bugler[64].

Con sólo dos fragatas a su disposición, su propia nave, *Aventura*, y la *Virago*, ambas provistas de armamento ligero, se las ingenió para dejar fuera de combate a tres de las naves enemigas antes de retirarse, habiendo sufrido sólo daños sin importancia en ambas naves.

De *¡Espadas destellantes! Las fragatas de clase Falchion en acción*, de Leander Kasmides, 126.M42.

En 937.M41 tuvo lugar un interesante encuentro durante el intento de invasión a Adumbria, un mundo comercial de poca importancia en las lindes del golfo de Damocles, por parte de fuerzas traidoras. Dos Falchion habían sido dejadas en funciones de patrulla en el sistema exterior cuando la principal flota invasora emergió de la disformidad. La *Aventura*, bajo el mando del capitán Bugler, y la *Fiera*, con el capitán Walenbruk, no tenían una gran experiencia en combate por haber estado adscritas a un grupo de combate enviado al sistema Kastafore unos meses antes, inmediatamente después de salir de los astilleros de Voss. Allí no vieron mucha acción ya que se presenciaron relegadas a interminables maniobras de patrulla en

regiones donde no la había en demasía; tal vez esto se debiera a que los comandantes de la flota no tenían mucha idea de la capacidad de esta nueva clase de navíos y prefirieron confiar en las naves de clase Sword, con las que estaban más familiarizados.

Sin embargo, en este enfrentamiento habrían de probar su valía fuera de toda duda al enfrentarse a una armada de aproximadamente una docena de naves enemigas. Por fortuna, resultó que la mayor parte eran naves mercantes armadas que transportaban a las fuerzas de tierra que pretendían someter al planeta, pero aun así, lo lógico hubiera sido que su mera superioridad numérica bastase para avasallar a dos fragatas solitarias. No obstante, mediante hábiles maniobras conseguían atacar al enemigo desde atrás, donde ninguno de los cargueros tenía capacidad para devolver fuego directo. Así fue que volaron a dos de ellos con lanzamiento de torpedos antes de concentrar sus baterías principales sobre un tercero, al que destriparon por completo. En ese momento, las naves de guerra que les servían de escolta empezaron a devolver el fuego, y la *Aventura* y la *Fiera* salieron disparadas antes de que los otros pudieran acercarse lo suficiente para infligirles algún daño de envergadura.

Esto podría considerarse una cuestión de suerte, ya que dos de las naves enemigas fueron identificadas de forma indudable como invasores de clase Infidel; precisamente el diseño que robaron los traidores de los astilleros de Monsk, y cuyo intento de reconstrucción dio como resultado la creación de la incomparable clase Falchion. Un duelo entre estos hermanos tan diferentes habría sido el primer choque registrado de las dos clases dentro del sector. Tal como se dieron las cosas, ese enfrentamiento épico tuvo que esperar un poco más, hasta el incidente de Sabatine, unos siete meses después, y a más de cien parsecs de distancia…



DOCE

Darse prisa y descansar.

Resumen que hacen tradicionalmente los miembros de la Guardia del proceso de despliegue

El viaje de regreso a Glacier Peak fue tan aburrido como había supuesto, aunque relativamente corto, ya que el general supremo se había tomado la molestia de poner un vehículo aéreo a mi disposición. A los veinte minutos de nuestro despegue, el rectángulo de cielo que se veía por la portilla adquirió la oscuridad perpetua del lado frío, sólo aligerada por el brillo de las estrellas, y me limité a observar la tonalidad azulada del paisaje que sobrevolábamos con una sensación de tedio que no podía por menos que atribuir a la desazonadora conciencia de que por fin la crisis se había desencadenado. Ni siquiera el excelente amasec de la bodega del general supremo que había utilizado para llenar la petaca antes de partir bastó para levantarme el ánimo. Me sorprendí mirando el cielo en busca de alguna señal de movimiento, a pesar de que sabía muy bien que la flota enemiga estaba todavía demasiado lejos como para ver nada.

Sólo cuando empezamos a bajar hacia la plataforma de aterrizaje me senté y tomé conciencia de la escena que se desarrollaba por debajo de nosotros: la enorme masa familiar de una nave de desembarco que llenaba todo el campo de hielo compactado. No obstante, nuestro piloto parecía bastante competente e hizo una maniobra de aproximación describiendo un círculo alrededor del monstruo espacial para que pudiéramos tener una mejor vista de él. (Al menos ésa fue la impresión que dio, aunque sin duda sólo estaba tratando de encontrar un lugar para aterrizar). Bajo el brillo constante de los iluminadores pude ver un flujo inagotable de vehículos del tamaño de la uña de mi pulgar que avanzaban hacia las rampas de carga dirigidos por hormigas que agitaban los brazos. Al menos Kasteen ya se había puesto en acción. No tenía sentido esperar a la verdadera llegada de los traidores para tener preparada y

esperando a nuestra fuerza de reacción. Iba haciendo gestos de aprobación cuando nuestros patines se posaron por fin en el permafrost y fui a despertar a un Jurgen de cara cenicienta (quien, fiel a su costumbre, no había disfrutado en absoluto de nuestro corto vuelo).

—La nave de desembarco llegó hace unas tres horas —confirmó Kasteen cuando entré en la relativa calidez del centro de mando, sacudí un par de centímetros de nieve de mi gorra y envié a Jurgen a traerme un poco de tanna.

—Como no sabíamos cuánto tardaría en volver, Ruput y yo pensamos que debíamos distribuir a las tropas sin esperar su parecer. —Por supuesto, estaba en su perfecto derecho de hacerlo. Desde el punto de vista técnico, se supone que el comisario del regimiento sólo tiene que supervisar decisiones de mando y sugerir cursos alternativos de acción si tiene motivos para creer que están en peligro las capacidades combativas de la unidad. La costumbre que habíamos tomado de hacerme participar en las discusiones preliminares y en las reuniones tácticas era un acuerdo puramente informal[65].

—Lo cual me parece perfecto —dije alegremente, ocultando una leve sensación de haber quedado fuera del juego que me sorprendió un poco—. ¿Qué compañía eligieron?

—La segunda —informó Broklaw, levantando la vista del hololito, que seguía dando los terribles saltos que yo recordaba. Presumiblemente nadie se había tomado la molestia de hacerlo bendecir por un tecnosacerdote en mi ausencia. (Claro que era probable que nuestros enginseers estuvieran demasiado ocupados en poner los vehículos en formación de combate como para pensar en semejante trivialidad)—. Ninguna de sus secciones estaba fuera de la base en el momento en que llegó la nave de desembarco, y ya han tenido aquí cierta práctica de despliegue rápido.

Me sonrió, y después de un momento me di cuenta de que se estaba refiriendo a nuestro precipitado rescate de los tallarnianos el día de nuestra llegada. Parecía que habían pasado tantas cosas desde entonces que me resultaba difícil creer que había sido sólo un par de semanas atrás.

—Buena elección —lo felicité, y me di media vuelta cuando el regreso del olor de Jurgen me avisó de que había llegado mi tanna. Cogí la taza agradecido y dejé que su calor reanimara un poco mis dedos no auménticos. (El piloto había tenido que dejar su aparato a cierta distancia y el paseo hasta el centro de mando había sido largo y frío)—. Supongo que Sulla ya ha embarcado los Chimera de su unidad.

—Y está dando útiles consejos a los comandantes de la otra sección —confirmó el mayor con sequedad[66].

—¿Cuáles son, pues, las noticias del cuartel general? —preguntó Kasteen.

—Estamos en esto hasta el cuello, como de costumbre. —Di un sorbo al tanna con fruición, sintiendo como el aromático líquido me calentaba por dentro—. ¿Han visto

ya los últimos informes de situación?

La coronel asintió y la roja cabellera se balanceó suavemente sobre sus hombros.

—Llegada de la flota enemiga: tiempo estimado de llegada, unos tres días a partir de ahora. Los brujos heréticos hacen diabluras con la disformidad y posiblemente haya un demonio suelto. Ah, sí, y el Emperador sabe cuántas armas de contrabando están en manos de un número aún indeterminado de insurgentes que se ocultan entre la población civil. ¿Me he dejado algo?

—Realmente no —dije—, a menos que cuente el hecho de que la Armada no parece tener potencia de fuego suficiente para detener a la flota enemiga antes de que llegue aquí.

No le envidiaba a Zyvan el haber tenido que recurrir a aquello. Realmente no entendía el problema, ya que la táctica naval no es el tipo de cosa a la que suelo prestar atención, pero el impulso principal había sido, al parecer, que los traidores habían dividido sus fuerzas. En el tipo de guerra con la que yo estaba familiarizado, que tenía que ver con ocupar o mantener el terreno, aquello habría sido un error fatal, pero al parecer las cosas eran diferentes a escala de todo un sistema. Según parece, a una nave espacial le lleva tanto tiempo llegar a cualquier sitio que una vez que se ha retirado de su posición es imposible que vuelva en un tiempo razonable, de modo que el tipo de reservas móviles a las que por lo general recurríamos para reforzar una línea en peligro no eran una opción en este caso.

Cuando yo me marché, el general supremo todavía estaba discutiendo las cosas con sus capitanes, preguntándose si debían tratar de interceptar a un grupo por vez y arriesgarse a que alguno de ellos se colara o mantener a su puñado de naves de guerra en órbita, donde el enemigo pudiera atacar cómodamente y con casi toda seguridad abrirse paso a través de algún resquicio para concentrarse en un punto débil.

—Hasta el cuello suena bastante acertado —asintió Broklaw alegremente. Volvió al hololito, enfocándolo con el puñetazo acostumbrado que me hacía pensar que podía haber errado su vocación—. ¿Alguna idea sobre nuestras propias disposiciones aquí?

Bueno, realmente no la tenía, o al menos ninguna que él y Kasteen no hubieran tenido ya antes, pero la discusión se fue calmando, y en un momento dado me fui a la cama bastante más contento de lo que había pensado. Que venga lo que quiera, pensé, el 597.º estaba totalmente preparado para entrar en acción, y todo lo demás estaba en manos del Emperador.

Después del ajetreo del día no les sorprenderá que les diga que estaba agotado, e incluso mi espartano alojamiento en Glacier Peak me pareció muy confortable cuando me saqué la ropa y me tiré en la cama. Me quedé dormido casi de inmediato, pero mi sueño no fue nada apacible. Me desperté poco después con un espantoso dolor de cabeza, mareado y desorientado. Mi habitación estaba impregnada de un

olor familiar.

—¿Está usted bien, señor? —me preguntó Jurgen desde la puerta, y con una curiosa sensación de *déjà vu* me di cuenta de que sostenía el rifle láser dispuesto a usarlo. Parpadeé para despegar los ojos, bostecé estentóreamente y de pronto reparé en que tenía la pistola láser en la mano (que, por el hábito de tanto tiempo, había guardado cuidadosamente donde pudiera alcanzarla sin salir de la cama[67]).

—Un mal sueño —dije, tratando de alejar de mí los esquivos fragmentos de imágenes que se escurrían de mi conciencia, y fui despertándome poco a poco.

Jurgen frunció el entrecejo.

—¿El mismo de la última vez, señor? —inquirió. La pregunta me golpeó como una descarga eléctrica. Asentí parsimoniosamente mientras el recuerdo borroso de unos ojos verdes y de una risa burlona empezaba a aflorar a través de la niebla palpitante en mi cráneo.

—Creo que sí —respondí, cada vez más convencido de que realmente había estado soñando otra vez con Emeli. Supuse que esto no tenía nada de sorprendente después de haberme topado con otra de su clase, pero aun así la idea me llenó de desasosiego. Traté de recordar los detalles, pero cuanto más lo intentaba, más esquivos se volvían—. Fue otra vez la hechicera. —Me encogí de hombros. Es cierto que era inquietante, pero después de todo había sido sólo un sueño. De todos modos, no me apetecía nada volverme a dormir—. ¿Me puede conseguir algo de recafeinado?

—Por supuesto, comisario. —Jurgen se echó el fusil al hombro y salió de la habitación mientras yo me arrastraba a la ducha.

Por fin, apenas un poco más despejado, me dirigí al centro de mando. Realmente no había nada que pudiera hacer allí, pero como siempre resultaba desesperante esa sensación de estar esperando a que el enemigo hiciera el primer movimiento, el ir y venir de los soldados ocupándose de sus cosas y el clamor constante de mensajes que entraban y salían me tranquilizó un poco. Significaba que estábamos preparados para cualquier cosa que estuviera a punto de suceder. (O al menos lo pensaba en ese momento, ya que nadie en su sano juicio podría haber previsto la magnitud de la amenaza a la que nos enfrentábamos realmente, lo cual era una bendición, porque si en algún momento hubiera tenido la menor sospecha, me habría quedado catatónico de terror).

Tampoco era yo el único reacio a descansar: al servirme una taza de tanna del termo que había en una esquina y volverme a mirar la sala, un destello de cabello rojo me llamó la atención y me dirigí a la oficina de Kasteen. La encontré repantigada en su butaca, con los pies sobre el escritorio, roncando levemente. Como no quería despertarla, me di la vuelta, con la intención de ponerme al día con algunos de los informes disciplinarios de rutina que seguramente se estaban apilando sobre mi mesa, pero ella era demasiado buen soldado como para que no la despertara una pisada

cercana.

—¿Qué? —Se incorporó, apartándose el pelo de los ojos con la mano izquierda mientras la derecha rozaba la culata de su pistola bólter—. ¿Ciaphas?

—No pasa nada —dije—. Lamento haberla despertado. —Le alargué la taza de tanna, convencido de que lo necesitaba más que yo—. ¿No tiene una litera para eso?

—Creo que sí —respondió con un enorme bostezo—. Sólo estaba descansando la vista un momento. Debo de haberme traspuesto. —Sonrió—. Supongo que ahora tendrá que fusilarme por quedarme dormida en horas de servicio.

—Técnicamente —repliqué—, usted debería haber dejado el servicio hace horas, de modo que supongo que podemos dejarlo pasar por esta vez. —Me encogí de hombros—. Además, ¿se imagina el número de formularios que tendría que rellenar?

—Lamento causarle tantas molestias —se disculpó Kasteen con gesto serio. Se estiró y se puso de pie—. Entonces, ¿me he perdido algo?

—No tengo ni idea —admití animadamente—. Acabo de llegar. —Y en vez de iniciar una conversación que prefería evitar, le conté una media verdad—. No podía dormir.

—Entiendo cómo se siente —intervino Broklaw, apareciendo de detrás de un biombo con un sándwich a medio comer en la mano—. Es la espera lo que lo pone a uno nervioso. —Parecía tan crispado como el resto de nosotros, en ese curioso estado alimentado por la adrenalina en que uno está demasiado cansado para descansar.

A mi pesar sentí que una sonrisa se abría camino en mi cara.

—Bueno, somos un magnífico ejemplo para los grados inferiores —dije—. Más nerviosos que un puñado de adolescentes en la víspera del Día del Emperador.

—Sí, pero en este caso son los herejes los que van a recibir los regalos —observó Broklaw sin disimular su entusiasmo—. Muerte y maldiciones, envueltos para regalo por el 597.º —Supongo que era la falta de sueño porque la observación nos resultó a todos hilarante, y cuando el hololito tomó vida con la imagen del general supremo, la primera imagen que vio fue la de nosotros tres riéndonos a carcajadas como un grupo de imbéciles borrachos.

—Me alegra ver que la moral sigue alta en el 597.º —comentó secamente mientras nos calmábamos y los dos oficiales de la Guardia se alisaban los uniformes. Enarcó una ceja inquisitiva—. Aunque me sorprende encontrarlos despiertos a esta hora. —No era cierto, por supuesto; había participado en campañas suficientes para saber exactamente cómo nos sentíamos todos.

—La sorpresa es mutua —respondí, siendo el único de los tres que podía conversar con él sin las trabas del protocolo. Otra vez sentía aquel cosquilleo en las palmas de las manos. No sabía qué podía querer a esta hora de la noche, pero evidentemente aquélla no era una llamada social—. ¿Qué ha sucedido?

Para mi sorpresa, la imagen se dividió y apareció el coronel Asmar en la esquina

opuesta de la pantalla. Sin duda nosotros habíamos aparecido en la suya al mismo tiempo, ya que su cara dejó traslucir un atisbo de hostilidad rápidamente enmascarado antes de que pudiera adoptar otra vez una apariencia de compostura.

—Comisario —saludó con una única inclinación de cabeza, haciendo caso omiso de los demás, por lo que al menos adiviné con cuál de nosotros quería hablar Zyvan.

—El 229.º tallarniano ha descubierto algo inquietante en su sector —empezó el general supremo mientras su rostro reflejaba una exasperación mal disimulada—. Fue un poco tarde, pero supongo que debemos estar agradecidos por lo que podamos conseguir.

—El Emperador provee lo que necesitamos —citó Asmar desde alguna parte—, no lo que queremos[68].

Zyvan apretó los dientes de forma apenas perceptible.

—Lo que quiero son comandantes de regimiento que emprendan misiones de búsqueda y destrucción cuando se les ordena, en lugar de andar metiendo las narices en lo que no les importa y enredando con comisarios que no tienen miedo de ensuciarse las manos. —Pueden estar seguros de que me zumbaron los oídos al oír esas palabras. No tenía idea de qué había sido lo que lo había molestado tanto, pero estaba claro que Asmar, y tal vez Beije, habían sido responsables en parte de haberlo sacado de sus casillas.

Tal vez enredando con su jerigonza de alabanzas al Emperador en lugar de cumplir órdenes, a mi juicio. Pero si los tejemanejes de los tallarnianos contaban con el respaldo de su comisario, el general supremo no podía hacer gran cosa, por supuesto.

—Colaboraremos con gusto en todo lo que podamos —dije, aprovechando la oportunidad para meter toda la cizaña que pudiera, como es de imaginar.

Zyvan asintió.

—No me cabe duda. —El varapalo implícito para Asmar tenía tanta sutileza como un orko andando contra el viento, y la cara del coronel tallarniano enrojeció levemente—. Esperaba ansioso su aportación al respecto, ya que parece ser el que más experiencia ha tenido en las actividades traicioneras del enemigo. —Vi con deleite perfectamente disimulado que Asmar se ponía nervioso al oír eso y hacía la señal del aquila.

—He matado a unos cuantos herejes y asaltado un par de sus guaridas —dije, consciente de la inmerecida reputación de modesto heroísmo que Zyvan esperaba que yo mantuviera—, pero creo que todo el mérito es de las tropas que me acompañaban. Ellos llevaron el grueso del ataque, y no todos tuvieron tanta suerte como yo.

—Bien —respondió el general supremo, comprando todo el lote—, pero usted tiene la experiencia en evaluación de la información y ha combatido antes con el Gran Enemigo.

—Cierto —asentí, con un gesto afirmativo—. ¿Cuál es, pues, la información que nuestros valientes camaradas de Tallarn han descubierto? —Asmar me miró con un poco de desconfianza, dándose cuenta de que hablaba con sorna, pero dispuesto a admitir la pregunta al pie de la letra. (Sin duda también tenía alguna cita piadosa adecuada para aquello).

—Una de nuestras patrullas de domadores de caballos encontró esta mañana a un cazador de naugas[69] —comenzó—. Menciono que había visto signos de actividad cerca de algunas cavernas al norte de nuestra posición, de modo que fueron a echar un vistazo. —Noté que la expresión de Zyvan se endurecía cada vez más—. Lo que encontraron allí era…

Al parecer, a Asmar le faltaban las palabras, e hizo otra vez la señal del aquila.

—Impío —dijo por fin, palideciendo.

—A ver si lo adivino —confirmé yo—. ¿Cuerpos retorcidos de una forma espantosa y sigilos peculiares en las paredes? —Asmar asintió—. ¿Encontraron los soldados alguna resistencia?

—No —respondió Asmar—. El lugar estaba desierto. —Hizo otra vez la señal del aquila y me pareció que con más vehemencia, como si sus dedos volaran—. Pero el miasma del mal era palpable.

—Tuvieron suerte de que el demonio ya se hubiera marchado —dije, incapaz de resistir a la tentación de asustarlo otra vez. Me vi recompensado por una expresión de terror inconfundible en sus ojos. Dirigí mi atención a Zyvan—. Da la impresión de que hemos encontrado el emplazamiento del tercer ritual.

—Es la misma conclusión a la que llegué yo —coincidió el general supremo.

—Podría ser la pista que estábamos buscando —continué—. Si Malden puede examinar un lugar no contaminado por los daños que produce la lucha, podría ser capaz de determinar con precisión en qué andan metidos los herejes.

—Podría —reconoció Zyvan—, si el coronel Asmar y el comisario Beije no se hubieran encargado personalmente de destruir el lugar antes de que tuviéramos ocasión de hacerlo.

—Era lo único que se podía hacer —insistió Asmar—. ¿Acaso no está escrito en las *Meditaciones de los Santos* que los santuarios de lo impío deben ser purificados con el fuego de los justos?

—¿Y no está escrito en el manual del sentido común que arrasar las instalaciones de un enemigo que se ha tenido la suerte de capturar intactas antes de poder examinarlas debidamente para buscar información útil es la acción de un cretino? —respondí, sin poder dar crédito a que alguien, ni siquiera Beije, pudiera haber sido tan imbécil.

Asmar se puso rojo de ira.

—Sé cuál es mi deber para con el Emperador. Cuando me encuentre ante el Trono

Dorado para enfrentarme a su juicio, mi conciencia estará limpia.

—Estupendo —le espeté—. Me alegro por usted. —Volví a centrar mi atención en Zyvan—. En suma, todo lo que sabemos sobre las actividades del enemigo en el lado caliente es que definitivamente estuvieron allí.

El general supremo asintió.

—Eso es —reconoció.

—¿Dónde es «allí» exactamente? —preguntó Kasteen.

A modo de respuesta, Zyvan se inclinó hacia delante para manipular algunos controles que no podíamos ver, y la cara de Asmar quedó reemplazada por una vista rotatoria del planeta desde la órbita.

Una única runa de contacto marcaba la posición del santuario hereje que, en esta escala reducida, parecía estar exactamente en el punto del planeta opuesto a aquél donde se encontraba Glacier Peak. Kasteen asintió.

—Hummm, interesante.

—¿De qué se trata? —preguntó Zyvan.

—Tal vez sea mera coincidencia, pero forman un triángulo. Mire. —Señaló Skitterfall, donde había estado el otro santuario. Era indudable que la capital planetaria estaba equidistante de los otros dos puntos.

—No existe la coincidencia cuando se trata de brujería —dije—. Tiene que tener algún significado.

—Sólo si se traza la línea desde nosotros a los tallarnianos directamente atravesando el núcleo del planeta —apuntó Broklaw—. ¿Representaría eso alguna diferencia?

—Sólo el Emperador lo sabe —respondió Zyvan—. Nos enfrentamos a una manipulación de la disformidad, detalles tan nimios como encontrar un planeta en su camino tal vez no tengan importancia para ellos. Voy a hablar con Malden y los demás para ver qué piensan. —Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza con aire pensativo—. Bien pensado, coronel.

Parecía a punto de cortar la conexión, de modo que intervine rápidamente.

—Una cosa más —dije—. ¿Alguna noticia de la flota?

Zyvan sacudió la cabeza.

—La disformidad todavía está demasiado revuelta para que los astrópatas puedan transmitir un mensaje. Cuándo lleguen o que consigan llegar depende del Emperador.

—Eso suponía —dije. Cortó la conexión. Kasteen, Broklaw y yo nos miramos en silencio. Después de un momento, el mayor expresó con palabras lo que todos estábamos pensando.

—Creo que ahora estamos en esto hasta la barbilla —dijo.



Nota editorial:

Puesto que la batalla en el espacio desempeñó un papel decisivo en lo que habría de seguir, y Cain no se molesta en hacer la menor mención de ella, parece oportuno incluir otro breve extracto de la narración que hace Tincrowser de la campaña. Resulta algo impreciso en los detalles, como era de esperar de un civil, pero reseña bastante bien los puntos principales.

De *Sablist en Skitterfall: una breve historia de la incursión del Caos,* por DAGBLAT TINCROWSER, 957.M41

Mientras la flota enemiga avanzaba hacia Adumbria, se fragmentó, dividiéndose en tres grupos, sin duda en un intento de evitar a los valientes defensores. Dos de dichos grupos parecían relativamente inofensivos ya que estaban formados por navíos con armamento ligero[70], mientras que el tercero lo componían la mayor parte de las naves de transporte de tropas y las naves de guerra que los escoltaban[71].

Tras haber demostrado su valor en el primer combate y tratándose de las únicas naves en situación de interceptarlos antes de que superaran la órbita, a la *Escapade* y la *Fiera* se les asignó la tarea de hostigar a una de las flotillas menores, cosa que hicieron con bastante eficacia, aunque ni una ni otra pudieron evitar que algunos de sus objetivos llegaran al planeta. La *Escapade* fue la que mejor cumplió su cometido, ya que consiguió destruir a todos sus objetivos menos uno sufriendo un daño mínimo en el proceso, mientras que la *Fiera* destruyó a uno por completo. Por desgracia, al hacerlo fue sorprendida en medio de un fuego cruzado de los dos restantes que le produjeron daños suficientes en los motores como para obligarla a quedarse rezagada, imposibilitada de continuar el combate.

El grueso de la flota enemiga continuó su acercamiento a Adumbria, retando al resto de las fuerzas de la Armada Imperial a interceptarla, un anzuelo que se negaron a tragar. La *Indestructible* se mantuvo en órbita por encima de Skitterfall, donde se le unió la escuadra de destructores[72] que hasta entonces había estado patrullado las rutas de navegación internas.

Fue así que tres navíos de la avanzadilla enemiga consiguieron entrar en órbita y desplegar a las tropas que transportaban, las primeras en contaminar el suelo de nuestro amado mundo patrio. No obstante, al menos uno de ellos habría de lamentar su temeridad, ya que la *Aventura* lo alcanzó y superó casi de inmediato lanzándolo a

un feroz destino en la atmósfera superior.

De todos modos, esto fue un magro consuelo para los valientes defensores, ya que por primera vez se libró un combate en la superficie y, tal como había sucedido antes, los valhallanos fueron los primeros en entablar combate.



TRECE

Si tu plan de batalla funciona, probablemente sea una trampa.

KOLTON PHAE,
Sobre Cuestiones Militares, *739.M41*

A pesar de lo tedioso que había sido esperar a que llegara el enemigo, cuando finalmente lo hizo, incluso llegaron a parecemos preferibles la monotonía y la tensión de los dos días anteriores. Yo me encontraba en el puesto de mando con la mayor parte de mis oficiales en aquel momento: Kasteen, Broklaw y todos los capitanes que no estaban desplegados en ningún otro lugar, observando los iconos de contacto que se iluminaban en el hololito a medida que las tropas enemigas aterrizaban en el planeta. Esperaba un ataque coordinado a la capital, pero instantes después el planeta parecía estar sufriendo de la peste de la colmena, ya que comenzaron a aparecer puntos rojos por doquier, aparentemente al azar.

—¿Qué diablos se traen entre manos? —mascullό Detoi junto a mi hombro, claramente molesto ante la falta de concentraciones evidentes de tropas a las que atacar rápidamente.

—Es incomprensible —dije, aunque había luchado demasiadas veces contra los acólitos del Caos como para esperar que la mayoría de las cosas que hacían tuviese algún sentido. Si hubiera tenido ojos en la nuca, lo habría entendido, pero en aquel momento todavía nos faltaban varias piezas fundamentales del rompecabezas.

—Parece como si estuvieran haciendo descender a las tropas a toda prisa —comentó Kasteen—. No creo que esperen que los transportes aguanten mucho más sin apoyo. —Para dar mayor énfasis a sus palabras, uno de los tres contactos que estaban en órbita estalló repentinamente en llamas y comenzó a caer, mientras sus restos y varias lanzaderas salían disparados en todas direcciones.

—Bueno, algo es algo —dije, señalándolo—. Al parecer la Armada nos ha ahorrado algo de trabajo con eso.

Dado el patrón que seguían los descensos y las ocasiones en las que había formado parte de un ejército al que transportaban en un carguero y no en una nave de tropas especializada, sabía que las naves civiles tendrían que hacer varios viajes de ida y vuelta para desembarcar a todos los guerreros que llevaban a bordo. Estaba claro que no era de esperar que los fanáticos del Caos se preocuparan demasiado por los márgenes de seguridad o la sobrecarga, pero aun así la bola de fuego que caía en picado por encima de nuestras cabezas apenas habría tenido tiempo de desembarcar a un tercio de la carne de cañón que llevaba. Normalmente una nave de ese tamaño debería poder transportar a un regimiento entero de la Guardia Imperial, pero, como de costumbre, no podíamos saber si el enemigo había metido a un número mayor.

—Los tallarnianos van a recibir una paliza —comentó Broklaw, a quien no parecía preocuparle en exceso la perspectiva.

Era cierto que parecía haber una concentración de fuerzas enemigas que se aproximaba a su posición en la zona cálida, pero ése era su problema. El nuestro era defender a la población de Glacier Peak. Volví a echar un vistazo al hololito, observando cómo las últimas lanzaderas del carguero condenado atravesaban con gran estruendo la atmósfera en dirección a nosotros.

Estábamos preparados para recibirlos, ya que nuestras tropas se habían desplegado alrededor de la ciudad, formando lo que debería haber sido un cordón impenetrable. La segunda compañía permanecía en nuestros barracones, pues sus vehículos todavía estaban a bordo de la nave de desembarco. De repente me di cuenta de que dicha nave podría convertirse en un objetivo muy tentador si el enemigo poseía alguna unidad aeroespacial (sin embargo, resultó ser una preocupación innecesaria. Los cargueros tan sólo transportaban lanzaderas civiles, las cuales eran objetivos desarmados y tremendamente fáciles para los pilotos de los cazas de la FDP, que se aseguraban de que muy pocas pudieran efectuar más de dos pasadas de descenso).

Me volví hacia Detoi.

—Será mejor que se asegure de que su gente está lista —dije—. Quizá los necesitemos para defender esta posición si no los llaman para dar apoyo en ningún otro lugar. —En aquel momento tan sólo trataba de animarlo, ya que sabía que preferiría estar ordenando el embarque hacia algún campo de batalla lejano, pero lo que dije era más cierto de lo que pensaba. En teoría, la primera compañía tenía un par de secciones en reserva para hacer el trabajo, pero Glacier Peak era un lugar bastante grande, y era muy posible que se encontraran ocupados en otro lugar en ese momento.

Asintió, obediente.

—Se acercan —dijo una de las operadoras de auspex con voz tensa—, cinco contactos, por aire, a gran velocidad. Están muy desperdigados.

—Que todas las unidades se preparen para el combate —ordenó Kasteen, con la misma tranquilidad que si estuviera pidiendo otra taza de tanna. Levantó la vista hacia mí—. ¿Comisario?

Hice algunos comentarios alentadores por el canal de voz, invoqué la protección del Emperador, y me volví hacia Detoi.

—Si no le importa, capitán —dije—, creo que preferiría unirme a su compañía mientras dure esto.

Aquello podía parecer algo extraño, ya que estaba en un edificio a prueba de balas y con calefacción, pero como viene siendo habitual, mi vertiente paranoide estaba empezando a barajar cierto número de posibilidades incómodas. Por un lado, sabíamos que los herejes habían tenido tiempo de sobra para infiltrarse en la FDP local, a pesar de que ningún oficial había sido detectado por los investigadores de Kolbe, y estábamos seguros de que tenían oídos dentro del Consejo de Pretendientes (o al menos en sus casas). No era del todo improbable que supieran dónde estaba el cuartel general de nuestro regimiento, y si aquello resultaba ser cierto y alguna de aquellas lanzaderas que se aproximaban iba armada, yo estaba sentado en medio del objetivo más tentador para un bombardeo de toda la zona fría. Por otro lado, en el exterior, a pesar de las incomodidades, tendría muchas más posibilidades de sobrevivir a un ataque aéreo.

—Diviértase —me sonrió Kasteen, que sin duda pensaba que estaba ansioso por encontrarme con el enemigo.

Le dirigí una sonrisa cuidadosamente estudiada.

—Trataremos de reservarle un par —le prometí, como si tuviera razón, y me puse en marcha junto a Detoi mientras dejábamos la atestada habitación a nuestras espaldas.

—Comisario. —Jurgen estaba esperando fuera, y por el olor a calcetines sucios que llenaba el pasillo, llevaba allí un rato. Hizo un intento de saludo, y su habitual colección de distintas bolsas de equipamiento hicieron ruido cuando se echó al hombro su preciado melta, que chocó con la pistola láser emitiendo un ruido metálico. Detoi le devolvió el saludo con sequedad y sin sonreír. Era uno de los pocos oficiales del regimiento que, aunque fuera fingidamente, lo consideraba un verdadero soldado.

—Jurgen —lo saludé con un movimiento de cabeza, aliviado al verlo, y me ajusté disimuladamente las correas de la protección que llevaba debajo del capote. Estaba claro que ambos esperábamos problemas—. Íbamos a dar un pequeño paseo por el complejo.

—Pensé que lo haría, señor —mi ayudante revolvió en una de las bolsas—, así que me tomé la libertad de hacerle un poco de té, sabiendo lo mal que soporta el frío.

—Muy considerado por su parte —dije, interrumpiéndolo—, pero quizá más

tarde.

El débil sonido de los motores se hizo audible, como si estuvieran a punto de atacar el edificio, lo que no nos dejaba demasiado tiempo para salir. Me volví hacia Detoi.

—¿Vamos?

—Por supuesto. —Salió en primer lugar al frío y la noche permanentes. Alcé la vista y el cielo estaba aún más despejado que de costumbre, ahora que habían apagado los focos, anticipándose a un ataque enemigo, con lo que las estrellas brillaban más frías e intensas que nunca. Había varias que parecían estar moviéndose, mientras el lamento de los motores se hacía cada vez más fuerte.

Le di un golpecito al intercomunicador que llevaba en la oreja.

—Contacto visual —advertí—. Puedo ver tres, que se acercan desde el este. Rápidamente y a gran altitud.

—Qué extraño —dijo Broklaw—. Un par de ellos está sobrevolando la ciudad.

—Quizá se dirigen hacia nosotros —intervino Kasteen.

—Se están dispersando —confirmó la operadora de auspex—. Siguen un patrón de aterrizaje, pero parecen estar fuera de control.

—No sé por qué no me sorprende —dije, cogiendo el amplivisor que Jurgen sostenía con un gesto de agradecimiento y poniéndomelo delante de los ojos. Tras un instante de búsqueda, encontré una de las lanzaderas y la enfoqué, ampliando la imagen—. Con los daños que han recibido, es un milagro que vuelen siquiera. —Bajo la pálida luz anaranjada del alba pude distinguir melladuras en el casco y una columna de humo procedente de los motores. Vibraba violentamente y debía de ser tremendamente difícil de controlar.

Bueno, bien. Si se estrellaba, habría un grupo menos de lunáticos del que ocuparse.

Bajé el amplivisor y se lo devolví a Jurgen, que lo guardó en algún sitio. Poco a poco se fue haciendo más visible, mientras el sol se alzaba detrás de mí y una débil sombra iba surgiendo de sus pies. También la mía comenzó a resultar visible en la nieve compacta. Me encontré pensando que era la primera vez que la veía desde que llegamos a Adumbria…

—¡Por el Emperador! —exclamé. Dándome cuenta al fin, me volví rápidamente y contemplé de frente la bola de fuego que cruzaba el cielo sobre nuestras cabezas. Por primera y última vez en la historia de Adumbria, la cara fría se iluminó con la pálida luz de los estertores de la lanzadera que transportaba a los traidores, y los soldados que me rodeaban lanzaron vítores espontáneos ante aquella visión. Bueno, ¿quién podía culparlos? Mientras se desvanecía en el horizonte, hacia el oeste, poniéndose con la misma brusquedad con que había salido, se oyó un alarido de aire torturado, como el aullido de los demonios tratando de liberarse de la disformidad.

Después de aquello, se hizo un silencio sobrecogedor entre nosotros, absorbiendo los sonidos del aire mientras la luz dejaba paso lentamente al constante brillo azul de la interminable luz de las estrellas.

—Eso va a abrir un buen boquete cuando se estrelle[73] —vaticinó Detoi, y se alejó a paso ligero para reunirse con su equipo de oficiales. No hubo tiempo que perder en charlas insustanciales después de aquello, ya que de repente los enemigos se abalanzaron sobre nosotros.

—Un contacto ha descendido. No, tres —informó la operadora de auspex—. Uno a dos kilómetros hacia el sur, y otro en los suburbios al noroeste.

—Ya lo vemos —intervino una nueva voz, que reconocí como perteneciente a uno de los comandantes de pelotón de la cuarta compañía—. Los pelotones primero y tercero ya se dirigen hacia allí para contenerlos.

—El tercer contacto ha descendido en el centro de la ciudad —continuó la operadora de auspex.

—Quinta compañía, rodéenlos y elimínenlos —ordenó Kasteen, mientras otro pelotón de la cuarta se dirigía a prestar apoyo a sus camaradas en los suburbios. Estaba empezando a pensar en escabullirme hasta allí y supervisar la acción desde la mesa de mapas, lo cual sería tremendamente preferible a permanecer ahí fuera congelándome, ahora que había pasado la amenaza de un ataque aéreo.

—El contacto cuatro se dirige hacia el oeste —continuó la operadora de auspex—. Parece como si se hubieran pasado.

—Entrando en batalla —interrumpió una de las tenientes de la primera compañía con la voz llena de excitación—. Están prácticamente sobre nosotros. —Sus palabras casi se perdieron bajo el estruendo de media docena de Chimera disparando sus pesados proyectiles a la vez, y no me sorprendió escuchar débiles gritos de júbilo un instante después por el canal. Con toda aquella potencia de fuego debían de haberle dado a algo, aunque fuera por pura suerte—. ¡Lo tenemos! Está echando humo… Diablos, todavía se mantiene en el aire.

Alcé la vista y vi una masa oscura que pasaba a gran velocidad por encima de nuestras cabezas mientras las llamas, de un naranja intenso, rodeaban su motor principal. A continuación desapareció en la distancia, en dirección a la cúpula que habíamos encontrado. Allí no encontrarían ayuda, reflexioné amargamente. Asmar tenía razón en una cosa: un lugar tan contaminado no podía seguir existiendo. La diferencia estribaba en que nos habíamos asegurado jodidamente bien de que sabíamos todo lo que había que saber de él antes de soltar a Federer para que jugara. Todos los herejes que aterrizaran se iban a encontrar (si es que llegaban de una pieza, cosa que dudaba en aquel momento) con una pila de escombros carbonizados y con el tercer escuadrón, cuarta compañía, que había permanecido acampado allí durante casi una semana y estaba deseando matar algo para acabar con la monotonía.

—Vuelos de reconocimiento uno, dos y tres se dirigen hacia contacto dos —informó la capitana Shambas—. Veamos qué traman esos cabezas huecas. —Eso tenía sentido: los tres escuadrones Sentinel estaban diseñados para esa misma tarea, y llegarían a la lanzadera que acababa de aterrizar al sur mucho más deprisa que el resto de nuestras unidades.

—Buena suerte, capitán —dijo Kasteen, haciéndolo oficial, a pesar de que sería difícil disuadir a los pilotos de los Sentinels, ahora que se habían hecho a la idea de que tenían un entorno rico en objetivos sólo para ellos. Cualquier otra respuesta supondría más problemas de los que merecía. Pedirles que lo suspendieran habría sido difícil y una pérdida de tiempo, además de ocasionar un número indeterminado de fallos en el transmisor de voz, así que, al fin y al cabo, lo mejor sería dejar que siguieran adelante (cosa que hicieron, acabando alegremente con el grupo entero sin necesidad de pedir refuerzos).

Eso nos dejaba con una lanzadera menos, y con un estremecimiento de terror me di cuenta de que el fuerte y monótono ruido de motores que hasta ahora había permanecido en segundo plano se oía cada vez más alto, cosa que resultaba alarmante.

—¡Se acercan! —exclamé, justo cuando la operadora de auspex empezaba a hablar de nuevo.

—Contacto cinco aproximándose rápidamente —informó—. Zona de aterrizaje estimada en un área de medio kilómetro.

—¡Está jodidamente más cerca que eso! —grité mientras el aire congelado que nos rodeaba se iluminaba con rayos láser, ya que los soldados disparaban con sus armas de mano, desafiantes, a la nave en descenso. Los pesados bólter que llevaban los Chimera de la compañía hubieran supuesto una gran diferencia, por supuesto, pero aún estaban a bordo de la nave de desembarco, y puestos a pedir podría haber deseado una batería completa de Hidra—. ¡Preparados para la batalla!

—¡Cuidado, comisario! —Jurgen me cogió por el brazo, insistiendo en que me agachara mientras la lanzadera destartalada pasaba sobre nosotros, tan cerca que podría haberla tocado. El aire que desplazaba se llevó mi gorra, que se perdió dando vueltas en la oscuridad. Un frío gélido se me aposentó en las sienes, clavándome agujas de hielo en la frente y detrás de los ojos. Me lancé instintivamente a buscar mi gorra, cosa que probablemente me salvó la vida, ya que la nieve que me rodeaba comenzó a evaporarse con el ímpetu de los múltiples impactos de rayos láser.

—¡Maldita sea! —gruñí. Eché mano de mi leal pistola láser y cogí la esquiva gorra con la otra mano y me la encasqueté en la cabeza. La migraña disminuyó algo, y lo que parecía nieve medio derretida se me quedó aplastada en el pelo y se deslizó por la nuca. Me volví justo en el momento en que la lanzadera herida aterrizaba sobre la nieve, se deslizaba y finalmente se detenía al final de un largo surco de hielo, derretido

por la fricción, que comenzó a congelarse de forma instantánea a su alrededor. Mientras tanto, de la nave comenzaron a salir las figuras que ya habíamos visto vagamente colgando de las puertas traseras de carga disparando frenéticamente, y que habían estado a punto de darme. Dieron volteretas en el aire, impactando sobre el permafrost con fuerza suficiente para romperse huesos y dejar la carne reducida a pulpa. Se lo tienen merecido, pensé. Ninguno de ellos volvió a moverse, simplemente quedaron envueltos en un improvisado sudario de nieve mientras la batalla rugía a su alrededor.

Y era una verdadera batalla. Había suficientes camaradas suyos a bordo, y salieron en tropel de la nave estrellada y cubierta por el vapor, como si fueran insectos que huyen de un grox moribundo, disparando frenéticamente mientras tanto. Los valhallanos les dispararon a su vez, con toda la disciplinada profesionalidad que yo esperaba, abatiéndolos por docenas. Pero los supervivientes siguieron avanzando, dominados por un frenesí similar al de un batallón orko.

—Algo no va bien aquí —dije, mientras disparaba hacia la turba que se nos venía encima, para a continuación agacharme y cubrirme tras un barril cubierto de nieve que contenía algún tipo de lubricante maloliente utilizado por los engineseers en un Chimera a medio montar. Los cultistas a los que nos habíamos enfrentado con anterioridad eran fanáticos, por supuesto, pero habían actuado con un mínimo de sentido táctico.

—No me diga. —La cabo Magot pasó corriendo por mi lado, sonriendo alegremente al frente de su equipo, mientras lanzaba granadas de fragmentación al enemigo—. Parece demasiado fácil. —Uno de los soldados que iba con ella cayó abatido de repente y la sangre brotó de su pecho, congelándose casi al instante y formando una especie de costra brillante.

—¡Sanitario! —llamé por el intercomunicador mientras ponía al hombre a cubierto. Era una buena excusa para mantener lacabeza agachada, y siempre era bueno mostrar algo de preocupación por los soldados rasos. Magot me dedicó una sonrisa de agradecimiento, pero tan fría como el viento cortante.

—Gracias, jefe. —Entonces alzó la voz—: ¡¿Vamos a dejar que se vayan de rositas después de esto?!

—¡Diablos, no! —coreó el resto del equipo.

—¡Entonces hagámoslos pedazos, por Smitti! —Con un rugido que casi parecía el de una turba de orkos, salieron a la carga por la nieve, buscando algo que matar. Casi sentí pena por el enemigo.

Me ocupé del soldado herido hasta que llegó el médico, y a continuación eché la vista atrás por encima de nuestra barricada improvisada. Se había organizado un alboroto tremendo en los barracones, y había pequeños grupos de traidores vestidos con ligeros trajes de faena rojos y chalecos antibalas negros[74], luchando contra los

escuadrones y los equipos de tiro de manera prácticamente aleatoria. Luchaban con la furia de los que estaban poseídos, o realmente locos, sin prestar atención a su seguridad o a cualquier cosa parecida a una táctica, al parecer decididos a emprender un combate cuerpo a cuerpo lo antes posible.

—Si nos lo pusieran más fácil, serían de nuestro bando —dijo Jurgen, apretando el gatillo de su melta por tercera o cuarta vez y abatiendo lo que parecía ser la mayor parte de un pelotón. La nieve que los rodeaba estaba llena de trozos de carne humeante de sus predecesores, que no habían tenido mejor suerte.

—¡Sangre para el Dios de la Sangre! —me gritó desde la oscuridad de la noche un soldado de uniforme rojo que sostenía su vieja arma de fuego automática contra el pecho, como si fuera una lanza, al parecer dispuesto a usar la bayoneta dentada que llevaba adosada al cañón. En ese momento supuse que se había quedado sin munición, pero por lo que sé, simplemente estaba dominado por la sed de sangre.

—¡Que los Harriers ganen la copa[75]! —respondí, descerrajándole un tiro en la cara. Su cabeza se deshizo con el impacto del rayo láser y su cuerpo cayó pesadamente sobre la nieve, a mis pies. Miré a mi alrededor, con la impresión de que las cosas se nos estaban yendo un poco de las manos.

—Capitán Detoi, informe. —Kasteen parecía estar tranquila, así que al menos ninguno de los fanáticos había llegado hasta el búnker de mando todavía—. ¿Qué está ocurriendo ahí fuera?

—El capitán ha sido abatido —informó Sulla—. Yo he tomado el mando.

«Perfecto —pensé—, como si no tuviéramos suficientes problemas». Pero ella era el oficial superior, e interferir ahora sería terriblemente contraproducente, así que simplemente intervine con algunas obviedades alentadoras.

—Los estamos conteniendo —continuó la teniente—, pero son persistentes, los cabritos.

—Bueno, no tendremos que contenerlos mucho más —señalé mientras sacaba mi espada sierra justo a tiempo para partir en dos a un soldado enemigo que trataba insistentemente de interrumpirme con una espada oxidada. Sus movimientos eran lentos y torpes, la carne de su rostro y manos estaba azul—. El frío acabará con ellos muy pronto.

Después de eso me callé y dejé que continuara Sulla, sencillamente prestando atención al canal de voz para asegurarme de que no hacía ninguna estupidez, aunque, para ser justos, hizo un buen trabajo coordinando las diferentes secciones y tuvo el acierto de poner a Lustig al mando de la suya. Para entonces el soldado Smitti ya había sido trasladado a la estación médica, así que no veía ninguna otra razón que me impidiera volver al centro de mando y dejar que las cosas siguieran su curso sin mí.

Le di un golpecito en el hombro a Jurgen.

—Volvamos dentro —le dije—. Aquí todo ha acabado, sólo queda limpiar.

Debería haberlo supuesto, claro. A veces pienso que el Emperador me está escuchando sólo para prepararme una pequeña sorpresa cada vez que digo algo así.

—¡Segundo escuadrón, repítalo! —gritaba una voz en mi intercomunicador, la cual reconocí como la del teniente Faril, el oficial al mando de la quinta sección. Era uno más entre la docena de intercambios rutinarios a los que apenas había prestado atención durante el combate, pero en la voz del capitán había un matiz de inquietud que parecía nuevo—. Segundo escuadrón, informen de la situación.

—¡Es imparable! —contestó otra voz—. Se dirige hacia el perímetro… —El informe se cortó en medio de un grito. Giré la cabeza a un lado y a otro, seguro de que había oído cómo se superponía el ruido, tal como sucede cuando la fuente está lo bastante cerca como para oírlo sin necesidad del transmisor de manera casi simultánea, y ciertamente, la actividad de pistolas láser estaba aumentando en la zona.

—Mándenles refuerzos —ordenó Sulla con brusquedad, y Faril envió dos pelotones más.

Bueno, aquello fue suficiente para persuadirme de que debía volver al centro de mando inmediatamente, donde podría averiguar qué diablos estaba ocurriendo, y me apresuré a rodear el Chimera a medio montar con la intención de volver dentro lo más rápido posible. Sin embargo, me encontré rodeado de soldados en plena carrera, ya que, desafortunadamente, mi camino se cruzaba con el de los refuerzos que Faril acababa de enviar.

—¡Comisario! —Uno de los sargentos miró en mi dirección con cara de estar gratamente sorprendido. Los soldados que iban detrás de él parecieron animarse visiblemente, y yo maldije entre dientes. Ahora ya no podía escabullirme y salir de allí sin bajarles la moral, aparte de dañar mi reputación considerablemente. Hice un genial gesto de saludo con la cabeza y rescaté el nombre de aquel hombre de las profundidades de mi memoria.

—Dyzun. —Me encogí de hombros—. Espero que no les importe que meta la nariz, pero parece que algo interesante está ocurriendo.

—Me alegro de verlo, señor —dijo con franqueza, y que el Emperador me fulmine aquí mismo si exagero, pero todos ellos comenzaron a entonar mi nombre como si fuera un grito de guerra.

—¡Cain! ¡Cain! ¡Cain!

Quizá fue aquello lo que hizo que el oponente bajara la guardia momentáneamente, confundiéndolo con el cántico de los seguidores de su dios blasfemo, ya que giró la cabeza lentamente para mirarnos, desviando reticente su atención de los cadáveres del segundo escuadrón que lo rodeaban.

Sólo quedaban unos pocos supervivientes que se revolvían débilmente, tratando de levantar las armas o arrastrarse hasta un lugar seguro.

—¡Por el Emperador! —exclamé con un estremecimiento. El hombre, si se lo

podía llamar así, era un gigante que se cernía sobre todos nosotros. Mis meses entre los Recobradores como enlace de la Guardia me habían hecho familiarizarme con la altura sobrehumana de los astartes y con un respeto sano por la fuerza y durabilidad de la armadura que llevaban. Pero éste no era un paladín de la voluntad del Emperador, sino todo lo contrario. Su armadura era roja y negra, como los uniformes de los adoradores del Caos que aún morían a montones a nuestro alrededor, y estaba decorada con malvados diseños realizados en oricalcum bruñido. Llevaba una pistola de rayos colgando del cinto, pero al parecer no le apetecía usarla. Sus manos, que estaban cubiertas por unos enormes guanteletes, sostenían una extraña arma, como un hacha de batalla pero rodeada de dientes metálicos que giraban rápidamente, igual que mi leal espada sierra.

—¿Juráis por el dios de los cadáveres? —Aquella cosa habló con voz gutural y la garganta constreñida por la ira, y tanto resonó que sentí cómo hacía vibrar mis propios huesos—. ¡Vuestros cráneos honrarán el trono del verdadero poder!

—¡Cosa grande y roja, cinco ráfagas de fuego rápido! —ordenó Dyzun, que a pesar de las circunstancias parecía bastante tranquilo, y los soldados salieron de su aturdimiento para cumplir las órdenes. Pero la retorcida parodia de marine era rápido, o al menos tan ágil como uno de los verdaderos héroes de los que era burda copia, y saltó hacia un lado evitando la mayor parte de la andanada. Los pocos rayos láser que lo alcanzaron en la armadura le dejaron marcas, que se unieron a las que ya le habían hecho los desafortunados miembros del segundo escuadrón, y sentí como su risa vengativa resonaba en mis huesos.

Con mi habitual mala suerte, saltó por encima de las cabezas de la mayoría de los soldados para aterrizar casi a mis pies. Una oleada de puro terror me recorrió mientras el gigante de armadura metálica inclinaba la cabeza para mirar hacia donde yo estaba y hacía oscilar su hacha sierra a la velocidad del rayo. Aquél fue su primer error. Si hubiera realizado cualquier otro ataque, quizá me habría matado en el sitio, ya que aún estaba paralizado por el miedo, pero el quejido de los dientes de su arma puso en marcha mis reflejos de duelista y paré el golpe con mi propia espada sierra, que emitía un suave zumbido, sin dudar un solo instante. Eso me hizo despejarme bruscamente, pueden estar seguros, y comencé a luchar por mi vida en serio.

—¿Eso es lo mejor que sabes hacer? —lo provoqué, seguro de que, en su arrogancia, había esperado una presa fácil, y confiando en aguijonearlo para que cometiera algún error. No es que tuviera alguna esperanza de superarlo en un combate prolongado, por supuesto; mis músculos carentes de implantes se cansarían enseguida, incluso sin aquel frío que me drenaba las fuerzas, y su resistencia, ya de por sí sobrehumana, se vería aumentada por la armadura que llevaba puesta. Pero si era capaz de mantener su atención fija en mí el tiempo suficiente para que los soldados lo alcanzaran con un buen disparo, y de algún modo apartarme antes de que

eso ocurriera, esperaba poder hacer desaparecer esa sonrisa de su cara…, si es que aún tenía una bajo aquel casco grotesco.

Le lancé un tajo al pecho, arrancando una lluvia de chispas de la maltratada ceramita.

—Pensaba que los acólitos de Khorne eran guerreros, y no un puñado de nenazas.

—¡Te haré comer tus propias entrañas! —rugió el gigante, volviendo a atacarme con su pesada arma. Esta vez la desvié, con lo que impacto en su propia pierna provocando otra lluvia de chispas doradas y los vítores de los soldados que nos rodeaban.

—Como si no hubiera oído eso antes —me burlé, avanzando para meterme por debajo de sus defensas. Rodé por la nieve, tratando de alejarme lo más posible, ya que con el rabillo del ojo lo vi darse la vuelta y levantar de nuevo el hacha.

Jamás llegó a completar el movimiento. La luz actínica del melta de Jurgen atravesó la oscuridad como un puñal, vaporizando la parte central de su pecho, y se desplomó, cayendo lentamente de rodillas. Me esforcé por ponerme de pie rápidamente, ya que no tenía deseos de que todo aquel metal me aplastara hasta morir, y enfundé mis armas.

—Gracias, Jurgen —dije, sacudiéndome la nieve del capote.

—No hay de qué, señor. —Mi ayudante bajó la pesada arma mientras nuestro enemigo vencido se desplomaba sobre el permafrost con un ruido similar al de una fundición de campanas—. ¿Alguna cosa más?

—Ahora que lo menciona —dije, consciente de que los soldados que nos rodeaban tenían la vista fija en nosotros, colocándome la gorra con toda la despreocupación de que fui capaz—, creo que sería un buen momento para esa taza de té.



Nota editorial:

Hubo otros combates igualmente duros en casi todo el territorio de Adumbria, aunque, como es natural, Cain no los considera merecedores de mención. De hecho, el ataque al cuartel general del regimiento en el que se vio envuelto podría ser considerado un enfrentamiento secundario dentro de la batalla principal por Glacier Peak, en la que la mayor parte del regimiento y la guarnición local de la FDP se defendieron de un modo meritorio.

Así que una vez más debemos contar con otras fuentes para rellenar los huecos, y de nuevo el relato populista de Tincrowser realiza un eficiente trabajo al ponernos en contexto.

De *Sablist en Skitterfall: una breve historia de la incursión del Caos,* por DAGBLAT TINCROWSER, 957.M41

Para sorpresa de muchos, la propia Skitterfall fue escenario de relativamente poca acción durante la primera incursión. Volviendo la vista atrás, se debió casi con total certeza a la presencia de las naves que orbitaban por encima de ella, que hubieran convertido cualquier aproximación en un suicidio. En realidad, el escuadrón Cobra y la triunfal *Escapade* se ocuparon rápidamente de las naves que quedaban antes de que cualquiera de ellas tuviera la oportunidad de huir hacia las profundidades del espacio. Pero el daño ya estaba hecho y varios miles de soldados enemigos habían aterrizado para cuando los transportes fueron repelidos.

La estrategia general de esas incursiones, si es que la había, ha sido objeto de muchas especulaciones durante los últimos veinte años. En muy pocos casos el enemigo conseguía reunirse en número lo bastante grande como para representar una seria amenaza, y parece más probable que estuvieran allí simplemente para permitir a sus amos, a bordo de la flota principal, drenar la fuerza de la resistencia con la que se encontrarían cuando llegara la fuerza principal. Cualquier daño que pudieran infligir con esas tácticas de golpea y huye hubieran representado una ventaja bienvenida, por supuesto, y no se puede negar que el efecto psicológico de su llegada fue considerable; el pánico y el desorden de los civiles en muchas de las zonas más pobladas aumentó durante un tiempo, aunque a esto le siguió un período de relativa calma, ya que sin duda el populacho se dio cuenta de que el peor de sus miedos se había hecho realidad.

Como se ha señalado previamente, un número relativamente escaso de enemigos

aterrizó en la propia Skitterfall, ya que las defensas que rodeaban el puerto estelar demostraron ser un formidable elemento disuasorio para aquellos que lo intentaron. De hecho, tan fuerte fue la resistencia allí que las pocas lanzaderas que atravesaron las defensas se vieron obligadas a aterrizar en los suburbios, lejos del centro de la ciudad, donde la FDP local, hábilmente asistida por los tanques valhallanos y la infantería kastaforeana de la Guardia Imperial, rechazó los ataques en poco tiempo. Los rumores que en aquel momento decían que algunos ciudadanos patriotas habían formado milicias para enfrentarse a la amenaza pueden ser vistos ahora, con la sabiduría que da el echar la vista atrás, como lo que realmente fueron: simples formulaciones de deseo. Pero tales historias sin duda jugaron un papel importante para reforzar la determinación de la población civil en la resistencia al invasor.

Las mayores batallas de la primera incursión tuvieron lugar en el lugar más inesperado: la ciudad de Glacier Peak, en la zona fría, y en una zona boscosa de la zona caliente que destacaba sólo por el hecho de que los tallarnianos que formaban parte del ejército de relevo habían instalado allí su cuartel general, en lo que quedaba de una estación de investigación botánica[76]. Dado que Glacier Peak era el cuartel general del 597.º valhallano, parece probable que una de las razones para realizar la incursión fuera tratar de infligir daño a los dos regimientos de la Guardia que más aislados estaban de sus camaradas. Si ése era realmente el caso, los traidores iban a sufrir una gran decepción.

El 229.º tallarniano demostró que su excelente reputación en lo que a lucha en el desierto se refiere era bien merecida, ya que expulsaron y masacraron a sus atacantes con una facilidad casi insultante. En aquel caso los ayudó su familiaridad con la dureza del entorno, ya que los herejes se encontraron con que las condiciones de aquel lugar los debilitaban enormemente. De hecho, un relato contemporáneo sugiere que murieron tantos por deshidratación o golpe de calor como a manos de los miembros de la Guardia.

Se podría decir lo mismo del contingente que asaltó la zona fría, ya que muchos de sus integrantes sucumbieron a las bajísimas temperaturas con la misma rapidez que cayeron ante el fervor marcial de los valhallanos, que al proceder de un mundo helado no se vieron afectados en absoluto. Sin embargo, la ciudad de Glacier Peak ofrecía muchos refugios contra aquel frío letal, y la lucha se convirtió en un ejercicio de desgaste, ya que tuvieron que ir expulsando a los invasores calle por calle, edificio por edificio. Además, a pesar de los tremendos esfuerzos de los soldados de la Guardia, muchos civiles sufrieron y murieron en el fuego cruzado. Su sacrificio, sin embargo, no fue en vano, ya que al final los últimos integrantes de aquella basura hereje fueron cazados mientras intentaban huir a pie de la ciudad, enfrentándose a las bajísimas temperaturas de los páramos. Esto, por encima de todo, nos hace ver lo terriblemente desesperados que estaban, ya que sin duda no encontrarían allí ningún

refugio.



CATORCE

Las cosas siempre pueden ir a peor.

Proverbio valhallano

—Bueno, eso no me lo esperaba. —Zyvan asintió con gesto adusto en el centro del hololito. Su cabeza, que tenía una cuarta parte de su tamaño original, estaba rodeada de otras, que orbitaban a su alrededor como si fueran las lunas de un gigante gaseoso: los comandantes de los demás regimientos de la Guardia, sus comisarios, Malden, Kolbe, y un par de caras que no reconocí, pero que probablemente tenían algo que ver con la FDP. Me sentí ligeramente aliviado al ver que no estaba Vinzand, así que las cosas irían algo mejor; sin duda Zyvan pensaba que estábamos tratando cosas que los civiles, por muy eminentes que fueran, no debían saber. Me fijé en la ausencia de lady Dimarco con sentimientos encontrados, ya que era lo bastante decorativa como para que su presencia hubiera resultado una agradable distracción frente a aquella colección de militares, pero su personalidad corrosiva se imponía por mucho a lo primero.

Hablando de personalidades corrosivas, Beije estaba allí, junto con Asmar, por supuesto, intentando desesperadamente que pareciera que comprendía lo que allí pasaba. Bueno, supuse que podría entretenerme pinchándolo si las cosas se ponían muy aburridas.

—¿Están absolutamente seguros de todo esto? —Como era de esperar, Beije no pudo resistirse a meter la nariz, sin importarle las opiniones del resto de los que estaban en el enlace de conferencia—. No es que dude de la palabra del comisario Cain ni por un momento —su tono claramente expresaba lo contrario—, pero estoy seguro de que no soy el único de entre los presentes que encuentra esa historia algo difícil de tragar.

Asmar asintió, mostrándose de acuerdo, a pesar de que la mayoría permaneció con cara de póquer y otros visiblemente molestos, especialmente el comandante de los tanques valhallanos y su comisario.

—Sé que tiene fama de ser una especie de héroe —siguió parloteando Beije con alegría inconsciente, sin reparar en cómo eran recibidas sus palabras—, pero la idea de un hombre derrotando a un miembro de las legiones de los traidores en combate singular es difícil de asimilar.

—Y verdaderamente lo sería —respondí—, si ése fuera el caso. Pero no puedo atribuirme el mérito de las acciones de otros. —Al menos no si había opciones de que no me saliera bien—. Sencillamente intercambié unos cuantos golpes con aquel tipo. Lo mataron mi ayudante y un par de pelotones de nuestros soldados, a quienes, dicho sea de paso —añadí, dirigiéndome a Zyvan—, me gustaría recomendar para una mención de honor.

Me vi recompensado por un campo de proyección lleno de gestos de asentimiento y sonrisas benévolas. Aquél era el truco que siempre me había funcionado mejor: mostrarme modesto con respecto a mi supuesto heroísmo. Ahora la leyenda crecería de un modo desproporcionado, hasta que la mitad de los soldados del planeta estuvieran realmente convencidos de que había vencido a un superhombre contaminado en un duelo de espadas. Las únicas excepciones, por supuesto, eran Asmar y Beije.

—Pero ¿estamos acaso seguros de que era uno de los malditos traidores? —preguntó Beije, que se agarraba a su razonamiento como a un clavo ardiendo, totalmente incapaz de captar que cuanto más tratara de desprestigiar mi supuesto logro, más consolidado quedaría éste en la mente de los demás—. Podría haber sido simplemente un enemigo excepcionalmente alto.

—Bastante seguros —replicó Zyvan con sequedad mientras la imagen del hololito cambiaba para mostrar el cadáver del marine del Caos. No necesitaba ver las expresiones en los rostros de los allí reunidos, ya que la inspiración de aire colectiva se oyó perfectamente. No había manera de confundir aquel monstruoso cadáver con ninguna otra cosa. Tras un instante, la imagen volvió a enfocar al grupo de cabezas—. Lo hemos identificado positivamente como miembro de la Legión de los Devoradores de Mundos.

—Entonces, ¿debemos deducir que la siguiente fase del ataque la llevará a cabo una legión traidora? —preguntó Kolbe, procurando mantener un tono de voz neutro, con un esfuerzo que para alguien menos aficionado a estudiar a la gente habría resultado difícil de detectar.

Zyvan negó con la cabeza.

—Por supuesto, con el Caos uno nunca puede estar seguro de nada, pero lo dudo. Si ése fuera el caso, estaríamos enfrentándonos a una flota mucho más grande y los Devoradores de Mundos estarían proclamándose abiertamente en vez de esconderse detrás del estandarte de los Recobradores.

—No es que los adoradores de Khorne sean precisamente sutiles —intervine

amablemente, subrayando el hecho de que, quizá a excepción de Zyvan, probablemente yo era el que más experiencia tenía de lucha contra las diversas facciones del Caos en todo el planeta.

Kasteen me miró con curiosidad.

—¿Creí haberle oído decir que adoraban a algo llamado Slaynish?

—Los herejes contra los que hemos luchado hasta ahora parecen ser adoradores de Slaanesh —afirmé, haciendo hincapié en la correcta pronunciación de modo casi imperceptible—. Cosa que, como mínimo, es extraña.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó Beije con impaciencia—. Un hereje es un hereje. Sencillamente deberíamos matarlos a todos y dejar que el Emperador los clasifique.

—Estoy más o menos de acuerdo —dije, disfrutando con el breve destello de sorpresa e incertidumbre que apareció en su rostro—. Pero posiblemente no sea algo tan sencillo.

—Cierto —asintió Zyvan—. El comisario Cain es consciente, al contrario que algunos de ustedes, de que el Caos no es un enemigo único y cohesionado. Al menos no muy a menudo, gracias al Emperador. —Los pocos participantes en la conferencia que sabían de lo que estaba hablando parecían visiblemente perturbados, ya que sin duda estarían visualizando la Guerra Gótica de la última Cruzada Negra (quizá fuéramos lo bastante afortunados de no conocer la magnitud de la siguiente, que estaba acechando unos sesenta años más adelante en nuestro futuro colectivo).

—Eso es —corroboré. Volví a dirigirme directamente a Zyvan—: Supongo que todos los que estamos aquí tenemos el nivel de seguridad necesario para discutir acerca de este tema, ¿no? —Estaba claro que debía ser así, ya que de lo contrario él jamás habría sacado la cuestión, pero le encantaban las escenas melodramáticas tanto como a mí, y asintió con gesto adusto.

—Puede continuar —dijo.

Bueno, aquello resultaba algo chocante, ya que había esperado poder echarme una siestecita durante la reunión, despertándome únicamente para aguijonear a Beije si surgía la oportunidad, pero jamás me había disgustado ser el centro de atención, así que asentí como si hubiera estado esperando algo parecido.

—Hay cuatro Poderes Ruinosos principales —comencé—. Al menos por lo que sabemos hasta ahora. Los herejes los adoran como a dioses, y de todas las entidades de la disformidad que hemos descubierto hasta el momento sólo ellos son lo bastante fuertes para desafiar al mismísimo Emperador por el dominio del immaterium.

—¿Desafiar al Emperador? —Beije estaba fuera de sí—. ¡La sola idea es blasfema! —Se inclinó hacia delante, en apariencia hacia los controles de su proyector de imágenes—. No pienso seguir escuchando semejante montón de tonterías herejes. —Su rostro desapareció de la colección de cabezas sin cuerpo que flotaban en el

hololito. La de Asmar permaneció allí, pero no parecía precisamente contento.

—El resto de ustedes quizá se dé cuenta —dije, ocultando mi regocijo no sin cierta dificultad— de que he dicho «desafiar», y no «derrotar». Eso sí que sería herejía y, por supuesto, es completamente impensable. —La mayoría de las cabezas asintieron con gesto adusto—. La naturaleza exacta de tales poderes es un tema que deben estudiar y examinar aquéllos más sabios que yo[77], pero lo más importante es que los cuatro son, en esencia, rivales. Puede que de cuando en cuando formen alianzas, pero al final todos buscan el dominio absoluto sobre el resto. —Eso lo sabía por experiencia propia; la hechicera Emeli, que por alguna razón últimamente invadía mis sueños, había formado parte de un culto a Slaanesh que había librado una batalla encarnizada con una facción nurglita por el control de Slawkenberg—. Y no hay dos rivales más encarnizados que Khorne y Slaanesh —concluí—. Si aquí están actuando conjuntamente, sería algo sin precedentes.

—Totalmente —confirmó Zyvan—. Los únicos ejemplos que se han documentado jamás han sido durante acontecimientos como la Cruzada Negra, cuando los miembros de las cuatro facciones son capaces de dejar sus diferencias a un lado. Afortunadamente, acaban volviéndose unos contra otros antes o después, con lo que todo se viene abajo.

—Esto no tiene ni con mucho las dimensiones de una Cruzada Negra —señaló tímidamente uno de los comisarios kastaforeanos. Había pasado un tiempo en su compañía a bordo de la *Benevolencia del Emperador*, y era de la opinión de que al muchacho podría esperarle un futuro bastante bueno. No se pasaba el día cantando loas al Emperador, le gustaba beber y jugar a las cartas, y tenía una idea bastante acertada de cuándo debía mirar hacia otro lado en vez de castigar cualquier pequeña infracción cometida por sus soldados—. Más bien parece una «escaramuza negra».

—Precisamente —dije, sonriendo ante la ocurrencia hasta que algunos de los otros decidieron que también debían hacerlo—. Lo cual nos deja con dos posibilidades, al menos que yo vea. La primera es que hay algo en Adumbria que codician ambas facciones.

—¿Y qué podría ser eso? —preguntó Kolbe, que parecía inquieto ante la perspectiva, lo cual era comprensible. Ya debía de ser bastante duro hacerse a la idea de que uno de los Poderes Ruinosos se tomaba un interés especial por su mundo de origen, y para qué hablar si se trataba de dos.

—¡Quién sabe! —exclamó Zyvan—. Adumbria ha estado habitada durante milenios. Eso es mucho tiempo para que alguien esconda o pierda algún poderoso artefacto. O quizá sea algo que ha estado aquí incluso más tiempo que el Imperio. —Reprimí un escalofrío ante tal idea, ya que me acababa de acordar sin pretenderlo de las tumbas de necrones con las que habíamos tropezado en Interitus y Simia Orichalcae. Aun así, me obligué a recordar que las monstruosidades de metal no eran

la única fuente de tecnología arcaica, y era posible que alguna reserva secreta de dicho material, que llevara perdida mucho tiempo, permaneciera enterrada en algún lugar de aquel peculiar planeta.

—¿Qué hay de la otra posibilidad? —preguntó Kasteen.

—Los de Khorne están aquí para evitar que los de Slaanesh hagan algo que rompa el equilibrio de poder entre ambos —dije.

—Como criar demonios y andar jodiendo con las corrientes de la disformidad —concluyó el coronel.

—Viendo lo que ya sabemos acerca de las actividades del culto a Slaanesh aquí, ésa sería mi apuesta —asentí—. Aunque no tengo ni idea, de qué esperan conseguir, o por qué los de Khorne estarían tan desesperados por impedirlo. —Mejor así. Si hubiera tenido la más remota idea, ya estaría farfullando bajo la mesa en vez de hablar acerca de ello.

—¿Alguna idea más de lo que está pasando con las corrientes de la disformidad? —le preguntó Zyvan a Malden.

El joven psíquico negó con la cabeza.

—Tal y como hemos dicho antes, se están volviendo los unos contra los otros. Es como si quienquiera que esté detrás de todo esto estuviera intentando desencadenar una tormenta de disformidad muy pequeña e intensa que se centre en el planeta. El cómo o el por qué aún es difícil de averiguar.

—Gracias —dijo secamente el general supremo. Se encogió de hombros—. Estoy abierto a sugerencias.

—¿Qué hay del patrón que siguen los ataques? —preguntó Kasteen. Cogió el visor de la mesa de mapas del hololito—. La primera oleada atacó a los tallarnianos. Después atacaron Glacier Peak.

—Atacaron en casi todos los frentes —señaló Asmar, aferrándose a la posibilidad de desmontar cualquier teoría que ella estuviera desarrollando.

Pero Kasteen sencillamente asintió.

—Así es, lo que en cierto modo resulta sorprendente, dado que al menos uno de sus transportes fue destruido antes de que pudiera desembarrar a la mayor parte de sus tropas. Sus fuerzas se estrellaron en mayor medida de la que aterrizaron.

—Buen argumento —concedió Zyvan—, pero no veo adonde quiere llegar exactamente.

—He estado observando los movimientos del enemigo aquí, en Glacier Peak. —Kasteen amplió el mapa de la ciudad y sus alrededores—. Cinco lanzaderas descendieron sobre este punto. Dos de ellas se estrellaron contra la ciudad, otra se estrelló contra nosotros y las otras dos se desviaron. Una aterrizó aquí, al sur, y la otra se estrelló al oeste, cerca de la cúpula que descubrió el comisario.

—He leído los IPA[78] —dijo Zyvan con un tono de voz que denotaba tanto

curiosidad como un leve reproche.

Kasteen hizo un gesto de asentimiento.

—Yo también. Y fue mientras los cotejaba que me chocó una cosa. Una vez aterrizaban, los herejes sólo avanzaban en una dirección: hacia el oeste. En ese momento supusimos que pretendían tomar la ciudad o reforzar a las unidades que atacaban nuestro complejo, pero comencé a preguntarme si sería ése el verdadero objetivo.

—Y si no era ése, entonces, ¿cuál era?

Kasteen resaltó la cúpula.

—¿Y si era el emplazamiento del ritual? La lanzadera que casi lo consiguió no sobrepasó el objetivo, como pensamos en aquel momento. Las demás se quedaron cortas.

—¿Y qué sentido tendría eso? —preguntó Asmar en tono desdeñoso—. Los herejes ya habían llevado a cabo sus repugnantes brujerías mucho antes incluso de que los renegados penetraran en el sistema.

—Pero quizá no lo sabían —dije, y las piezas del razonamiento de Kasteen de repente encajaron perfectamente, induciéndome a pensar que ella podía tener razón. E incluso si no la tenía, no estaba dispuesto a permitir que Asmar la dejara en ridículo delante del general supremo—. A usted también lo atacaron, ¿verdad? Y prácticamente está sentado sobre el emplazamiento de otro templo hereje.

Tal y como esperaba, el hecho de recordárselo lo hizo sentir tremendamente incómodo.

—¿Alguno de ellos parecía dirigirse hacia allí?

—Es posible —admitió el coronel tallarniano tras unos instantes, visiblemente descontento ante tal perspectiva—. Tendría que comprobarlo. Nuestras tácticas tradicionales se basan en gran medida en ataques rápidos y maniobras ágiles, así que los herejes se dispersaron en todas direcciones.

—Si nos lo pudiera hacer saber lo antes posible… —dijo Zyvan, que hizo que la simple petición sonara más como una orden sin necesidad de ejercer visiblemente su autoridad. Estaba claro que el intercambio de palabras que había oído antes no había acabado ahí.

Asmar asintió.

—Así se hará, por la gracia del Emperador.

—Bien. —Zyvan dirigió su atención hacia Kolbe—. ¿Alguna actividad hostil aproximándose al emplazamiento de Skitterfall?

—Algunos consiguieron atravesar las defensas —respondió Kolbe—. En ese momento pensamos que esperaban encontrar refuerzos allí.

—Ya veo. —Zyvan asintió una vez—. Es evidente que tendremos que mejorar nuestros canales de enlace con su gente.

—Lo cual plantea una posibilidad interesante —intervino Malden con su habitual voz apagada—. La situación geográfica de los emplazamientos realmente parece importante, tal y como ha sugerido la coronel Kasteen hace un momento, y este nuevo enemigo es tan consciente de eso como el que hemos estado intentando rastrear.

—¿Y eso cómo nos ayuda exactamente? —preguntó Kolbe.

Malden extendió las manos.

—Está claro que los brujos no han sido aún capaces de alcanzar sus objetivos. Esto implicaría que necesitan realizar su ritual al menos una vez más, probablemente en un lugar o lugares específicos. Si analizamos el patrón de los aterrizajes a lo largo de las líneas que la coronel ha señalado, quizá podríamos localizarlos.

—Excelente —asintió Zyvan—. Haré que nuestra gente de inteligencia se ponga a ello ahora mismo.

Sin embargo, los resultados fueron decepcionantes. Tras casi dos días de actividad febril por parte de los analistas, durante los cuales nos dedicamos a aburrirnos y a reorganizarnos para llenar los huecos que los recientes enfrentamientos habían dejado en nuestras filas, Zyvan nos llamó en persona para comunicarnos las malas noticias.

—Parece ser un callejón sin salida —nos dijo con expresión sombría—. La coronel Kasteen tenía razón sobre que los invasores se dirigían hacia los emplazamientos para rituales, pero eso no parece ayudarnos a localizar el siguiente.

—¿Por qué no? —pregunté. A modo de respuesta, la imagen de su rostro en el hololito, que finalmente había sido estabilizada por uno de los tecnosacerdotes (gracias al Emperador), fue reemplazada por la de Adumbria, que ahora resultaba muy familiar y apenas vibraba. Al igual que antes, estaba cubierta de iconos que representaban los contactos, y la mayoría se encontraban en la cara oscura.

—La mayor parte de los intrusos no parecen haberse movido con un propósito aparente —explicó Zyvan—, aparte de los grupos que ya señaló ella —los racimos que rodeaban Glacier Peak, a los tallarnianos y Skitterfall brillaron con mayor intensidad—. Los demás simplemente comenzaron a atacar a la FDP, unidades de la Guardia o poblaciones civiles más cercanas.

—Bueno, así son los seguidores de Khorne —comenté con sarcasmo, percibiendo la mal disimulada decepción de Kasteen y tratando de animarla—. Muéstrales algo que matar y enseguida se distraen.

—Cierto —asintió Zyvan, que parecía tan decepcionado como la coronel; una vez más, una pista prometedora se había convertido en polvo delante de nuestros propios ojos—. Qué desconsiderados.

—Lógicamente —intervino Broklaw apoyando a su coronel, como era de esperar—, el próximo emplazamiento para rituales debería completar el patrón. Seguro que

sus psíquicos pueden predecir dónde será.

Volvió a aparecer la cara de Zyvan con expresión conmiserativa.

—No ha tenido usted mucho contacto con los psíquicos, ¿verdad, joven? —Broklaw negó con la cabeza, al parecer satisfecho de que así fuera.

El general supremo suspiró.

—Entonces crea lo que le voy a decir. Obtener de ellos una respuesta sensata no siempre es tan fácil como usted piensa.

Recordé las últimas conversaciones que había mantenido con Rakel y asentí, comprensivo.

—Malden parece bastante equilibrado para ser un spook —dije.

Zyvan volvió a suspirar.

—Demasiado, si es que eso es posible. No se compromete si no se le proporcionan más datos, mientras que el resto de los de mi equipo son… más típicos. La única otra persona que tiene una opinión es lady Dimarco, que parece pensar que la única línea de acción prudente es dejar el sistema mientras todavía se puedan navegar las corrientes por los márgenes, y me lo dice una y otra vez.

—¿Acaso es eso una opción válida? —pregunté con un tono lo más despreocupado posible. Y empecé a cavilar cual sería la mejor manera de subir a bordo del buque insignia si eso era así.

Zyvan negó con vehemencia, tomándose la pregunta como una broma.

—Por supuesto que no. Estamos en este lugar para defenderlo, y eso es lo que haremos, sea lo que sea lo que nos arroje la disformidad.

—Algunas de esas unidades parecían estar moviéndose —dijo Kasteen, que todavía estudiaba el despliegue de los herejes en la mesa de mapas. Resaltó unas cuantas, que al parecer bordeaban el mar interior de mayor tamaño—. Quizá deberíamos inspeccionar la orilla.

—¿Los dieciséis mil kilómetros? —preguntó suavemente Zyvan. Kasteen se ruborizó ligeramente, lo cual, según mi experiencia, nunca era buena señal, así que intervine rápidamente.

—El mar está justo enfrente de Skitterfall —señalé—. Un cuarto emplazamiento en ese lugar completaría una figura geométrica.

—Ya nos lo habíamos planteado —dijo Zyvan, sonriendo con expresión cansada —. No soy tan tonto, ¿sabe, Ciaphas?

—Estaba empezando a preguntármelo después de la última partida de regicida —bromeé. Para ser uno de los mejores tácticos de su sector, era sorprendente lo fácil que resultaba ganarlo, cosa que aprovechaba para tomarle el pelo constantemente. Supongo que el juego abstracto le resultaba demasiado simple comparado con mover ejércitos enteros alrededor del vacío, pero era un anfitrión atento y una buena compañía.

—Por lo que dice Malden, un lugar cerca de la costa se saldría demasiado del alineamiento con el resto de los emplazamientos. Un par de los otros sugirieron que los polos podrían ser una posibilidad, pero ninguna de las unidades enemigas pareció tener demasiado interés por ellos. —Cosa que, por otro lado, no era ninguna sorpresa: uno estaba ocupado por una ciudad de provincias que parecía subsistir únicamente a base de cultivar reventones, y la otra por unas instalaciones de entrenamiento de la FDP llenas de soldados que habían acabado con el único cargamento de cultistas cuya lanzadera aterrizó allí en muy poco tiempo.

—¿Qué hay de una isla? —sugirió Broklaw.

Zyvan se encogió de hombros.

No hay ninguna, al menos a suficiente distancia de la costa como para marcar la diferencia.

—Bueno, entonces no hay más que hablar —dije—. Estamos donde empezamos.

—No exactamente —intervino Kasteen. Le dirigí una mirada inquisitiva y ella sonrió sin asomo de alegría—. Todo lo que tenemos que hacer es esperar a que los invasores ataquen de nuevo y ver adonde se dirigen.

—Si no nos tomamos pronto un descanso —dijo Zyvan con expresión sombría—, es posible que lleguemos a eso.



Nota editorial:

Como viene siendo habituad nos vemos obligados a recurrir a otra fuente en este punto para tener una perspectiva más amplia de los acontecimientos. Y, nuevamente, el relato de Tincrowser rellena los huecos tan bien como cualquier otro.

De *Sablist en Skitterfall: una breve historia de la incursión del Caos,* por DAGBLAT TINCROWSER, 957.M41.

El segundo ataque comenzó, como todos esperaban, con un conflicto en el espacio entre las dos flotas enemigas. Para entonces, los invasores ya habían encontrado resistencia, su ruta era predecible, y la flota imperial comenzó a salirse de la órbita para atacarlos. Las naves *Aventura* y *Fiera* (esta última recuperándose todavía de las heridas que había sufrido anteriormente, pero aun así ansiosa por entablar combate) salieron disparadas para encontrarse con el enemigo, acompañadas por la escuadra de destructores.

Sus órdenes eran evitar contacto con las naves de guerra enemigas dentro de lo posible, concentrando sus esfuerzos en las de transporte, pero esto resultaría más difícil que en anteriores ocasiones. Las escoltas del enemigo habían tenido tiempo de desplegarse para hacer frente a los defensores que se acercaban, y la escuadra de destructores pronto se vio inmersa en una lucha desesperada contra un par de invasores que protegían los flancos de la flotilla.

Finalmente tuvieron éxito y dejaron a uno destrozado y flotando a la deriva en el vacío, mientras que el otro dio la vuelta y huyó, gravemente dañado, para hacerse pedazos a continuación, cuando sus motores de disformidad se sobrecargaron al intentar encontrar refugio en los horribles dominios de los que procedía.

Sin embargo, la victoria tuvo un alto precio, ya que los tres sufrieron diversos daños, siendo tan graves los de uno de ellos que quedó reducido a una carcasa que flotaba a la deriva y a la que su tripulación tuvo que abandonar a su suerte[79].

La victoria de los otros duraría poco, sin embargo. Mientras se acercaban a la flota enemiga, la nave que iba en el centro de la misma, que era ni más ni menos que un acorazado, se puso delante de las naves mercantes por primera vez y abrió fuego con toda la potencia de sus cañones de proa. Los dos destructores que habían sobrevivido resultaron destrozados antes incluso de que estuvieran a tiro, quedando uno de ellos[80] reducido a una nube de desperdicios flotantes a la primera ráfaga.

Las dos fragatas no tuvieron más suerte, a pesar de que para entonces ya habían logrado reducir a una tercera parte el número de transportes[81].

Las baterías de plasma a bordo del terrorífico gigante realizaron un solo disparo, destruyendo el puente de la *Fiera* e inutilizando los motores de la *Aventura*, que pronto se quedó demasiado atrás como para poder seguir con la lucha.

Todo lo que se interponía entre Adumbria y el Armageddon era ahora el *Indestructible*, superada tanto en número como en cantidad de armas. Algunos esperaban que acudiera en ayuda de las maltrechas naves de escolta, pero permaneció en su puesto, sobre el aeropuerto de Skitterfall, interponiéndose con decisión entre aquel leviatán armado hasta los dientes y la multitud de naves mercantes.

Al encontrarse libres de obstáculos, los transportes restantes de los invasores entraron en órbita y comenzaron a lanzar su cargamento de chusma hereje sobre el planeta.



QUINCE

Nunca se tienen demasiados enemigos. Cuantos más tienes, más probabilidades hay de que unos se interpongan en el camino de los otros.

JARVIN WALLANKOT
Reflexiones Ociosas, 605.M41

Al final, Zyvan no iba tan desencaminado. Pasamos el resto del tiempo, hasta que llegó la flota enemiga, haciendo preparativos a un ritmo febril, sabiendo que el próximo asalto haría palidecer al que habíamos vencido con anterioridad. Por fortuna, no habíamos tenido demasiadas bajas, al menos en comparación con los tallarnianos y la FDP, con lo cual la labor de reorganización que tuvimos que llevar a cabo no fue tanta como temía.

—Detoi está lo bastante recuperado como para volver al servicio —me informó Broklaw, sirviéndose algo del tanna que Jurgen me había traído al despacho. Era muy distinto de los opulentos bufetes que había en las salas de conferencias del cuartel general, pero mi ayudante había hecho todo lo posible para hacer que la larga reunión nos resultara soportable, y dado su talento casi sobrenatural para gorronear, había conseguido comida y bebida más que suficiente. Aparté hacia un lado el plato que había contenido tres pastelitos de palovino para hacerle sitio a la placa de datos.

—Me alegra oír eso —dije, leyendo por encima el informe médico.

Bastante recuperado para volver al servicio era exagerar un poco, ya que había recibido el impacto de un rayo láser en el pecho y tuvo una suerte tremenda de que el chaleco blindado absorbiera prácticamente todo el daño, pero no había nada más que pudieran hacer por él salvo esperar que se recuperase de forma natural y las costillas volvieran a soldarse. Estar tumbado en la enfermería no haría que se curase más rápido, y sin duda pensar que cuánto más tardara en incorporarse más tiempo estaría Sulla al mando de su compañía era un buen incentivo para darse de alta.

—Bueno, simplifica la reasignación del personal —observó Kasteen, limpiándose

una migaja de pastelito de la comisura de la boca. Mi despacho estaba atestado únicamente con los tres presentes, sin mencionar a Jurgen cuando pasaba por allí, pero era mucho más fácil trabajar allí que en el centro de mando. Lo que estábamos haciendo era delicado y, lamentablemente, necesario: reasignar personal para rellenar los huecos que los muertos y gravemente heridos habían dejado en nuestra organización.

En la mayoría de los casos, la mejor solución era no hacer nada, ya que un escuadrón al que faltaba un soldado o dos podía seguir funcionando casi igual de bien, y sacar o meter gente en un equipo que funcionaba bien perjudicaba más a su eficiencia y moral que dejarlo tal y como estaba. Sin embargo, en algunos casos, en los que faltaban NCO y oficiales, alguien tenía que llenar el hueco que habían dejado, o se tenía que designar a un nuevo líder hasta que el otro se recuperase. Y eso nos conducía a la delicada situación de la primera compañía.

—Al menos sólo hemos de buscar a un comandante de compañía —admití. El capitán Kelton había tenido la mala suerte de tropezar con un grupo de herejes que iban armados con lanzacohetes, y un par de ellos habían atravesado el blindaje del casco de su Chimera, con los consiguientes resultados inevitables. Los comandantes de sección se las habían arreglado bastante bien, pero ninguno de ellos había sabido aclarar quién estaba más arriba en la jerarquía, y al final Broklaw había tenido que hacerse cargo personalmente, dirigiéndolos por el canal de voz desde el búnker de mando. Aquello no había sido lo ideal, y constituía un llamativo ejemplo de por qué es demasiado arriesgado introducir VAC[82] en una batalla en plena ciudad.

—La pregunta es: ¿a quién asignamos? —dijo Broklaw—. Después de la última debacle, ninguno de los tenientes me parece adecuado para el trabajo.

—Coincido contigo en eso —asintió Kasteen—. Todos son buenos dentro de su sección, pero alguien debería haberse puesto al mando sobre el terreno tan pronto como Kelton cayó. Ninguno de ellos demostró tener confianza suficiente para hacerlo, y eso me preocupa.

—Bien —coincidí, de manera que fuera unánime—. Al menos Sulla demostró algo de iniciativa cuando Detoi cayó. También hizo un buen trabajo, dadas las circunstancias.

Cosa que era totalmente cierta. Aunque fuera la suboficial más irritante de todo el regimiento, y demasiado temeraria para mi gusto, lo cierto es que hacía las cosas bien y a los soldados parecía gustarles por alguna razón. Así que, a pesar de mis reservas, pensé que lo justo era reconocer sus méritos.

—Sulla —repitió Kasteen con tono pensativo. Broklaw y yo nos miramos recelosos, viendo adonde nos llevaba aquella línea de pensamiento. Pero, siendo sincero, no era capaz de pensar en otra alternativa viable.

Broklaw asintió lentamente.

—Ha estado manteniendo unida a la segunda compañía bastante bien —coincidió, cauteloso—, pero ha estado sirviendo con ellos desde la fusión y los otros comandantes de sección confían en su instinto. ¿Estaría igual de dispuesta una nueva compañía a trabajar con ella?

—Ese es el problema —reconocí con franqueza—. O está capacitada para el trabajo, o no. Y sólo hay una manera de averiguarlo —suspiré—. Además, ¿a quién más tenemos?

—Cierto —admitió Kasteen. Parecía pensativa—. Sin embargo, algunos de ellos van a tener problemas al recibir órdenes de otro teniente, sobre todo teniendo en cuenta que están a su nivel en cuanto a jerarquía.

—Asciéndala provisionalmente[83] a capitana —propuse—. Si no está a la altura de las circunstancias, siempre podrá volver a su vieja compañía cuando encontremos a otro.

—Me parece justo —asintió Broklaw—. ¿Qué hacemos mientras tanto con la tercera compañía? ¿Ascendemos a Lustig a teniente?

—No se lo va a agradecer, precisamente —dije, recordando algunos de los comentarios más mordaces del sargento acerca de los oficiales en general—. Será mejor decirle que por el momento tiene asegurada su plaza como sargento de la compañía, hasta que haya tenido tiempo de acostumbrarse a estar al mando, y ascenderlo a teniente en la próxima ronda de promociones. De ese modo, si tenemos que volver a poner ahí a Sulla, no desprestigiamos a nadie.

—Buen argumento. —Kasteen asintió, decidida—. ¿Y la cabo está capacitada para asumir el mando del escuadrón mientras tanto?

—Yo diría que sí —apunté—. Penlan es buena soldado. Ella y Lustig deberían ser capaces de escoger una nueva ASL por sí mismos, sin que nosotros interfiramos.

—¿Penlan? —Kasteen reflexionó un instante—. ¿No es ella a la que llaman Jinxie La Gafe?

—Sí —asentí—. Pero no es tan propensa a los accidentes como dicen. Reconozco que una vez cayó por el túnel de un ambull, y también estuvo aquel incidente con la granada de fragmentación y la letrina de la trinchera, pero las cosas suelen salirle bien. Los orkos de Kastafore se sorprendieron tanto como ella cuando el suelo de la fábrica se hundió, y habríamos caído de lleno en una emboscada de los hrud en Skweki si ella no hubiera activado la mina al arrojar al suelo una lata de conservas vacía… —Mi voz se fue apagando conforme fui escuchando mis propias palabras—. Ya sabe cómo tienden a exagerar las cosas los soldados —terminé débilmente.

—Vaya —dijo Kasteen, que permanecía increíblemente seria—. ¿Eso es todo?

Más o menos lo era. Pasamos unos minutos más asignando personal y tratamos algunos temas logísticos. Estábamos a punto de separarnos para cumplir con nuestras obligaciones cuando Jurgen entró en el despacho. Yo no me fijé demasiado, para ser

sincero, ya que había entrado y salido varias veces a lo largo de la tarde para ocuparse de papeleo rutinario y proveernos de refrigerios. Entonces emitió una tos pegajosa, que era su inevitable preludio a la entrega de un mensaje cuando pensaba que no le estaba prestando atención.

—Disculpen, comisario, señora, señor, pero hay un mensaje urgente del cuartel general. La flota hereje ha atacado a los acorazados y el general supremo espera que las tropas comiencen a desembarcar en breve.

—Gracias, Jurgen —dije con toda la calma de que fui capaz, y me dirigí a coger mis armas. De un modo u otro, la batalla por el alma de Adumbria estaba a punto de decidirse, aunque no tenía ni idea de hasta qué punto.

A pesar de mis miedos, los primeros informes que llegaban del campo de batalla no mencionaban gigantes con armaduras rojas, así que parecía que al menos nos íbamos a evitar un ataque de marines del Caos. No era algo tan raro; según algunos informes de alto secreto que Zyvan me había proporcionado, el capítulo de los Devoradores de Mundos[84] enviaba a menudo algunas tropas para advertir a las hordas de los pretendientes a señores de la guerra que infestaban la galaxia (pero no logro entender qué otro consejo admitiría un seguidor de Khorne además del de «matadlos a todos»). Era muy probable que nos estuviéramos enfrentando a un par de escuadrones de las fuerzas de invasión, cosa que era ya bastante inquietante, se lo aseguro, pero mucho menos intimidatorio que un ejército de superhombres psicópatas, especialmente si no tenía que vérmelas con ninguno de ellos.

—Ocho lanzaderas aproximándose —dijo la operadora de auspex. Kasteen y yo nos miramos. Volví a sentir el cosquilleo en las palmas de las manos y se me secó la boca de repente.

—Estamos haciendo una apuesta muy arriesgada —dije.

La coronel asintió nerviosa.

—Bueno, ya es demasiado tarde para cambiar de parecer. —Observamos la disposición de nuestras fuerzas en el hololito de la mesa de mapas, y no pude evitar sentir algo de aprensión; si habíamos pulsado la tecla equivocada, las cosas estaban a punto de ponerse muy feas.

Tras muchas deliberaciones, habíamos decidido hacer caso del instinto de Kasteen y suponer que la cúpula sería su principal objetivo. Por consiguiente, habíamos desplegado las compañías cuarta y quinta al completo, formando un amplio anillo a su alrededor y camuflados en la nieve como sólo los valhallanos pueden hacerlo, esperando que cayeran en la trampa en cuanto tocaran tierra. La segunda compañía todavía estaba esperando a desplegarse desde el aire, lo cual dejaba a la primera para proteger la ciudad más o menos sin refuerzos, a menos que contáramos al puñado de gente de Hekwyn que había sido asignada allí. No fue la primera vez que me pregunté si Sulla estaría a la altura de la tarea que le habíamos encomendado, y deseé no recibir

una pila de cadáveres de civiles por toda respuesta.

Esto nos dejaba con el problema de afianzar la seguridad de nuestro complejo. En teoría la segunda compañía bastaría para ello, al igual que la última vez, pero esta vez estaban embarcados en la lanzadera que estaba con los motores en marcha esperando las órdenes del general supremo para desplegarse, el Emperador sabe dónde, de un momento a otro.

Todavía teníamos unos doscientos componentes en la tercera compañía, y al formar parte de la Guardia eran capaces de disparar tan bien como cualquiera, pero la sola idea de depender de un variopinto puñado de cocineros, camilleros y la banda del regimiento para defender nuestro escondite de una horda de lunáticos rabiosos no resultaba precisamente tranquilizadora. (Aunque lo era más que la idea de proveer a los engineseers con pistolas láser y enseñarles hacia dónde debían apuntar; tratándose de mecanos podrían contarte cada detalle de su funcionamiento, pero no podrían darle a los flancos de una nave aunque estuvieran dentro de una de las bodegas. La visión de un grupo de tecnosacerdotes con bata blanca sosteniendo armas ligeras recién salidas de la fábrica como si fueran obras de arte increíblemente delicadas mientras el sargento Lustig les gritaba, tratando de explicarles lo básico acerca de su uso, me acompañará hasta la tumba).

—Contactos aproximándose a cincuenta kilómetros —dijo la operadora de auspex con voz monótona, tan carente de emoción como la de un servidor—. Descendiendo rápidamente, cuarenta y tres kilómetros y acercándose…

Los puntos rojos luminosos se deslizaban lentamente por el hololito, dirigiéndose directamente hacia nosotros, hacia Glacier Peak. Intenté calcular el número de soldados enemigos que podrían caber dentro de ocho lanzaderas civiles, pero después deseé no haberlo hecho. Si estaban muy apretados, cada una podría transportar a una compañía entera, lo que significaba que, en el peor de los casos, podríamos encontrarnos superados en número en una proporción de dos a uno.

—Con suerte se habrán olvidado de traerse el equipo para clima frío, igual que los anteriores —aventuró Kasteen, que claramente estaba haciendo los mismos cálculos mentales que yo.

—Ojalá sea así —dije. Parecía probable; según mi experiencia, las tropas del Caos solían lanzarse a la batalla sin prestar atención a la idoneidad del enfrentamiento o al equipo que llevaban, o incluso si eran adecuadas las armas que iban a utilizar. Y los cultistas de Khorne eran los más temerarios—. Con suerte, el frío hará la mayor parte de nuestro trabajo.

—Ya lo hizo antes —recordó esperanzado Broklaw.

—Treinta y ocho kilómetros y acercándose —intervino la operadora de auspex—, manteniendo vector de descenso…

—¿Puede calcular una zona de aterrizaje aproximada? —preguntó Kasteen con

voz crispada.

—Todavía podría ser cualquiera de los objetivos —respondió la operadora—. Treinta y dos kilómetros y acercándose…

—Genial. —Kasteen cerró la mano sobre la culata de su arma, un acto reflejo como respuesta al estrés al que ya me había acostumbrado hacía tiempo; de hecho, yo solía echar mano a mis armas en momentos de inquietud.

—Veintinueve kilómetros y acercándose —siguió canturreando—. Vector de descenso estable…

—Regina, mira. —Broklaw señaló a la mesa de mapas claramente aliviado. La zona de aterrizaje potencial estaba proyectada sobre ella, un círculo que iba disminuyendo a un ritmo constante, reduciéndose a medida que las lanzaderas se iban acercando a nuestra posición—. ¡Tenías razón!

—Loado sea el Emperador —dijo fervorosamente Kasteen, cuyo alivio se dejó ver en su postura y tono de voz. Ahora ya no había ninguna duda de que el lugar donde estaba situada la cúpula era el objetivo principal de los herejes. Si seguían el mismo rumbo, aterrizarían justo dentro de nuestro nudo corredizo. Nuestra trampa estaba a punto de saltar.

—Tres contactos cambiando de rumbo —dijo la operadora de auspex—. El resto mantiene rumbo y velocidad, dieciocho kilómetros y acercándose…

—¿Cambiando de rumbo hacia dónde? —pregunté, comenzando a sentir que me invadía una ligera aprensión. Todo había salido a pedir de boca hasta ahora. Por toda respuesta, los círculos de una zona de aterrizaje secundaria comenzaron a reducirse en la mesa de mapas.

—¿Adónde cree? —dijo Broklaw amargamente, y yo reprimí un par de selectos exabruptos de la colmena. Había dos lanzaderas que se dirigían hacia la ciudad, y era innegable que una nos tenía en el punto de mira. Parecía que el enemigo había aprendido algo de su primer ataque, probablemente gracias a haberse infiltrado en nuestras comunicaciones, y pretendía inmovilizarnos mientras se ocupaba de su objetivo principal. Bueno, se iban a encontrar con una desagradable sorpresa, por supuesto, pero eso no nos iba a ayudar ni a nosotros ni a los habitantes de Glacier Peak.

—Primera compañía, permanezcan a la espera. Se les acercan dos lanzaderas. Tiempo estimado para el ataque… —Kasteen miró a la operadora de auspex para confirmarlo antes de continuar— tres minutos. Abran fuego en cuanto los vean.

—Comprendido. —La voz de Sulla sonaba seca y confiada, pero siempre era así cuando había un combate a la vista. Bueno, no valía la pena preocuparse por ello en ese instante; tendría que hacerlo lo mejor que pudiera. Simplemente recé al Emperador para que no cometiera ningún error grave—. Estaremos listos para recibirlos. —Cambió de frecuencia, al canal de mando de su sección, y comenzó a dar

órdenes a sus subordinados. Me quedé un instante escuchando, pero parecía saber lo que estaba haciendo, así que volví a dirigir mi atención a la mesa de mapas.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunté.

—Cuatro minutos, más o menos —dijo Broklaw. Asentí nervioso. Podría haber sido peor.

Me recordé a mí mismo que una única lanzadera no podía transportar más que una compañía de enemigos, así que, aunque fueran muy apretados, el combate estaría nivelado. Eso suponiendo que nuestros soldados de la red de espionaje, que estaban en la retaguardia, cumplieran con su cometido, cosa de la que estaba seguro. Y si las cosas se ponían feas, todavía teníamos a una compañía de primera línea de combate en reserva.

—¿Debería desembarcar a la segunda compañía para reforzar las defensas aquí? —preguntó Broklaw, casi como si me hubiera leído el pensamiento.

Kasteen negó con la cabeza.

—Déjalos a bordo de la nave. —Señaló hacia el hololito principal, donde los iconos de los contactos se multiplicaban por todo el planeta—. Los infiernos se han desatado. Sólo el Emperador sabe dónde los necesitaremos dentro de nada.

Era difícil no estar de acuerdo. Por lo que podía ver, una encarnizada lucha comenzaba a desarrollarse en todos los núcleos de población, y las FDP parecían estar en serias dificultades en la zona oscura, incluso en los lugares donde tenían el apoyo de los kastaforeanos. Era cuestión de tiempo que Zyvan pusiera en acción a sus reservas móviles, y no le iba a gustar nada que le dijeran que acudirían en cuanto pudieran, pero que había surgido algo más.

—Deberíamos poder ocuparnos de ellos —coincidí, deseando no equivocarme.

—Contacto en zona de aterrizaje uno en un minuto —intervino la operadora de auspex—. Contacto en zona de aterrizaje dos en dos minutos. —Esos éramos nosotros, y observé el punto que se movía en la mesa de mapas con algo parecido al hastío y la resignación—. Contacto en zona de aterrizaje tres en cuatro minutos y medio.

—Cuarta y quinta compañía, esperen órdenes —ordenó Kasteen—. Cinco lanzaderas se acercan. Tiempo estimado para el ataque cuatro minutos. Se han tragado el anzuelo.

—Puede que aterricen, pero no lograrán levantar el vuelo de nuevo —prometió el comandante de la quinta compañía, y Kasteen asintió, satisfecha.

—No lo dudo. —Nos miró a Broklaw y a mí—. Buena suerte, caballeros.

—Esperemos no necesitarla —respondí.

Lo que realmente necesitábamos era mucha potencia de fuego, pero los Sentinel estaban todos desplegados con los que tenderían la emboscada en la cúpula, por lo que lo mejor que pudimos reunir fueron armas ligeras y algunas armas pesadas de

mano. Por desgracia, el número de personas capaces de utilizar las armas pesadas en la base, aparte de los especialistas de la segunda compañía, que estaban atados a sus arneses protectores a bordo de la nave desde la primera alerta, eran pocos y estaban muy dispersos. Comencé a pensar, y no era la primera vez, que las cosas podrían ir mejor en otro sitio.

O quizá no. Un pensamiento preocupante estaba empezando a corroerme, y cuanto más insistente se volvía, más trataba de no hacerle caso. Me volví hacia el operador de voz más cercano.

—Necesito una línea directa con el despacho del general supremo —dije—. Prioridad absoluta. —Y para asegurarme le di mi código prioritario de comisario.

—Ciaphas —Zyvan parecía agobiado, algo inevitable dadas las circunstancias—, no es muy buen momento.

—Lo sé —dije—. Y lo siento, pero esto es importante.

—No lo dudo —suspiró—. ¿Cuál es el problema? —Más allá de su voz pude oír el inconfundible estruendo de las detonaciones de artillería pesada. Parecía que las cosas se ponían feas en Skitterfall.

—Kasteen tenía razón —le dije—. Los herejes definitivamente tienen como objetivo el emplazamiento del ritual… —el chasquido lejano de las armas láser se hizo audible, filtrándose entre las paredes que nos rodeaban—, principalmente —añadí, por respeto a las circunstancias reinantes.

—Interesante. —Por supuesto, Zyvan no era tonto, y podía ver lo que aquello implicaba tan claramente como yo—. Lo consultaré con los tallarnianos y la gente de Kolbe que hay en la ciudad. Sólo para comprobarlo. Pero parece algo relevante.

—Sigue siendo la mejor ocasión para averiguar qué traman los brujos y ponerle fin —señalé—. Si los invasores se están concentrando en un sitio en particular, debemos acudir rápidamente. A ser posible, antes que ellos.

—Pensaré en ello —prometió Zyvan. Me quedé mirando el planeta que rotaba suavemente en el hololito, sorprendido por la cantidad de iconos enemigos que se concentraban en la orilla del mar más grande. De hecho, en algunas zonas parecía como si toda la costa estuviera rodeada de sangre.

—Yo me concentraría en la orilla —sugerí—. Debe de haber algo ahí, piense lo que piense Malden.

—Lo tendré en cuenta —dijo Zyvan con diplomacia, lo cual era lo mismo que decir «Ya sacaré yo mis propias conclusiones, muchas gracias».

—Hay algo que se nos escapa —dije, volviéndome hacia Kasteen. El ruido de los disparos era ahora mucho más fuerte.

—Toda la inteligencia militar que tenemos está en el hololito —señaló. De repente lo vi claro, y me volví hacia el operador de voz tan rápido que el hombre se encogió de miedo.

—¿Qué hay de los canales civiles? —pregunté.

—Lo siento, comisario, no he estado monitorizando…

—Por supuesto que no —dije pacientemente—. No es su cometido. Pero ¿me puede conectar con alguien que sí lo haya estado haciendo?

—Hekwyn. —El arbitrator parecía estar en la calle, hablando por el intercomunicador. Se oían disparos de fondo, cosa que no me sorprendió en absoluto —. ¿Qué puedo hacer por usted, comisario?

—Necesito saber si ha habido algún incidente fuera de lo normal en el área del mar ecuatorial —le dije.

Rió brevemente, sin humor.

—Me han dicho que uno o dos enemigos de los que causan estragos en la humanidad.

—Algo más específico —lo urgí, informándolo rápidamente de la situación.

Su tono cambió.

—Contactaré con usted de nuevo —me prometió—. Pero puede que me lleve un rato.

—Esperemos que tengamos tiempo todavía —dije, cortando la conexión.

Me di la vuelta al notar un aroma familiar por encima de mi hombro, y vi a Jurgen ahí de pie, con el melta en las manos, como siempre que había problemas. Lo había disparado recientemente, ya que el cañón despedía un penetrante olor actínico a metal chamuscado. Enarqué una ceja inquisitivamente.

—Pensé que quizá querría salir al exterior otra vez, señor —dijo. Bueno, no era probable, teniendo en cuenta que el complejo estaba siendo atacado por soldados de infantería herejes y todo eso, pero asentí de todos modos, por si alguien de los que nos rodeaban se daba cuenta.

—Me temo que me necesitan aquí por el momento —le expliqué, fingiendo lo mejor que pude un fervor marcial lleno de frustración. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que el sonido de disparos ahí fuera realmente había aumentado mucho de volumen y que la gorra y el capote de Jurgen estaban cubiertos de nieve—. ¿Qué está ocurriendo ahí fuera, exactamente? —pregunté.

Antes de que mi ayudante pudiera contestar, hubo una enorme explosión proveniente de la puerta principal, la cual implosionó, llevándose consigo a un par de soldados cercanos. Kasteen, Broklaw y yo desenfundamos las armas tan rápido que hubiera sido imposible saber quién lo había hecho primero, y nos volvimos para enfrentarnos a aquella amenaza inesperada. Un grupo de fanáticos con uniformes rojos y negros asaltaron la habitación, haciendo caso omiso de la ráfaga de rayos láser y relámpagos que los abatía mientras se lanzaban a por nosotros.

—¡Sangre para el Dios de la Sangre! —gritó uno que había tenido más suerte que la mayoría, cargando hacia delante mientras los disparos láser le iban arrancando

trozos del chaleco antibalas y de la carne que había debajo, tan enajenado que apenas pareció darse cuenta de sus heridas. Cambié de objetivo disparándole a la pierna, y se desplomó sobre el suelo frente a mí, tratando de alcanzarme con un machete manchado de rojo—. ¡Sangre para el Dios de la Sangre!

—Bien, que sea la tuya —le espeté con brusquedad al mismo tiempo que le daba un pisotón en la garganta y le rompía la laringe. No fue una forma muy elegante de matarlo, pero al menos lo hizo callar.

—Están por todo el complejo —dijo Jurgen. Eché un vistazo a mi alrededor mientras Kasteen reunía a todos sus variopintos operadores de voz y de auspex y comenzaba a hacer retroceder a nuestros asaltantes. Estaba claro que el centro de mando ya no era un buen refugio; incluso si pudiéramos expulsar a los enemigos estaría abierto de par en par, y no me sentía del todo cómodo con la idea de permanecer en un espacio cerrado bajo el asedio de una multitud de locos suicidas. Me volví hacia Broklaw, que parecía más o menos ileso, aparte de un corte en la frente.

—Debería salir fuera —apunté— y reunir a nuestra gente.

—Buena idea —asintió, al parecer sin darse cuenta de que la sangre le caía por la cara—. Si perdemos ahora las comunicaciones con la cuarta y la quinta, nos habrán fastidiado la trampa.

—Los mantendremos fuera —le aseguré, acallando un poco mi conciencia pensando en que al menos alguien lo haría si dependía de mí. Me volví hacia mi ayudante—. Vamos, Jurgen, tenemos trabajo.

—Estoy con usted, señor —respondió, tan flemático como siempre. Saqué mi espada sierra y comencé a abrirme paso hacia la puerta, dando gracias a lo que fuera que hacía que aquellos fanáticos de Khorne se abalanzaran sobre uno blandiendo armas blancas y gritando como posesos en vez de disparar como haría cualquier oponente inteligente, mientras abatía a alguno que otro siempre que se me presentaba la oportunidad. Aunque, para ser sincero, eso no ocurría a menudo. Era evidente que Kasteen estaba disfrutando la oportunidad de ensuciarse las manos por una vez, en lugar de dirigir operaciones a distancia a través de una cadena de subordinados, disparando alegremente con su pequeña pistola de rayos como si estuviera acumulando premios en una de las barracas de la feria. Los proyectiles explosivos estaban acabando rápidamente con los soldados herejes a pesar de sus armaduras, dejando las paredes decoradas con diseños abstractos que no me apetecía mirar muy de cerca.

—¿No hay bastantes aquí dentro para usted? —preguntó cuándo Jurgen (que había cambiado a su pistola láser estándar debido al reducido espacio en el que nos encontrábamos y a la gran cantidad de los nuestros que había cerca) y yo pasamos junto a ella. Esbocé mi mejor sonrisa temeraria.

—Sería de mala educación quitarle los suyos, viendo lo mucho que se divierte —bromeé—. Además, a usted y a Ruput se los necesita aquí. —Me hice a un lado para permitirle a Jurgen disparar con más facilidad a un soldado de rojo y negro que atravesaba corriendo la puerta, y me di cuenta, cuando éste cayó abatido, que tras él no venían más.

Kasteen volvió a enfundar su arma, algo decepcionada.

—Lo cual me deja a mí con la misión de evitar que entren más —terminé.

—Supongo. —La coronel se volvió de nuevo hacia el banco de unidades de voz, asimilando ya los informes sobre otros frentes. Algunos de los nuestros habían caído, pero dadas las circunstancias habían sido más bien pocos, y varios de ellos estaban heridos. Broklaw estaba reuniendo a los demás para que volvieran al trabajo.

Mientras recorría rápidamente el pasillo, con Jurgen pisándome los talones, nos cruzamos con un grupo de sanitarios que iba en dirección contraria. Me sentí enormemente aliviado al verlos. Cierto era que llevaban pistolas láser, pero colgadas del hombro, y si eran capaces de responder tan rápido a una llamada de auxilio del centro de mando, quería decir que no eran tan necesarios para ayudar a defender el lugar. Comencé a sentirme más animado.

—¡Comisario! —Un joven cabo nos recibió cuando salimos al exterior, y me cubrí la nariz y la boca con la bufanda sin aminorar el paso (me di un golpe en un lado de la cara con la pistola mientras lo hacía, pero dadas las circunstancias no iba a renunciar a ninguna de mis armas). Su cara me sonaba ligeramente, y tras un instante logré recordar que lo había hecho azotar en Kastafore por comenzar una bronca con algunos civiles por los favores de una prostituta. Rescaté su nombre de las profundidades de mi memoria.

—Albrin —lo saludé, asintiendo, y el muchacho pareció absurdamente complacido de que lo hubiera reconocido—. ¿Quién está al mando aquí?

—Creo que yo, señor. —Señaló vagamente hacia la oscuridad que había más allá de la luz que se filtraba desde la entrada a nuestras espaldas, donde los restos chamuscados y ennegrecidos de la gruesa puerta de metal que solía protegerla ofrecía un mudo testimonio de que no todos los herejes estaban tan cegados por la sed de sangre como para olvidar cómo se coloca una carga explosiva—. Mi sección vio a un grupo de traidores que se dirigían hacia aquí, así que los perseguimos y los pillamos por la espalda.

—Buen trabajo —lo felicité, mientras observaba algunos promontorios en la nieve que probablemente habían sido soldados enemigos hacía unos instantes. Tenía sentido: los fanáticos de Khorne estarían tan concentrados en asaltar el edificio y masacrar a todos los que estaban dentro que probablemente ni se les había ocurrido vigilar su retaguardia, ni siquiera cuando el equipo de Albrin abrió fuego sobre ellos.

El cabo se ruborizó.

—Una vez acabamos con ellos, comenzamos a reforzar la brecha. Parecía lo mejor.

Volví a asentir. Para ser administrativo de intendencia tenía buenas nociones de táctica.

—Así es —dije. Habían comenzado a apilar contenedores de carga y artilugios varios hasta formar una barricada improvisada, que parecía bastante defendible. Traté de encontrar más defensores a través de mi intercomunicador, pero ninguno de ellos tenía un equipo de comunicaciones tácticas, por lo que resultó ser un gesto inútil. Al final tuve que conformarme con informar al centro de mando de lo que estaba ocurriendo.

—¿Se va a quedar con ellos? —preguntó Kasteen

—No —respondí, consciente de que los defensores sólo oirían mi parte de la conversación—. Parecen lo bastante competentes. —Como era de esperar, el pequeño grupo de hombres y mujeres se sintió orgulloso y con fuerzas renovadas—. Avanzaré un poco más para tratar de encontrar un pelotón o dos a los que enviar hacia aquí para ayudarlos. —Aquello no era sólo buen sentido táctico; tenía muchas más probabilidades de evitar al enemigo que si me quedaba en un lugar que era un blanco evidente.

—Buena caza —dijo Kasteen, malinterpretando por completo mis razones, y tras un par de comentarios alentadores a los defensores, Jurgen y yo avanzamos hacia la oscuridad.

Lo cierto era que para entonces la batalla por el complejo no había hecho más que empezar, y el entrenamiento superior y las habilidades de los defensores, combinados con aquel frío que te calaba hasta los huesos, sirvieron para segar a los atacantes como cae el grano al paso de la segadora. Pero en aquel momento, tal y como podrán apreciar, no tenía manera de saberlo, por lo que mis movimientos eran lo más prudentes posible. Tuve tiempo para escanear las frecuencias tácticas, descubriendo entre otras cosas que nuestra trampa en la cúpula había funcionado tan bien como esperábamos, ya que la cuarta y la quinta compañías habían rodeado a su presa y estaban acabado con ella rápidamente, mientras que la nueva compañía de Sulla estaba haciendo, para mi sorpresa y alivio, un trabajo ejemplar defendiendo la ciudad de la depredación de los invasores (aunque no sin algunos daños colaterales, por supuesto).

—Comisario. —Jurgen era poco más que una silueta en aquella noche interminable, aunque mis ojos ya se habían acostumbrado lo suficiente como para distinguirlo sin dificultad. Era un alivio, ya que las bajísimas temperaturas y la bufanda que llevaba sobre la nariz me estaban impidiendo utilizar mi habitual método de localizar a mi fiel compañero en la oscuridad—. Movimiento.

Seguí la dirección que me indicaba, preguntándome por un instante qué sería

aquel chirrido que se oía, hasta que recordé que los motores del transporte de tropas aún funcionaban. Bien, al menos todavía podríamos responder cuando llegara la llamada del general. Pensé que probablemente ésa era la razón principal por la que nuestra base allí había sido atacada. Si la primera oleada había informado sobre la presencia del transporte orbital a sus superiores en la flota invasora, alguien con algo de sentido común, probablemente uno de los marines traidores, se habría dado cuenta de por qué estaba allí.

Sin embargo, no había tiempo para pensar más en ello, ya que el movimiento que Jurgen había detectado comenzó a transformarse en una masa de oscuridad en movimiento que ocultaba las pocas estrellas que podían verse entre los edificios. Al principio pensé que sería un pelotón de soldados, pero a medida que fue avanzando hacia terreno abierto me di cuenta de que era demasiado grande para eso.

—¡Por el Emperador! —exclamé mientras comenzaba a sentir una leve vibración bajo los pies, aparte de oír los tan familiares chirridos y sonidos metálicos que comenzaban a superponerse al penetrante ruido que hacían los motores de los transportes—. ¡Han traído un maldito tanque!

—¿Puede repetir eso? —dijo Kasteen con voz sorprendida.

—Es un Leman Russ —dije—. O al menos es lo que fue. —La familiar silueta había sido deformada con iconos y trofeos que me alegré de no reconocer en la oscuridad que nos rodeaba, así como lo que parecía un trozo de verja que le habían acoplado sin una razón aparente—. Debe de haberles llevado un buen rato descargarlo de la lanzadera.

—Confírmelo. —Kasteen habló con los capitanes de las otras compañías durante unos instantes—. También tienen un par de unidades acorazadas en la cúpula. No hay ninguna en la ciudad, gracias al Emperador.

—Podemos con él, comisario —me aseguró Jurgen mientras sacaba su apreciado melta. Era lo más probable, ya que el arma estaba diseñada para eso, después de todo. El fallo en aquel plan, al menos desde mi punto de vista, era que llevarlo a cabo probablemente atraería la atención de su tripulación, lo cual desembocaría posteriormente en una lluvia de proyectiles pesados provenientes de la nave más cercana.

Me libré de tener que encontrar una razón convincente para seguir agachados por una súbita intervención a nuestra izquierda, donde un pelotón de valhallanos salió de su escondite sin avisar para descargar una salva de rayos láser, que resultó inútil, contra el casco de metal. El motor rugió y la torreta giró, apuntando con el cañón principal.

—¡Oh, a la mierda! —exclamé, cuando una ráfaga de munición pesada comenzó a agujerear la nieve a nuestro alrededor, haciendo boquetes en los edificios antiaéreos y provocando un enorme desastre con todo lo que nos rodeaba—. Dispare, maldita sea.

—Realmente era nuestra mejor opción de sobrevivir, ya que no había manera de poder escapar sin que nos hicieran pedazos.

—Muy bien, señor. —Jurgen apretó el gatillo apuntando al flanco, donde la coraza era más fina, y los idiotas que habían atacado en primer lugar empezaron a vitorear salvajemente (al menos los que no estaban agonizando, desangrándose sobre la nieve). La onda de plasma recalentado atravesó los bordes laterales haciendo pedazos las ruedas, y el leviatán metálico se detuvo con un chirrido del motor.

—¡Venga, soldados! ¿Es que queréis vivir para siempre?

Pensé que el que estaba al mando del escuadrón, que no era un oficial, debía de estar drogado o algo así. Nadie hablaba de ese modo fuera de las novelas baratas de guerra. Sin embargo, pareció funcionar: con un aullido propio de una *banshee*, todos ellos se levantaron y echaron a correr, abalanzándose sobre aquella cosa e intentando abrir las escotillas para lanzar granadas de fragmentación al interior.

Buena suerte, pensé. La torreta volvió a girar, como si estuviera intentando sacudírselos de encima, pero después me di cuenta de que estaba tratando de apuntar hacia algún lugar. Miré a mi alrededor y vi el lateral del transporte de tropas.

—¡Jodida disformidad! —exclamé—. ¡Están apuntando a la nave de transporte! —Comencé a agitar los brazos, haciéndoles señas a los soldados que aún se agolpaban sobre el maltrecho tanque—. ¡Apártense!

Jurgen no podía volver a disparar con todos aquellos idiotas en medio, y si los traidores conseguían disparar a aquella distancia, harían un blanco seguro en la nave orbital. Intenté hacerme una idea acerca de la magnitud de la consiguiente explosión si conseguían penetrar en el casco, y fui incapaz; lo único de lo que estaba seguro era de que quedaría poco del complejo y yo sería una pequeña nube de vapor a la deriva.

No había manera de evitarlo. Cogí a Jurgen por el cuello de la camisa y comencé a correr hacia la nave, cambiando frenéticamente de frecuencia en mi intercomunicador para encontrar la del piloto[85].

—¡Despegue ahora mismo! —exclamé.

—¿Puede repetirlo? —Al menos el piloto estaba conectado, pero parecía desconcertado—. ¿Con quién hablo?

—Con el comisario Cain —dije, con una ligera carraspera provocada por el frío—. Están ustedes en grave peligro. ¡Despegue ahora mismo!

Era incluso peor de lo que pensaba. La rampa principal de carga estaba extendida y de ella salía una cálida luz amarilla. Si el tanque traidor conseguía disparar a ese punto, no habría ninguna esperanza de que el casco detuviera el proyectil. Redoblé mis esfuerzos, y tras lo que me pareció una eternidad arrastrándome por la nieve traicionera, aunque probablemente no hubieran transcurrido más que unos pocos segundos, al fin sentí la solidez del metal bajo mis pies. Jurgen, por supuesto, no se encontró con tantas dificultades y me había superado con facilidad. Al volverme para

mirar atrás ya estaba en los controles, pulsando la runa de cierre con los dedos.

La rampa comenzó a elevarse con un zumbido chirriante, sacando de mi campo de visión aquel mortífero cañón de batalla. Lo último que vi del tanque fue a los valhallanos que lo habían asaltado dispersándose, aparentemente tras haber encontrado un lugar vulnerable en el que colar una granada. Si tuvo algún efecto o no, lo desconozco, ya que una súbita sacudida bajo mis pies me hizo caer de rodillas.

Para bien o para mal, ahora estábamos en el aire, y Jurgen y yo nos dirigíamos a el Emperador sabe dónde. Sin embargo, si hubiera sabido cuál era nuestro destino y lo que encontraríamos allí, probablemente hubiera cargado yo mismo contra el tanque sintiéndome la mar de afortunado.



Nota editorial:

En este punto nos encontramos una vez más con que debemos recurrir a otras fuentes para apreciarlo todo con más perspectiva. La primera al menos resulta legible.

La segunda resulta tan nefasta como el resto de las patadas de Sulla al lenguaje gótico, pero la he incluido con el fin de conocer lo que estaba pasando en el resto del regimiento mientras Cain estaba ocupado en otros asuntos. Ya que Tincrowser hace un buen resumen de los hechos, los lectores que posean una refinada sensibilidad pueden saltársela si lo desean, aunque sí que nos proporciona un relato de primera mano de un aspecto del conflicto que él, junto con muchos adumbrianos y desconocía hasta hoy.

De *Sablist en Skitterfall: una breve historia de la incursión del Caos,* por DAGBLAT TINCROWSER, 957.M41.

Mientras el acorazado enemigo proseguía sus ataques contra la flotilla de naves mercantes y la desafiante *Indestructible*, que parecía ser lo único que se interponía entre ellas y una destrucción segura, las naves de transporte que quedaban permanecían en órbita, dejando caer su carga de traidores y herejes sobre el planeta que había debajo.

Muchos de los defensores asediados todavía albergaban esperanzas de que la poderosa nave imperial interviniera, pero ésta permaneció inamovible. Realmente no podía hacer mucho más por el momento, ya que lanzarse a la persecución de un puñado de objetivos dispersos no haría más que exponerla a las armas enemigas. Además, también había que tener en cuenta a las naves mercantes, que debían sumar más de mil, y que estaban indefensas ante el depredador que se les estaba acercando.

A pesar de que nadie estaba dispuesto a admitirlo, la protección de las naves mercantes era la principal prioridad del acorazado. Iban a necesitarlas si ocurriera lo peor y fuera necesaria una evacuación, así que debían ser defendidas, mientras que las naves de transporte, que ya estaban vacías al haber tenido éxito en su vil propósito, no representaban una amenaza real.

Sin embargo, todavía se puede apreciar la frustración que sintió la tripulación de la *Indestructible* y el miedo de las tripulaciones mercantes a medida que el leviatán del Caos se acercaba.

Si el combate espacial se había convertido en un juego de esperas, la batalla por el planeta había llegado a su punto álgido. Los invasores habían atacado en casi todas

partes a la vez, concentrando una considerable proporción de sus tropas contra la capital, como era de esperar.

Skitterfall se convirtió en un tétrico campo de batalla en el que la Guardia y la FDP luchaban por el control de las calles contra lo que parecía una avalancha interminable de herejes fanáticos, cuyo único imperativo parecía ser causar tanta muerte y destrucción como fuera posible. Daba la impresión de que no hacían distinción entre soldados y civiles, y se abrieron paso hasta el centro de la ciudad masacrando a unos y a otros, mientras los valientes defensores se retiraban para reagruparse en los suburbios de la zona norte. Allí la lucha se tornó más encarnizada, ya que los aliados de los invasores salieron de sus escondrijos para crear aún más confusión.

Y este patrón se repetía por todo Adumbria. En la zona fría aparecieron renegados que habían permanecido escondidos, decididos a obstaculizar la defensa de Glacier Peak, a pesar de que los valhallanos los superaron tan fácilmente como lo harían los mismos invasores.

En la zona cálida, los tallarnianos estaban en graves apuros, igual que antes, a pesar de la falta de objetivos claros de valor estratégico, ya que sus rudos jinetes tenían que acudir al galope en auxilio de los habitantes de las dispersas aldeas del desierto. Y a lo largo de toda la zona sombría, la batalla para limpiar el suelo de nuestro planeta natal de la contaminación de los impuros seguía igual.

De *Como un fénix sobre el ala: Las primeras campañas y gloriosas victorias del 597.º valhallano,*
por la general Jenit Sulla (retirada), 101 M42.

A pesar de la apariencia imperturbable que tanto me esforcé por mostrarles a mis subordinados, estoy segura de que mis lectores comprenderán fácilmente la inquietud que sentí ante la advertencia de la coronel. Apenas había tenido tiempo para hacerme a la idea de mi repentino e inesperado ascenso, por no hablar de llegar a conocer a mis subordinados más allá de lo que habían sido hasta ahora: simples conocidos de la sala de oficiales. Sin embargo, todos éramos soldados de la Guardia, los mejores y más nobles ejemplares de la humanidad, así que confiaba plenamente en sus habilidades, y por mi parte estaba decidida a brindarles la clase de liderazgo que merecían mujeres y hombres tan heroicos.

En los pocos minutos de los que dispuse antes del ataque enemigo revisé la disposición de las distintas secciones bajo mi mando en la pantalla táctica del

Chimera de la compañía, y la rutina me resultó reconfortante y familiar. De hecho, si no hubiera sido por la información adicional y los enlaces de voz que me rodeaban, casi podría haber pensado que estaba de vuelta al mando de mi vieja compañía.

Comprobé con gran alivio que nuestras unidades estaban respondiendo bien a la alerta, los oficiales al mando eran tan eficientes como se podía esperar, y al observar la imagen del hololito no me cupo duda de que estábamos todo lo preparados que se podía estar para enfrentarnos a la amenaza hereje. Todo lo que podíamos hacer ahora era esperar que sus lanzaderas aterrizaran y movernos tan rápido como pudiéramos para contenerlos.

No tuvimos que esperar mucho tiempo. En cuestión de segundos escuché el chirrido de sus motores, incluso a través del grueso casco blindado del Chimera, un ruido que finalizaría poco tiempo después con el impacto de su aterrizaje sobre el hielo. Al menos una lanzadera no regresaría a la nave llena de alimañas de la que procedía, ya que tuvo la mala suerte de volar sobre las cabezas de la tercera compañía, que le dieron una bienvenida tan calurosa como podría esperarse con la potencia de fuego combinada de sus armas pesadas y los cañones de rayos de sus Chimera.

—Ha caído y está en llamas —informó el teniente Roxwell, incapaz de ocultar la satisfacción de su voz, y dadas las circunstancias no pude reprochárselo. Incluso antes de que pudiera dar la orden, comenzó a mover a sus escuadrones para rematar a los supervivientes, de los cuales había más de lo esperado. Al igual que los que nos habían atacado con anterioridad, lucharon como si estuvieran poseídos, sin prestar atención a su propia seguridad o a las nociones tácticas básicas. La batalla se volvió sangrienta, pero su exceso de confianza era nuestra mejor baza, aparte de nuestra fe en el Emperador, por supuesto, y no pasó mucho tiempo antes de que nuestra superior habilidad y nuestro espíritu de lucha comenzaran a notarse.

La segunda lanzadera aterrizó a unos dos kilómetros de distancia, cerca de las minas, pero ya nos habíamos anticipado y la primera compañía los estaba esperando, lista para darles el recibimiento sangriento que tanto merecen todos los que se atreven a levantarse en armas contra el Emperador, y que siempre reciben. Sin embargo, cargaron ferozmente y nuestras líneas cedieron terreno en algunos puntos, permitiéndoles penetrar en la ciudad antes de que la cuarta compañía pudiera acudir en ayuda de aquellos valientes guerreros de la primera.

Así sucedió que nos encontramos cara a cara con dos hordas de fanáticos provenientes de direcciones opuestas que iban arrasando Glacier Peak a su paso, disparando indiscriminadamente a los soldados de la Guardia, a los pretorianos de los escuadrones antidisturbios y a ciudadanos desarmados por igual. De hecho, algunos incluso parecían preferir la masacre de víctimas inocentes antes que enfrentarse a nuestras pistolas, de tan cobardes como eran.

Era el momento de llevar a cabo una iniciativa atrevida, por lo que ordené a mis

unidades desocupadas que consolidaran sus posiciones alrededor de mi vehículo de mando en la plaza de la ciudad, donde podríamos enfrentarnos a las ofensivas gemelas del enemigo a la vez y al mismo tiempo mantenerlas separadas. Y es que si se encontraban y se mezclaban, la horda resultante habría sido capaz sin duda de causar más daños que por separado. Nos asistieron dos circunstancias imprevistas; la determinación del enemigo, que primero permitió que la primera y la tercera compañías lo flanquearan y lo acosaran a lo largo de todo el camino, y la inesperada intervención del culto clandestino, al que llevábamos tratando de suprimir desde que llegamos a Adumbria.

Valdría la pena recordar que, tal y como había señalado el comisario Cain en primer lugar, los invasores y los insurgentes contra los que habíamos estado luchando antes de su llegada parecían estar adscritos a poderes caóticos rivales, y esto quedaría confirmado de la manera más inesperada, ya que diversos grupos de civiles armados salieron a la calle para acosar a los invasores. Me complace informar que nuestros hombres y mujeres no hicieron distinción entre ellos, disparando a este tipo de herejes nada más verlos con el mismo entusiasmo que a los soldados de infantería de uniforme rojo y negro. Pero los insurgentes nunca actuaban en consecuencia, ya que estaban más concentrados en matar a los seguidores de sus odiados rivales, incluso mientras caían abatidos por los rayos láser de la Guardia. Por mi parte, debo decir que me sorprendió lo inamovible de su determinación, que tomé como una prueba de lo perturbados que estaban aquellos que decidían apartar la vista de la luz del Emperador.

Sin embargo, sirvieron a un noble propósito, a pesar de lo infame y corrupta que era su alma, ya que su intervención aceleró sin duda la inevitable victoria de los héroes a los que tenía la suerte de dirigir.

Aunque me arriesgo a parecer presuntuosa, debo decir que mi estrategia funcionó: los dos brazos de la fuerza invasora se encontraron con nuestro sólido centro y fueron repelidos con éxito. Al ser incapaces de atravesar nuestras defensas, a las compañías primera y tercera, que iban tras ellos, les resultó fácil rodearlos, ya que se valieron de la movilidad superior que les proporcionaban los Chimera, y los aniquilaron por completo en muy poco tiempo.

Debo admitir que nuestra increíble buena suerte quiso que todos los invasores que atacaron Glacier Peak fueran a pie, mientras que muchas otras de sus unidades llevaban vehículos propios. De hecho, el grupo que asaltó nuestra base llevaba como apoyo un carro de combate, al que el comisario Cain inutilizó con una sola mano durante su inspirado liderazgo de nuestras tropas en aquel lugar, y la fuerza principal, que fue recibida por el grueso de nuestras tropas, llevaba un par de tanques y un puñado de transportes blindados. Estos últimos fueron inutilizados en poco tiempo por la cuarta y quinta compañías, que habían ocultado sus equipos de armamento

pesado para tender una emboscada antes de que los traidores aterrizaran. Además, me complace informar de que su victoria no fue menos completa que la nuestra, a pesar de que en ambos bandos el número de tropas era superior.



DIECISÉIS

La vida es un viaje. La lástima es el destino.

Argun Slyter, Bueno, ¿y qué esperabas?
Acto 2, escena 2

Tal alivio sentí por habernos librado de una muerte segura que durante unos instantes no pude hacer otra cosa más que recobrar el aliento, desplomándome sobre el frío suelo de metal de la bodega de carga mientras la nave seguía aumentando su velocidad de ascenso. Sin embargo, apenas tuve tiempo para meditar sobre ello, ya que mi intercomunicador estaba lleno de voces que exigían saber qué disformidad estaba sucediendo.

—Estamos a bordo de la nave de transporte —le dije a Kasteen tan rápido como pude, consciente de que mi intercomunicador personal de corto alcance no podría mantener el contacto con ella durante mucho más tiempo—. Era el único modo de ponerlo a salvo. —Y a mí mismo, por supuesto, cosa que, debo admitir, era mi máxima prioridad.

—Es mejor que sigan en el aire —nos aconsejó—. Las cosas todavía están algo candentes por aquí. —Más tarde descubriríamos que la batalla que estaba teniendo lugar bajo nuestros pies estaba a punto de terminar, pero en aquel momento nadie contaba con la ventaja de la visión retrospectiva, y la discreción parecía la línea de acción más prudente. El transporte y los soldados que iban a bordo eran una parte vital de la estrategia defensiva de Zyvan, y perderlo ahora, después de haber conseguido escapar a la destrucción por tan poco, hubiera sido vergonzoso, por decir algo.

Pueden estar seguros de que me alegré de seguir ese consejo, ya que los traidores no se habían preocupado de traer apoyo aeroespacial, por lo que todo lo que volaba, salvo sus lanzaderas, nos pertenecía; un hecho que los pilotos de caza de la FDP no parecían agradecer demasiado, ya que disfrutaban enormemente a costa de las pesadas lanzaderas y, como era de esperar, se quedaron sin objetivos demasiado

pronto, con lo cual se dedicaron a ametrallar a los traidores que avanzaban por tierra con no menos entusiasmo.

—Eso sería lo mejor —admití, con tanta reticencia como me fue posible fingir—, aunque debo reconocer que es bastante fastidioso estar sentado en el banquillo mientras ustedes hacen todo el trabajo.

Kasteen soltó una risita.

—Estoy segura de que el general supremo no tardará en encontrar algo que lo mantenga ocupado.

Tal cortesía me hizo perder el buen humor, pueden estar seguros; hasta aquel momento había estado demasiado preocupado por sentirme aliviado al haber escapado de la peor parte de la lucha como para pensar en lo que vendría después, pero, por supuesto, ella tenía razón. En cualquier momento viajaríamos hacia una zona en conflicto. Bueno, no tenía sentido torturarse con aquello, sencillamente tendría que afrontar las cosas tal y como vinieran, como siempre hacía, y confiar en mi aguzado instinto de supervivencia una vez llegáramos allí.

El piloto todavía seguía parloteando por otro canal, exigiendo saber qué estaba pasando exactamente, así que lo siguiente que hice fue responderle, aunque sólo fuera para que se callara.

—Manténgase en el circuito de espera por ahora —dije—. Estoy de camino hacia la cubierta de vuelo para informarle. —No es que necesitara verlo en persona, por supuesto, pero estaba muy incómodo en la bodega de carga, y además tenía que volver a sintonizar mi intercomunicador para utilizar el sistema de voz de la nave y transmitir desde allí en vez de usar el del cuartel general, que estaba perdiendo la señal rápidamente. Esto hizo que se sintiera importante, cosa que siempre resulta útil a la hora de conseguir lo que quieres de la gente.

Como era de esperar, mi presencia en la nave causó una tremenda impresión en los soldados junto a los que pasábamos Jurgen y yo mientras recorríamos los compartimentos de los pasajeros. Las noticias corrían más rápido que nosotros, así que para cuando llegamos al grupo comandado por Detoi, que estaba sentado junto a la cubierta de vuelo, igual que en nuestro memorable descenso a bordo de la *Benevolencia del Emperador*, el capitán nos miraba sonriente.

—Estaba seguro de que no podría resistirse a acompañarnos —dijo, llegando a la conclusión que mi reputación solía fomentar—, así que le guardé un sitio. —Y, de hecho, los asientos que Jurgen y yo habíamos ocupado durante nuestra llegada a Adumbria seguían desocupados (lo cual no resulta tan sorprendente como parece. Los transportes estaban diseñados para llevar a una compañía completa, lo cual en algunos regimientos significa seis secciones en vez de las cinco que el 597.º solía llevar, al menos durante el tiempo que estuve con ellos, y nuestras secciones normalmente se componían de cinco pelotones en vez de los seis que teóricamente

estaban permitidos por la PO y E[86]).

—Muy amable por su parte —respondí con una sonrisa cuidadosamente estudiada, y dejé a Jurgen en uno de los asientos vacantes.

—Así que, ¿adónde nos dirigimos? —preguntó Detoi. Parecía bastante en forma, dadas las circunstancias, pero supongo que la perspectiva de entrar en acción lo había animado. Eso, o el darse cuenta de que se había librado de Sulla para siempre.

—No estoy del todo seguro —admití—. Ahora iba a hablar con el piloto.

La cubierta de vuelo era muy estrecha, por supuesto, y aquélla era la razón por la que había decidido dejar fuera a Jurgen. Aparte de que no quería tener que estar apartando su codo o el melta de mis costillas cada cinco minutos, estar en un espacio pequeño con él ya era un gran reto en el mejor de los casos, y ya estaba acostumbrado, pero, por lo que sabía, podría ser suficiente distracción para el piloto como para hacer que nos estrelláramos contra una montaña o algo así.

—Comisario. —Levantó la vista del panel de madera pulida, que tenía unas runas centelleantes de gran complejidad incrustadas, y ajustó una gran palanca de latón que supuse tenía algo que ver con nuestra altitud, ya que cuando lo hizo sentí como la cubierta se movía ligeramente bajo mis pies—. ¿Qué está pasando?

Lo puse al corriente mientras uno de los tecnosacerdotes que estaban sentados frente a unos paneles laterales le hacía los ajustes necesarios a mi intercomunicador (el otro seguía con las constantes plegarias y encantamientos que al parecer eran necesarios para que los motores siguieran funcionando con suavidad). Cuando terminé mi relato, resistiendo la tentación de adornarlo, ya que sabía por mi dilatada experiencia que una historia sencilla, contada de manera igualmente sencilla, impresiona más a la gente que cualquier gesta heroica, el piloto hizo un gesto de asentimiento.

—Es una suerte que estuviera usted allí —dijo—. Si un proyectil llegara a atravesar la bodega de carga, nos haría papilla a todos, eso seguro. —Se estremeció, desechando la idea—. Aun así, sigo necesitando un destino.

—Será mejor que siga en el circuito de espera —dije, tratando de ganar tiempo. Había pocos objetivos realmente importantes en la zona fría, lo cual significaba que estábamos lo más lejos posible del combate, dadas las circunstancias, y quería prolongar ese momento lo más posible—. Odiaría incomodar al general supremo para que nos enviara a alguna loca persecución.

Por supuesto, fue en ese momento que el destino quiso intervenir. Tan pronto como me puse el intercomunicador de nuevo en la oreja comencé a oír una voz familiar que me llamaba.

—Cain —respondí, todavía tratando de colocarlo.

—Comisario, me alegra oír que sigue usted de una pieza. —La voz se perdió un momento bajo el estruendo de lo que parecía una explosión—. Perdón. Están

tratando de atravesar el puente que está junto al puerto estelar. —Hubo una ráfaga de disparos—. De todos los cuellos de botella de Skitterfall, he tenido que acabar en éste. ¿No resulta irónico?

—Kolbe —dije por fin al reconocer al joven pretor—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Pensé que sería al contrario. Discúlpeme un segundo… —Lo interrumpió un estallido de gritos sin sentido que sonaba como el aullido de batalla de un fanático de Khorne, y que terminó bruscamente con el golpe seco de un poderoso martillo en plena carga y un gorgoteo que no sonaba muy saludable—. Bueno, no va a conseguir la mía… disculpe, comisario, ¿por dónde íbamos?

—Parece tener algún tipo de mensaje para mí —le recordé.

—Ah, sí. El arbitrator Hekwyn me dijo que quería que lo informáramos si veíamos algo fuera de lo normal en la zona del mar ecuatorial. Revisé muy por encima los informes, pero no hay nada inesperado, dado el actual estado de emergencia. Justo estaba empezando con los temas marítimos cuando nos movilizaron aquí para reforzar a la FDP.

—¿Qué temas marítimos? —pregunté, sintiendo una débil punzada de aprensión que comenzaba a abrirse camino por mi columna vertebral. También me picaban las palmas de las manos, cosa que siempre era mala señal.

—Hay bastante movimiento de barcos en ambos mares —anunció Kolbe, que parecía sorprendido—. ¿No lo sabía?

No se me había ocurrido, ya que había nacido y crecido en una colmena; simplemente había supuesto que los mares eran grandes extensiones abiertas de agua, sin una utilidad real, y los deseché como si fueran tierra muerta. Pero, por supuesto, ya que ambos estaban situados entre la zona fría y la cálida, especialmente el ecuatorial, que estaba justo enfrente de Skitterfall, y los cargamentos más grandes no se trasladaban por aire o en vuelos suborbitales. En pocas palabras, los habitantes de Adumbria utilizaban barcos, y eso quería decir que los brujos podían ir a donde necesitaran para completar sus planes sin apenas ningún problema.

—¿Me puede transferir los últimos archivos de datos? —pregunté, dirigiéndome apresuradamente hacia el compartimento de pasajeros y quitándole la placa a Detoi, que se sobresaltó. Afortunadamente, el joven Kolbe no estaba demasiado ocupado matando herejes como para transmitirme la información, así que ésta comenzó a desplazarse por la pantalla con una rapidez asombrosa.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó el capitán.

—Cualquier anomalía —le dediqué una sonrisa atribulada—. No es de mucha ayuda, lo sé.

—Si está ahí, lo encontraremos —me prometió Detoi, y comenzó a revisar la lista con la ayuda de su subalterno. Yo volví a toda prisa a la cubierta de vuelo y le di un

golpecito en el hombro al muchacho que me había ajustado el intercomunicador.

—Necesito un canal directo con el despacho del general supremo —le dije. Para mi gran sorpresa no discutió, e introdujo los códigos prioritarios que le había dado como si fuera una operación puramente rutinaria.

—Ciaphas —me saludó Zyvan con el tono ligeramente abstraído de un hombre que espera que no le des malas noticias porque ya tiene bastantes de las que preocuparse—, he oído que ha secuestrado una de mis naves de transporte.

—Es una larga historia —le respondí—, pero creo que podríamos necesitarla. Hay barcos en el mar ecuatorial. Los brujos podrían utilizar uno para llegar al lugar que necesiten y completar el patrón del ritual.

—Lo crea o no, eso ya se nos había ocurrido —dijo Zyvan—, pero Malden dijo que no funcionaría. Tiene que haber algún tipo de conexión física con la superficie sólida del planeta. Cosas de psíquicos. —Su voz sonó divertida por un momento—. Me temo que esta vez está soplando en la flauta equivocada.

—Si usted lo dice —repliqué sin mucha convicción. El patrón era demasiado perfecto, y confiaba en mi paranoia; después de todo, me había mantenido vivo hasta ahora.

El tono de voz de Zyvan se volvió más duro.

—Pues sí. Nuestra prioridad más inmediata debe ser la defensa de la capital. Los voy a convocar a todos ustedes, y a las compañías de reacción rápida de los tallarnianos y los kastaforeanos, y también voy a enviar un escuadrón de tanques del 425.º blindado. Si se pueden desplegar por detrás de los invasores y cortarles el paso podremos ponerle fin a esto.

—Hasta que los de Slaanesh vuelvan a levantar a su demonio de nuevo y terminen de hacer lo que fuera que estaban haciendo con las corrientes de la disformidad —repuse. Todavía no tenía ni idea de lo que podía ser, y probablemente fuera lo mejor, pero estaba bastante seguro de que eso sería nuestro final, en cualquier caso—. No me puedo creer que sencillamente vaya a hacer caso omiso de esa posibilidad.

—Por supuesto que no voy a hacer caso omiso. —El general supremo comenzaba a sonar frustrado—. Pero todavía no tenemos nada que nos permita continuar. Una vez lo tengamos, los derrotaremos. Pero soy un soldado, no un maldito inquisidor. ¡Sólo puedo luchar contra los enemigos que veo!

Realmente no podía discutírselo. Después de todo era su ejército, y estaba claro que estábamos de lunáticos de Khorne hasta las orejas. Y después de todas esas semanas desenmascarando a los enemigos ocultos, probablemente él no fuera el único que se sentía algo aliviado de tener por fin un objetivo al que disparar.

—Transmita las coordenadas —le pedí—. Nuestro piloto se pondrá en camino.

Volví a mi asiento sorprendentemente preocupado. Por un lado, la misión parecía bastante sencilla, y nunca había tenido problemas para disparar a los enemigos por la

espalda. De hecho, lo prefiero: es más seguro. Pero no podía quitarme de encima la sensación de que el peligro real estaba en otra parte, y si no tomábamos pronto la iniciativa, jamás tendríamos la oportunidad.

—¿Qué es una draga de minerales? —preguntó Detoi, levantando la vista de la placa de datos, en la que todavía revisaba los informes que le había dado.

—No tengo ni idea —respondí—. En las colmenas no tenemos de eso, seguro.

—Ni en los mundos helados —afirmó el capitán. Se puso a trabajar durante un instante, revisando los informes acerca de las costumbres y la cultura locales que yo no había tenido interés alguno en leer a bordo de la nave de desembarco—. Oh, esto es interesante. Son plantas procesadoras flotantes que recogen depósitos de mineral del fondo del océano y los procesan in situ. Aparentemente lo pueden hacer aquí porque los mares son muy poco profundos.

—Contacto físico con la superficie del planeta —dije, notando como un miedo incontrolable me recorría la espina dorsal.

Detoi asintió.

—Supongo, al menos técnicamente… —Dejó de hablar cuando vio mi expresión.

—¿Qué le llamó la atención sobre las dragas? —le pregunté con toda la calma que pude.

—Los arbites captaron una llamada de socorro desde una de ellas, más o menos cuando empezó la invasión. Dadas las circunstancias, no tuvieron tiempo de acudir.

—Muéstremelo —dije.

La transmisión había sido corta y la habían interrumpido bruscamente, pero el que estaba al otro lado del canal de voz había tenido tiempo de mencionar algo a cerca de piratas antes de que la comunicación se interrumpiera. Señalé la transcripción.

—¿Lo ve? Piratas. Ni soldados ni invasores. O bien alguien los abordó, o hubo un motín entre la tripulación.

—Ya veo. —Detoi asintió lentamente—. Podría referirse a los adoradores con los que estuvimos luchando antes. —Se encogió de hombros—. A menos que realmente fueran piratas que quisieran saquear el lugar.

—Ese tipo de cosas no pasan en Adumbria —señalé—. ¿Adónde irían a vender el mineral? Sólo hay un puerto estelar, y suele estar muy controlado. —Encontré las coordenadas desde donde se había enviado el mensaje de socorro y noté un cosquilleo más fuerte de lo normal en las palmas de las manos. Estaban justo en la parte opuesta a Skitterfall. Justo donde Malden había dicho que tendría que tener lugar el ritual final si los brujos culminaban con éxito sus malvados planes.

Di un golpecito en el intercomunicador y contacté con el piloto.

—Cambiamos de rumbo —dije—. Aquí tiene las nuevas coordenadas. —Esperaba que discutiera, pero era evidente que había tenido contactos con la Guardia las

suficientes ocasiones como para saber que la autoridad de un comisario es incluso superior a la de un general supremo[87]. Tras una breve confirmación, noté el sutil cambio en mi oído interno que me indicaba que la nave estaba dando la vuelta. Jurgen, que tenía el rostro ceniciento, tragó con fuerza.

—Anímese —le dije—. Estaremos en tierra antes de lo que cree. —Y enfrentándonos a una de las experiencias más terribles de toda mi vida. Pero en aquel momento, por supuesto, no tenía ni idea.



DIECISIETE

Si buscas problemas, seguro que los encuentras.

GILBRAN QUAIL,
Ensayos Reunidos.

Si han estado leyendo estas memorias con algo de atención, probablemente estén pensando que esta aparente buena disposición mía para meterme directamente en la boca del lobo es algo atípica, por decir algo. Bueno, quizá lo sea. Pero mi opinión era que, fuera lo que fuese lo que tramaban los seguidores de Slaanesh, era la verdadera amenaza, y dejar sueltos a unos cuantos *berserker* locos y demasiado sedientos de sangre como para utilizar tácticas inteligentes o disparar sus armas la mitad del tiempo era poco más que una distracción. Y, como he dicho antes, sabía por amarga experiencia que la única manera de luchar contra la manipulación de la disformidad era entrar allí directamente, antes de que los brujos, o lo que estuviera detrás de todo aquello, tuvieran tiempo de terminar lo que habían empezado.

Así que, aunque estaba tan aterrado como era de esperar, lo oculté con la facilidad de un farsante experto, y pensé que, si bien la idea de enfrentarme a la brujería era tremendamente aterradora, las consecuencias de no hacerlo serían mucho peores. Como venía pasando a menudo en mi vida, todo se reducía a elegir la línea de acción que ofreciera las mayores garantías de salir de allí con vida, aunque el riesgo inmediato fuera enorme.

Además, tenía a toda una compañía de soldados de la Guardia para esconderme detrás, así como la tremenda habilidad de Jurgen para fastidiar a cualquier fuerza oscura que estuviera a punto de ser liberada, de modo que los hados parecían estar de mi parte.

Y si resultaba no ser así, al menos tenía una nave capaz de entrar en órbita.

Por lo general, pensé, sería muy cortés hacerle saber a Zyvan que a su plan de desbaratar la invasión le iba a faltar una compañía, después de todo, pero cuando traté de contactar con él por el canal de voz me atendió uno de sus ayudantes.

—El general supremo no está disponible —me informó, con el tono inconfundible de un hombre que hace todo lo posible por ser un incordio—. Ha ido a inspeccionar las posiciones de vanguardia.

—Bueno, conécteme con su intercomunicador —solicité.

El ayudante dejó escapar un gran suspiro.

—Nuestras órdenes son mantener silencio en el canal de voz. Si el enemigo averiguara su paradero…

—Bien —anoté mentalmente que averiguaría exactamente con quién había estado hablando para hacerle la vida especialmente desagradable tan pronto como tuviera la oportunidad—, entonces póngame con Malden.

Afortunadamente, el joven psíquico aún estaba en el cuartel general, y oír su típico tono de voz cortante me resultó sorprendentemente tranquilizador. Si alguien de entre el personal del general supremo podía comprender el peligro al que nos enfrentábamos, ése era él.

—Comisario —hizo una pausa—, supongo que esto no es una llamada social.

—He encontrado el cuarto emplazamiento para el ritual —dije sin preámbulos—. Es una draga de minerales en medio del mar ecuatorial. Estoy desviando una nave llena de soldados hacia allí en este mismo momento.

—Una draga. —Su tono de voz era tan neutro que por un momento pensé que no me había creído y que estaba a punto de decirme que no perdiera el tiempo—. No tenía conocimiento de que los adumbrianos las utilizaran. Pero claro, nadie les cuenta nunca nada a los Adepta Astratelepática. —Dejó escapar un gran suspiro—. Eso cambia bastante las cosas.

—¿Así que el ritual se podría realizar en una de ellas? —pregunté.

—Sin ninguna duda. —Su voz sonó inusualmente intranquila—. Tan sólo puedo pedirle al Emperador que llegue usted allí a tiempo.

Estoy seguro de que coincidirán conmigo en que no era la cosa más reconfortante que podría haber dicho.

—¿Hay un límite de tiempo? —quise saber.

—Es probable. —Todo rastro de emoción estaba desapareciendo nuevamente de su voz, como si se hallara inmerso en el problema que nos ocupaba—. Mis colegas y yo hemos estado analizando el patrón de la disformidad y el cronometraje de los cambios anteriores. Es muy posible que el siguiente y último tenga lugar en las próximas horas.

—Ah, bien —asentí, preguntándome si debería decirle al piloto que saliera ahora al espacio, trasladarnos a una nave mercante apta para la disformidad, y terminar con todo aquello. Pero se suponía que había un acorazado enemigo ahí arriba, o eso había oído, así que tampoco me parecía la opción más segura. Era mejor ceñirse al plan que ya teníamos, al menos por ahora—. Entonces no hay prisa.

—Al menos de momento —replicó secamente.

—Debemos informar de inmediato al general supremo —le urgí.

—Estoy de acuerdo. Por desgracia no dispongo de ningún medio para contactar con él. —Parecía ligeramente divertido—. Sin embargo, intentaré convencer a uno de sus ayudantes para que le haga llegar un mensaje. Pueden llegar a ser de lo más complacientes si se les habla en el tono correcto. —Teniendo en cuenta lo nerviosa que se ponía la gente con los spooks, no me cabía duda.

—Lo dejo en sus manos, entonces —dije, y me preparé para una larga y tensa espera.

En el cielo que se veía más allá del cristal blindado de la ventana de la cubierta de vuelo estaba anocheciendo, y en lo alto las estrellas se tornaban mientras el color se iba haciendo gradualmente más brillante, desde el habitual tono negro azulado, pasando por el morado, hasta un azul grisáceo que me recordó al momento anterior al amanecer en cualquier hermoso planeta normal, con un ciclo día-noche como corresponde.

Sólo las estrellas más brillantes seguían siendo visibles por encima de nuestras cabezas. Si hubiéramos estado en el hemisferio opuesto podríamos haber visto muchos más puntos de luz, titilando como las chispas de una fogata mientras el sol invisible se reflejaba en los cascos de los cientos de naves espaciales en órbita (al menos si uno se alejaba de las farolas de Skitterfall), pero allí sólo había un puñado de estrellas de verdad brillando en el cielo.

Aparté de mi mente, no sin dificultad, la lucha que estaba teniendo lugar en la cara opuesta del planeta. Allí, donde lo único que se movía eran las olas de las frías y grisáceas aguas que teníamos debajo, era difícil creer que estaba teniendo lugar una enorme carnicería a unos miles de kilómetros de donde estábamos.

Había estado escuchando parte de las comunicaciones, y no sería exagerado decir que la cosa pintaba mal. El contraataque de Zyvan había conseguido parar el avance de la fuerza invasora principal, metiendo una cuña en su corazón y dispersándolos, y todo a pesar de nuestra ausencia, pero, aunque parezca increíble, los adeptos de Khorne se habían repuesto y estaban librando una última y encarnizada batalla a la desesperada que parecía que se iba a convertir en algo muy sangriento. Varios informes sueltos hablaban de un gigante con armadura que los lideraba, así que al menos otro marine del Caos había conseguido llegar ileso a la superficie, y no envidiaba a quien le hubiera tocado ocuparse de él[88].

También había averiguado, mientras cotilleaba, que Beije había acudido a la batalla junto con la compañía tallarniana que se había sumado al asalto, sin duda predicando perogrulladas de santurrón y metiéndose en medio de los hombres mientras luchaban, y no pude evitar preguntarme cómo habría reaccionado si hubiera tenido que enfrentarse cara a cara con el marine corrompido, cosa que, tras sus

comentarios insidiosos acerca de mi encuentro con el otro, habría sido por lo menos justicia poética (por supuesto, jamás ocurrió; aunque de haber sido así, sin duda las cosas hubieran funcionado con menos alborotos y molestias).

—Ahí está —señaló el piloto, y pude distinguir un brillo metálico y un atisbo de solidez en aquella masa de agua en constante movimiento que teníamos debajo. Había permanecido en la cubierta de vuelo un buen rato, tratando (sin éxito hasta el momento) de ponerme en contacto con Zyvan a través del intercomunicador e intercambiando mensajes con Malden acerca de lo que podríamos esperar encontrarnos cuando aterrizáramos (finalmente llegamos a la conclusión de que «tus suposiciones son tan buenas como las mías»).

Si he de ser sincero, lo hacía simplemente para mantener la mente ocupada en vez de quedarme sentado dándole vueltas, pero también tenía la ventaja de mantenerme apartado de Jurgen. El vuelo prolongado le había afectado al estómago, y a pesar de que había conseguido no echar su última comida hasta ahora, prefería no correr el riesgo de estar cerca si su fuerza de voluntad flaqueaba.

—Aterrizaremos en cinco minutos.

—Ya lo habéis oído todos, cinco minutos —dije a través de la red de mando de la compañía, tratando de pensar en algún texto trillado que sirviera para comunicar tanto aquello como la posibilidad de fracaso.

Me apoyé con displicencia en la jamba de la puerta de la cabina de mando, donde todos los que estaban en el compartimento delantero pudieran verme, y contemplé una fila de rostros tensos y llenos de aprensión.

—Sinceramente, no puedo decirles qué es lo que se van a encontrar ahí abajo. Pero sí sé que el destino de este mundo probablemente esté en nuestras manos cuando lleguemos allí. —Hice una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Todo lo que puedo decir es que ya me he enfrentado antes a manipulaciones de la disformidad, y aún vivo para presumir de ello. —Una risa nerviosa se extendió por las filas de asientos mientras yo jugaba la baza de mi discreto heroísmo; Cain, el héroe, jamás presumía de sus hazañas, por supuesto.

»Los psíquicos y los manipuladores de la disformidad no deben ser tomados a la ligera —continué—. Pero, según mi experiencia, son mortales, igual que el resto. Todavía no he encontrado a ningún brujo al cual un disparo láser en la cabeza no le haya representado un gran inconveniente. —Más risas, esta vez más fuertes y confiadas. Me sacudí de encima la visión de Emeli, cuyos ojos verdes se llenaron de indignación y sorpresa cuando le disparé, y dudé un instante, perdiendo el hilo—. Que el Emperador os proteja —finalicé, encontrando refugio en un lugar común.

—Estamos en la última fase del descenso —anunció el piloto—. Será mejor que se abroche el cinturón, comisario. —Eché una última mirada hacia atrás, a través de la ventana, y contuve el aliento. La draga era enorme, llenaba todo el cristal, y todavía

estábamos a cierta distancia.

Ignorante de mí, había esperado algo parecido a un trasatlántico convencional, quizá algo más grande, ya que después de todo tenían que procesar el mineral que extraían en algún sitio, pero me había equivocado por completo. Surgía de las aguas frente a nosotros como un bloque de viviendas varado, y medía de proa a popa unos dos kilómetros, la mitad de ancho, y varios cientos de metros de alto. Y de repente me di cuenta de que todo eso era sólo la parte que sobresalía del agua, pero que podía tener el mismo tamaño bajo la superficie. Explorar una estructura de esas dimensiones, incluso con una compañía entera de soldados, podía llevar horas, tal vez días…

Bueno, según mi experiencia, los enemigos no eran difíciles de encontrar una vez comenzaba el tiroteo, así que me desentendí de aquel problema hasta que nos tocara afrontarlo y volví a mi sitio dando tumbos, encontrando a Detoi inmerso en una serie de esquemas que había conseguido extraer de los archivos contenidos en su placa de datos[89]. Eché un rápido vistazo a mi pálido ayudante, en cuyo estado no parecía haber cambios, y me incliné para mirarlos.

—¿Dónde cree que estarán? —preguntó Detoi. Observé la desconcertante distribución de los compartimentos, procesadores de mineral y pasillos, tratando de encontrarle algún sentido en mi cabeza.

—No estoy seguro —admití. Por lo que sabía, los cultos herejes tenían tendencia a estar bajo tierra, tanto de manera literal como metafórica, así que algún lugar que estuviera bajo la superficie, quizá en la quilla, parecía una apuesta razonable. Por otro lado, parecía haber un montón de maquinaria ahí abajo, lo cual podría dificultar las cosas, y recordaba vagamente que el agua obstaculizaba de algún modo la brujería[90]. Intenté imaginarme las habitaciones que había encontrado en la cúpula y en la casa de citas, esperando que su distribución me proporcionara alguna pista—. Necesitarán algún lugar grande, amplio y de techos altos.

—No ayuda a acotar mucho la búsqueda —dijo Detoi, pensativo—. Están los hangares, cerca de la plataforma de la lanzadera en las cubiertas superiores, unas cuantas salas de recreo, una capilla para los tecnosacerdotes, muelles de carga para las embarcaciones al nivel del agua, y algunas de estas plantas de procesamiento son enormes.

—Elimínelas, y también los hangares y los muelles de carga —dije—. Al menos por ahora. Las habitaciones que vi en ocasiones anteriores eran grandes, pero no tanto.

Detoi asintió.

—Aun así nos queda mucho terreno que cubrir —apuntó.

No podía discutírselo.

—Bueno, tendremos que confiar en que el Emperador nos haga llegar una señal

—repliqué, con menos sarcasmo de lo habitual.

—Prepárense para el aterrizaje —avisó el piloto, y todos a mi alrededor se pusieron tensos ante la inminencia del impacto, sacando sus armas y preparándose para desplegar sus redes de aterrizaje. Jurgen acunaba su melta como un niño su juguete favorito, más contento de lo que había estado en horas. Los motores traseros se pararon de repente, lo cual hizo que mi columna vertebral se comprimiera con aquel brusco bajón de velocidad, y un fuerte ruido metálico recorrió el casco—. Ya estamos en tierra —añadió innecesariamente.

—Tercera sección, despliéguense y aseguren el perímetro —ordenó Detoi, eligiendo a la unidad que más cerca estaba de la rampa de carga. Lustig respondió con voz calmada y confiada, y el capitán me sonrió de repente—. A Jenit le va a dar algo por haberse perdido esto —dijo.

—Sulla tiene bastantes cosas de que preocuparse en Glacier Peak —le aseguré, ya que había utilizado el canal de voz para supervisar el progreso del resto del regimiento mientras volábamos. Pero él ya estaba concentrado en el despliegue de nuestras tropas, y dudo mucho de que me llegara a oír.

—Vamos, Jurgen —llamé, volviéndome hacia mi ayudante—. Veamos si la brisa marina lo anima un poco.

—Muy bien, señor —respondió con mejor aspecto que antes (lo cual, tratándose de Jurgen, era algo relativo, por supuesto).

Me volví hacia Detoi.

—Nos vemos fuera —dije, y me dirigí rápidamente hacia la salida más cercana. Los aterrizajes son momentos de gran vulnerabilidad en tierra si el enemigo tiene suficiente potencia de fuego, y yo quería estar al aire libre si existía la posibilidad de que nos atacaran.

No es que pareciera muy probable, por supuesto, ya que no habíamos tenido ningún problema con fuego antiaéreo al aproximarnos, pero me resultaba difícil creer que los herejes a los que perseguíamos ni siquiera se hubieran dado cuenta de que se acercaba una nave; después de todo, no son precisamente sigilosas. Además, si había alguna fuerza sobrenatural en funcionamiento por allí, quería llevar a Jurgen a un lugar en que su peculiar don pudiera comenzar a interrumpirla tan rápido como fuera posible; dadas las circunstancias, no me iba a separar de su aura protectora ni un solo momento.

Cuando dejamos la seguridad de la nave, me fijé en el fuerte viento que recorría la enorme superficie de metal que nos rodeaba, haciéndonos llegar el característico aroma oceánico de ozono y sal. Sin embargo, si lo comparábamos con las bajísimas temperaturas de la zona fría, resultaba hasta suave, y lo inhalé agradecido, poniéndome a barlovento de Jurgen al mismo tiempo.

Si no hubiera visto aquel lugar desde el aire, probablemente me habría imaginado

que nos encontrábamos en alguna zona industrial y no a bordo de una estructura flotante. En la distancia se veían estructuras del tamaño de almacenes cerniéndose amenazadoras en el eterno crepúsculo, e incluso la enorme nave parecía haber encogido hasta parecer una simple lanzadera comparada con el tamaño de lo que nos rodeaba. Pocas veces me había sentido tan insignificante, incluso en un puerto de mantenimiento de titanes (bueno, quizá no).

La tercera sección se estaba movilizando para asegurar el perímetro de la plataforma de aterrizaje, separándose por pelotones con una precisión que sólo podía conseguirse con la práctica, avanzando un equipo cada vez para cubrirse entre sí mientras corrían de un refugio a otro.

Vi a Penlan pasar corriendo, liderando a su nuevo pelotón con decidida calma, y pensé que la confianza que había depositado en ella era bien merecida. Lustig estaba en la base de la rampa, observándola orgulloso, en silencio.

—Buen trabajo a todos, sargento —precisé.

—Lo hará bien —asintió. Yo señalé al resto de las tropas, que se estaban desplegando con igual eficiencia.

—Me refería a toda la sección —dije.

Lustig asintió nuevamente.

—No lo decepcionaremos, señor.

—Cuarto pelotón en posición. No hay rastro del enemigo. —Reconocí la voz de la sargento Grifen y asentí.

—Quédense ahí un momento y mantengan los ojos bien abiertos.

—Sin problemas, comisario —me aseguró. Me alegré de tener a su pelotón a la cabeza. Grifen era una buena líder que cuidaba de sus soldados, pero no la asustaba arriesgarse de vez en cuando. Me habían impresionado sus cualidades en Simia Orichalcae, cuando nuestra misión de reconocimiento rutinaria se había complicado, y en los años que siguieron siempre había justificado aquella confianza.

—Plataforma asegurada —informó Lustig tras unos instantes, y las otras cuatro secciones comenzaron a bajar por la rampa para reunirse con nosotros. Como podrán apreciar, todas aquellas botas pisando un suelo de metal hacían un ruido infernal, y tardé un instante en darme cuenta de que Detoi se había unido a nosotros.

—En las presentes circunstancias, no creo que los vehículos nos sean de mucha ayuda —dijo.

—Tiene usted razón. —Sin duda había bastantes espacios abiertos donde podríamos usarlos; de hecho había unos cuantos vehículos de carga desperdigados por los bordes de la plataforma, y algunos todavía estaban cargados con cajas y fardos. Pero el ruido que harían sobre aquella superficie metálica sería un escándalo de proporciones mayúsculas, y pronto tendríamos que aventurarnos por espacios reducidos donde serían demasiado vulnerables. Era mucho mejor avanzar a pie.

—Lustig —prosiguió el capitán—, que uno o dos pelotones se queden para cubrir la plataforma. No quiero que nos aíslen de la nave en caso de que necesitemos huir apresuradamente. —Aquello me pareció una buena precaución. Normalmente la nave tendría que haber despegado, bien volviendo a entrar en órbita (o en este caso en el área de estacionamiento temporal) para desplegar alguna que otra compañía de soldados, o permaneciendo en el circuito de espera una vez comprobásemos que no había ningún peligro de fuego antiaéreo, pero dadas las circunstancias, ninguna de las dos opciones nos pareció demasiado atractiva. Estábamos rodeados de agua, sin ningún lugar al que poder ir, y la nave era nuestro único salvavidas.

—Pelotones primero y tercero, cubran la plataforma. Segundo y cuarto, esperen órdenes —ordenó inmediatamente Lustig.

Me encontré pensando que, me gustara o no, después de esto seguramente obtendría un ascenso si lo hacía bien.

Detoi informó a los oficiales de las secciones rápidamente, asignándoles a cada uno un área de reconocimiento, y observé con sentimientos encontrados cómo se dispersaban nuestros soldados. Era cierto que de esa manera cubriríamos más terreno, pero doscientos cincuenta y pico soldados no parecían suficientes para inspeccionar unas instalaciones tan grandes. Yo contaba con la idea de la seguridad que daban los números más de lo que creía, y a medida que la mayor parte de nuestras secciones iban desapareciendo, crecía mi sensación de inseguridad.

Bueno, quedarse por allí tampoco haría mucho bien, así que eché a correr hacia delante, decidido a acoplarme al pelotón más cercano (que, casualmente, era el cuarto, bajo el mando de Grifen). Mientras lo hacía, miré al otro lado de la plataforma de aterrizaje, adonde Penlan conducía al segundo pelotón desde la parte frontal. Acababa de alcanzar la segunda marca, un transporte ligero que iba cargado con lo que me pareció mineral procesado, cuando se volvió para hacer señas de que avanzara al segundo equipo y tropezó con algo, tambaleándose ligeramente antes de recuperar el equilibrio. Me pareció inquietante la manera en que ella y los soldados bajaron la vista para mirarlo.

—Segundo pelotón —informó un instante después—. Hemos encontrado un cadáver. Civil, disparo por la espalda. Por el aspecto de las heridas, un arma automática.

—¿Algún rastro del arma? —pregunté.

—No, señor. —Incluso a aquella distancia pude percibir su enfado gracias a su lenguaje corporal—. Esto es un asesinato, puro y duro.

—Parece que huía —intervino un servicial soldado—. Quizá intentó refugiarse aquí abajo.

—Bueno, pues no le sirvió de mucho —dijo Penlan. Algo en el tono de su voz prometía una sangrienta venganza por la muerte de quienquiera que fuese—. Debía

de estar trabajando aquí cuando aterrizaron.

—Si es que aterrizaron —comenté.

Jurgen me miró confuso.

—No hay nada más en la plataforma —señalé.

—Quizá volvieran a despegar —sugirió. Era posible, por supuesto, pero de algún modo no veía a nuestros sombríos enemigos marchándose de allí hasta que hubieran terminado su cometido, y todo parecía demasiado normal para que fuera así.

—Primer escuadrón —intervino una nueva voz en el canal de la quinta sección[91] —. Estamos en el muelle de carga. Parece que aquí abajo hubo un serio tiroteo. Pistolas láser y automáticas sobre todo. Quizá un par de stubber.

Bueno, ahí teníamos la respuesta. Los asaltantes habían llegado en una embarcación regular de suministros, probablemente antes de secuestrarla en pleno trayecto, a menos que alguien de la tripulación fuera un adorador del Caos.

—¿Algún superviviente? —preguntó el teniente Faril, que por una vez no estaba de buen humor, cosa que tampoco me sorprendió, dadas las circunstancias.

—No —respondió el sargento—. Sólo cadáveres. Sobre todo personal de seguridad, a juzgar por los uniformes. Parece que trataban de contener a los atacantes mientras los trabajadores huían.

No parecían haber llegado demasiado lejos, a juzgar por la total ausencia de señales de vida desde que habíamos llegado. Según los datos que había conseguido Detoi, debería haber habido casi tres mil trabajadores a bordo. Era difícil de creer que los atacantes hubieran matado a tantos, pero a medida que la búsqueda avanzaba y el número de cadáveres crecía, veíamos cada vez más claro que eso era precisamente lo que había ocurrido.

—En otras palabras, estamos dando vueltas en busca de un maldito ejército —dijo Magot, a quien la idea no parecía afectar demasiado. Yo asentí, refugiándome en la sombra que proyectaba una escalerilla, mientras Grifen y su equipo avanzaban hasta la siguiente marca.

—Empieza a parecer justo eso —afirmé. Decir un ejército era algo exagerado, pero habían hecho falta algunas docenas de asaltantes para abrirse paso luchando y salir del muelle de carga. Me sentí complacido al saber que tampoco todos lo habían conseguido, ya que las extravagantes ropas (o más a menudo la falta de ellas) de algunos de los cadáveres demostraban que la tripulación de la draga no había caído sin llevarse a algunos con ellos. Después de eso, atrapar y asesinar a los aterrados trabajadores en pequeños grupos habría sido fácil, especialmente si ya tenían aliados a bordo que pudieran mostrarles los mejores sitios para ocultarse.

Sin embargo, no tuve demasiado tiempo para reflexionar sobre aquella sombría perspectiva, ya que mis pensamientos se vieron interrumpidos por el inconfundible chasquido del aire ionizado que acompañaba a cualquier disparo de una pistola láser.

Un instante después hubo más disparos, el chasquido más potente de un arma automática y algo que parecía un par de pistolas.

—Contacto —dijo una voz en mi intercomunicador—. Sector dos, nivel doce. Me llevo a la primera y la cuarta para prestar apoyo.

—Sector dos —repetí, recordando el mapa que Detoi me había enseñado y comparándolo mentalmente con nuestra propia posición—. Debe de ser por ahí —señalé la dirección mientras los dos nuevos pelotones se unían a la batalla.

—¿Deberíamos entrar para darles apoyo? —preguntó Grifen, y yo negué con la cabeza.

—Parecen tenerlo bajo control. Me interesa más lo que los traidores tratan de defender. —Y, con suerte, la primera sección los mantendría distraídos mientras íbamos a averiguarlo.

Por desgracia, por muy loco que estuviera el enemigo, no tenía nada de estúpido. Tras rodear una hilera de depósitos de almacenaje, refugiándonos por fin hasta cierto punto del constante viento, el chasquido de un láser nos obligó a ponernos a cubierto. Una molesta lluvia de óxido me cayó sobre la gorra y el capote, dejando una mancha en la piel de marta que sólo el Emperador podría quitar, y me arrastré sobre los codos con cautela para echar un vistazo más allá de la esquina.

—¡Maldita sea! —gruñí con enfado. Los herejes habían levantado una barricada improvisada que parecía bastante sólida, y estaban agachados tras un resistente ensamblaje de vigas de metal, cajas, tambores metálicos y otros desperdicios. Es más, habían colocado un stubber pesado para cubrir el espacio que quedaba abierto al frente. Cualquier intento de acercarse acabaría con todos nosotros muertos. Para dar más énfasis a mi argumento, lanzaron una descarga que dejó varios agujeros en el revestimiento de la cubierta.

—Bueno, no vamos a poder entrar por ahí —dijo Grifen mientras me arrastraba rápidamente de vuelta hasta donde estaban.

—Podríamos dar un rodeo y tratar de flanquearlos —sugirió Magot—. Lanzar un par de granadas por encima de la barrera. Eso les daría algo en que pensar.

—Podría ser —admití—. El problema estriba en poder acercarse lo suficiente. —Los herejes habían elegido bien su posición, ya fuera por pura suerte o por buen juicio, ya que no había muchas posibilidades de atacarlos desde el flanco. Los depósitos de almacenaje tras los cuales nos habíamos refugiado eran el lugar más cercano tras el cual refugiarse; sólo podía rezar para que lo que contenían no fuese volátil. Ni siquiera el melta de Jurgen podía ayudarnos esta vez, ya que estaban fuera de su alcance. Realizó un par de disparos, que por lo menos hicieron que los herejes bajaran la cabeza, pero la energía térmica se disipó demasiado pronto como para hacer algo más que chamuscar el metal de la barricada.

Suspiré frustrado.

—No tenemos tiempo para esto. Tendremos que rodearlos por otro sitio.

Era más fácil decirlo que hacerlo, y parecía que la cosa se iba a poner aún más difícil. Mientras retrocedíamos, con el eco de los silbidos burlones de los adoradores del Caos en nuestros oídos, yo estaba recibiendo una corriente constante de informes tácticos a través del intercomunicador. Hasta ese momento, prácticamente todos los pelotones de la compañía habían encontrado resistencia, y los pocos que no (aparte de los que Lustig tenía vigilando la nave) se apresuraban a acudir en ayuda de sus compañeros.

Mi entrenamiento y mi experiencia me llevaron a comparar el lugar de los enfrentamientos con los esquemas que había visto y asentí con gesto adusto. Los herejes habían sellado el sector doce, reforzando su perímetro para aguantar un asedio. Fuera lo que fuese lo que estaban tramando, estaba ocurriendo en algún lugar en esa parte de la draga.

—Detoi —dije—. Tenemos que encontrar un punto débil. Si no nos abrimos paso enseguida, será demasiado tarde.

—Lo sé. —El tono de su voz denotaba frustración—. Pero no somos suficientes. Tal y como están atrincherados, podrían aguantar indefinidamente.

—Podemos pedir refuerzos —dije sin demasiadas esperanzas. Incluso si pudiera entrar en contacto con Zyvan en ese momento, a las tropas les llevaría mucho tiempo llegar hasta allí—, pero dudo de que pudieran llegar a tiempo.

—Quizá si concentramos nuestras fuerzas —sugirió Detoi con voz grave—. Hacer que todos se retiren y consolidarnos, para tratar de abrir una brecha en algún punto.

Era evidente, por su manera de hablar, que la idea no lo entusiasmaba, y sabía por qué. No sólo se crearía un cuello de botella al atacar una única fortificación, sino que el enemigo tendría tiempo de reforzar ese punto. La lucha sería sangrienta y encarnizada, y sufriríamos numerosísimas bajas. Incluso así, las probabilidades de éxito eran mínimas.

—Debe de haber algo más que podamos hacer —dije, reticente a emprender una acción tan desesperada a menos que no quedara otro remedio, pero no podía pensar en ninguna otra alternativa.

—Entonces deberíamos pensar deprisa —comentó Detoi con tono neutro, como si no se hiciera ilusiones con respecto a nuestra habilidad para idear algo.

—Tengo un contacto de auspex entrante —comunicó el piloto de la nave—. Se acerca rápidamente.

—¿Han establecido contacto? —pregunté, mientras el nudo que se me hizo en el estómago respondía a la pregunta.

—Aún no —confirmó el piloto—, pero el IAE[92] confirma que es imperial.

De repente me sentí esperanzado. Malden debía de haber conseguido ponerse en contacto con el general supremo por fin, y con tropas de refuerzo a nuestra

disposición tendríamos una oportunidad de atravesar las defensas de los herejes y desbaratar sus siniestros planes, fueran cuales fuesen.

—Lustig —dije por el intercomunicador—, de todos modos manténganla a cubierto, por si acaso. —Las cosas ya eran bastante inciertas en ese momento; lo último que necesitábamos era caer en alguna trampa hereje con una lanzadera robada.

—Recibido —respondió el estoico sargento, y yo volví a prestarle atención a Detoi. Para entonces, los soldados, Jurgen y yo estábamos a mitad de camino de vuelta hacia la nave, haciendo un tremendo ruido con las botas sobre la plataforma metálica, y pude ver claramente al capitán y a Lustig de pie sobre la rampa de carga, protegiéndose los ojos mientras miraban hacia el oeste[93].

—Será mejor que estemos preparados para despegar —dije—. Por si acaso.

—Ya estamos en ello —contestó—. Sus órdenes son que mantengan a raya al enemigo, que no se expongan a los disparos y que se preparen para la retirada.

—A mí me suena bien —dije, aliviado. Eso nos dejaba con algunas opciones, al menos durante algo más de tiempo.

Incliné la cabeza para mirar en la misma dirección que el capitán y el sargento. Ya se podía oír el chirrido de un motor que se acercaba rápidamente, y por delante pasó, veloz, una elegante lanzadera correo. Sentí una súbita punzada de decepción. Otra nave de transporte con una compañía entera hubiera sido pedir demasiado, pero por lo menos contaba con una lanzadera de carga, con una o dos secciones. El correo no podía llevar más que un pelotón.

Observé como aterrizaba con una extraña mezcla de emociones que sólo puedo describir como aprensión llena de curiosidad. Las cosas estaban empezando a descontrolarse otra vez, y no me gustaba aquella sensación. Los motores permanecieron en reposo y yo me dirigí hacia la nave, vagamente agradecido por la presencia de Jurgen a mi espalda. Grifen y sus soldados se quedaron detrás de mí, a pocos pasos, con las armas preparadas. A medida que nos acercábamos, la rampa comenzó a descender y un pelotón de tropas imperiales desembarcó en fila de a dos, con las pistolas láser preparadas.

—Tallarnianos —dijo Grifen, sorprendida. Debo admitir que yo me sentí igual que ella. Detrás de los guerreros del desierto venía una figura que me resultaba familiar, vestida con el uniforme negro de los comisarios, que se abrió paso a través del grupo de soldados para quedar frente a frente conmigo. Hacía esfuerzos por permanecer impasible, pero no lo conseguía; a su rostro de facciones regordetas asomaba una y otra vez una especie de sonrisa de suficiencia.

—Beije —lo saludé sin entusiasmo, seguro de que fuera cual fuese el motivo por el que había venido, debían de ser malas noticias—. No es un buen momento.

—Ciaphas Cain —respondió, balanceándose sobre las suelas de los zapatos con un

exceso de engreimiento—. Se lo acusa de deserción, cobardía ante el enemigo y apropiación indebida de recursos militares. —Hizo un gesto al pelotón de guerreros tallarnianos indicándoles que avanzaran—. Arréstenlo.



Nota editorial:

Sin contar con más información acerca del contexto, gran parte de lo que sigue no tendrá demasiado sentido. Por consiguiente, he introducido otro extracto del relato de Tincrowser acerca de la campaña en su totalidad, que debería explicar más o menos lo que de otro modo parecería una coincidencia demasiado grande para creérsela, aunque uno sea el lector de mente más abierta del mundo. Cain, por supuesto, se concentra únicamente en sus propias experiencias, sin apenas molestarse en especular acerca de las causas e implicaciones más amplias de lo que sucede a su alrededor.

De *Sablist en Skitterfall: una breve historia de la incursión del Caos,* por DAGBLAT TINCROWSER, 957.M41.

Con las fuerzas invasoras aparentemente controladas gracias a la estrategia atrevida y penetrante del general supremo Zyvan, la suerte pareció por fin ponerse de parte de los defensores aliados. Los invasores que atacaban Skitterfall, rodeados por nada menos que cuatro compañías de la Guardia Imperial, que habían descendido desde los transportes para caer sobre su indefensa retaguardia, flaquearon y comenzaron a reagruparse sin resultado; reforzada por unidades de la FDP, la Guardia comenzó a estrechar el cerco, de manera lenta pero segura, recuperando las calles de la capital paso a paso y muerto a muerto.

Sin embargo, en el espacio las cosas todavía pintaban mal para el solitario crucero que hacía guardia sobre el puerto estelar de Skitterfall y el aterrorizado grupo de naves mercantes que parecían presa fácil para aquel malvado leviatán que se le echaba encima al planeta asediado. A distancias inconmensurables para la mente humana se inició finalmente la batalla, y voraces energías de poder inconcebible se dispusieron a golpear a las naves imperiales en órbita.

Sin embargo, la *Indestructible* haría justicia a su nombre, a pesar de los graves daños que sufrió en aquel primer ataque, al que respondió con su batería dorsal, que era lo único que podía igualar en alcance a la formidable potencia de fuego desplegada por la nave del Caos. Fue un gesto heroico, aunque para algunos espectadores parecía inútil, ya que su capacidad de fuego era mucho menos potente que la de la nave enemiga, pero al menos sirvió para provocar que el acorazado realizara una acción temeraria, aumentando su velocidad para intentar acabar de una vez por todas con aquello. Con gran asombro de todos, sin embargo, la *Indestructible*

dio marcha atrás, apartándose y retirándose lentamente frente al agresor.

La desesperación que debieron de sentir las tripulaciones de los mercantes ante tal panorama es inimaginable, ya que seguramente les pareció que el crucero imperial había recibido tantos daños que había quedado completamente inutilizado y se estaba retirando. Ciertamente eso debió de pensar aquel maleante, ya que en vez de concentrar su potencia de fuego en la maltrecha *Indestructible*, comenzó a disparar con sus armas auxiliares a las naves mercantes de manera gratuita mientras seguía acelerando hacia la tentadora colección de víctimas que tenía delante.

Era precisamente lo que pretendía el heroico capitán de la *Indestructible*, Igor Yates, cuyas brillantes tácticas finalmente comenzaron a aclararse. Justo en el instante en que su amenazador atacante lo adelantó, la *Indestructible* lanzó una ráfaga de torpedos, que impactaron en la nave del Caos con resultados más que satisfactorios. El pesado y torpe leviatán, que estaba demasiado dañado como para lanzar torpedos y tenía inutilizado el armamento dorsal, puso en marcha los motores laterales en un intento de enfrentarse de costado a la nave imperial. Sin embargo, el giro requería un tremendo esfuerzo y la velocidad que había adquirido era demasiada: la trampa del capitán Yates había surtido efecto.

El maltrecho leviatán, que aún trataba de virar, se encontró de lleno en el centro de la flota de naves mercantes a las que, hasta entonces, había visto como poco más que una presa fácil a la que destruir a placer. El débil armamento de una nave de carga normalmente no representaría ninguna amenaza para una máquina de destrucción tan poderosa, pero ahora estaba rodeada de casi un millar, que, en vez de tratar de huir, tal y como esperaban los cobardes asesinos que tripulaban el acorazado, comenzaron a abalanzarse sobre éste, disparando con sus endebles armas defensivas mientras se acercaban. Del mismo modo que un torpe grox puede morir por los picotazos de un nido de avispas de fuego enfurecidas, el poderoso acorazado fue muriendo poco a poco cuando la enorme cantidad de asaltantes comenzó a cobrar el peaje. A pesar de que disparó sus poderosas armas una y otra vez, llevándose por delante a una o dos en cada ocasión, era impensable superar a un enemigo tan poderoso, y cuando la *Indestructible* volvió al ataque, destrozándole los motores, el final fue inevitable.

Dicen que durante un instante un nuevo sol brilló en el cielo por encima de Skitterfall, lo bastante fuerte como para deslumbrar a los que observaban desde tierra, y los miembros de la Guardia y de la FDP vitorearon al verlo, ya que sabían que la retaguardia de la invasión había caído, como era comprensible. Todo lo que quedaba era purificar la contaminación que habían sembrado en nuestro hermoso mundo, una tarea que acometieron con entusiasmo.

En los años que han pasado desde entonces, muchos han estudiado y reflexionado acerca de aquel enfrentamiento, y unos pocos se han preguntado la razón de la

aparente temeridad del capitán del Caos. Se preguntan si acaso tendría alguna razón para actuar como lo hizo, una razón de peso para continuar con aquel rumbo suicida[94]. Sin embargo tales especulaciones son tan inútiles como estériles. Lo que esto nos enseña, sin duda, es que la debilidad más grande de un poderoso enemigo es el exceso de confianza, nada más.



DIECIOCHO

Vaya, eso no me lo esperaba…

Últimas palabras del maestro de guerra del Caos Varan *el Invencible*

La expresión «estupefacción absoluta» es apenas suficiente para describir lo que sentí en aquel momento. Sin duda me hubiera quedado ahí de pie, completamente atónito, sabe el Emperador con qué resultados, si no hubiera sido por los soldados que iban conmigo. Pero cuando los tallarnianos avanzaron para cumplir las órdenes de Beije, Grifen y el resto de su pelotón sacaron las pistolas láser para impedírselo. Los guerreros del desierto dudaron, mirando a su comisario sin saber qué hacer.

—Esto es un motín —declaró Beije, completamente perdido en su mundo. Sacó su pistola láser y apuntó con ella a la sargento valhallana—. Por la presente queda usted condenada a muerte bajo la sección…

—Oh, cállate, absurdo hombrecillo —lo interrumpí bruscamente al tiempo que sacaba mi propia arma para apuntarle—. Nadie ejecuta a mis soldados salvo yo. Y si te atreves siquiera a pensar en apretar ese gatillo, estarás muerto antes de que ella toque el suelo, te lo prometo.

—Cierto —dijo Magot, interponiéndose entre el indignado comisario y Grifen—. Si la quiere, tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

—¡Matadlos a todos! —Beije hizo un gesto perentorio con el brazo a los tallarnianos, que comenzaron a mirarse los unos a los otros como si se acabaran de dar cuenta de que habían caminado alegremente hasta el borde de un precipicio.

—Nadie le va a disparar a nadie —intervine con calma—, a menos que sea a los herejes que vinimos a eliminar. —Señalé en dirección a los ruidos de lucha, que aún se oían claramente, mientras el sargento de los tallarnianos hacía un gesto de asentimiento casi imperceptible a su escuadrón. Bajaron las armas en un instante y, para mi gran alivio, los valhallanos hicieron lo mismo.

—Por si no se han dado cuenta, está teniendo lugar una batalla, y si no la ganamos

realmente rápido, se van a abrir los infiernos. Literalmente.

—Esta vez no van a servirte de nada ni las poses ni la retórica —rugió Beije, avanzando un paso y apuntándome con su pistola láser—. Has escapado de la batalla por Skitterfall llevándote contigo a toda una compañía de soldados. Has estado obsesionado buscando alguna excusa para esconderte aquí, lo más lejos posible de la batalla, desde que esa coronel tuya salió con su ridícula teoría… —Paró de hablar, fijándose de repente en las caras de enfado que los valhallanos que tenía enfrente ni se molestaron en disimular, y las pistolas láser que empuñaban.

—Puedes acusarme a mí de lo que quieras —dije, jugando con los sentimientos de los soldados hacia mí con la facilidad que da la práctica prolongada—, pero no pienso permitir que desacredites a la coronel Kasteen en mi presencia. Es una de las mejores soldados con los que he tenido el privilegio de servir, y el regimiento que lidera es uno de los mejores de la galaxia.

Enfundé mi pistola con lo que consideré un gesto teatral adecuado.

—Sin duda esta ridícula situación ha empañado tu buen juicio, además de hacerte olvidar los modales. Cuando te calmes, espero que presentes tus disculpas por lo que has dicho de ella. Si no lo haces, estoy seguro de que podremos zanjar amigablemente la cuestión con un duelo.

Para ser sincero, no esperaba llegar tan lejos como para llamarle la atención, pero, tal y como suele pasarme a menudo en este tipo de situaciones, mi boca trabaja más rápido que mi cerebro. En cualquier caso, los resultados fueron bastante satisfactorios; se puso de todos los colores posibles y se repuso a duras penas. A los soldados, sin embargo, les encantó, y estaba seguro de que la noticia de que había retado a aquel mequetrefe pomposo a un duelo por insultar a la coronel (y por extensión al resto de nosotros)[95], correría como la pólvora por todo el regimiento una vez regresáramos.

—Cuando esto haya acabado, no tendrás tiempo para duelos, ni para ninguna otra cosa —soltó Beije.

—Comisario —la voz de Detoi supuso una grata distracción en mi intercomunicador—, debemos decidir qué es lo que haremos. Los herejes todavía se mantienen firmes en todo el perímetro.

—Tiene que haber algún punto débil —contesté, fijándome con cierto interés en que Beije estaba ajustando subrepticiamente su intercomunicador para escucharnos —. Intente comprobar de nuevo los diagramas. Quizá haya algún conducto de cableado o de aire a través del cual podamos infiltrar a un equipo aniquilador.

—Ya lo había pensado —respondió el capitán—. Todo está perfectamente sellado —suspiró—. A menos que ocurra un milagro, tendrá que ser un ataque frontal. Y va a ser sangriento.

—Me temo que tiene usted razón —asentí, y sólo de pensarlo se me hizo un nudo

en el estómago—. Pero no queda otra alternativa. —Me volví hacia Beije y los tallarnianos, con la expresión más sombría que pude componer—. Ya lo han oído. No tenemos más tiempo que perder con estas ridículas fantasías. Si nos van a disparar, tendrán que hacerlo por la espalda, y lo único que conseguirán será hacerles el trabajo sucio a los enemigos del Emperador. —Era arriesgado, no lo niego, pero estaba bastante seguro de que eso los desconcertaría lo bastante como para hacer flaquear su determinación. Al menos el sargento parecía tener bastante sentido común como para darse cuenta de que aquello le quedaba grande.

Me di la vuelta, haciendo un poco de teatro, con los valhallanos detrás de mí. Los tallarnianos se quedaron sin saber qué hacer, volviéndose hacia Beije en busca de algo de liderazgo y haciendo muecas cuando Jurgen pasó junto a ellos en la dirección del viento. Me puse tenso durante unos instantes, esperando recibir el impacto de un rayo láser en la espalda y confiando en que el chaleco antibalas que llevaba bajo el capote aguantase, pero siguieron dudando el tiempo suficiente como para que yo pudiera tomar la iniciativa sin ningún lugar a dudas.

—Si quieren enfrentarse al verdadero enemigo y hacer el trabajo de Su Majestad, estaremos encantados de que se unan a nosotros —añadí por encima de mi hombro. Los tallarnianos hicieron ademán de seguirnos, pero después dudaron y volvieron a mirar a Beije a la espera de instrucciones. El comisario regordete nos miró, claramente desconcertado y preguntándose cuál sería el mejor modo de recuperar su autoridad.

—Vayan con ellos —soltó al fin con petulancia—. No pienso perder de vista a ese cuentista traidor.

—Bien —dije, preguntándome si tendría la oportunidad de situarlo en la línea de fuego antes de que todo acabara—. Hagamos el trabajo antes de comparecer ante el tribunal[96], ¿de acuerdo?

Me sentí aliviado al ver que Beije permanecía razonablemente silencioso mientras yo deliberaba con Detoi, ambos apiñados sobre su placa de datos tratando de plantear una estrategia para asaltar el fuerte improvisado de los herejes.

—Si pudiéramos abrir una brecha en esta pared —sugerí, señalando un taller con un enorme recubrimiento metálico en un área muerta entre dos puestos de artillería —, deberíamos poder introducirnos ahí antes de que tengan tiempo de reaccionar.

—Eso suponiendo que no hayan pensado antes en ello y no nos tengan preparadas algunas sorpresas —coincidió Detoi—. Concentraremos nuestras fuerzas contra sus posiciones aquí y aquí. Con algo de suerte podrá introducir a su equipo aniquilador en la zona muerta mientras nosotros nos ocupamos de que mantengan agachadas las cabezas.

—¿Cómo van a hacer una brecha en la pared? —preguntó Beije—. ¿Han traído con ustedes cargas de demolición también? —Estaba empezando a darse cuenta de

que íbamos totalmente en serio y que realmente nos estábamos preparando para dar nuestras vidas por el Emperador. O más bien las de un montón de personas.

Yo me quedaría pegado a Jurgen y rezaría para que de algún modo lográsemos escapar de los efectos de la brujería infernal que los cultistas de Slaanesh estaban a punto de liberar, fuera cual fuese. Por eso estaba planeando ir con el equipo de asalto, a pesar del riesgo; de ese modo parecía algo menos suicida que si cargábamos contra una posición fija con sabe el Emperador cuántos herejes fanáticos disparándonos.

—El melta de Jurgen hará el trabajo —dije, y, por supuesto, nos proporcionaba la excusa perfecta para que él estuviera allí.

Mi ayudante asintió, alzando su juguete favorito.

—Por supuesto —se mostró de acuerdo.

—¿A quién se va a llevar? —preguntó Detoi.

Señalé con la cabeza al pelotón de Grifen, que todavía miraba a los tallarnianos con desconfianza.

—Cuarto pelotón, tercera sección —decidí—. Ya he hecho este tipo de cosas con ellos antes. —Con algunos de ellos, al menos. Sólo quedaban unas pocas caras conocidas del grupo al que había liderado en las cavernas de hielo de Simia Orichalcae, aparte de Grifen y Magot. Crucé una mirada con el soldado Vorhees, que me dedicó una sonrisa, y siguió hablando en voz baja con Drere, su novia, que había recibido un grave mordisco de un ambull en aquella expedición, pero había sobrevivido (debo admitir que me sorprendió bastante) gracias a mi decisión de enviar de vuelta a los heridos lo antes posible. Desde entonces Vorhees me consideraba una especie de héroe, y debo admitir que mostrar tanta preocupación por el bienestar de los soldados comunes no había perjudicado mi prestigio ante el regimiento (lo cual hacía que el hecho de que tantos estuvieran a punto de morir resultara irónico e incómodo).

—Están por debajo de su capacidad —apuntó Detoi.

Asentí, dándole la razón.

—Sólo por uno. —Smitti aún estaba en la enfermería de Glacier Peak, y debo admitir que sentí una punzada de envidia al pensarlo—. Además, Jurgen equilibrará sobradamente las cifras.

—¿Bastará con un pelotón? —insistió Detoi.

—Tendrá que bastar. Al resto los necesitaremos para los asaltos de distracción si queremos tener la más mínima oportunidad de éxito en esto.

—Nosotros también vamos —anunció Beije, señalando a los tallarnianos—. No confío en ti y no pienso perderte de vista —sonrió con malicia, utilizando mis palabras de antes en mi contra—. Hasta que comparezcamos ante el tribunal, por supuesto.

—Por supuesto —respondí, decidido a parecer imperturbable, y me volví hacia

Detoi—. ¿Ha podido determinar dónde está el objetivo?

El capitán asintió.

—Apostaría a que está aquí. —Señaló una sala que estaba en el corazón del sector doce—. La capilla del Omnissiah. Tiene más o menos el tamaño que usted especificó, y está a la mayor profundidad posible dentro de la zona.

—Tiene sentido —asentí—. En todo caso, profanar una sala consagrada sólo aumentaría el poder de su ritual.

—¿Y cómo sabes todo eso? —preguntó Beije, mirándome con suspicacia—. Pareces estar muy familiarizado con los secretos de la manipulación de la disformidad.

—Ya lo he presenciado antes —respondí secamente, ya que no quería recordar aquellas ocasiones o perder el tiempo volviendo a relatarlas—. Si tú no lo has visto, considérate afortunado.

—El Emperador protege —replicó—. Los puros de corazón no tienen nada que temer. —Lo cual me excluía en gran medida, por supuesto, pero dadas las circunstancias pensé que una buena dosis de turbación era la única opción sensata.

—Mejor para ellos —observé mientras comprobaba mis armas ostentosamente. Me volví hacia Detoi, reticente a dar la orden que condenaría a tantas almas valientes a la muerte.

—Será mejor empezar a traerlos de vuelta —dije—. Necesitaremos unos diez minutos para reagruparnos, lo cual debería bastar para posicionar al equipo de asalto. Después de eso ya pueden empezar los ataques a discreción…

Me vi interrumpido por una sensación de cosquilleo que me recorrió el cuerpo igual que antes de estallar un trueno, y una presión casi insostenible dentro de mi cabeza que hizo que me pitaran los oídos. Beije miró a su alrededor, desconcertado, moviendo de un lado al otro su pistola láser y buscando desesperadamente algo contra qué disparar.

—¡Brujería! —exclamó con un grito ahogado, palideciendo.

—¡Cúbranse! —les grité a los soldados. Los valhallanos lo hicieron inmediatamente, ya que estaban sobradamente acostumbrados a confiar en mis paranoias en situaciones como aquélla, y los tallarnianos siguieron su ejemplo después de un instante de desorientación, recuperándose rápidamente, como los buenos soldados que eran—. ¡Se acerca el enemigo!

—¿Dónde? —preguntó tranquilamente Detoi mientras lanzaba una mirada desdeñosa al otro comisario.

—Lo veremos en unos instantes —dije. Señalé un área abierta cerca del perímetro defensivo de los cultistas de Slaanesh—. Yo diría que más o menos por ahí. —Había estado cerca de campos de teleportación a lo largo de los años, e incluso atravesé uno un par de veces durante el tiempo que pasé con los Recobradores, así que no me

resultó difícil identificar las desagradables sensaciones que acompañaban a la exposición a sus zonas colindantes. Tenía que ser un enemigo el que utilizaba aquel artefacto arcano; ciertamente no había nada así en nuestra flota de guerra improvisada.

Mi suposición resultó acertada unos instantes más tarde, ya que aparecieron cinco gigantes con armadura negra y roja en medio de un trueno producido por el aire desplazado, más o menos en el lugar que yo había predicho[97]. Se me destaparon los oídos, libres de la presión antinatural provocada por la presencia de tanta energía bruta de la disformidad, que se disipó tan rápido como había llegado.

—¡Fuego! —chilló Beije, agitando su espada sierra en dirección a los marines traidores—. ¡Purificadlos en nombre del Emperador!

—No malgasten el láser —dije, pero resonó el chasquido de los disparos de las pistolas láser provenientes de nuestras filas (en cualquier caso, habían sido los tallarnianos en su mayoría), que quedaron reducidos a nada. A esa distancia eran inútiles, y lo último que necesitábamos era atraer la atención de los marines corruptos —. Podemos usar esto.

—¿Usarlo, cómo? —preguntó Beije, que entrecerró los ojos con suspicacia.

Señalé a los Devoradores de Mundos, que habían liberado una ráfaga de rayos contra la barricada de cultistas que había frustrado nuestros planes hacía tan poco. Los herejes estaban cayendo, ya que sus disparos quedaban en nada contra las armaduras de ceramita de aquellos guerreros sobrehumanos que se habían unido a la lucha de manera tan inesperada.

—Están haciendo todo el trabajo por nosotros —señalé con bastante suavidad, dadas las circunstancias. Me volví hacia Detoi—: Deje a nuestra gente donde está, mantenga tantos herejes como pueda atrapados en los demás puntos débiles. Si algunos retroceden para servir de refuerzo contra los marines traidores, pueden seguirlos y forzar una brecha. El cuarto escuadrón conmigo, seguiremos a distancia a esos lunáticos y nos colaremos por el hueco que dejen.

Di unos cuantos pasos cautelosos fuera del refugio, preparado para lanzarme al suelo en un instante si alguno de los gigantes rojos miraba en nuestra dirección, pero como era de esperar no hicieron el menor caso de nosotros, decididos como estaban a machacar a los de Slaanesh. Habiéndome asegurado de que no había peligro, le dirigí una mirada desdeñosa a Beije.

—¿Vienes? —le pregunté—. ¿O prefieres esperar a que pare el ruido?

Sin volver la vista atrás, seguro de que estaba lo bastante picado como para seguirnos, conduje a los valhallanos tras aquellas máquinas caóticas de matar. Me sentí secretamente aliviado cuando Grifen y su gente se pusieron en cabeza y nos dejaron a mí y a Jurgen entre las dos unidades de infantería, con lo que teóricamente estábamos algo más protegidos en ambas direcciones. Para ser sincero, hubiera

preferido que los tallarnianos fueran en cabeza, donde recibirían los primeros disparos del enemigo, pero era mucho más importante que pareciera de lo más normal que lideraba desde las primeras filas, ya que era lo que todos esperaban, dada mi inmerecida reputación. Además, confiaba menos en Beije que en la posibilidad de disponer de un Baneblade, y cuanto más lejos de mí estuviera aquella comadreja intrigante, mejor.

Un rápido vistazo hacia atrás me confirmó que los tallarnianos avanzaban a paso redoblado, y Beije se esforzaba por seguirlos, jadeante. A continuación concentré toda mi atención en los marines traidores que iban por delante de nosotros.

—Que el Trono Dorado nos proteja —murmuró entonces el sargento tallarniano.

Comprendía su punto de vista. Los Devoradores de Mundos habían llegado a la barricada y la habían hecho pedazos en su impaciencia por llegar hasta los herejes que se protegían tras ella y masacrarlos. Al igual que antes, parecían despreciar el uso de las armas de fuego una vez se aproximaban, y golpeaban con las peculiares hachas sierra que había tenido la oportunidad de ver de cerca cuando su colega había liderado el ataque a nuestro complejo. Por donde pasaban corrían ríos de sangre, y los adoradores de Slaanesh chillaban extasiados mientras se arrojaban hacia delante para ser asesinados, sin duda esperando llevarse a sus atacantes con ellos.

—No son invulnerables —le aseguré—. Ya he luchado antes contra ellos. —El hombre asintió, vacilante, y me di cuenta en un destello de malicia de que Beije estaba claramente resentido porque yo le había subido la moral a uno de sus hombres.

—Y les dio lo suyo —añadió Magot—. Mano a mano. Si te quedas con el comisario, estarás a salvo. —Por un momento pensé que Beije iba a entrar en combustión espontánea, pero el universo no es tan servicial, y tuve que contentarme con el balbuceo estrangulado que no fue capaz de evitar.

—Esperen un momento —dije, aplastándome contra uno de los depósitos de almacenamiento tras los cuales nos habíamos refugiado anteriormente—. Asegurémonos de que han pasado antes de movernos.

—Lo sabía —sonrió triunfal Beije—. Cobardía pura y dura. Un verdadero servidor del Emperador nunca vacila.

—Después de ti, entonces —sugerí cortésmente—. Enséñanos cómo se hace. —Hice un gesto en dirección a la lucha encarnizada que continuaba junto a la barricada destrozada. Los gigantes rojos ya casi se habían quedado sin degenerados a los que matar, pero conservaban su entusiasmo intacto, por lo que pude ver. Beije se pasó la lengua por los labios.

—Es tu misión —replicó por fin—. Haz lo que creas conveniente. Todo se transformará en cuerda extra con la que ahorcarte.

—Entonces esperemos hasta que tengamos la oportunidad de completarla —dije, comprobando mi intercomunicador para ver qué estaba pasando en otros puntos del

perímetro. El resto de la compañía estaba siguiendo sus órdenes, hasta donde pude comprobar, manteniendo atrapados y ocupados con éxito a los cultistas. Eso era bueno; cuantos más mantuvieran ocupados, menos se interpondrían en nuestro camino o retrasarían a los Devoradores de Mundos en su recorrido hacia el centro de aquel venenoso lugar.

Los marines corruptos no estaban consiguiendo todo lo que querían, sin embargo. Mientras los observaba, uno de los herejes, un joven de género indeterminado vestido con ropajes de seda vaporosa, se lanzó hacia el gigante que iba en cabeza, riendo histéricamente, para agarrarse a aquella parodia retorcida de lo mejor de la humanidad en lo que parecía un abrazo lascivo. La escena resultaba tan grotesca que casi fue un alivio ver al hermafrodita explotar en una lluvia de despojos, llevándose al marine con él, y me di cuenta de que él, o ella, debía de llevar una carga de demolición pegada a algún lugar de su cuerpo bajo aquellas vestimentas tan holgadas. El marine se tambaleó y se desplomó sobre la cubierta, donde el ruido metálico de la armadura de ceramita al chocar contra el suelo produjo casi tanto estruendo como la explosión.

Dado el tiempo que había pasado con los Recobradores, confié en que los Devoradores de Mundos que quedaban se marchasen una vez hubieran acabado con el último de los defensores, para administrar los últimos ritos que exigían las tradiciones de su capítulo[98], pero en vez de eso hicieron caso omiso de su colega caído, sin duda dominados por su sed de sangre, y sencillamente continuaron con su carga furiosa hacia las profundidades del sector doce.

—Es el momento de ponerse en marcha —dije, haciendo lo propio, tras lo cual comenzamos a avanzar a paso ligero. Cuando llegamos a los restos de la barricada, no pude evitar aminorar la marcha para buscar cualquier signo de vida, pero por donde pasaban los sirvientes de Khorne no solía haber esperanza. Eché un vistazo al cuerpo destrozado del marine y me recorrió un escalofrío. Incluso después de muerto seguía rodeado por una poderosa aura de maldad y terror. Me divirtió darme cuenta de que Beije lo miraba como si fuera el mismo Horus que había vuelto de entre los muertos.

—¿A que son feos, los muy cretinos? —comenté alegremente dándole unos golpecitos en la espalda.

—¿De veras mató a uno de estos con una espada sierra? —preguntó el sargento tallarniano, que parecía impresionado. Me satisfizo comprobar que sus compañeros de pelotón, que estaban detrás y trataban de fingir que no escuchaban, se morían de curiosidad.

—Estas historias tienden a exagerarse un poco —contesté, confirmándolo en sus mentes y consolidando mi reputación de modestia al mismo tiempo—. Pero no son tan duros como parecen.

—Me alegra saberlo —dijo secamente.

Seguimos avanzando, siguiendo la estela de los Devoradores de Mundos. Su rastro

no era difícil de encontrar, ya que estaba marcado por los cadáveres de los herejes que habían opuesto resistencia. Tras cada cruce en los pasillos, o cada empalme de los túneles de servicio, el camino hacia nuestro destino final se veía claramente.

—Definitivamente es la capilla.

—Se dirigen derechos hacia ella —le conformé a Detoi, que a cambio me informó de que la resistencia se debilitaba en algunos puntos, ya que los adoradores del Caos se retiraban para enfrentarse a la nueva amenaza.

El interior de la draga fue una sorpresa tan grande para mí como lo había sido el exterior. Esperaba encontrar un laberinto de pasillos, como el interior de una nave, pero éstos eran tan amplios como un bulevar, y de techos tan altos que las habitaciones en las que desembocaban eran como pequeños edificios. De hecho, tan sólo la presencia de los focos que había sobre nuestras cabezas y la débil sensación, propia de un chico de colmena, de que estaba en un lugar cerrado, me recordaron que no estábamos en el exterior. Muchas de las intersecciones habían sido defendidas apresuradamente, y en el suelo había cadáveres de herejes con diversas armas y en diversos estados de desmembramiento, además de las marcas que habían dejado las balas y los rayos en las paredes y en el suelo.

También era evidente que a los marines traidores, a pesar de su tremenda habilidad marcial, no les estaba saliendo todo a pedir de boca. Incluso las armas convencionales en gran número podían llegar a representar una amenaza para ellos, y los herejes a los que se enfrentaban eran capaces de reunir un par de piezas de armamento pesado a modo de apoyo. A ojos de los guerreros experimentados, como los valhallanos y yo, y supongo que también los tallarnianos, era evidente que se habían ido encontrando con más dificultades para avanzar, ya que los retrasaban un montón de pequeñas heridas.

—Alto. —Vorhees estaba a la cabeza en ese momento, y gesticuló insistentemente con la mano para reforzar la instrucción que había siseado por el intercomunicador —. Hay movimiento más adelante. —Nos acercamos cautelosamente para echar un vistazo al siguiente cruce. Al igual que antes, había una barricada apostada allí, levantada rápidamente para hacer frente al avance de los superhombres corruptos, y casualmente también había sido apartada a un lado. Pero esta vez uno de los defensores parecía estar moviéndose.

—Un superviviente —dijo Beije—. Podemos interrogarlo y averiguar qué está ocurriendo exactamente aquí.

—Todo tuyo —dije secamente, ya que sabía que no debía esperar ninguna información útil: torturar a un masoquista no suele servir de mucho, cosa que los interrogadores de Zyvan ya habían descubierto. Pero si quería intentarlo, mejor para mí, ya que así no lo tendría pegado a mi codo.

Volvimos a avanzar, siendo extremadamente cuidadosos ya por costumbre y puro

sentido común; sólo porque los herejes que veíamos no estuvieran en condiciones de luchar no significaba que no hubiera más que estuvieran relativamente ilesos, listos para tendernos una emboscada detrás de lo que quedaba de la barricada.

—Despejado —dijo por fin Magot, que había lanzado un par de granadas de fragmentación por encima de la barrera para asegurarse. La rodeamos y me encontré mirando cara a cara a otro adorador del Caos. Tal y como había indicado Vorhees, todavía estaba vivo, aunque le quedaba poco, y estaba seguro de que las detonaciones de las granadas de Magot no le habían levantado los ánimos, precisamente. Se retorcía débilmente, con trozos de metralla sobresaliendo de distintas partes de su anatomía, lo cual parecía bastante incómodo, y que tintineaban sobre el suelo de metal de la cubierta. Alargó la mano para cogerme del tobillo.

—Ella se acerca —murmuró, con una expresión de éxtasis e imbecilidad en el rostro. Llegados a ese punto, no creo que tuviera ni idea de quiénes éramos—. ¡El nuevo mundo está cerca!

—¿Quién se acerca? —Beije se agitó, apartó la mano de una patada y se agachó junto al tipo—. ¿De qué estás hablando? —Apuntó con la pistola láser a su estómago, lo cual era una pérdida de tiempo, ya que la mayor parte de sus intestinos ya estaba esparcida por el suelo. Evidentemente se dio cuenta, ya que pasó a apuntarle a la mano en el último momento. La pistola emitió un chasquido y le hizo un agujero en la palma de la mano—. ¡Dímelo!

—Escúchate a ti mismo. —El cultista dejó escapar una risita y se incorporó, apoyándose en el pecho de Beije con un súbito arranque de fuerza que dejó al rechoncho comisario boquiabierto, y lo besó con fuerza en los labios. Beije dio un salto hacia atrás, con una mezcla de sorpresa y rabia en el rostro que debo admitir que me pareció bastante cómica. Magot, Vorhees y un par de valhallanos no consiguieron ahogar sus risitas—. Ya lo averiguarás.

—¡Vil degenerado! —escupió Beije—. ¿Cómo te atreves…? No soy de ese tipo de… ¡Qué asco! —Por un momento creí que iba a dispararle al hombre en un arranque de despecho, pero el hereje le ahorró el esfuerzo, muriendo antes de que pudiera llevar a cabo su insignificante venganza.

—Cuando hayas terminado de divertirte —comenté con sarcasmo—, ¿crees que podríamos seguir avanzando? Ya sabes, un planeta que salvar, una invocación demoníaca que detener… ¿Te acuerdas?

—¿Cree usted que se refería a eso, señor? —preguntó Jurgen, sosteniendo el melta como si fuera a servir de algo contra una abominación salida del infierno—. ¿Cuando dijo que ella se acercaba?

—Es posible —asentí. Mis encuentros anteriores con demonios habían sido breves, por suerte, gracias a su incapacidad para permanecer en el plano físico durante mucho tiempo, y tenía otras cosas de las que preocuparme por aquel

entonces como para ponerme a pensar en si cosas como el género tenían algún significado para ellos—. En ese caso es posible que quisiera decir que el ritual ya había empezado.

—Entonces no tenemos tiempo que perder, ¿verdad? —Grifen comenzó a movilizar a su escuadrón—. Vamos, moveos, el reloj sigue avanzando.

—Será mejor que haga lo mismo —le aconsejé al sargento tallarniano—. ¿Cómo se llama, por cierto?

—Mahat, señor. —Me saludó, ganándose una mirada sombría de Beije, y se volvió para seguir a Grifen.

De repente, toda la aprensión que sentía, que se había convertido en un dolor sordo en la boca del estómago, tan familiar que había sido capaz incluso de olvidarme de él, se hizo más intenso, haciendo que me estremeciera. Jurgen me miró con curiosidad durante un instante, para a continuación revolver en el interior de una de sus bolsas, de la que sacó un termo de tanna.

—¿Quiere un poco de tanna, señor? Parece que lo necesita.

—La verdad es que sí. —Bebí un par de tragos del aromático líquido, sintiendo cómo me calentaba el estómago—. Gracias, Jurgen. —No tenía sentido retrasarlo más tiempo; si tenía razón y la invocación ya estaba teniendo lugar, no había esperanzas de supervivencia si nos entreteníamos allí. Todos parecían estar listos, además, excepto yo (y probablemente Beije, que estaba tan lejos de su ambiente que era un milagro que no se hubiera ahogado hasta ahora, lo cual venía a probar la verdad del viejo dicho de que el Emperador cuida de los débiles de mente, supongo). Hice un gesto de asentimiento a Grifen—. En marcha, sargento.

Me di cuenta, mientras avanzábamos lentamente por los pasillos llenos de eco sin preocuparnos de otra cosa que no fuera llegar a tiempo a nuestro destino, de que no era ni tan siquiera la idea de enfrentarme a un demonio lo que me tenía tan aterrado. Eran las otras palabras del hereje moribundo. ¿Qué sería aquel nuevo mundo que había mencionado? Seguro que nada bueno.

Así que estaba dividido entre el creciente temor a lo que encontraríamos en el corazón de aquella guarida de perdición y la firme convicción de que no enfrentarse a ello significaría la muerte, o algo peor (y he visto suficientes cosas a lo largo de los años como para saber que hay muchas cosas peores que la muerte): que nos dirigíamos hacia una confrontación con lo que forjaría el destino no sólo de un mundo, sino de todo el sector.



DIECINUEVE

El pasado siempre nos acompaña.

GILBRAN QUAIL,
Ensayos Reunidos

Cuanto más nos sumíamos en aquella oscuridad, mayor era la carnicería que presenciábamos. Era obvio que los que rendían culto a Slaanesh habían redoblado sus esfuerzos para defender el emplazamiento de su ritual, trayendo refuerzos del perímetro, y que su número no paraba de aumentar, a pesar de que aquello debilitaba fatalmente sus defensas. Detoi informó de que todos nuestros pelotones estaban avanzando y en un par de lugares las barricadas incluso habían caído del todo.

—Podremos enviarle refuerzos en cuestión de minutos —dijo, y a pesar del enorme alivio con el que recibí sus palabras, me descubrí siendo conservador.

—Es mejor que los conserve para asegurar el perímetro por el momento —le aconsejé.

A pesar de que la idea de recibir más tropas tras las que esconderse era muy tentadora, si yo tenía razón acerca de lo que nos esperaba en la capilla profanada, de nada nos serviría su presencia; la superioridad numérica no había significado nada para las FDP en el burdel de Skitterfall, y no me cabía ninguna duda de que el demonio, si se le permitía volver a materializarse, masacraría a nuestra gente con la misma facilidad. Nuestra única esperanza contra él era Jurgen, y cuantos menos testigos hubiera de ello, tanto mejor.

—Como usted diga —contestó Detoi, que parecía ligeramente decepcionado, y le tiré un hueso para alegrarlo un poco.

—Todavía tenemos que ocuparnos de los marines traidores —le recordé—. Me sentiría mucho más feliz sabiendo que están atrapados si las cosas se llegaran a poner feas.

Fue en ese momento cuando chocamos con uno de ellos en sentido literal. Ya me había fijado que las marcas de armas de fuego en las paredes habían crecido en

número en los dos últimos lugares donde se habían producido tiroteos, pero no sabía cuánta potencia de fuego podían acumular los herejes hasta que vi al devorador de mundos herido y dando tumbos por el pasillo. Su armadura, antes brillante, estaba llena de agujeros y quemaduras de numerosos impactos de armas de fuego, y era evidente que algunos habían alcanzado su objetivo, ya que iba arrastrando la pierna izquierda y las junturas de la armadura estaban rígidas. Se iba apoyando en la pared con una manaza cubierta por el guantelete, dejando marcas en el acero cada vez que apoyaba todo su peso en ella. Sus armas habían desaparecido el Emperador sabe dónde, y le manaba sangre de varias junturas de la armadura, que formaban charcos pegajosos en el suelo antes de espesarse hasta parecer alquitrán en cuestión de segundos.

—No la toquen —les advertí cuando uno de los hombres de Mahat se agachó para examinar el charco que tenía delante—. Podría ser tóxica[99]. —Se puso de pie enseguida, asustado.

—Ésas son supersticiones sin ninguna base —se burló Beije, que, sin embargo, evitó los charcos dando un amplio rodeo.

—Si tú lo dices —repliqué, contento de permitir que él mismo lo descubriera. En aquel momento el marine traidor pareció haberse dado cuenta de nuestra presencia por primera vez, desviándose de su obstinado camino hacia la capilla profanada.

—¡Sangre para el Dios de la Sangre! —rugió, avanzando a tumbos y extendiendo los brazos para atrapar y desgarrar.

—Ya me estoy hartando de oír eso —gruñí mientras sacaba mi pistola láser y le disparaba unas cuantas veces. Los soldados que me acompañaban, valhallanos y tallarnianos por igual, siguieron mi ejemplo y la parte frontal de la armadura del gigante resonó como una fundición con el impacto de cientos de rayos láser. Aun así siguió avanzando, lanzando salvajes puñetazos que alcanzaron a un par de desafortunados soldados lanzándolos contra las paredes. Me agaché para esquivar un enorme puño, intentando deshacerme de la sensación de *déjà vu* mientras lo hacía, y me introduje en sus defensas, esperando que Jurgen pudiera dispararle con el melta como la otra vez. Pero esta vez era demasiado para nosotros, y mi ayudante iba de un lado a otro, indeciso.

Sólo tenía una oportunidad: mi pistola láser no tenía ninguna utilidad contra aquel gigante, pero por suerte tenía la espada sierra en la otra mano. Vi una grieta en la armadura de ceramita, al parecer hecha por una granada krak, así que le clavé profundamente la hoja siseante, notando, aliviado, cómo los dientes destrozaban carne y hueso.

El gigante rugió de dolor, sorpresa y rabia, y me agaché para esquivar otro de esos salvajes puñetazos, clavándole aún más la espada con todas mis fuerzas. Cayó de repente, haciendo temblar la cubierta y permitiendo a mi ayudante acercarse

rápidamente y vaporizarle la cabeza.

—¡Dos de dos! ¡Bien hecho, comisario! —Magot me lanzó una sonrisa salvaje y fue a atender a los heridos. Mahat me miró sobrecogido mientras recuperaba la espada del cadáver (teniendo mucho cuidado de que la sangre no tocara mi piel). Beije sencillamente me miraba boquiabierto, como si no pudiera creerse lo que acababa de presenciar.

—¿Cómo están los heridos? —pregunté, para guardar las apariencias más que nada, pero siendo consciente de que si no encontraba otra cosa en la que concentrarme, acabaría estropeando el momento con algún comentario sarcástico y mezquino para aquella insignificante comadreja acerca de su escepticismo con respecto a mi anterior enfrentamiento con un devorador de mundos.

Magot regó con la cabeza.

—No pueden moverse, eso seguro.

La carga furiosa del marine del Caos había dejado incapacitados a tres de los valhallanos (aunque todos estarían pronto recuperados después de que los sanitarios se hubieran ocupado de ellos, un hecho que sólo podía atribuir al increíble grado de debilitamiento del devorador de mundos) y a uno de los tallarnianos. Sólo quedaba una cosa por hacer: di instrucciones precisas a los sanitarios para que cuidaran de ellos y continuamos lo más rápido posible hacia nuestro objetivo.

Mientras nos poníamos en marcha, tras un último vistazo a los heridos y una llamada a Detoi para que enviara a alguien a recogerlos, observé a nuestro pequeño grupo con una sensación premonitoria que traté de ocultar en la medida de lo posible. Aparte de mí y de Jurgen, sólo quedábamos cinco: Grifen, Magot, Vorhees, Drere y Revik, un soldado del equipo de Magot del que casi no sabía nada, ya que se había unido al regimiento en la última serie de reemplazos y hasta ese momento no había cometido ninguna infracción grave (aunque con Magot como modelo de conducta las cosas no seguirían así por mucho tiempo). No conté con los tallarnianos ni con Beije, a pesar de la evidente confianza de Mahat en mi liderazgo, ya que era incapaz de confiar en ellos, y la idea de que nos superarían en número si por alguna razón decidían traicionarnos no era demasiado reconfortante.

Así que, como comprenderán, no estaba demasiado tranquilo mientras corríamos tras la estela de los Devoradores de Mundos, temiendo acercarnos demasiado por si atraíamos su sanguinaria atención, pero también plenamente conscientes de que el tiempo era esencial si queríamos evitar que los herejes que había en el centro de aquella red de corrupción completaran su blasfema tarea.

—Casi hemos llegado —le dije a Detoi, con mi sentido de la orientación en espacios cerrados intacto, cosa que el capitán agradeció aliviado.

—Todavía estamos controlando el perímetro —me informó—. Todos los defensores se han retirado para enfrentarse a los marines traidores. Podríamos

acercarnos y hacer una limpieza en cualquier momento.

—Por ahora sigan con lo que están haciendo —insistí, ya que no quería que su ansiedad, que por otro lado era comprensible, resultara un obstáculo con la acción tan avanzada—. Los llamaremos tan pronto como sepamos con seguridad lo que está ocurriendo aquí abajo. Detestaría estropearlo todo cayendo en una trampa cuando estamos tan cerca.

—Eso sería una lástima —coincidió, consiguiendo casi ocultar su decepción.

—Escuchen. —Grifen alzó la mano y todos nos detuvimos, tratando de localizar el sonido que acababa de oír. La draga estaba llena de ruidos de fondo, por supuesto, y todos ellos apenas distinguibles: el zumbido y los ruidos metálicos de la maquinaria lejana, el gemido del viento entre las grietas de la enorme estructura y, algo menos penetrantes, las vibraciones del fuego de las armas y los gritos agónicos que se sucedían a medida que los marines de Khorne seguían con su carnicería. Intenté filtrarlos todos, junto con el continuo siseo de los pulmones auménticos de Drere, y después de unos segundos asentí.

—Creo que tiene razón —dije con gesto adusto. Era un sonido grave, como un zumbido, que también noté en forma de vibración a través de las planchas de metal de la cubierta. Eran cánticos ondulantes con cadencias que ninguna garganta humana podía reproducir, y que hicieron que se me erizase el pelo de la nuca.

Los soldados, tanto valhallanos como tallarnianos, se miraron unos a otros con gran inquietud.

—¿Qué? —preguntó Beije, que parecía desconcertado.

—Vamos. —Eché a correr rápidamente, antes de que me fallara la determinación —. No tenemos mucho tiempo. —No sabría decir cómo lo sabía, ni siquiera después de todos estos años, pero mi instinto de supervivencia había resurgido con ganas, y me fié de él. Si no nos enfrentábamos ahora al enemigo sería demasiado tarde y nos sobrevendrían la muerte y la condenación. Estaba tan seguro de ello como de que si soltaba un objeto caería al suelo, o de que Beije era un idiota. Para mi sorpresa me encontré en cabeza seguido por los valhallanos, y me sentí aliviado al verlos.

—¡No os quedéis ahí quietos, seguidlo! —chilló Beije—. ¿No veis que está tratando de huir? —Los tallarnianos nos pisaban los talones, aunque más por la perspectiva de enfrentarse al enemigo que porque creyeran una sola palabra de sus estúpidas acusaciones, estoy seguro. El comisario rechoncho los seguía entre jadeos, con el rostro encendido.

Más adelante, los sonidos del combate se hicieron más fuertes, y un confuso tumulto llenaba el pasillo que teníamos delante.

Detoi tenía razón, ahora lo veía; al parecer, todos los herejes de la draga se habían encontrado en aquel lugar con el objetivo evidente de defender la sala que teníamos enfrente. El sigilo en forma de engranaje del Adeptus Mechanicus, más alto que un

hombre, estaba repujado sobre un par de enormes puertas de bronce más allá de la masa de gente que luchaba, y con un estremecimiento de terror me di cuenta de que el símbolo sagrado del clero de la máquina había sido profanado, ya que lo habían pintado con unas líneas de una sustancia, que no quise identificar, para modificar y pervertir el símbolo, convirtiéndolo en el del dios profano de los excesos sensuales[100]. Aquél era sin duda nuestro objetivo, pero nos iba a costar mucho llegar a él: todo el poder del culto a Slaanesh en Adumbria se había movilizado para defender el objetivo de los Devoradores de Mundos, y ninguno de los dos bandos nos iba a dar cuartel.

Durante un momento parecía que incluso los guerreros sobrehumanos se habían encontrado con la horma de su zapato, ya que su superioridad numérica era apabullante; debía de haber más de cien adoradores del Caos que aún se mantenían en pie, y al menos la mitad de ellos revolcándose en su propia sangre. Pocas veces he presenciado una carnicería de tal calibre, al menos en una escaramuza, y la escena afectó incluso a los guerreros más veteranos de entre los que me acompañaban.

—Por el Emperador —exclamó Grifen—. ¿De dónde han salido todos?

Supuse que era una pregunta retórica, ya que habíamos establecido con anterioridad que algunos de ellos se habían abierto paso a la fuerza desde el muelle de carga, pero estaba claro que muchos formaban parte de la tripulación de la draga. Algunos todavía llevaban sus uniformes de trabajo, que contrastaban de un modo llamativo con los ropajes extravagantes de sus pervertidos aliados, y aunque pareciera difícil de creer, incluso atisbé las túnicas blancas de uno o dos tecnosacerdotes entre sus filas.

Su victoria sobre los marines corruptos debería haber estado asegurada, ya que su superioridad numérica habría bastado incluso contra enemigos tan esforzados, y sin duda, si hubieran sido miembros de la guardia o soldados de la FDP, habrían prevalecido con sólo una décima parte de las bajas que habían sufrido. Sin embargo, eran civiles, no guerreros, y por si fuera poco, unos chiflados. Se arrojaban sobre los gigantes con armadura haciendo caso omiso del peligro, sin la más mínima idea de coordinación o táctica, al menos que yo pudiera ver, y por consiguiente morían a montones. Y lo que era peor, se metían los unos por delante de los otros, de modo que la mitad de los disparos dirigidos hacia los marines traidores acababan matando o hiriendo a los suyos.

Pero los marines tampoco se estaban saliendo del todo con la suya. Mientras observaba, a uno lo cogieron por detrás con un servidor de transporte de carga tan grande como él[101], y las manos de metal del robot se cerraron inexorables sobre su casco. Durante un instante, el músculo auméntico luchó contra la ceramita, pero después la armadura cedió ante la presión estallando como un melón maduro. La victoria de aquella cosa duró poco, sin embargo, ya que dos marines que aún estaban

vivos se lanzaron a por ella inmediatamente, destrozándola con sus hachas sierra.

Aunque parezca increíble, los dos devoradores de mundos que quedaban se las arreglaron para atravesar las defensas de sus enemigos, tan empapados en la sangre que habían derramado que era imposible saber qué partes de su armadura eran originalmente negras y cuáles eran rojas, golpeando las enormes puertas de bronce con tanta fuerza que la vibración resonó por encima de los gritos y de los disparos. Aunque pareciera fuerte e imponente, la puerta no era rival para las hachas malditas que blandían; los dientes de ceramita chirriaron contra el metal, levantando una lluvia de chispas que parecían fuegos artificiales, y el bronce se rompió y retorció como un pañuelo de papel mientras lo desgarraban con sus guanteletes.

—¿Y ahora qué? —preguntó Mahat, y me sorprendió ligeramente, aparte de sentirme bastante satisfecho conmigo mismo, que se dirigiera a mí directamente, ignorando por completo a su propio comisario.

—Tenemos que seguirlos —dije—, sin importar cómo. —El sargento tallarniano asintió con gesto adusto, al igual que los valhallanos, que parecían también decididos a llevar todo aquello hasta el final (que, permítanme que les diga, parecía estar ya muy cerca).

—Será fácil abrirse paso entre esos de allí —contestó Grifen, levantando la pistola láser y disparando un cargador nuevo con una precisión que era fruto de la práctica. La mayor parte de los otros siguieron su ejemplo, sin duda pensando que una gloriosa carga suicida era muy mal momento para quedarse sin munición.

—Quizá no —repuse, haciéndole señas a Jurgen para que avanzara y plenamente consciente de que los devoradores de mundos habían desaparecido ya dentro de la capilla. La mayor parte de los defensores que habían sobrevivido intentó seguirlos en masa, atascando la puerta y bloqueándose unos a otros, con tanta coordinación como un puñado de orkos borrachos—. Están todos amontonados y mirando hacia el otro lado.

—Cacería Traki[102] —dijo alegremente Magot—. Me encanta cuando el enemigo está de nuestra parte.

Con una floritura dramática de mi espada sierra avancé a la carrera, asegurándome de que un par de soldados iba un poco por delante de mí, y caímos sobre nuestro desprevenido enemigo como la ira del mismísimo Emperador. El melta de Jurgen hizo un agujero irregular en sus líneas, vaporizando carne y hueso, y dejando un estrecho pasillo de víctimas abrasadas que se retorcían y gritaban a ambos lados, donde el aire que rodeaba el plasma sobrecalentado los había quemado, y el resto de nosotros nos lanzamos sobre los supervivientes para agrandarlo. Cayó la primera oleada, apenas consciente de nuestra presencia, y casi habíamos llegado al portal devastado cuando comenzaron a darse la vuelta y a reorganizarse.

—¡Otra vez! —le ordené a Jurgen, y éste obedeció alegremente, despejando el

camino hacia las puertas por completo y agrandando el agujero que habían hecho los marines del Caos.

—¿Todavía te divierte? —le preguntó Magot a Mahat mientras abatía a un grupo de herejes con una ráfaga de rayos láser cuando se volvieron y comenzaron a levantar sus armas.

Sin embargo, era inevitable, los herejes comenzaron a coordinarse y a responder a nuestros disparos, aunque con una gratificante falta de precisión; si hubiéramos intentado la misma táctica con un enemigo medianamente organizado, incluso uno del calibre de una banda de colmena, seguramente habría sido otra historia, pero la mayoría de sus disparos iban igual de mal encaminados que los que habían realizado contra los devoradores de mundos. Sin embargo, algunos daban en el blanco; Revik cayó abatido, sangrando por una grieta en la armadura del torso, y Vorhees y Drere lo cogieron cada uno por un brazo, aminorando apenas el paso mientras lo hacían. Incluso siguieron disparando, a pesar de que apuntar con la pistola láser con una sola mano no era nada fácil. Un par de los tallarnianos resultaron abatidos también, y sus compañeros de pelotón los recogieron con la misma rapidez y eficiencia.

Sin saber cómo conseguí llegar al umbral de las puertas de bronce, colándome hacia el interior con una sensación de alivio que ni me molesté en ocultar, mientras rayos láser y ráfagas de proyectiles sólidos golpeaban contra el metal que tenía detrás. Un aroma denso y empalagoso, como el que había olido en la cúpula de la zona fría, invadió mi nariz, y me sentí muy agradecido al oler a Jurgen en todo su esplendor cuando ocupó su lugar junto a mi hombro.

—Cubra a los demás —le dije innecesariamente, puesto que ya se estaba dando la vuelta para hacerlo y estaban tan sólo a un par de pasos por detrás de mí.

Eché un vistazo a la antecámara en la que nos encontrábamos, buscando algo que pudiéramos utilizar en nuestro propio provecho. Las puertas de bronce no nos podían ofrecer mucha protección, ya que los devoradores de mundos las habían forzado y Jurgen las había chamuscado a conciencia, pero me sentí inmensamente aliviado al ver cerca de nosotros una mesilla de acero pulido, cubierta de velas de oración y partes de máquinas de brillantes colores que sin duda tenían mucha importancia para los tecnosacerdotes que normalmente rendían culto en aquel lugar.

Corrí hacia ella y traté de empujarla hacia el agujero, sintiendo crujir mis músculos por el esfuerzo.

—¡Ayúdenme con esto! —exclamé, haciendo señas hacia Beije y Mahat. Se quedaron dónde estaban, indecisos, mientras la mayor parte de los soldados de ambos pelotones se refugiaban como podían y disparaban a través del agujero. Las únicas excepciones eran Magot, que estaba rompiendo la armadura de Revik para intentar encontrar su herida y detener la hemorragia, y un par de tallarnianos haciendo lo mismo por sus colegas. El melta de Jurgen escupió su blanca nube purificadora de aire

caliente interrumpiendo el fuego enemigo durante unos instantes.

—Eso sería profanar esos símbolos sagrados —dijo Mahat, vacilante, y Beije asintió con suficiencia, como hacían los profesores más pedantes de las escuelas (hasta que yo mismo me convertí en uno no me podía creer lo mezquinos que podían llegar a ser, pero me estoy yendo por las ramas…)

—Ya no podemos profanarlos mucho más que los herejes —señalé de una manera un tanto forzada y utilizando algunos adjetivos extraños que no recuerdo en este momento—. Y en el caso de que no se hayan dado cuenta, este lugar ni siquiera está dedicado al maldito Emperador, es una capilla de tecnosacerdotes dedicada a su artefacto mecánico.

—Bueno, es un punto de vista teológico interesante —comenzó Beije—. Algunos argumentarían que el Omnissiah es simplemente otro aspecto de su Divina Majestad, lo cual significaría…

—Bueno, se lo podrán preguntar en persona si no mueven sus culos hasta aquí y me ayudan a mover esta maldita cosa —lo corté con brusquedad—, porque los herejes que están fuera se nos echarán encima en otro par de minutos si no lo hacen. —He de admitir que no soy el hombre más adecuado de la galaxia para ganar un debate teológico, pero con éste no tuve problemas. Tras intercambiar una mirada llena de inquietud, Beije y el sargento tallarniano corrieron a reunirse conmigo y entre los tres llevamos aquel pesado trozo de metal hasta el agujero, poniéndolo de lado por si acaso (lo cual hizo que todas las velas y cachivaches de metal salieran volando por los aires, cosa que los dejó tremendamente consternados, pero era inevitable). Después de eso puse a Drere y a Vorhees para reforzar la improvisada barrera con alguna otra cosa que se pudiera mover, e hice una valoración de daños.

—¿Cómo está Revik? —le pregunté a Magot, preguntándome si estaría en condiciones de sostener una pistola láser.

—Bastante mal, aunque los he visto peores —respondió, sin molestarse en levantar la cabeza mientras aplicaba un vendaje de presión—. Tuvo suerte de que fuera un láser. —Yo mismo me he sentido agradecido en más de una ocasión por lo mismo, ya que suelen cauterizar las heridas que causan, haciendo que sangren mucho menos. Los proyectiles sólidos te hacen un agujero que puede hacer que te desangres muy deprisa. Ninguno de los heridos tallarnianos estaba mucho mejor.

—Grifen —dije—. Está usted al mando. —Miré a Beije y Mahat, esperando algún tipo de objeción, pero ninguno de los dos dijo nada; como podrán imaginar, lo encontré de lo más desconcertante—. Manténganlos a raya cueste lo que cueste. Si consiguen entrar ahora y evitar que detengamos el ritual… —no necesitaba completar la frase.

—Los mantendremos a raya —me aseguró la sargento valhallana—. Puede contar con nosotros.

Me volví hacia Jurgen.

—Vamos —dije, superado por la sensación de distanciamiento fatalista que a menudo te invade en esos momentos que sabes que tus probabilidades de sobrevivir son mínimas, pero al menos son mucho mayores que si decides no hacer nada—. Terminemos con esto.

—Mahat. —Beije le hizo señas—. Tú estás conmigo. Trae a Karim y a Stoch. —Los dos soldados que había nombrado abandonaron sus puestos en la línea de fuego inmediatamente, dejando a Vorhees y a Drere tapando el hueco lo mejor que podían, y todos los valhallanos le dirigieron una mirada asesina al comisario entrado en carnes.

—Se los necesita a todos aquí —dije con voz tensa.

Beije sonrió sin ganas.

—Pensaba que confiabas plenamente en tu gente. Después de todo, son uno de los mejores regimientos de la galaxia, ¿no es cierto?

—Nos las arreglaremos —dijo Grifen, expulsando a un par de herejes que fueron lo bastante incautos como para asomar la cabeza mientras ella hablaba.

—No hay tiempo para discutir —dije, girando sobre mis talones y conduciéndolos a todos fuera de la antesala. La ruta era evidente, ya que los devoradores de mundos habían sido tan sutiles como siempre al acercarse y habían dejado una enorme puerta de bronce en una esquina tras haberla sacado de sus goznes. El cántico se oía más alto allí, por lo que la dirección que había que seguir era inconfundible, y mientras escuchaba oí cómo se entremezclaba el sonido de las espadas sierra y el alegre rugido de los marines de Khorne mientras masacraban a más víctimas.

—Según parece, esos hijos de perra vestidos de rojo nos están ahorrando mucho trabajo —comentó Jurgen junto a mi hombro mientras corríamos hacia el lugar de donde venía el ruido. Había esperado que el cántico perdiera intensidad a medida que los acólitos fueran muriendo, sin embargo, pareció crecer, resonando hasta en mis huesos. No estaba seguro de lo que eso significaba, pero apostaría las ganancias del tarot de un año a que no era nada bueno.

—¡Por el trono dorado! —baló Beije mientras atravesábamos una cortina desgarrada y nos adentrábamos en la capilla. Por una vez, simpaticé con él. Yo tenía una ligera idea de lo que podía esperar, ya que había visto la ruinas de las salas de rituales en la cúpula y el burdel, pero aquel horror que hubiera vuelto loco a cualquiera, con los símbolos intactos en las paredes que nos rodeaban por completo, era nuevo para mí, y me dejó totalmente confundido. Estoy seguro de que sólo la presencia de Jurgen y su talento especial me aislaban de la peor parte.

—No los mire —advertí, tratando de concentrarme en los gigantes acorazados que se movían con dificultad entre la congregación de degenerados con actitud resuelta, cortando y destrozando con sus hachas—. Concéntrese.

Mi advertencia llegó tarde para uno de los soldados tallarnianos, sin embargo (Stoch, creo), ya que se tendió en posición fetal, sangrando por los ojos y gimoteando algo que parecía como la primera línea de la bendición del Emperador una y otra vez. Beije palideció y vomitó, pero se recuperó, para mi sorpresa, y comenzó a recitar uno de los catecismos de mando con voz temblorosa.

—¿Qué deberíamos hacer, señor? —preguntó Jurgen, tan flemático como siempre, con un tono de voz tan despreocupado como si estuviera preguntándome si quería otra taza de tanna—. ¿Los sacamos a todos fuera?

Ciertamente parecía que ésa era la única opción. Asentí.

—Concéntrese en los infieles —exclamé, tratando de hacerme oír por encima de aquel cántico infernal—, deje a los marines del Caos para el final. —Debía de haber al menos el mismo número de acólitos en aquella sala que los que estaban fuera defendiendo, e íbamos a necesitar toda la ayuda que pudiéramos conseguir para asegurarnos de que murieran todos antes de que el ritual alcanzara su punto álgido.

Pero nunca tuvimos la oportunidad. Tan pronto como pronuncié aquellas palabras, el cántico finalizó y se hizo el silencio de repente, sólo interrumpido por los ruidos de la truculenta carnicería que estaban perpetrando los devoradores de mundos y los desvarios de Stoch.

—¡Ya viene! ¡Ya viene! —gritaron de repente cinco decenas de gargantas, algunas de las cuales se interrumpieron con un gorgoteo mientras las hachas sierra las desgarraban. Entonces incluso ésas se detuvieron, ya que sus dueños parecieron quedar paralizados, como si fueran servidores a los que hubieran desconectado de la corriente eléctrica. Un brillo enfermizo comenzó a llenar el aire, expandiéndose entre la multitud, y mirara a donde mirase todos los rostros tenían la misma expresión de imbecilidad y éxtasis, distorsionándose más allá de lo físicamente posible.

—Que les den —exclamé, recorriendo la habitación con la mirada en busca de un objetivo, cualquiera, y apartando la vista de los símbolos grabados de las paredes y el techo antes de que tuvieran tiempo de quedárseme grabados también en el cerebro—. Busquemos algo que matar.

—Oh, Ciaphas. —Una risa meliflua se extendió por toda la estancia como las ondas de un estanque—. Ya veo que no has cambiado nada.

Varios de los cultistas comenzaron a temblar, ululando extasiados, mientras la carne de sus cuerpos se fundía como la cera. Aquella imagen era más horrenda de lo que puedo describir, y lo único que puedo decir es que si piensan que eso es decepcionante, siéntanse afortunados de no poder imaginárselo.

—Que el Emperador nos proteja —balbuceó Beije cogiéndome del hombro—. Esto es brujería, brujería de la peor…

—Es peor que eso —le respondí mientras me recorría un escalofrío de puro horror. El montón de carne estaba cambiando a cada segundo, tomando una forma

definida. Tenía dos veces la altura de un hombre y los miembros demasiado ágiles para ser humanos. El cuerpo se curvaba de una forma indiscutiblemente femenina, a la vez horrenda y hermosa de un modo sin duda inhumano. El rostro también era completamente diferente de todo lo que me era conocido, excepto por esos ojos verde esmeralda, fríos y desdeñosos, que me miraban divertidos y distantes.

—Ha pasado bastante tiempo —dijo la aparición, dirigiéndose a mí—. Espero que estés bien. —Extendió la mano hacia abajo, cogió al aturdido Stoch y le arrancó la cabeza de un bocado, masticando pensativa un instante antes de despreciar el cuerpo.

Mahat y Karim se retorcieron, tratando de levantar las pistolas láser, pero parecían tan paralizados como los devoradores de mundos.

—Así está mejor. Es de mala educación interrumpir a alguien mientras está hablando, ¿no crees?

Aquella pesadilla volvió a mi mente en aquel momento, y con ella una sensación de reconocimiento que no pude ignorar. Sabía que era imposible, pero no pude evitar pronunciar el nombre.

—Emeli —dije.

El demonio asintió.

—Te anuncié que volvería —declaró.



VEINTE

Entonces el profeta habló diciendo: «Al carajo, mi fe es un escudo contra tus súplicas».

ALEM MAHAT,
El Libro de Cain
Capítulo IV, versículo XXI[103]

Bueno, puede que no sea el tipo más inteligente de la armería, pero puedo sumar dos y dos tan bien como cualquiera.

—Esos sueños —dije lentamente—, no eran solamente sueños, ¿verdad?

—¿Qué sueños? —preguntó Beije, mirando a la aparición sobrecogido por el horror, tan incapaz de apartar los ojos de aquel rostro fascinante y a la vez repulsivo como el resto de la congregación. El demonio y yo no le hicimos ningún caso y continuamos con nuestra conversación como si estuviéramos completamente solos. Sólo Jurgen daba alguna señal de vida, aunque su habitual expresión de vago desconcierto lo ocultaba perfectamente, y yo intenté mantener la atención de aquella cosa fija en mí. Una vez se diera cuenta de lo que era, y de que todavía teníamos una oportunidad de estropearle los planes, fueran cuales fuesen, apenas tendríamos unos segundos para reaccionar, en el mejor de los casos, antes de convertirnos en una desagradable mancha sobre la cubierta, o en algún otro aperitivo improvisado.

—Tenemos una conexión —respondió el demonio con voz profunda y seductora mientras recordaba mi encuentro con la humana que solía ser—. Cuando las corrientes de la disformidad eran favorables, o cuando estaba físicamente presente en este pequeño y monótono mundo, podía acariciar tu mente de vez en cuando. —Volvió a reír mientras se pasaba la lengua larga y sinuosa por los labios como si fuera una grotesca parodia de una cortesana coqueta.

—No comprendo —dije, tratando de ganar tiempo. Si Jurgen pudiera acercarse un poco y anular el poder que aquella cosa tenía para mantener a nuestros compañeros embelesados, había una pequeña oportunidad de que la pudiéramos

pillar por sorpresa. No esperaba que un par de pistolas láser representaran una gran diferencia, para ser sinceros, pero el melta de Jurgen podría bastar para herirla, y si podíamos hacerle suficiente daño como para trastocar su presencia física allí, podríamos hacerla volver a la disformidad. No sería exactamente inofensiva en aquel lugar, pero al menos estaría lejos de nosotros.

El demonio volvió a reír, y a pesar de mí mismo sentí que me recorría un escalofrío de placer, como la sensación que tienes en una fresca mañana de otoño cuando brilla el sol y el mundo parece estar lleno de pequeños placeres.

—Cuando nos encontramos la otra vez, pensé que eras humana.

—Y lo era, tonto. —El demonio se alejó de nosotros, deslizándose, justo cuando estaba a punto de hacerle una señal a Jurgen para que actuara, así que tuve que desistir y esperar el momento oportuno. Emeli, y que el Emperador me ayude, porque no podía dejar de pensar en aquella cosa como la mujer por la que había estado a punto de perder el alma en Slawkenberg, se movió sigilosamente entre sus acólitos, haciéndoles tiernas caricias con los dedos, la lengua y la ágil cola retorcida. Y al tocarlos, los cuerpos caían, y ella les absorbía el alma con gritos de éxtasis terminal—. Pero serví bien a mi príncipe en vida, y recibió mi alma con regocijo. Me hice más fuerte en la disformidad, y después de un tiempo también fui capaz de influir en las cosas del mundo material.

—Pero no durante mucho tiempo, gracias al Emperador —dije, y el demonio se enfadó con una ira terrible y descarnada que estropeó la sensual perfección de sus horrendas facciones por un instante.

—¿Te atreves a invocar el nombre de tu dios cadáver en este lugar sagrado? —Partió en dos a uno de los devoradores de mundos en un arranque de despecho, cosa que todavía parecía en cierto modo coqueto y entrañable hasta llegar a lo grotesco, e hizo pedazos su armadura de ceramita como si fuera de papel. Cogió al otro y lo arrojó contra la pared, haciéndole una abolladura de la profundidad de mi antebrazo, dejando que el cadáver rebotara de manera aleatoria y cayera al suelo de metal haciendo un ruido similar al de alguien dejando caer un montón de cubos (aplastó a un par de fieles en el proceso, pero no creo que le importara demasiado).

—Primero había sido suyo —señalé. Bueno, técnicamente supongo que había sido del Omnissiah primero, pero ya había discutido bastante sobre el tema con Beije.

Emeli dejó escapar una risita, un eco grotesco de lo coqueta que solía ser, y volvió hasta donde estábamos, de nuevo con una sonrisa. Provocarla era una apuesta arriesgada, pero si tan sólo pudiera mantener su atención fija en mí el tiempo suficiente para ponerla al alcance de las extrañas habilidades de Jurgen, tal vez pudiéramos salir de allí con vida.

—El que lo encuentra se lo queda —dijo ella, deslizándose alrededor de otro grupo de adoradores delirantes y moribundos—. Ahora es mío, y pronto seré la reina

de todo el mundo. —Puso cara de desagrado durante un instante—. Es un sitio pequeño y horrible por ahora, lo sé, pero pronto podré arreglarlo. ¿Qué te parece el color morado para el cielo? O quizá rosa. —Esbozó una sonrisa beatífica en aquel rostro tan horrendo—. Me encanta la decoración.

—¿Estás segura de que tendrás tiempo? —pregunté, todavía tratando de provocarla—. Creo recordar que los de tu especie no permanecen en el mundo físico durante mucho tiempo.

Un maremoto de risa meliflua me inundó, haciéndome sentir tremendamente feliz, y, a pesar del terrible peligro en el que nos encontrábamos, sentí que una sonrisa afloraba a mis labios al oír aquel sonido.

—Pobre Ciaphas. Realmente no lo entiendes, ¿verdad? —Me dirigió una mirada traviesa, tan cautivadora como tantos años atrás, cuando había sido una mujer tremendamente seductora que casi me había arrastrado a la perdición—. Esta vez no voy a volver a la disformidad. Me voy a quedar, y mis amigos vendrán también a jugar. La energía que he absorbido de estos juguetes será suficiente para romper la barrera entre los reinos para siempre.

El estremecimiento de terror que me recorrió al oír esas palabras fue suficiente para hacer que se disipara aquel glamur antinatural que el demonio había sido capaz de ejercer sobre mí, y sentí que el aire se me solidificaba en los pulmones. Ahora estaba más cerca de lo que había estado jamás, y el aroma de su cuerpo me invadió, irresistible y tentador, amenazando con embelesarme de nuevo.

—Vas a abrir un portal hacia la disformidad —conseguí balbucear, y detrás de mí pude oír a Beije gimiendo aterrorizado de sólo pensarlo. El aroma de Emeli se extendió y volvió a pasarse aquella lengua inhumana por los labios.

—No, tonto. Voy a convertir el planeta entero en un portal. La mitad dentro y la mitad fuera de la disformidad, por donde mis amigos puedan ir y venir cuando les plazca, y así podremos modelar la realidad a nuestro antojo. ¿No crees que será divertido?

—Quizá para ti —repliqué, comenzando a perder la cabeza por culpa de la cercanía de su presencia física.

A pesar del miedo y el asco que seguían consumiéndome, el deseo que una vez sentí por su forma humana también había comenzado a despertar, y la sensualidad inhumana de su cuerpo demoníaco conseguía multiplicarlo de alguna manera. Luché contra el impulso de abrirle mis brazos, mientras sentía un cosquilleo en la piel anticipándome a su contacto. Pero mi instinto de supervivencia siguió aferrándose a mí, como había hecho en su habitación la primera vez que trató de seducirme y reclamar mi alma. Sabía que rendirse significaba la muerte.

—Para nosotros quizá no tanto.

—No tienes ni idea —susurró el demonio, y un olor cálido y almizclado se

extendió por mi rostro y me nubló los sentidos—. Los placeres que podría mostrarte, y la dicha que compartiríamos. Ya te lo dije una vez, podrías ser uno de nosotros y tener poderes que ningún mortal puede concebir, experimentar una eternidad de éxtasis. Todo lo que tienes que hacer es cogerlo. Tómame…

—¡A la mierda! —le espeté, y un súbito olor que me resultaba familiar vino a sustituir al que me había hechizado de aquella manera, y di gracias al Emperador por la presencia de Jurgen. Se había acercado un poco mientras Emeli estaba concentrada en seducirme, aunque desconozco por qué estaba tan empeñada en reclamar mi insignificante alma mientras había todo un mundo repleto de ellas. Quizá no era más que una triste perdedora y quería demostrar algo tras nuestro desafortunado encuentro—. ¡Mi alma es mía, y me la quedo! —Por puro reflejo saqué mi pistola láser y disparé.

—Eres realmente fastidioso —dijo el demonio con aire petulante, al parecer impávido ante la detonación del rayo láser, que no hizo más que chamuscar su pálida piel—. Haz lo que quieras, entonces. —La marca desapareció del todo en cuestión de segundos—. Veamos qué te parece morir, para variar. ¿De acuerdo?

Cargó hacia mí, hermosa y terrible, dispersando a los pocos acólitos que le quedaban mientras avanzaba. Volví a disparar repetidas veces, pero los rayos láser le hacían tan poco efecto como antes, y me encogí cuando extendió los brazos para atraparme…

Pero entonces se echó hacia atrás, con una expresión confusa y vacilante que nubló aquellos extraños ojos almendrados.

—¿Qué? —Miró a su alrededor, perpleja, y comenzó a retroceder—. ¿Qué estás haciendo? —Volví a disparar, y esta vez el rayo láser le dejó una herida de verdad, una pequeña pústula que supuraba un fluido viscoso. Cogí a Jurgen del brazo y lo hice avanzar. Teníamos que permanecer cerca de ella.

—¡Vamos! —exclamé—. ¡Ahora o nunca! —Esgrimí mi espada sierra, haciendo brotar una gota de líquido viscoso de una de sus manos extendidas, y en mi cráneo retumbó un chillido de indignación, como el de una cantante de ópera que sostiene una sola nota perfecta. Mahat y Karim salieron de su estupor y comenzaron a disparar, probando ser buenos tiradores, por suerte, para darle al enorme objetivo que tenían delante sin ponernos en peligro a Jurgen o a mí. Comenzaron a aparecer más heridas en su piel sensual.

—¡No puedes hacer esto! ¡No es justo! —aulló el demonio, lanzándose de nuevo contra mí. Me agaché frenéticamente, haciéndole un tajo en la pierna con la espada sierra, y Jurgen saltó hacia un lado levantando el melta, pero antes de que pudiera disparar, la cola larga y sinuosa lo golpeó en un lado de la cabeza y mi ayudante cayó al suelo, aturdido, junto con la preciada arma pesada—. ¡Detente, detente horrible hombrecillo!

Le dio un bofetón con el dorso de la mano a Karim que lo lanzó de espaldas por los aires, en una maraña de miembros y pistolas láser, pero Mahat siguió disparando obstinadamente. Me di cuenta de que Beije seguía allí de pie, con la boca abierta, como un estúpido maniquí de tienda.

—¡Dispara, estúpido! —exclamé, lanzándome a por el melta, que estaba en el suelo, y pidiéndole al Emperador que pudieran mantener al demonio ocupado el tiempo suficiente para que pudiera alcanzarlo y que se mantuviera dentro del radio del aura de Jurgen. Mi ayudante se despertó, poniéndose en pie con dificultad y sacudiendo la cabeza, atontado. Avanzó un paso tambaleándose y tratando de desenfundar su pistola láser.

—¿Qué? —Beije pareció darse cuenta de repente de que todavía tenía una pistola láser en la mano y disparó un par de veces con muy mala puntería, aunque al menos atrajo la atención de Emeli. Su cabeza se volvió bruscamente hacia él y la lengua larga y sinuosa salió disparada para agarrarlo por el brazo. Beije chilló aterrorizado mientras ella lo arrastraba inexorablemente hacia sus mandíbulas abiertas.

—¡Bien! ¡Mantenla ocupada! —exclamé para animarlo, mientras el comisario rechoncho se revolvía frenético tratando de coger su espada sierra. Me puse de pie y levanté la pesada arma, maravillándome por un instante ante la facilidad con la que Jurgen parecía manejarla, y disparé.

Un brillante destello actínico me abrasó los ojos cerrados, lo cual me dejó imágenes residuales danzando en la retina. Pestañeé para ver mejor y vi como el demonio se tambaleaba, con un enorme agujero atravesándole el torso. Una herida como ésa habría resultado fatal para cualquier criatura mortal, pero Emeli simplemente se tambaleó, consiguió recobrarse y se volvió para mirarme.

—Esta vez no —rugió, con una expresión de absoluta maldad en aquel rostro inhumano, mientras dejaba caer a Beije. Se dirigió hacia mí a una velocidad sobrehumana, sin darse cuenta de la presencia de Jurgen en su afán de cerrar las manos alrededor de mi cuello.

—Ya voy, comisario —dijo mi ayudante, todavía aturdido y enredado con la correa de su pistola láser. Tropezó con la pierna del demonio y éste chilló como si fuera incandescente, apartándose de un salto con una expresión en el rostro que sólo puedo describir como de terror.

Aquélla era la oportunidad que necesitaba. Volví a disparar el melta arrancándole un trozo de cabeza. El demonio aulló, abandonado ya todo fingimiento de civilización, y se abalanzó sobre mí, decidido a matarme. Hice un esfuerzo frenético por girar la pesada arma, maldiciendo su peso y volumen, ya que no me dio tiempo…

Y se tambaleó, estallando en multitud de salpicaduras de líquido viscoso. El chasquido de las pistolas láser retumbó por toda la sala, dejándome sordo y ahogando incluso el chillido de la condenada entidad de la disformidad. Durante un instante se

retorció de dolor, atormentada, incapaz de decidir hacia dónde ir, después se desvaneció con el ruido atronador del aire, implosionando. Recorrí la habitación con la mirada, sorprendido al encontrármela llena de uniformes valhallanos.

—Se olvidó de contactarnos —dijo Detoi, lacónico, desde cerca de la puerta—. Así que vinimos a ver qué tal le iba.

—No tan bien como para no estar contento de verlos —suspiré, dejándome caer aliviado. Señalé al puñado de acólitos que todavía se retorcían débilmente en el suelo, dispersos por toda laestancia—. Tráiganlos y salgamos de este maldito lugar. Intenten no mirar a las paredes, les pueden freír el cerebro.

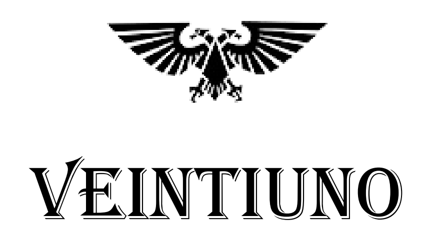
—Sin problemas. —El capitán hizo señas a dos soldados que llevaban lanzallamas —. Quemadlo todo.

—A mí me parece bien —afirmé, preguntándome por un instante qué diría Malden y decidiendo que no me importaba un bledo. Me volví hacia Jurgen, que estaba tan alerta como siempre, y le di el melta, que aceptó con algo parecido al entusiasmo—. Se le ha caído esto —dije.

—Lo siento, señor —respondió.

—¿Creéis que habéis ganado, verdad? —Uno de los herejes se volvió hacia mí, mirándome desafiante unos instantes antes de que Magot lo empujara con muy pocos miramientos con la culata de su pistola láser para que siguiera avanzando. Había algo en su rostro que me resultaba familiar, y tras unos segundos lo reconocí como uno de los bastardos aristocráticos que infestaban el Consejo de Pretendientes, aunque si alguna vez supe su nombre, no era capaz de recordarlo[104]—. Pero ella volverá. Slaanesh es eterno, y también lo son sus sirvientes.

—Sí, pero tú no lo eres —le repliqué con brusquedad, luchando contra el impulso de meterle un rayo láser entre ceja y ceja en ese mismo momento—, y a ti te ahorcarán mucho antes que a mí. —Me volví hacia Beije, que observaba con expresión ausente la baba de demonio que tenía en la manga, como si estuviera a punto de levantarse y morderlo—. Nos veremos en el tribunal —le dije.



VEINTIUNO

La venganza es un plato que se sirve mejor con mayonesa y esa especie de palitos con sabor a queso.

OSRIC EL DESCABELLADO, gobernador planetario de Corania (nombrado en el 756.M41, destituido por el Officio Assassinorum en el 764.M41)

Tal como resultaron las cosas, no tuve que esperar mucho para acudir al tribunal. Dadas las circunstancias, Zyvan permitió graciosamente al Comisariado que lo convocara en sus oficinas de Adumbria una vez las corrientes de la disformidad se estabilizaron lo suficiente como para que los astrópatas pudieran volver al trabajo, y un dinámico intercambio de tráfico de señales dejó claro que nadie se iba a molestar en realizar el viaje desde la oficina del subsector en Corania para atender un caso que todos los involucrados consideraban ya cerrado.

Por aquel entonces, el resto de nuestra flota había llegado por fin, con el rostro congestionado y jadeante, metafóricamente hablando, justo a tiempo para jugar un par de rondas rápidas de caza al hereje. Los últimos supervivientes de los invasores de Khorne fueron atrapados en muy poco tiempo tras la llegada de nuestros refuerzos, permitiendo que los cinco regimientos que habían sufrido lo peor de la lucha pudieran disfrutar de unos merecidísimos días de descanso y que Kasteen y Broklaw encontraran tiempo para reunirse conmigo en Skitterfall y acudir al juicio.

—Se lo agradezco —dije, poniéndome tan cómodo como me fue posible en el banco que había fuera de la sala de conferencias donde los dos comisarios kastaforeanos y el valhallano del 425.º estaban terminando de deliberar. Beije estaba al otro lado del vestíbulo, acompañado sólo por Asmar, y todavía frotándose con expresión ausente el lugar donde el demonio lo había lamido; sospecho que durante la experiencia adquirió un tic nervioso que le duraría toda la vida.

—Era lo menos que podíamos hacer —me aseguró Broklaw, haciendo crujir los

nudillos y sofocando un bostezo—. Usted puso toda la carne en el asador por nosotros en múltiples ocasiones. —Aquello era cierto, aunque no había sido por voluntad propia.

—Cierto. —Kasteen le lanzó una mirada venenosa al otro comisario—. ¿Es cierto que lo retó a un duelo por insultarme?

—Me lo tomé más como un insulto a todo el regimiento —dije, quitándole importancia, como solía hacer.

Kasteen asintió, sin creérselo ni por un momento.

—Gracias de todos modos —dijo.

—Entonces, ¿cómo van las cosas con el general supremo? —preguntó Broklaw, rompiendo aquel silencio tan incómodo.

Me encogí de hombros.

—Prácticamente igual que siempre. Todavía no juega demasiado bien al regicida.

Sin embargo, la tarde que habíamos pasado juntos el día anterior había sido agradable, aunque algo ensombrecida por la posibilidad de que pudiera ser la última. Ninguno de nosotros esperaba que las ridículas acusaciones de Beije prevalecieran, especialmente después de que Zyvan se hubiera ocupado secretamente de que los tres comisarios que formaban el tribunal tuvieran acceso a información de alto secreto que no les dejara ninguna duda acerca de lo que habría pasado si no hubiera actuado como lo hice, pero siempre existía la posibilidad de que alguno de los kastaforeanos aplicara el reglamento en vez de una dosis de sentido común (que, por lo que he podido observar, es bastante poco común).

—Pensé que le apetecería un refrigerio —dijo Jurgen, materializándose a pocos pasos detrás de su inconfundible aroma y tendiéndome una bandeja llena de tazas de tanna.

—Gracias, Jurgen. —Cogí una, agradecido, y tomé un sorbo del aromático líquido.

—Comisarios. —Un miembro de la guardia personal del general supremo apareció en la puerta de la sala de conferencias—. El tribunal está listo para anunciar su veredicto.

—Típico —solté de mal humor—. Esperas toda la tarde una bebida decente y entonces… —Volví a poner la taza en la bandeja.

—Mantendré la tetera caliente para usted, señor —dijo Jurgen, que había llegado tan cerca como le era posible de desearme suerte o expresar preocupación, y yo asentí.

—No tardaré mucho —afirmé, acallando un repentino nerviosismo que me tomó completamente por sorpresa. Maldita sea, acababa de vérmelas con un demonio, y no era la primera vez, pero unos pocos minutos escuchando a mis colegas imbuidos de presunción no podía compararse ni remotamente con aquello. Así que, al menos de cara al exterior, permanecí completamente impasible mientras entraba en la sala de

conferencias junto a Beije y me detenía en posición de descanso frente al trío de comisarios vestidos de negro que estaban sentados tras la mesa de madera pulida.

Dravin, el comisario de los tanques valhallanos, dirigía el tribunal en virtud de sus largos años de servicio (casi el doble que cualquiera de sus colegas), y tenía los codos apoyados sobre la mesa y la barbilla sobre las manos.

—Este ha sido un caso poco convencional —comenzó sin preámbulos—, y uno que mis colegas y yo hemos tenido que contemplar con la más absoluta seriedad. Afortunadamente, nuestro veredicto ha sido unánime en todos los aspectos. —Hizo una pausa, para darle un efecto dramático. Beije se pasó la lengua por los labios, nervioso, y yo permanecí impasible, con la práctica que da el estar siempre fingiendo; uno no juega tan bien al póquer como yo sin aprender a ocultar las emociones. Dravin hizo un gesto hacia la placa de datos que tenía frente a sí—. No hemos tenido ninguna duda al encontrar todos los cargos presentados contra el comisario Cain como carentes de base o fundamento.

Incliné la cabeza, en lo que calculé que sería una respuesta lo bastante comedida para un hombre de mi reputación, y saboreé el quejido de decepción que escapó de los labios apretados de Beije.

Dravin me devolvió el gesto.

—Sin embargo —continuó—, dadas las circunstancias, no hemos tenido más opción que añadir nuevos cargos. Unos cargos que, debo decir, nos causan una gran decepción y que influyen negativamente en la reputación de conducta escrupulosa por la que el Comisariado siempre ha apostado. —Debo admitir que esto era una sorpresa, y bastante desagradable. Pero eliminé todo vestigio de emoción de mi rostro tan fácilmente como antes e hice todo lo posible por hacer caso omiso a la mirada triunfal de Beije, asintiendo con gesto adusto. No había por qué preocuparse todavía.

—Espero su veredicto con interés —dije con voz tranquila.

—Sin duda. —Dravin volvió a dirigir la vista hacia su placa de datos—. Tomas Beije, este tribunal lo acusa de conducta impropia de un comisario. Su injustificada interferencia para con el comisario Cain en el ejercicio de su deber podría haber tenido consecuencias realmente catastróficas, no sólo para el mundo de Adumbria, sino para todo el sector.

Miré de reojo a Beije. Parecía estar hiperventilando, incapaz de proferir ningún otro sonido que no fuera «pe… pe… pe…».

—Dadas las circunstancias, no nos queda más remedio que recomendar su inmediato relevo de las labores de campo mientras se profundiza en la investigación. Estoy seguro de que comprende que se le pueden aplicar las sanciones más duras una vez se formulen correctamente los cargos.

Así que, como podrán entender, me reuní con Kasteen, Broklaw y Jurgen en el pasillo con una tremenda alegría. Beije salió detrás de mí un rato después,

tambaleándose, con cara de estar viendo ya al pelotón de fusilamiento apuntándole, y lo cogí suavemente por el brazo.

—Si te sirve de ayuda —dije con toda la sinceridad que pude reunir—, pretendo testificar que en mi opinión actuaste en todo momento movido por el más noble de los motivos. Estoy seguro de que tú habrías hecho lo mismo por mí.

—Por supuesto —respondió con una total falta de sinceridad. Comenzó a apartarse—. Ahora, si me disculpas, tengo que comunicarle las noticias al coronel Asmar…

—Por supuesto —asentí, comprensivo—. Con respecto a nuestra otra reunión, Jurgen actuará como mi testigo. Cuando hayas tenido tiempo para nombrar a alguien, quizá serías tan amable de proponer un lugar y una hora que te resulten convenientes.

—Eso… bueno, no será necesario. —Beije se pasó la lengua por los labios y bajó la vista hacia mi espada sierra, sin duda recordando que la última vez la había usado contra un marine del Caos y contra un demonio. Se volvió hacia Kasteen—: Es posible que haya hecho algunos comentarios en caliente. Si le he causado alguna ofensa, deseo transmitirle mis más sinceras disculpas.

—Ninguna ofensa, se lo aseguro —replicó Kasteen cortésmente.

—Bien. Bueno, entonces… —Beije se alejó dando tumbos y yo sonreí satisfecho. Dejaría que sudara un par de días antes de tirar de algunos hilos para que se librara. Realmente no soy un hombre vengativo, ya que tengo muchos otros defectos, y no tenía ningún sentido permitir que le disparasen. Podría haber aprendido algo de la experiencia, e incluso si no lo había hecho, iba a ser mucho más divertido verlo encogerse de vergüenza cada vez que recordara que le había salvado el cuello.

—Bien, entonces —repetí, volviéndome hacia mis amigos. A pesar del daño que había causado en nuestras tropas el luchar contra el culto del Caos, la vida en Skitterfall estaba volviendo a la normalidad, y sentí que tenía algo que celebrar—. Creo recordar que había un pequeño restaurante bastante agradable por aquí cerca. ¿Les apetece comprobar si todavía sigue en pie?

[En este momento de satisfacción personal termina el relato del incidente de Adumbria de Cain.]

NOTAS

[1] En honor a la verdad, el historial de Cain en la schola no tiene nada de notable. El promedio de sus notas académicas corresponde al extremo más bien bajo de la escala; los únicos campos en los que destacó fueron los deportes y las técnicas de combate. Su historial disciplinario resulta sorprendentemente libre de infracciones, lo cual, dado su carácter, quizá signifique que lo único en lo que realmente sobresalió, incluso por aquel entonces, fue en su capacidad para que no lo pillaran.<<

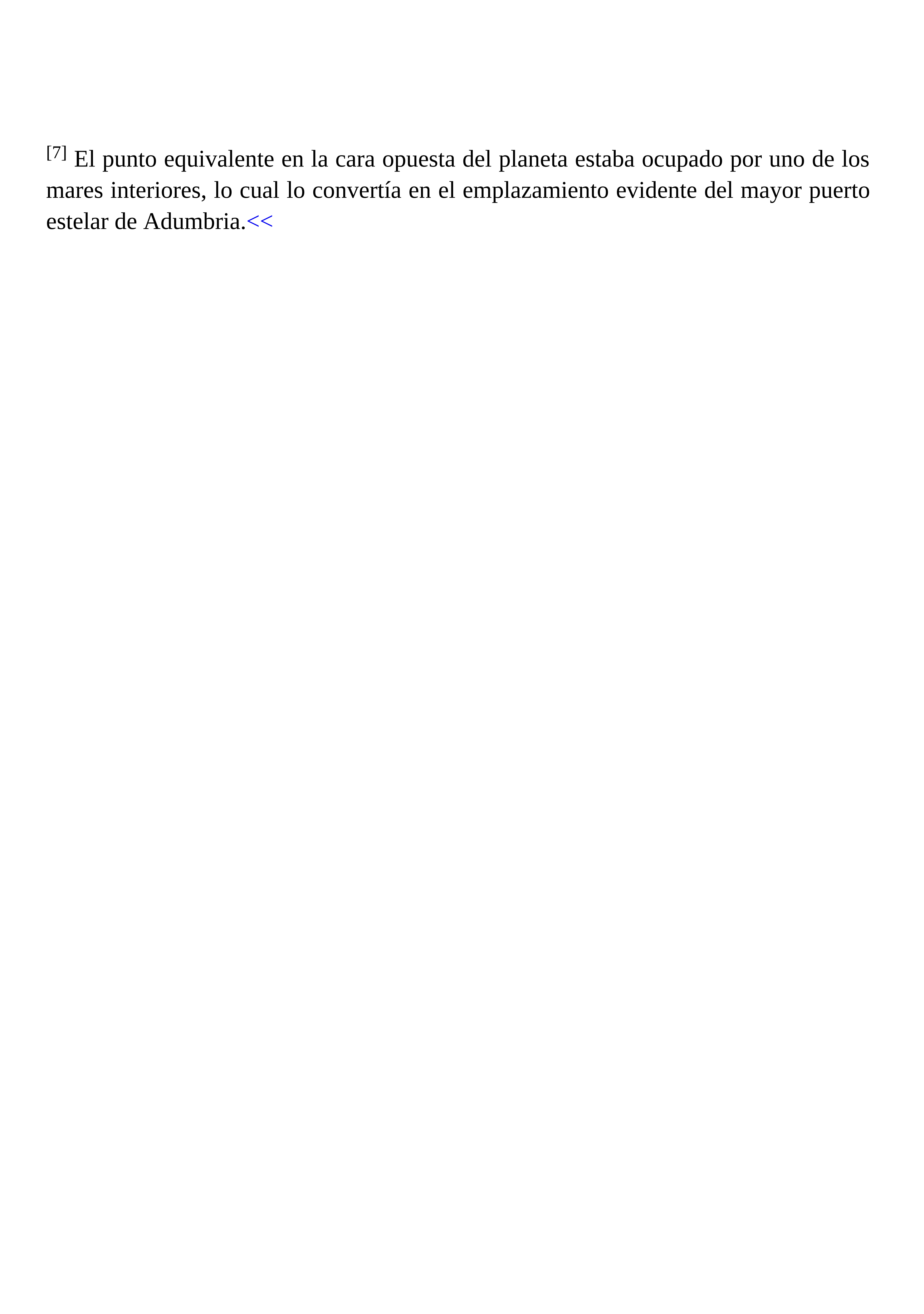
[2] Un mundo imperial recientemente recuperado tras una incursión de los orkos. Por una vez Cain y el 597.º habían estado apartados de lo más encarnizado de la lucha y vieron bastante poca acción, y sus breves anécdotas sobre las excepciones no tienen por qué preocuparnos en la situación actual.<<

[3] A estas alturas, sólo habían transcurrido unos cinco años de las aventuras en Simia Orichalcae expuestas en el volumen anterior. Cain había completado casi un tercio de su período de servicio con el 597.º. Sus actividades desde entonces aparecen reseñadas en otro punto del archivo, pero no tienen relación con lo que ahora estamos narrando.<<

[4] Cain exagera un poco en ambos recuentos. Es cierto que los regimientos de Tallarn suelen tener un número desmesurado de capellanes por comparación con la mayoría, a menudo asignados hasta tan abajo en la estructura de mando que llegan hasta los pelotones, pero pocos de ellos son tan fanáticos como los miembros del culto redencionista. No puede negarse, sin embargo, que se caracterizan por ser notablemente piadosos, y pocos nativos de ese mundo están dispuestos a tomar ninguna decisión importante sin consultar a un clérigo para saber primero cuál es la voluntad del Emperador a ese respecto.<<

[5] Término de la jerga para identificar a los tecnosacerdotes común entre la Guardia Imperial, aparentemente derivado de la insignia que los identificaba: un engranaje.<<

[6] En realidad, sólo a los sentientes, por lo que sabemos.<<



[7] El punto equivalente en la cara opuesta del planeta estaba ocupado por uno de los mares interiores, lo cual lo convertía en el emplazamiento evidente del mayor puerto estelar de Adumbria.<<

[8] Una palabra del dialecto local que describe el grado exacto de crepúsculo que predomina en ese lugar en particular. Los adumbrianos tienen más de treinta palabras para describir la semioscuridad, cada una de ellas de sonido más improbable que la anterior, y todas hacen una distinción sutil de la diferencia que sólo puede interesar a un pueblo con demasiado tiempo libre.<<



[9] Presumiblemente porque ninguno de los acorazados estaba preparado para dejar la órbita a tiempo.<<

[10] Es probable que Cain esté siendo demasiado modesto. Zyvan tenía un sano respeto por su sentido táctico, y el hecho de que Cain no perteneciera a la cadena de mando significaba que podía expresar sus opiniones de manera mucho más libre que los subordinados del general supremo. Cuando lo nombraron comisario de enlace con la oficina del general supremo fue a instancias de Zyvan, y el papel que desempeñó fue tanto de asesor independiente como de comisario.<<

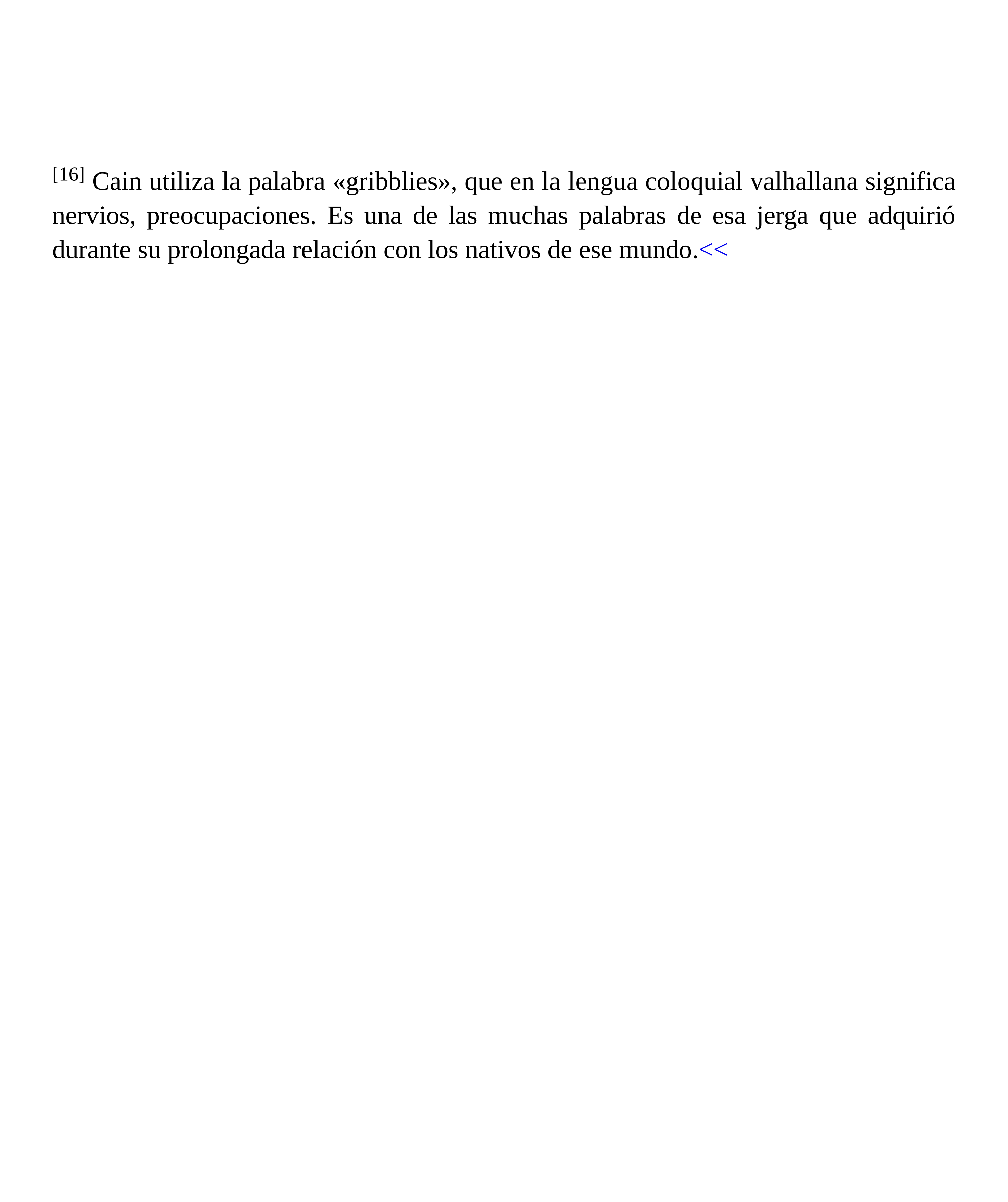
[11] La aparente familiaridad de Cain con las costumbres de los niños no aparece explicada en ninguna otra parte del archivo. Sin embargo, servía en un regimiento mixto por entonces, y es muy probable que lo inevitable sucediera en más de una ocasión. En ese caso, como comisario del regimiento, suya habría sido la responsabilidad de velar por el bienestar de todos.<<

[12] SJP (Subjefe de Pelotón), un oficial de poco rango formado para ocupar el lugar del jefe en caso de que éste cause baja. Cuando, como en el caso del 597.º, los pelotones se dividen de forma rutinaria en equipos de tiro, el SJP se pone al mando del segundo equipo mientras operan de forma independiente.<<

[13] Lo cual tomo como un cumplido…<<

[14] Una de las razones por las cuales los transportes de tropas de clase Galaxia siguen siendo tan populares, a pesar de que no se haya construido ninguno desde la Edad de la Apostasía y de que los medios para hacerlo se consideren perdidos, es que tienen lugar suficiente para embarcar a todo un regimiento en condiciones óptimas. Por supuesto, esto supone que tenga suficientes naves de desembarco a bordo para la tarea, lo cual sucede pocas veces, ya que las lentas lanzaderas son blancos fáciles en una zona de guerra, y difíciles de reemplazar.<<

[15] Como la mayor parte de las unidades de la Guardia, el 597.º volvía a su mundo original cada tantas décadas a reponer sus filas; mientras tanto, el Munitorum iba proveyendo un goteo constante de soldados de reemplazo reclutando en los cuarteles de Valhalla. Gracias a la inercia del Administratum y al hecho de que se habían formado originalmente de la fusión de dos regimientos gravemente mermados, eran afortunados de recibir el doble de la asignación habitual de soldados de refresco, ya que nadie en las jerarquías más altas del Munitorum se había percatado de que el 296.º y el 301.º ya no existían. Esta rareza burocrática no sólo explica que el regimiento siguiera manteniendo toda su fortaleza durante el tiempo que Cain estuvo asociado con él, sino también el hecho de que se incorporara igual número de hombres que de mujeres.<<



[16] Cain utiliza la palabra «gribblies», que en la lengua coloquial valhallana significa nervios, preocupaciones. Es una de las muchas palabras de esa jerga que adquirió durante su prolongada relación con los nativos de ese mundo.<<

[17] Probablemente un vegetal del lugar que por alguna razón se llamaba «reventón» y que se sigue cultivando mucho en Adumbria, aunque más porque es una de las escasas plantas comestibles capaces de sobrevivir en el crepúsculo permanente que por sus cualidades culinarias. Los registros médicos del distrito no reflejan víctimas entre las autoridades, aunque hubo personas tratadas a continuación de heridas menores aparentemente causadas por haber tropezado con útiles de labranza abandonados precipitadamente.<<

[18] Puesto que los niveles de luz ambiental eran completamente invariables en cualquier punto de la superficie, los adumbrianos habían adoptado por convención local unos períodos de sueño y de trabajo que se mantenían en todo el mundo, evitando así los cambiantes husos horarios comunes a casi todos los planetas habitados. <<

[19] Miembros marginales de la mayoría de las sociedades colmena que viven literalmente en el fondo del orden social, rescatando todo lo que pueden de la basura que cae de los niveles más altos. Cain hace frecuentes alusiones a que nació en un mundo colmena, y sin duda se sentía a sus anchas en los túneles y demás hábitats subterráneos, pero sus verdaderos orígenes siguen siendo un misterio. <<

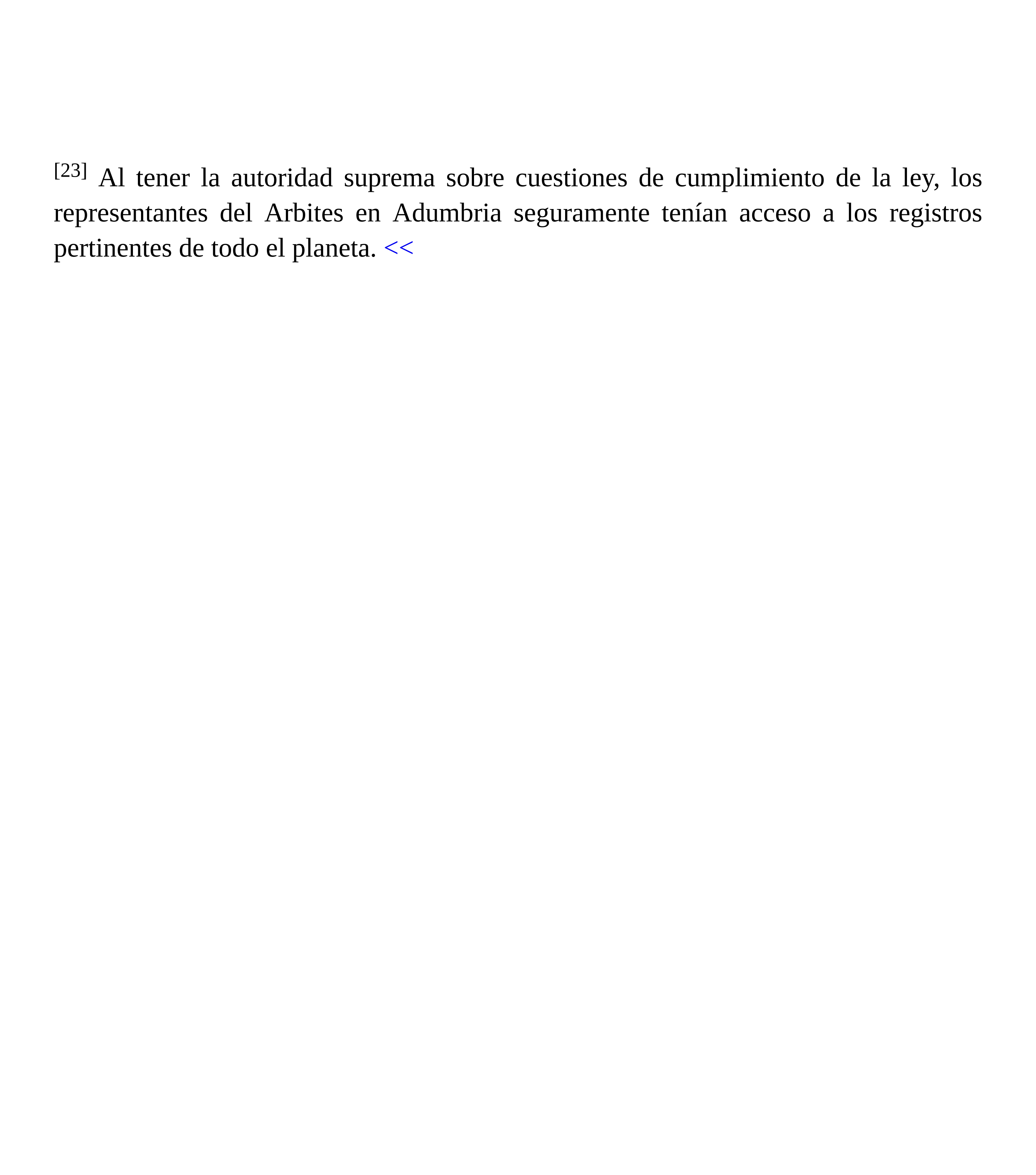
[20] Otra palabra del dialecto adumbriano que identifica un estado de oscuridad casi total con un resto de luz trémula apenas perceptible. Los lectores adumbrianos podrían considerar el título un ingenioso juego de palabras, al resto nos resulta simplemente irritante. <<



[21] *O* los agentes del Ordo Malleus, que seguramente conocen la verdad que hay detrás de todo esto, si es que alguien la conoce. <<



[22] Sin duda, el resumen de la situación política local era una de las cosas que había omitido leer en su pantalla informativa. <<



[23] Al tener la autoridad suprema sobre cuestiones de cumplimiento de la ley, los representantes del Arbites en Adumbria seguramente tenían acceso a los registros pertinentes de todo el planeta. <<

[24] Como la mayoría de los oficiales de la Guardia, Cain tenía una mala opinión de la Fuerza de Defensa Planetaria en general. <<



[25] No del todo cierto, como lo demuestra claramente nuestro anterior encuentro en Gravalax. <<



[26] Zyvan era tan listo como para saber que había cosas que más le valía desconocer y para desviar la mirada en consecuencia. <<



[27] Como de costumbre, parece que ni siquiera le pasó a Cain por la cabeza que Zyvan reaccionara así porque sentía por él auténtico aprecio. <<

[28] En realidad, el trabajo estaba bien pagado y era muy solicitado. <<



[29] Una sustancia natural muy notable por su capacidad para adherirse indisolublemente a casi todas las cosas. <<

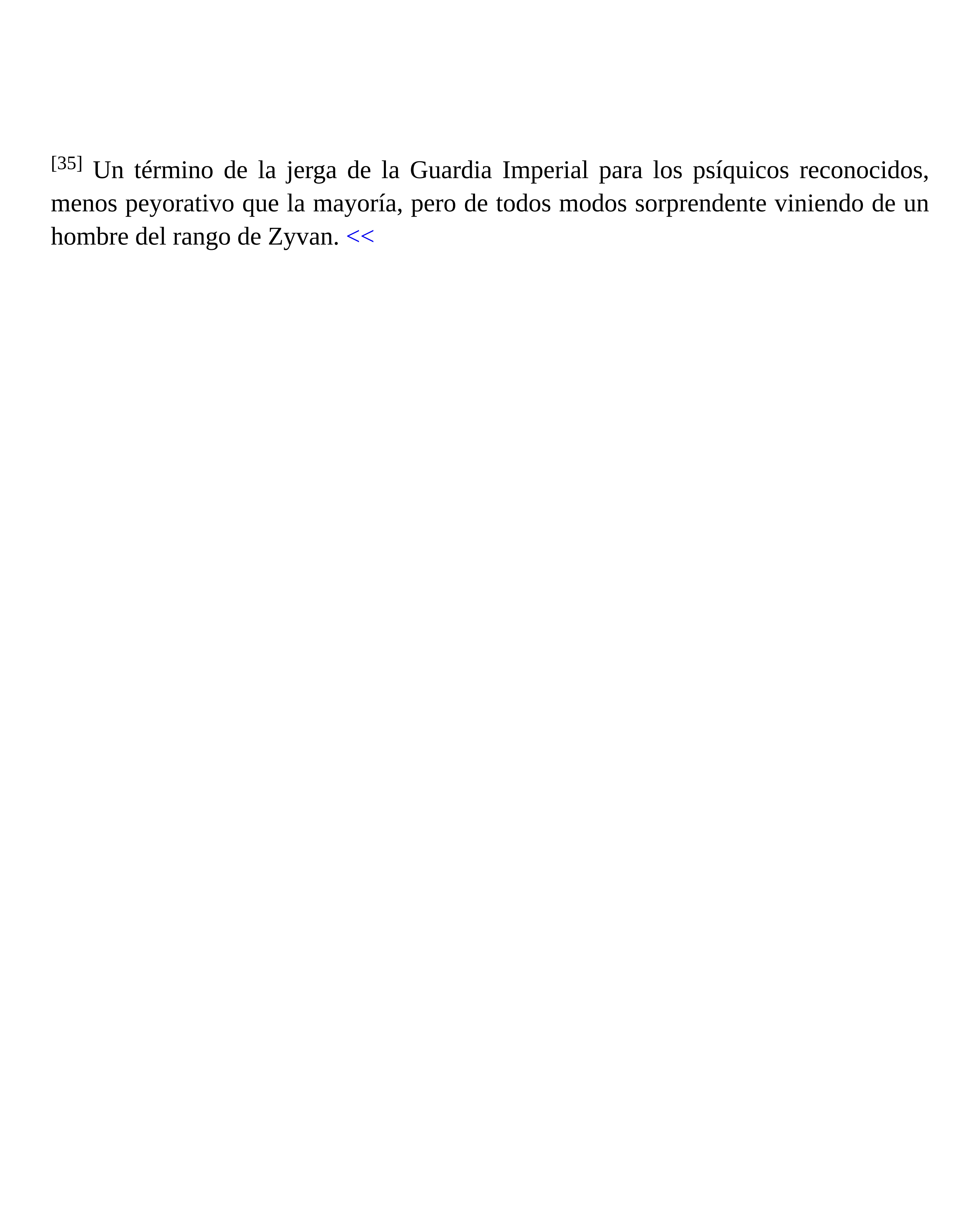
[30] Apelativo familiar usado por un NCO para dirigirse al teniente al mando, de la misma manera que sus propios subordinados podían abreviar su rango y llamarla «sarge». Parece ser que independientemente de lo que Cain pensara de Sulla, ésta al menos contaba con el respeto y la confianza de las tropas a sus órdenes. <<

[31] En realidad, Glacier Peak era una ciudad más o menos grande, con una población de unos treinta mil habitantes. Sólo una tercera parte aproximada de la misma trabajaba directamente en la explotación minera, el resto eran tenderos, taberneros y otros trabajadores del sector servicios, eso por no mencionar a las familias y a los que dependían de los ciudadanos locales económicamente activos. La repentina llegada de un número aproximado de mil soldados de la Guardia seguramente habría tenido un impacto sobre la comunidad, pero no tan abrumador como parece dar a entender Cain. Claro que, como comisario del regimiento, era casi inevitable que sus percepciones se vieran teñidas por las excepciones con las que tenía que enfrentarse. <<

[32] Como se hace alusión a ellos repetidamente y no se los describe, ni en el archivo de Cain ni en los escritos de Sulla, este momento es tan bueno como cualquier otro para aclararlo. Los tractores de oruga eran vehículos de fabricación local que adoptaban diversas formas y cuya característica principal eran las anchas orugas que les permitían avanzar bastante bien y a buen paso por la nieve y el hielo y con toda la seguridad que podía esperarse en esas circunstancias. La mayor parte tenían el tamaño de un Chimera y solían llevar compartimentos para pasajeros o para carga. <<

[33] Cain estuvo adscrito por un tiempo a este Capítulo Astartes como oficial de enlace de la Guardia Imperial durante su anterior destino en el cuartel general de la brigada. En otra parte del archivo se describen sus actividades durante ese período. <<

[34] De hecho, sólo dos: Mott, mi sabio, que sin la menor duda lo hubiera deducido por sí mismo de no habérselo dicho, y Rakel, que, siendo una psíquica, sin duda había reparado en él. En realidad, fue su reacción histérica ante Jurgen en nuestro primer encuentro lo que despertó mi interés por él. <<



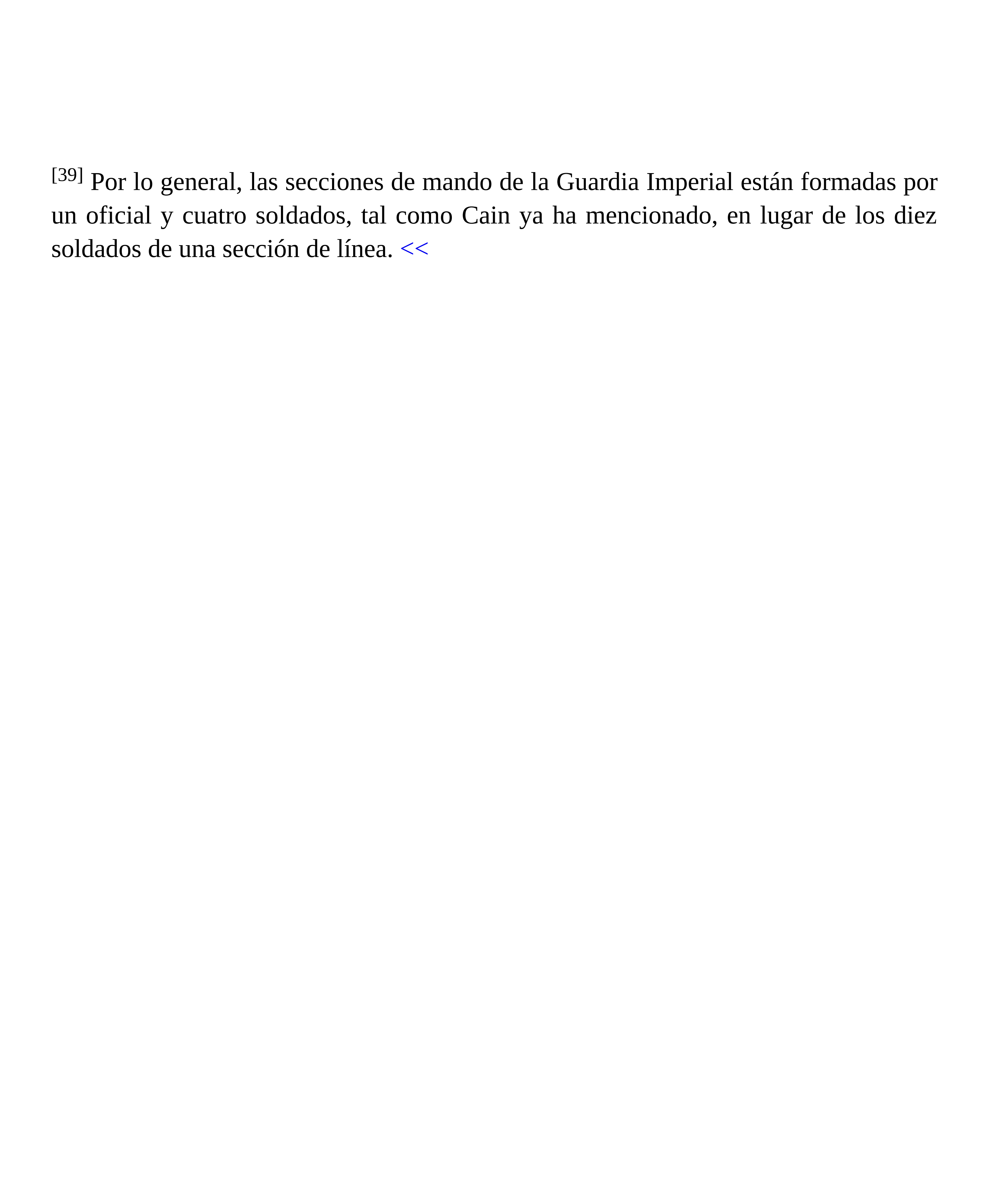
[35] Un término de la jerga de la Guardia Imperial para los psíquicos reconocidos, menos peyorativo que la mayoría, pero de todos modos sorprendente viniendo de un hombre del rango de Zyvan. <<



[36] Adumbria no tenía luna, lo que sin duda contribuía a que parecieran más brillantes por contraste. <<

[37] Kilómetros por hora. <<

[38] Los pilotos de Sentinel son especialistas en reconocimiento, más dados a escabullirse de la supervisión de sus superiores que la mayoría de los soldados de la Guardia. Esto suele dar lugar a una actitud irresponsable de corrección del procedimiento que, a veces, puede rayar en insubordinación. Un comandante o comisario prudentes, y Kasteen y Cain indudablemente lo eran, suelen reconocer su valor y, en consecuencia, darles un poco más de libertad. <<



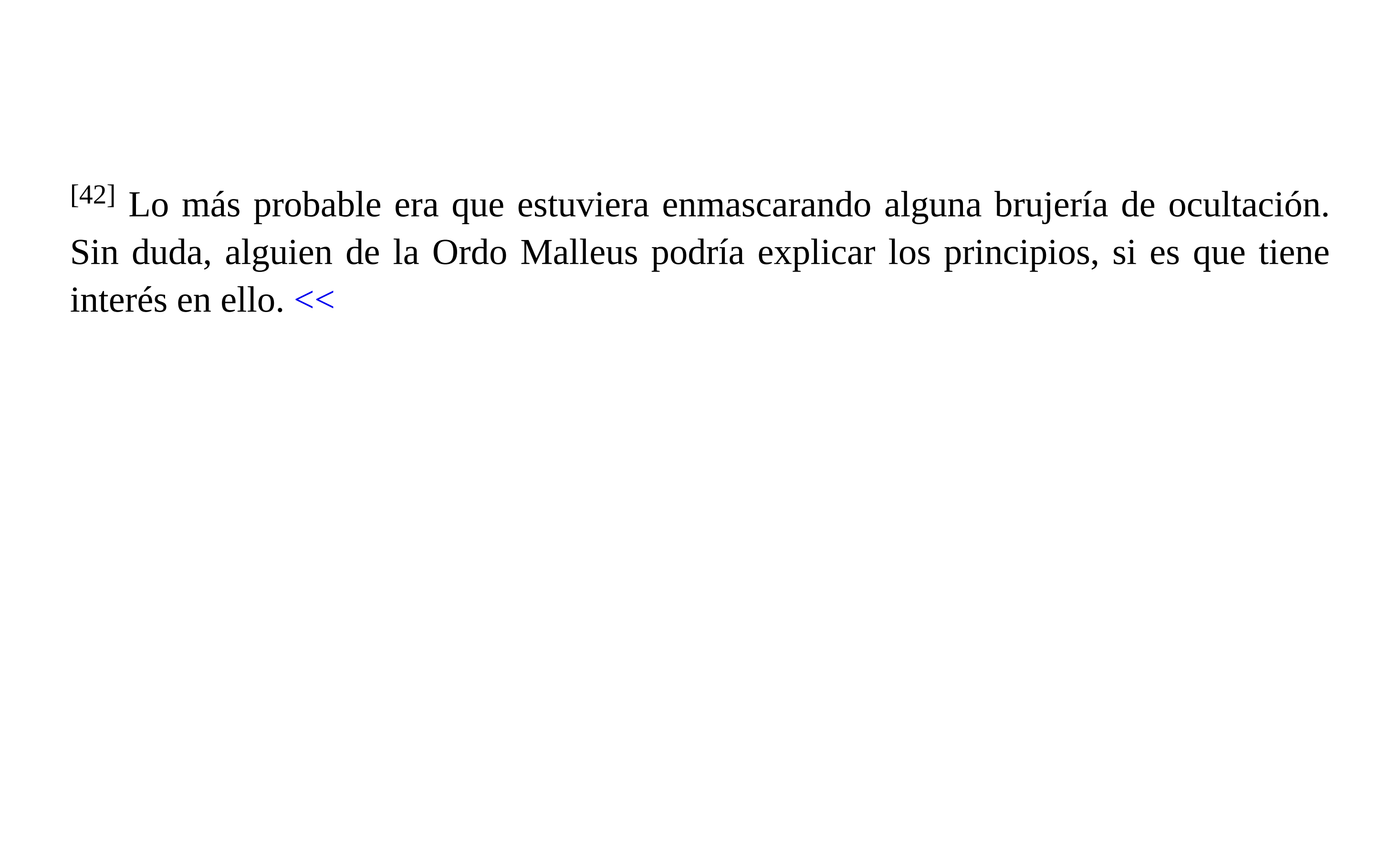
[39] Por lo general, las secciones de mando de la Guardia Imperial están formadas por un oficial y cuatro soldados, tal como Cain ya ha mencionado, en lugar de los diez soldados de una sección de línea. <<



[40] Se debe, por supuesto, a que son artefactos PCE (Plantillas de Construcción Estándar) que se encuentran dondequiera que se necesitan. <<



[41] Siendo como era él un hombre de galaxia, creo que aquí Cain se está haciendo un poco el inocente. <<



[42] Lo más probable era que estuviera enmascarando alguna brujería de ocultación. Sin duda, alguien de la Ordo Malleus podría explicar los principios, si es que tiene interés en ello. <<



[43] Lo más probable es que se debiera a la conmoción psíquica de haber estado tan cerca de los efectos residuales de la hechicería. <<

[44] Al igual que los comisarios, los enginseers y demás especialistas adjuntos a las fuerzas de la Guardia Imperial, los psíquicos reconocidos técnicamente no forman parte de la estructura de mando militar. A esto se debe tal vez que ningún oficial en su sano juicio esté dispuesto a hacerse responsable de ellos. <<

[45] En descargo de mi psíquica debo decir que Cain exagera un poco. Rakel no es la persona de trato más fácil que haya conocido, y lleva algún tiempo acostumbrarse a su conversación, por no hablar de sus procesos de pensamiento, pero no está totalmente loca. Además, su medicación suele ser bastante efectiva. En cuanto a los jokaero, si tienen la suficiente sensibilidad para reconocer el concepto de cordura, es una cuestión que se presta a muchos debates en el seno de la Ordo Xenos. <<

[46] Por desgracia, suele ser imposible considerar Exterminatus a los llamados mundos demoníacos, ya que, estando como están fuera del tiempo y del espacio en un sentido convencional, los métodos experimentados y probados tales como el bombardeo con virus son, en el mejor de los casos, ineficaces, y en el peor, contraproducentes; lo menos aconsejable en esas circunstancias es darles ideas. <<

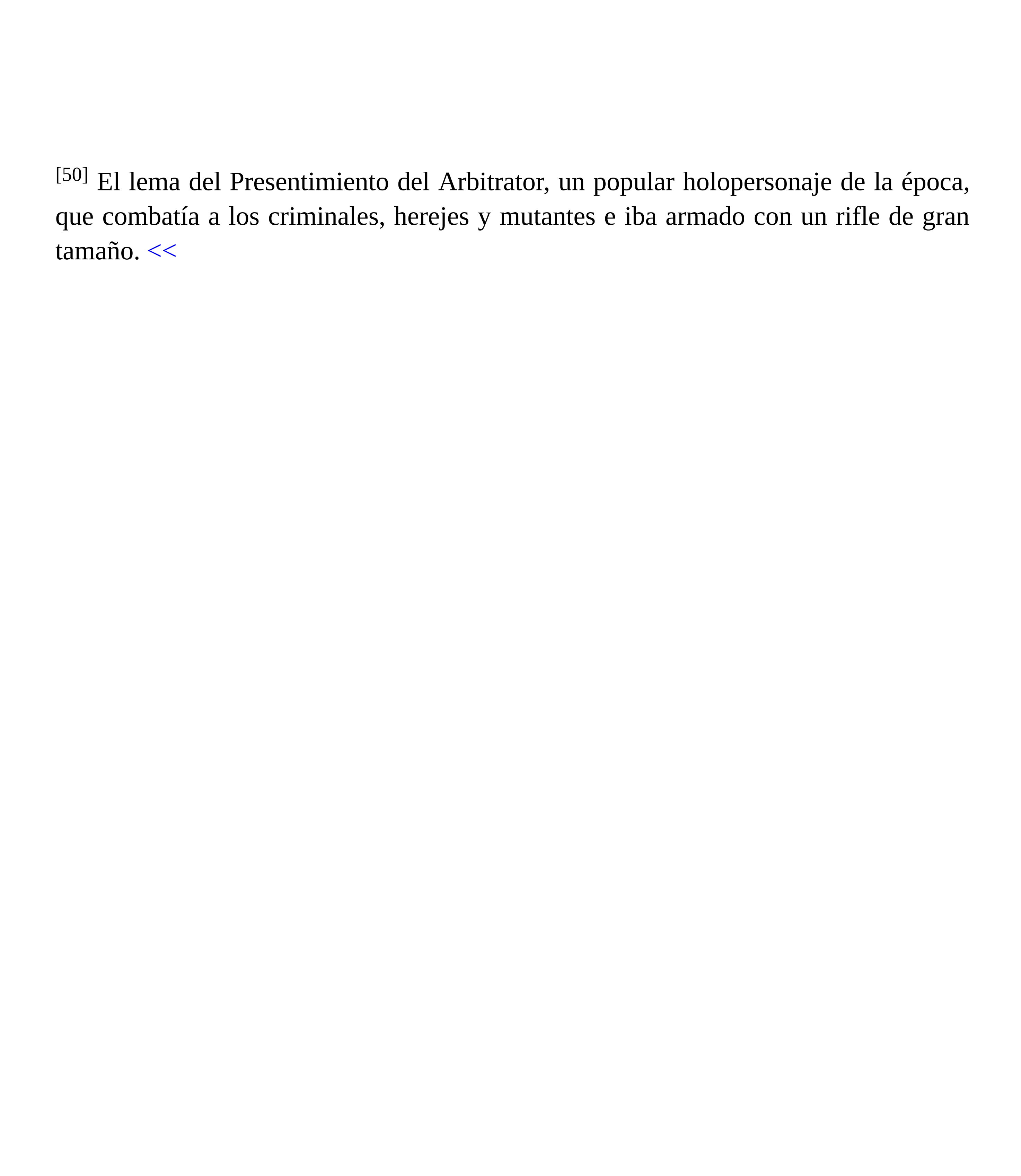


[47] Abriéndome camino a tiros entre un número ridículo de hruds machacones e indisciplinados, si no he confundido las fechas. <<



[48] Su narración del incidente real me lleva a sospechar que no estaba tan obnubilado como pretende. <<

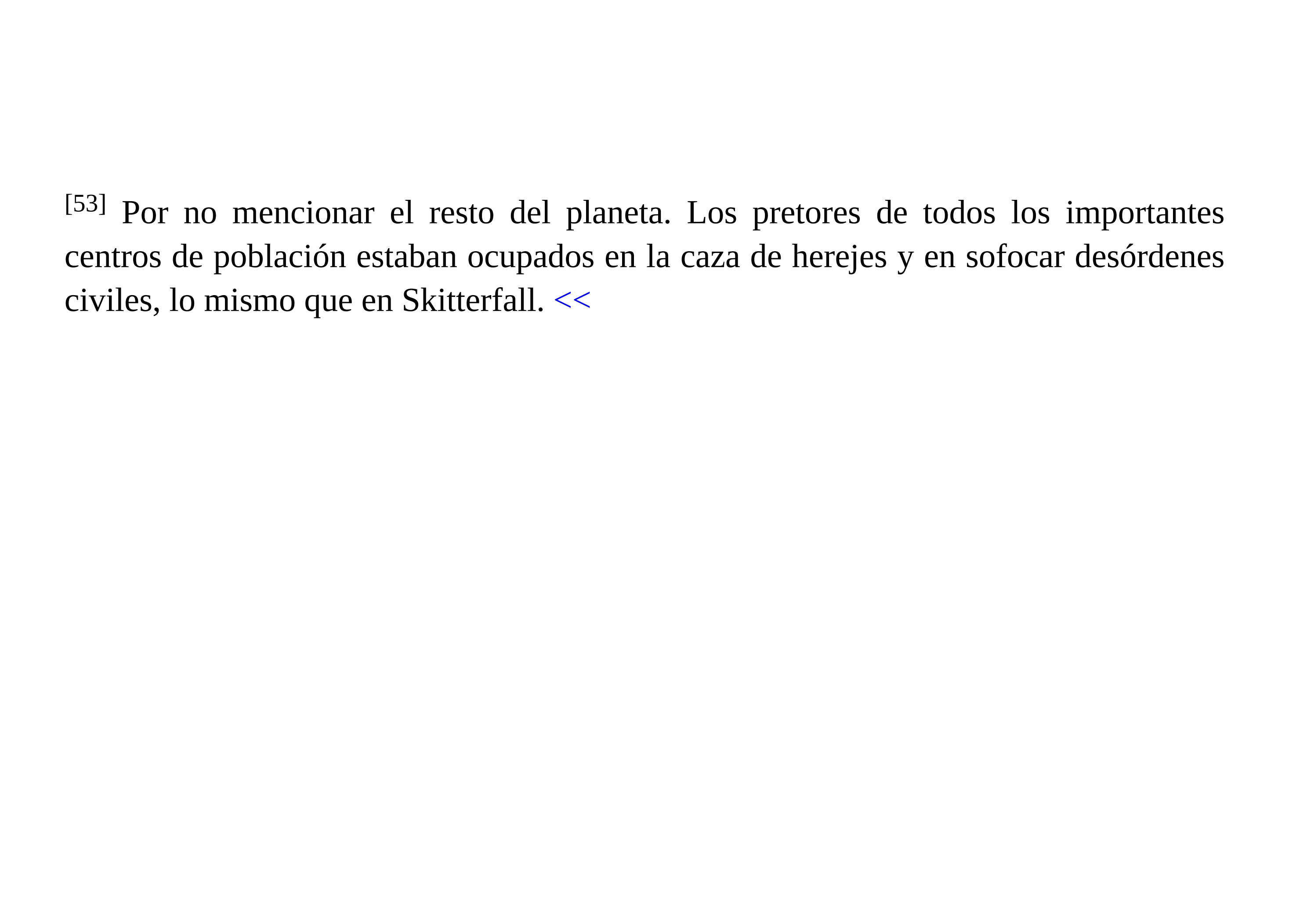
[49] Una sola habría bastado. <<



[50] El lema del Presentimiento del Arbitrator, un popular holopersonaje de la época, que combatía a los criminales, herejes y mutantes e iba armado con un rifle de gran tamaño. <<

[51] Puede que en este caso Cain se esté pasando de cínico. Es una reacción común de los humanos aferrarse a las cosas familiares en momentos de incertidumbre, y muchos de los adumbrianos sin duda pensaron que aferrarse a sus rutinas regulares les daba confianza. <<

[52] De donde podemos concluir que Cain no había superado hasta tal punto los traumas residuales de su pesadilla como para poder decir que era el Cain de siempre. <<



[53] Por no mencionar el resto del planeta. Los pretores de todos los importantes centros de población estaban ocupados en la caza de herejes y en sofocar desórdenes civiles, lo mismo que en Skitterfall. <<

[54] Los soldados de la FDP seguramente no estaban equipados con intercomunicadores como los hombres de la Guardia con los cuales Caine solía combatir (o más bien detrás de los cuales solía combatir siempre que podía), pero lo más probable es que cada pelotón contara con un especialista con una unidad portátil de voz. <<

[55] Una táctica común de la infantería, que consiste en que la mitad del pelotón permanezca cuerpo a tierra cubriendo a la otra mitad mientras avanza. A continuación, el primer grupo ofrece fuego de cobertura dando ocasión a los demás de ponerse en línea con ellos. <<

[56] O durante la noche, para ser un poco más precisos. <<

[57] Suponiendo que Cain sea literal en este caso, podemos inferir que sólo dos hombres del tercer pelotón habían quedado realmente incapacitados después de que su Chimera fuera destruido; sin embargo, de sus otras observaciones parece desprenderse que sólo está dando un número redondo y aproximado y que las bajas habían sido más importantes. <<



[58] Algo positivamente efusivo viniendo de Cain y, debo admitirlo, bastante gratificante. <<



[59] Una cita de *Camino de Perdición* de Caddaway, tratado redencionista de dudosa teología y aún peor inspiración literaria. <<

[60] Tal vez, o puede que simplemente no hubiera hecho la distinción. Los miembros de la Navis Nobilitae parecen considerar a todo el que no sea otro pequeño mutante con un ojo de disformidad como poco más que un orko con modales en la mesa, y lo tratan en consecuencia. <<

[61] Término usado por los navegantes para describir a quienes no tienen sus dudosas dotes para la lectura de la disformidad. Puesto que se cuenta entre los insultos menos ofensivos, podemos inferir que Dimarco estaba haciendo lo que sin duda pensaba que era un esfuerzo considerable por ser benevolente. <<

[62] Esto podría parecer sorprendente, dada la caballeresca actitud de que suele hacer gala Cain hacia los asuntos piadosos y de la fe. Sin embargo, asistir a determinados servicios habría formado parte de sus deberes como comisario, y, por lo tanto, inevitables; acudir acompañado de su asistente en dichas ocasiones normalmente habría sido una cuestión de protocolo. <<



[63] De lo cual podemos inferir que Agnetha era la astrópata jefa de la nave insignia de Zyvan y no una civil local. <<

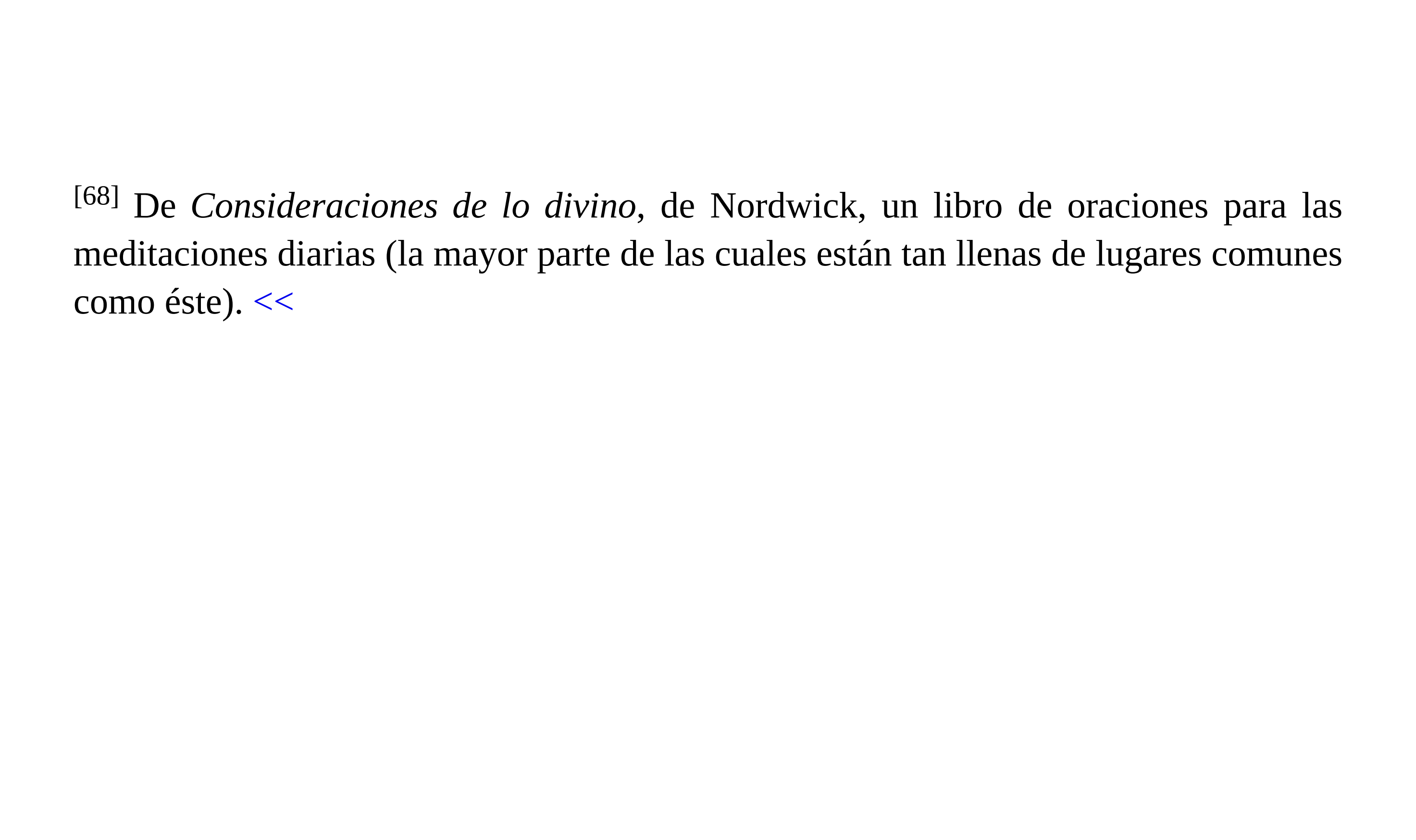
[64] Como sin duda habrán adivinado gran número de lectores, éste fue un incidente temprano en la larga y gloriosa carrera del almirante de flota Bugler. A diferencia de la general Sulla, sin embargo, él todavía no ha publicado su propia versión de los hechos. En realidad no ha publicado nada, por lo que tal vez deberíamos estarle agradecidos. <<

[65] Esto es un sorprendente testimonio de la relación que había establecido con Kasteen y Broklaw. La mayor parte de los oficiales de la Guardia en posición semejante habrían considerado al comisario del regimiento como un incordio en el mejor de los casos, y lo habrían dejado tan al margen como hubieran podido de las decisiones de mando. <<

[66] Como antigua sargento de intendencia, Sulla debía de tener considerable experiencia en cuestiones logísticas, lo que probablemente explica su pericia para el embarque de vehículos que Cain acaba de señalar. Sobre cómo se tomaban los demás su disposición a compartir sus conocimientos con el resto de oficiales sólo podemos hacer conjeturas. <<



[67] Una costumbre que mantenía en cualquier circunstancia, incluso en los lugares aparentemente más seguros. <<



[68] De *Consideraciones de lo divino*, de Nordwick, un libro de oraciones para las meditaciones diarias (la mayor parte de las cuales están tan llenas de lugares comunes como éste). <<

[69] Una especie de animal indígena del lado caliente de Adumbria. Su piel curtida es muy apreciada para ciertas aplicaciones que requieren mucha resistencia, especialmente el tapizado de sofás para salas de espera. <<

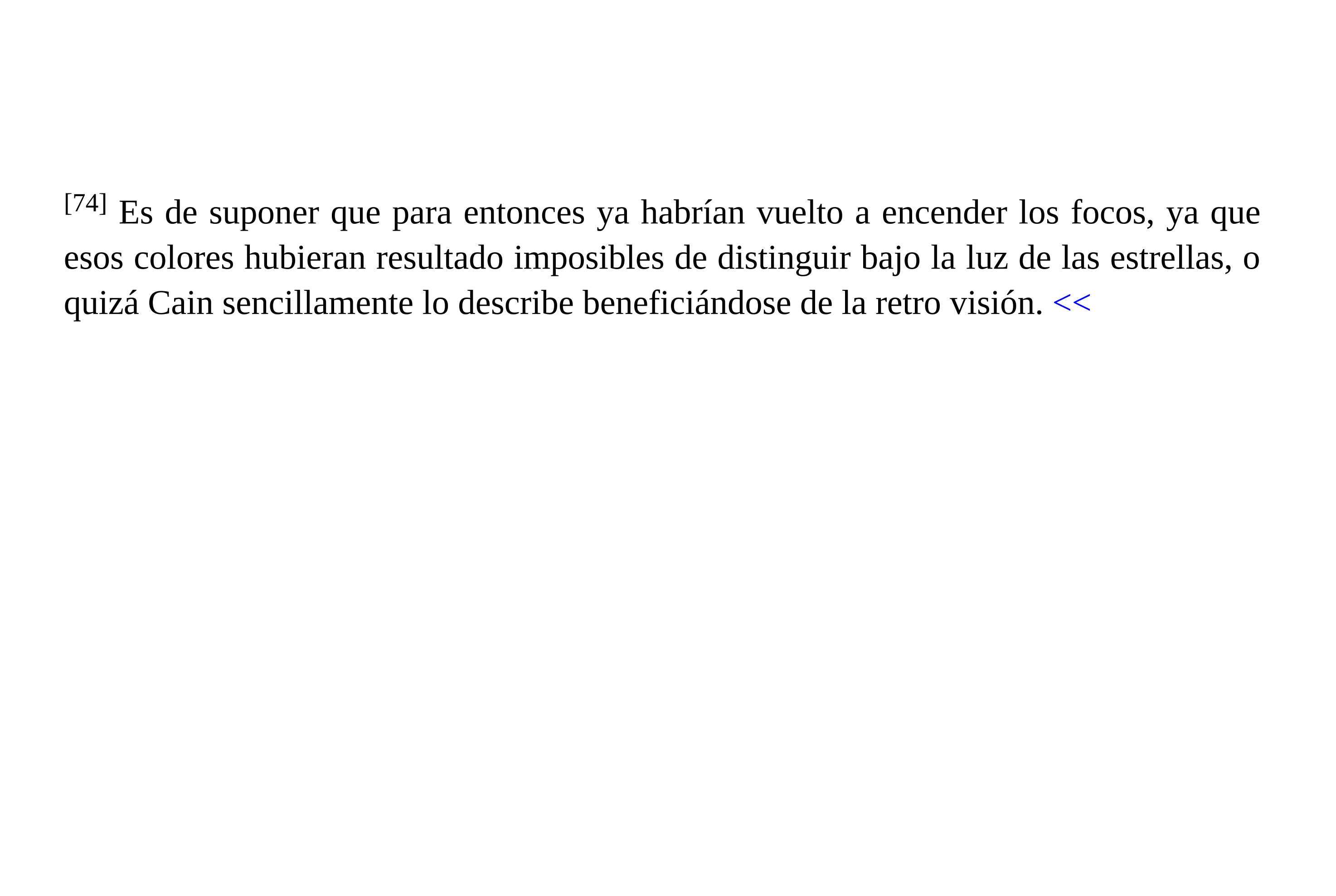


[70] Cada uno de tres de los mercantes armados que con tanta displicencia fueron despachados por los Falchion en el combate anterior. <<

[71] Las dos naves de la clase Infidel mencionadas por Kasmides, un acorazado de clase Desolator, y entre cinco y ocho naves de transporte. Los partes son un poco imprecisos a este respecto debido al elevado volumen de naves mercantes legítimas que se encontraban en el sistema en ese momento. <<

[72] Tres Cobras: la Bravo, la Impetuoso y la Malicioso. <<

[73] Finalmente se estrelló en la zona cálida, a unos cien kilómetros del límite nominal de la zona oscura, creando un cráter de algo más de tres kilómetros de diámetro. Un pobre intento de promocionar la zona como atracción turística tras la guerra falló, lo cual resulta comprensible teniendo en cuenta que pocos ciudadanos querían perder el tiempo y soportar las incomodidades que requería mirar algo que no era más que un agujero en el suelo. Los alojamientos instalados allí para su uso se convirtieron con el tiempo en un complejo vacacional para los habitantes de las ciudades, que acudían seducidos por la idea de una cacería de naugas de fin de semana. <<



[74] Es de suponer que para entonces ya habrían vuelto a encender los focos, ya que esos colores hubieran resultado imposibles de distinguir bajo la luz de las estrellas, o quizá Cain sencillamente lo describe beneficiándose de la retro visión. <<



[75] Una referencia a un equipo de scrumball en la liga del subsector (que, casualmente, fueron eliminados ese año en semifinales). <<

[76] Una reliquia de un ambicioso (aunque claramente condenado) intento de establecer algún tipo de industria agrícola bajo el sol perpetuo de la zona cálida en los primeros años del siglo tercero M4l. <<



[77] Y la Ordo Malleus, por supuesto. No es de extrañar que tantos de ellos acaben subiéndose por las paredes. <<



[78] Informes Posteriores a la Acción: resumen de una batalla que ha recorrido la cadena de mando para su posterior evaluación. <<

[79] La *Malicioso* fue rescatada el año siguiente y volvió al servicio en el 948, encontrando su fin de un modo bastante más heroico: fue la nave que embistió al acorazado *Muerte Agonizante* en el bloqueo de Garomar en 999.M41, destruyéndolo por completo al tiempo que se destruía a sí misma, y salvando las vidas de aproximadamente ocho mil civiles pertenecientes a la flota de refugiados a la que escoltaba. <<

[80] *El Impetuoso*. <<

[81] Un disparo mortal a la *Fiera* y dos a la *Escapade*. <<

[82] Vehículos Acorazados de Combate, un término genérico utilizado por la Guardia para referirse a cualquier vehículo, desde un Salamandra a un Baneblade. <<

[83] Una forma de ascenso en el campo de batalla que se debe confirmar más tarde. A pesar de que le correspondería llevar insignia de capitán y ser considerada como tal en la cadena de mando, Sulla seguiría siendo teniente a efectos administrativos hasta que el cambio de grado fuera aprobado por el Munitorum. En teoría, si resultara no ser apta para el trabajo, podría volver de esta manera a su puesto y rango originales sin que el estigma de una degradación manchara su hoja de servicios. <<



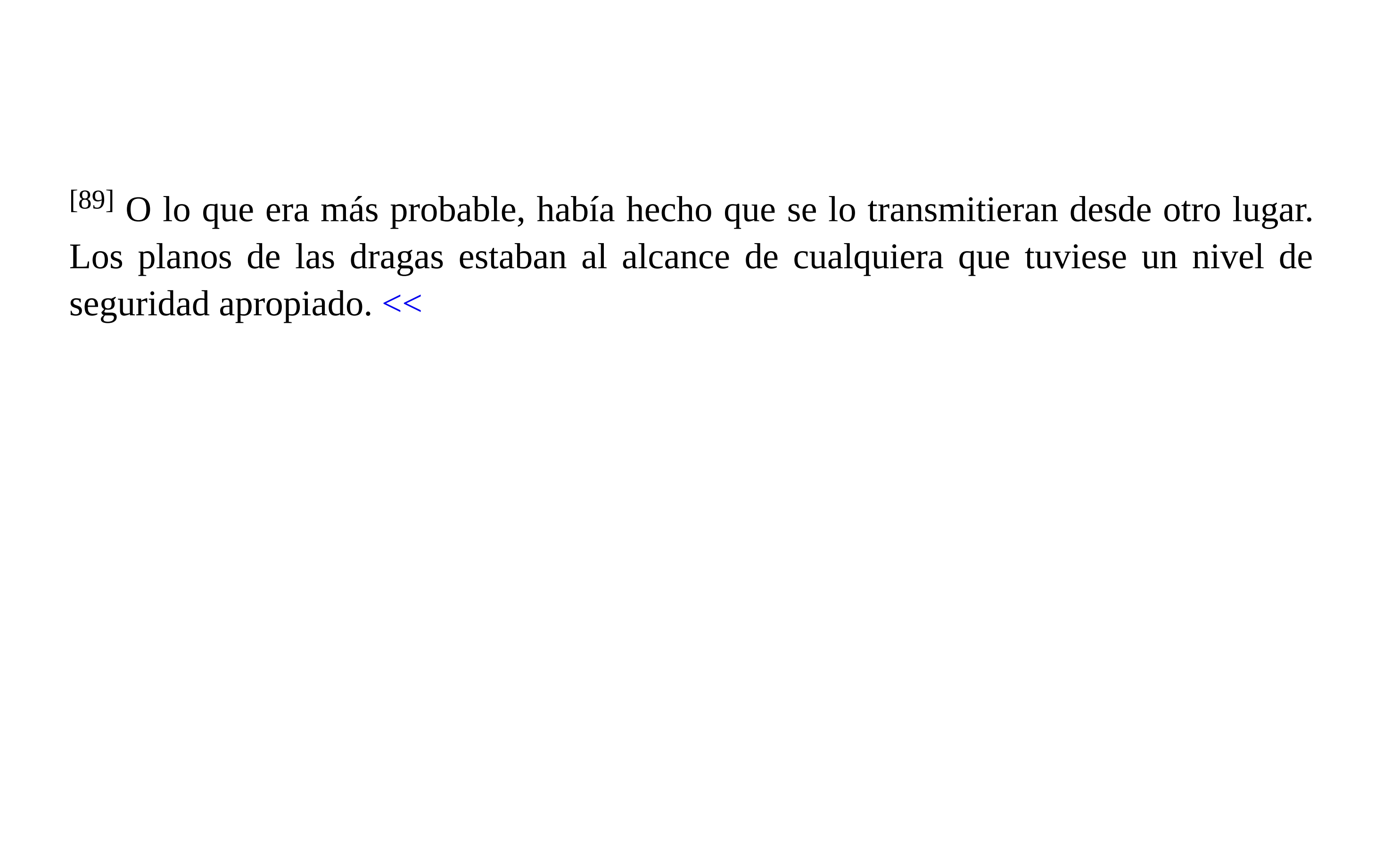
[84] Técnicamente legión, ya que los traidores nunca sufrieron los cambios de organización que siguieron a la Herejía de Horus. <<

[85] Es interesante observar que no se le ocurrió en ningún momento ordenarle a Jurgen que disparase de todos modos, sacrificando a los impetuosos soldados en aras del bien común, una decisión que muchos comisarios hubieran tomado sin dudarlo un solo instante. <<

[86] Pizarra de Organización y Equipamiento, un término ligeramente arcaico que todavía utilizaba el 597º para referirse a la disposición de su personal. Los denominados «pelotones fantasma» podían completarse con nuevos reclutas cuando el regimiento volviera a Valhalla para reponer tropas, o, si encontraban suficientes voluntarios, podían añadir una compañía entera. En la práctica, la mayor parte de los oficiales preferirían tener a los nuevos distribuidos entre secciones experimentadas, en las que podrían aprender de los veteranos a base de seguir su ejemplo. Es algo común entre las compañías de la Guardia Imperial el tener menos secciones y pelotones de los que teóricamente tienen asignados; de hecho, sólo el error administrativo al que se hizo alusión anteriormente mantenía al 597.º con un número relativamente estable de soldados a pesar de las bajas en combate. <<

[87] La Armada Imperial también tiene comisarios, aunque en menor número que la Guardia. Aunque no se hubiera topado con ninguno, seguro que el piloto habría tenido contacto con unos cuantos de los que viajaban a bordo de la *Benevolencia del Emperador* con sus regimientos. <<

[88] Al parecer, al devorador de mundos que lideraba el asalto a Skitterfall lo mató a conciencia un escuadrón antitanques de uno de los regimientos kastaforeanos (dos misiles krak y un cañón láser no debían haber dejado demasiado que identificar, eso seguro). <<



[89] O lo que era más probable, había hecho que se lo transmitieran desde otro lugar. Los planos de las dragas estaban al alcance de cualquiera que tuviese un nivel de seguridad apropiado. <<



[90] Una superstición muy extendida pero carente de base, tal y como me habían informado los psíquicos a los que había preguntado. <<

[91] Cada sección disponía de su propio canal de voz, que estaba sintonizado en todos los comunicadores personales de sus soldados. El oficial al mando de la sección tenía acceso a éste y al canal de la compañía, a través del cual informaba a Detoi. En batallas más largas, los oficiales tenían acceso a la red táctica del regimiento, a través de la cual informaban a Kasteen y a Broklaw, e igualmente en los niveles más altos de la cadena de mando, hasta llegar a los subordinados del general supremo. Cain, como comisario, tenía acceso total a todos los canales, lo cual le permitía sacar una impresión general de todo el escenario de batalla, aunque a veces algo confusa. Sin duda, su entrenamiento y años de experiencia le permitían seleccionar cualquier información importante del resto del tráfico. <<

[92] Identificación: Amigo o Enemigo: una baliza acoplada a casi todas las naves militares que transmite un código que las identifica como miembros de las fuerzas imperiales. Normalmente son fiables, pero averías ocasionales han provocado desafortunados incidentes de fratricidio; se sabe que es posible que dichos dispositivos caigan en manos enemigas, de aberraciones y herejes, permitiéndoles disfrazarse como sirvientes del Emperador en pos de sus siniestros objetivos. <<



[93] No tengo ni idea de por qué harían algo así bajo la luz eternamente crepuscular; quizá era por costumbre. <<

[94] Una pregunta a la que la narrativa de Cain responde sin lugar a dudas, pero cuya respuesta no está en modo alguno al alcance de los buenos ciudadanos de Adumbria. <<

[95] Como es corriente en las secciones de archivo que tienen que ver con su servicio en el 597.º, Cain parece haber tenido una estrecha relación con sus tropas, especialmente con los oficiales superiores, a quienes consideraba sus amigos personales. Tanto es así que su categoría de forastero desapareció no sólo de sus memorias, sino también de la del propio Cain. <<

[96] Ya que Beije no tenía autoridad directa sobre Cain, ni sobre ningún otro comisario, ya que viene al caso, su acusación tendría que ser revisada por un tribunal de miembros de alto rango del Comisariado (al no tener una estructura de rangos en el sentido convencional, el rango de los comisarios venía determinado por su tiempo de servicio y número de recomendaciones). Si lo encontraban culpable, Cain sería ejecutado o enviado a una legión penal por la autoridad del tribunal en su conjunto, en vez de un solo individuo; de este modo el Comisariado se autorregula con una efectividad razonable, a pesar de que sus miembros son esencialmente autónomos en la mayoría de aspectos. <<

[97] Ya que si los Devoradores de Mundos hubieran montado un asalto subterráneo con éxito a través de teleportación por todo el planeta habría sido una tremenda hazaña, por decir algo, sólo podemos especular acerca del número de intentos que hubieran necesitado, y cuántos hubieran terminado atrapados en el núcleo de Adumbria o ahogados en el mar que rodeaba a la draga antes de que este pelotón en particular lo consiguiera. O quizá la distorsión de las corrientes de la disformidad iniciada por sus enemigos lo había hecho posible. <<

[98] Cain seguramente presenció cómo uno o dos Recobradores rescataban la semilla genética de sus hermanos caídos en batalla después de una escaramuza, pero no parece haber comprendido el significado de lo que vio. <<

[99] Muchos capítulos de Marines Espaciales poseen la ventaja de la sangre corrupta para que, incluso hiriéndolos, el enemigo se dañe a sí mismo, e incluso sin ser tóxica de manera activa, dada la cantidad de mejoras alquímicas y genéticas en la sangre modificada que fluye por sus venas, no es muy probable que sea exactamente sano para los demás estar cerca durante mucho tiempo. La precaución de Cain es por tanto comprensible, especialmente porque lo más seguro es que los fluidos corporales de un devorador de mundos hayan sufrido todavía más modificaciones en virtud de los poderes mutantes del Caos. <<



[100] Algo que Cain podía identificar al instante gracias a sus encuentros anteriores con los ilusos seguidores de los Poderes Oscuros. <<



[101] Seguramente manejado por uno de los traicioneros tecnosacerdotes en cuya presencia se había fijado Cain anteriormente. <<

[102] Una enorme criatura de movimientos lentos que procede de Valhalla, muy apreciada por su carne suculenta y su suave pelaje. La mayor parte de los cazadores los consideran demasiado fáciles de matar como para representar un reto, de ahí el dicho popular que acaba de emplear Magot. <<

[103] Esta es la única cita de las que he utilizado que no procede del libro de lugares comunes de Cain. Sólo la idea de que haya una secta en Tallarn que le rinde culto como un profeta del Emperador y un conducto físico de su Divina Voluntad es terrorífico. Sin embargo, en mis momentos más volubles debo confesar que la encuentro en cierto modo atrayente, aunque sólo sea por el hecho de que si lo hubiera sabido, habría quedado completamente consternado ante la idea. <<

[104] Umbart Segundo, de la Casa Yosmarle, el primero de los conspiradores que fue identificado positivamente. La Ordo Hereticus se pasó varios meses limpiando Adumbria, y como es común en este tipo de situaciones, muchos de los principales miembros del culto resultaron ser aristócratas menores en busca de emociones exóticas o que esperaban ganar algún tipo de poder a través de las conexiones con los miembros de una sociedad secreta que había sido creada para ellos. Sólo unos pocos se engañaban con la esperanza de obtener todavía más ganándose el favor de su señora demoníaca, pero como siempre, ésos eran los que hacían daño de verdad. <<